A veces, el amor necesita una segunda oportunidad... y un poco de terquedad.

Amando a Josy



Maria Esther

Amando a Josy

Honey Springs Series

Libro 2

Maria Esther

Copyright © 2025 by Maria Esther

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas en una reseña literaria.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Esta edición es publicada por Maria Esther De Jesús

www.mariaestherauthor.com

Editor: Kerri Doyle

Diseño de Portada: María Esther

Ilustraciones: Eunice Fernandez @illustratedbynixhy

Para todas las que hemos sido sorprendidas con la bendición más grande de nuestras vidas.
Espero que estén atesorando cada segundo con ese regalo invaluable, porque no hay mayor dicha que esa.
Para mí, ha sido el mejor regalo que la vida me ha dado.
Los amo, Sebastián, Airam y Violetta.

Trigger Warning

Este libro contiene temas que pueden ser desencadenantes para algunos lectores. Se recomienda discreción.

Los temas mencionados en este libro incluyen:

- Embarazo por accidente
- Hospitalización
- Representación de la salud mental
- Escenas con contenido sexual explícito

Por favor, cuídese mientras lee.

Spotify Playlist

Escanea el QR code para escuchar.

Sabe Bien -Pedro Capó
5 y 3 - Pedro Capó
Solo - Myles Smith
Too Sweet - Hozier
Carry You Home - Alex Warren
UWAIE - Kapo
Dandelions - Ruth B.
Let’s Fall in Love for the Night - Finneas
¿Y Si Eras Tú? - Ela Taubert
Que Te Vaya Bien - Ela Taubert, Kevin
¿Cómo Es Que Tú? - Ela Taubert
Let It Burn - Shaboozey
Last Of My Kind - Shaboozey , Paul Cauthen
Todo De Ti - Rauw Alejandro
Esto Se Jodió - Pedro Capó
Iloveyou - Between Friends
Soulmate - Chanin
I Hate That It’s True - Dean Lewis
No Se Va - Morat
San Juan - Luis Fonsi, Jay Wheeler
¿Quién Diría? - Ela Taubert
Una Vida Pasada - Camilo, Carín León



Spotify Playlist

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo

Agradecimientos
Acerca del Autor
Otras Obras de Maria Esther

Prólogo

Josy

Me miro en el espejo, revisando mi reflejo. Mis pantalones cortos y mi camiseta de tirantes, combinados con mis Converse blancos, me quedan muy bien. Me esponjo un poco el cabello para que mis rizos reboten y me aplico un maquillaje ligero antes de rociarme mi perfume favorito. Hoy es el día en que voy a besar por primera vez al amor de mi vida. Él todavía no sabe que es el amor de mi vida, pero pronto lo descubrirá.

He estado obsesionada con Noah desde mis quince años. Ahora, en mi último año de universidad, a punto de cumplir veintidós, estoy lista para finalmente hacerle saber que él es todo para mí. He estado enamorada de él desde que era una estudiante de noveno grado y él estaba en su último año de la escuela superior. En ese entonces, solo me veía como una amiga. Yo era la amiga que asistía a todos sus partidos de baloncesto, animándolo desde las gradas. También fui la que le presentó a muchas de mis amigas, y él tuvo el descaro de salir con algunas… pero nunca conmigo.

Cuando se graduó, se quedó en el pueblo y empezó a trabajar en una empresa de construcción en una ciudad cercana. Eso me dió la oportunidad de verlo los fines de semana, cuando no estaba demasiado cansado, y podíamos salir con su grupo de amigos. El tiempo pasó y yo me gradué de la escuela superior. Fue entonces cuando comenzó a mirarme de otra manera. Nunca dijo nada, pero podía notar cómo a veces su mirada se quedaba fija en mí por mucho tiempo, o cómo me tocaba de formas que para cualquiera

podrían parecer inocentes, pero que para mí significaban el mundo. Vivía por esos pequeños roces que hacían que mi corazón se desbocara y convertían mi cuerpo en lava ardiente.

Me fui a la universidad y solo lo veía cuando podía regresar a Honey Springs. Esos cortos fines de semana eran lo mejor de mis meses. Luego, un día en mi segundo año, empezó a enviarme mensajes. Al principio, solo me escribía para ver cómo estaba, pero con el tiempo nuestra amistad evolucionó en algo más. Desde entonces, cada mañana y cada noche antes de dormir, tengo un mensaje de él. Durante el día también me escribe siempre que puede tomarse un minuto en el trabajo. No puedo definir qué somos ahora; solo sé que pienso en Noah todos los días y que muero por graduarme y volver a casa. No me ha hecho ninguna promesa, ni siquiera ha insinuado que le intereso. Pero, ¿por qué me escribiría todo el tiempo si no le gusto? La única razón que se me ocurre es que está esperando a que vuelva a casa para decirme lo que siente.

Mi mejor amiga, Violeta, dice que debería arriesgarme y hacerle saber lo que siento con un beso, y hoy planeo hacer exactamente eso. No necesito palabras; solo tengo que mostrarle lo que siento con un simple beso. Planeamos encontrarnos en Honey Tavern alrededor de las siete, y ya casi termino de arreglarme. Me aseguro una última vez de que me veo bien antes de salir hacia mi carro.

Conduzco despacio, respirando hondo para calmar mi corazón acelerado. *¿De verdad puedo hacer esto? ¿Y si él no siente lo mismo? Ay, Dios mío.* Me concentro en llegar viva y no chocar. Mis manos tiemblan, y siento que el corazón está a punto de salirse de mi pecho.

Cuando llego a Honey Tavern, estaciono en el primer lugar disponible. Mi corazón late con fuerza al ver a Noah junto al costado del edificio. Está hablando con alguien y camina de un lado a otro. La taberna está ubicada en el centro de la ciudad y es muy popular entre los locales, así que hoy el estacionamiento está lleno. Supongo que todos vinieron a pasar un buen rato este viernes por la noche. No he vuelto a Honey Springs en meses, y ver a Noah, aunque sea a la distancia, me llena de emoción. Se ve increíble con sus jeans negros, su camiseta negra y sus botas de motociclista del mismo

color. Mis nervios amenazan con apoderarse de mí, pero trato de estar calmada. *Hoy* es el día.

Tomo mi teléfono y le envío un mensaje a Violeta.

Yo: Llegué a la taberna y él ya está aquí.

Violeta: ¿Estás lista? OMG, no puedo esperar a que lo beses.

Yo: ¿Y si no me quiere de la misma manera? Sería tan horrible.

Violeta: No lo creo. Lleva años escribiéndote y llamándote. Claro que le interesas. Solo respira hondo, ve y besalo.

Sus palabras me llenan de valor.

Yo: Te escribo luego con los detalles.

Violeta: Tú puedes. Diviértete esta noche. Estoy a punto de amamantar a Adrián, así que viviré indirectamente a través de ti. Espero con ansias todos los detalles.

Yo: Okay. Dale besos a mi ahijado.

Violeta: Deja de escribir, nena, y sal del carro.

Es increíble lo bien que Violeta me conoce, a veces mejor de lo que me conozco yo misma. Nos conocimos el primer día de nuestro primer año de universidad, cuando nos asignaron como compañeras de cuarto. Desde ese momento, se convirtió en mi ancla en el caos de la vida universitaria. Durante dos años compartimos sesiones de estudio hasta la madrugada y conversaciones interminables sobre nuestros sueños y miedos.

Luego conoció a Taylor. Fue un romance inesperado que puso su mundo de cabeza. Para el final de nuestro segundo año, estaba empacando sus cosas para irse a vivir con él. Cuando me llamó para decirme que estaba embarazada, no supe si reír o llorar. A los veinte

años, Violeta dejaba la universidad, se casaba y comenzaba una familia en Maryland.

Ahora tiene una nueva vida, un esposo y a Adrián, su bebé de cuatro meses. La extraño con locura, pero la tecnología alivia un poco la nostalgia. Hablamos todos los días, nuestras voces acortando la distancia entre nosotras. Aun así, no es lo mismo que tenerla aquí.

Respiro hondo, y meto el teléfono en mi bolso antes de salir del carro. El aire fresco de la noche me envuelve, trayendo consigo el murmullo distante de risas y el tintineo de vasos desde la taberna. Mi corazón se acelera, cada latido golpeando con fuerza en mi pecho. Es hora.

Camino con cautela por el estacionamiento de grava, el crujido de mis zapatos resonando en el silencio. El resplandor de la luz del porche de la taberna baña todo en un tono dorado. Me dirijo hacia Noah, que sigue junto al costado del edificio. Su espalda está vuelta hacia mí, y frente a él hay una mujer. Desde esta distancia no puedo verla con claridad, así que me acerco un poco más.

A medida que avanzo, los detalles comienzan a definirse. La mujer es hermosa, su cabello rubio cae en suaves ondas que brillan bajo la luz del porche. Lleva un vestido ajustado de color verde esmeralda que se ciñe a cada curva, con un escote lo suficientemente pronunciado como para revelar una generosa cantidad de senos. Sus tacones son tan altos que hacen que sus piernas parezcan interminables, y su risa, un sonido ligero y coquetón, flota en el aire, retorciendo aún más el cuchillo que ya siento clavado en el pecho.

Están parados tan cerca que sus cuerpos casi se tocan. Mi estómago se anuda. *¿Quién es ella? Nunca la había visto antes.*

La voz de Noah flota hasta mí, baja e intensa.

—Te dije que no hay nada entre nosotros.

Su tono está cargado de frustración. Su mano libre se desliza por su cabello, un gesto que he visto cientos de veces cuando está molesto.

—Josy es solo mi mejor amiga —continúa, su voz suavizándose —. No la veo de esa manera, es como una hermanita para mí.

Sus palabras me golpean como una bofetada en la cara, dejándome paralizada en el lugar.

La mujer mueve su cabeza, sus labios curvándose en una sonrisa llena de certeza. Apoya una mano sobre su pecho, sus largas uñas recorriendo su camisa con lentitud. Él no retrocede. En cambio, se inclina hacia ella, sus dedos rozando su cachete como si fuera lo más delicado que ha tocado en su vida.

—Yo también necesito tiempo con mis amigos —dice, su voz ahora más baja, casi tierna—. No puedo pasar cada minuto libre contigo, Babe.

Babe. La palabra se enrosca en mi corazón como un lazo corredizo, apretándose con cada sílaba.

Trago saliva, mi garganta seca como papel de lija, pero mis pies se niegan a moverse. Nunca mencionó que estaba saliendo con alguien.

Noah le sonríe, esa sonrisa—la que siempre pensé que era solo para mí— iluminándole el rostro. Y entonces, antes de que mi cerebro pueda procesarlo, se inclina y la besa. No es un roce fugaz. Es un beso profundo, apasionado, sin reservas, su mano deslizándose hacia la nuca de ella para atraerla aún más. Las manos de la mujer se aferran a su camisa, sujetándolo como si nunca quisiera soltarlo.

Cuando finalmente se separan, Noah sigue sonriendo, su voz cálida y burlona.

—Cuando termine de cenar y de pasar un rato con Josy, iré a tu casa. Asegúrate de ponerte algo sexy para mí. Quiero verte trepada encima de mi y oliendo a sexo.

El mundo se tambalea bajo mis pies.

Mi estómago se revuelve, una mezcla nauseabunda de desamor y humillación me arde en el pecho. Mi visión se nubla con lágrimas, pero no puedo apartar la mirada.

—Por supuesto. No tardes mucho —ríe suavemente la mujer, deslizándole los dedos por la mandíbula antes de dar un paso atrás.

Él la observa alejarse, su mirada siguiéndola con atención, y luego se gira hacia la taberna, sin darse cuenta de que estoy parada a solo unos metros de distancia.

Me quedo congelada en mi lugar, conteniendo la respiración. La imagen de ellos dos juntos se graba en mi mente, destrozando todo lo que creía saber sobre Noah… sobre nosotros.

Me doy la vuelta y camino de regreso a mi carro, cada paso más rápido que el anterior. Las lágrimas amenazan con caer, pero no las dejaré caer. No aquí.

Una vez dentro, cierro la puerta y aprieto el volante con las manos temblorosas. La taberna se desvanece en la distancia mientras acelero por la carretera oscura, las luces tenues desaparecen en mi espejo retrovisor.

Cuando finalmente estoy sola, lejos del eco de su voz y del peso aplastante de su traición, las lágrimas caen en torrente.

¿Cómo pude ser tan ciega? Todo este tiempo pensé que estábamos construyendo algo real, algo más. Me dejé engañar, pensando que su sonrisa, la manera en que me escuchaba, significaban algo más profundo.

Pero para él, yo solo era Josy. Solo una amiga.

Con las lágrimas resbalando por mi rostro, me hago una promesa.

Nunca volveré a dejar que Noah me haga daño. Nunca.

Capítulo Uno

Josy

10 años más tarde

—Josy, ¿ya casi terminas? —Mi mejor amiga, Violeta, está parada en la puerta de mi pequeña oficina. Hoy lleva puesta una camiseta rosa con el logo de mi cafetería y unos jeans. Su cabello rubio está recogido en un moño alto y su rostro está libre de maquillaje. Es impresionantemente hermosa sin siquiera intentarlo.

—Sí. Ve a recoger la pizza. Terminaré en unos quince minutos —le respondo.

Hoy tenemos noche de películas en mi casa, y no puedo llegar tarde.

—Apúrate, mujer. La pizza se enfriará si llegas tarde. Además, Adrián odia esperar.

—Lo sé. Seré rápida, lo prometo —digo con una sonrisa inocente.

—Sí, sí —Violeta se ríe mientras se da la vuelta y sale de mi oficina.

Respiro hondo mientras termino de completar la documentación necesaria para asegurar el nuevo local de mi segunda cafetería. Después de cinco años manejando la mejor cafetería de Honey Springs, Josy's Sweet Shop, finalmente estoy lista para expandirme y abrir un nuevo local en Sweet Springs.

Los primeros cuatro años después de abrir la tienda me fue bien, no como esperaba, pero al menos no estaba en números rojos. Luego, Violeta y su hijo Adrián se mudaron a Honey Springs después

de que ella se divorciara de su imbécil esposo . Necesitaba estar lo más lejos posible de su ex, así que le dije que se mudara a mi casa de huéspedes. No lo pensó dos veces y condujo desde Maryland para comenzar de nuevo en mi pequeño pueblo. Violeta empezó a trabajar en la cafetería y se ofreció a ayudarme con el marketing. Como antes de dejar la universidad estaba estudiando mercadeo, pensé que era una gran idea dejarla hacer algo que realmente le apasionaba. Acepté su oferta con entusiasmo, ya que detesto esa parte del negocio. Su ayuda me quitó un enorme peso de los hombros.

No sé cómo lo hizo, pero creó todo tipo de campañas en redes sociales, renovó la página web e hizo que mi cafetería prosperara. En cuestión de meses, las ventas se dispararon y empecé a ver caras nuevas todos los días. Nunca pensé que la clave del éxito fuera solo una buena estrategia de marketing, pero gracias a Violeta, ahora puedo expandirme. Ha trabajado tanto este último año que quiero sorprenderla ofreciéndole la oportunidad de ser copropietaria del negocio. Está a punto de terminar su carrera en mercadeo y podrá seguir aplicando todas sus habilidades en la cafetería como dueña. Solo espero que diga que sí. Sería un sueño compartir este negocio con ella.

Desde que Violeta llegó a Honey Springs, todo se siente más ligero, como si el pueblo entero hubiera tomado un respiro profundo y exhalado hacia un nuevo tipo de luz. No me di cuenta de cuánto la necesitaba hasta que llegó aquí, llenando los espacios vacíos con los que me había acostumbrado a vivir. No es que antes no fuera feliz—adoro mi cafetería, el aroma del café recién hecho y el murmullo de los clientes en la mañana—pero Violeta es diferente. Ella es familia, y la extrañé con cada fibra de mi ser.

Crecí como hija única, y la familia siempre me pareció algo pequeña y frágil, sostenido por el amor inquebrantable de mis abuelos pero estirado al límite por la ausencia de mi madre. Nunca tuve muchos amigos, y socializar siempre se sintió como una habilidad que nunca terminé de desarrollar. Durante años, enterré mi soledad en el trabajo, dedicándome por completo a la cafetería. Siete días a la semana, abría las puertas, saludaba a los clientes y

me quedaba hasta tarde, cayendo rendida en la cama cada noche, demasiado agotada como para sentir el peso de la soledad.

Pero ahora Violeta y Adrián están aquí, y es como si el mundo hubiera cambiado de eje. Ya no ceno sola, mirando por la ventana hacia la oscuridad del campo. Ahora la mesa está llena de risas, jugo derramado y relatos del día. Los fines de semana ya no son turnos interminables en la cafetería; son tardes en el parque, noches de películas y galletas horneadas que Adrián insiste en decorar con tantas chispas como sea posible.

Por primera vez, siento que pertenezco a algo más grande que yo misma. Violeta me incluye en todo, desde los desayunos de los domingos hasta los cuentos antes de dormir. Me ha tejido en su familia, y no podría ser más feliz.

La soledad que cargué durante tanto tiempo ahora se siente lejana, como un recuerdo de otra vida. Pero me marcó, arraigada en la vasta y resonante casa donde crecí. Mi abuelo criaba caballos, su vida reflejada en los extensos pastizales y los establos que siempre olían a heno y cuero. Me despertaba temprano cada mañana, cuando el cielo apenas empezaba a iluminarse, para ayudarlo en el establo. El crujir suave de la paja bajo mis botas, el rítmico movimiento de las colas de los caballos y los suaves relinchos de saludo se convirtieron en la banda sonora de mi infancia.

Abuelo era mi roca, sus manos curtidas firmes mientras me enseñaba a cuidar a los caballos. Recuerdo cómo su voz se suavizaba cuando les hablaba, como si fueran viejos amigos. "Escuchan mejor que la mayoría de las personas", solía decirme con un guiño. Y tenía razón. Los caballos se convirtieron en mis confidentes, sus grandes y comprensivos ojos encontrándose con los míos mientras les contaba secretos que no podía compartir con nadie más.

Mi Nana era el corazón de nuestro hogar, siempre ocupada en la cocina con su delantal bien atado, su risa resonando por la casa. Sus comidas eran legendarias, de esas que te hacen cerrar los ojos con el primer bocado. Tenía el don de hacer que hasta los días más tranquilos se sintieran llenos, con sus historias de juventud pintando un mundo mucho más vibrante que el que yo conocía.

Pero incluso con el amor de *Abuelo* y *Nana*, siempre hubo una sombra. La ausencia de mi madre dejó un vacío que nunca pude llenar. Sus visitas eran como la lluvia después de una sequía—breves, eufóricas y nunca suficientes. Aparecía con historias de lugares exóticos y fotos que me dejaban sin aliento, su pasión por su trabajo brillando en cada palabra. Sabía que me amaba, pero su amor era como el viento—se podía sentir, pero nunca sostener.

¿Y mi padre? Era un nombre sin rostro, una historia susurrada en la quietud de la cocina cuando *Nana* pensaba que no estaba escuchando. Mi madre lo conoció una noche en un bar, un momento fugaz que la dejó conmigo. Ella decidió tenerme, pero permitió que mis abuelos me criaran, una decisión que me dolió y me reconfortó al mismo tiempo.

Ahora, al mirar a Violeta y Adrián, me doy cuenta de cuánto me han dado, no solo con su presencia, sino con el sentido de pertenencia que siempre anhelé. Por primera vez, mi vida no se trata solo de sobrevivir a la soledad. Se trata de vivir, de compartir la alegría, la risa y el amor con las personas que más importan.

En la escuela, yo era la chica que lo tenía todo, pero sentía que no tenía nada. Mis compañeros me veían como la niña que vivía en la casa grande con caballos, pero no entendían la soledad que venía con ello.

Desde pequeña, tuve que aprender a depender solo de mí misma. Crecí amando y cuidando caballos, prefiriendo su compañía sobre la de las personas. Sí, tenía amigos en la escuela, pero no entendí lo que era una verdadera amistad hasta que conocí a Violeta.

Hubo un tiempo en que realmente pensé que tenía un mejor amigo, y estaba obsesionada con él. Creía que si nos hacíamos amigos, podría lograr que se enamorara de mí. Sentía que caminaba sobre las nubes cada vez que me hablaba. Con el tiempo, nos hicimos amigos, mientras yo, en secreto, suspiraba por él. Nunca supo que me había enamorado de él.

Ese chico del que estaba obsesionada fue mi primera lección sobre el amor no correspondido. Pasaba horas soñando despierta, imaginando escenarios donde él se daría cuenta de que también

estaba enamorado de mí. Compartíamos mucho tiempo juntos y siempre me trató con cariño, pero nunca me vio de la misma manera. Cuando empezó a salir con otras chicas, mi corazón se rompía un poco más cada vez, pero siempre oculté mis sentimientos. Fue una experiencia agridulce que me enseñó que el amor podía ser tanto hermoso como doloroso.

Conocer a Violeta lo cambió todo. Ella fue mi primera verdadera amiga, la que me mostró lo que era una amistad real. Desde ese primer día en la universidad, se convirtió en mi confidente, mi compañera de aventuras. Por primera vez, me sentí vista y comprendida. Me hizo darme cuenta de que la amistad podía ser tan gratificante como cualquier otra relación y que no estaba sola.

Al reflexionar sobre mi infancia, veo cuánto moldearon mi vida esas primeras experiencias. Me enseñaron resiliencia, independencia y el valor de la verdadera amistad. También me hicieron apreciar la importancia de estar presente para quienes amas, algo que mi madre nunca logró dominar. Es por eso que valoro tanto mi vínculo con Violeta y por lo que ahora solo quiero personas en mi vida que me hagan sentir feliz.

Cuando termino de llenar los papeles, los guardo y me levanto de mi escritorio. Mi oficina está en la parte trasera de mi cafetería y es diminuta. Tiene mi escritorio, mi silla y espacio para un archivador. Coloqué algunas fotos en la pared para hacerla más acogedora, pero nada más. No necesito mucho. Además, tengo una oficina grande en mi casa. Cierro la puerta y camino hacia la parte delantera de la cafetería, donde veo a los clientes sentados, disfrutando de su café y sus bocadillos.

—¿Te vas ya, jefa? —me pregunta Ana desde el mostrador.

—Sí. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo antes de que me vaya? —le pregunto. Ana comenzó a trabajar para mí hace aproximadamente un año. Necesitaba un trabajo con buenos horarios después de la escuela. Ahora que está en su último año de la escuela superior, ha sido una bendición. Es la que cierra la cafetería todos los días.

—No, estoy bien. Recuerda que mañana no podré venir a trabajar. Tengo que quedarme hasta tarde en la escuela para terminar de planear el baile de graduación.

No sé cómo lo hace. Es parte de tantos comités en la escuela, además de trabajar, y encima de todo es una estudiante sobresaliente. Ojalá tuviera su energía.

—Sí, lo recuerdo. Que tengas una buena noche, preciosa —le digo con una sonrisa mientras camino hacia la puerta. A medida que avanzo, miro alrededor de mi cafetería. Me siento tan orgullosa de lo que he logrado.

El cálido aroma del café recién hecho te recibe cada vez que entras, envolviéndote instantáneamente en una sensación de confort. El interior tiene mesas redondas, cada una acompañada de un conjunto de sillas desparejadas, lo que le da al espacio un aire acogedor y ecléctico.

Dos cómodos sofás están cerca de la entrada, invitando a los clientes a hundirse en sus mullidos cojines y quedarse un rato disfrutando de sus bebidas. Las paredes están pintadas en tonos pastel suaves, adornadas con delicados patrones florales y citas encantadoras que realzan el encanto femenino del lugar.

Una pared está dominada por una gran estantería repleta de una selección variada de libros. Desde novelas románticas hasta thrillers de misterio, los estantes ofrecen algo para cada lector que quiera disfrutar de un buen libro junto a su café.

Cuando estoy por llegar a la puerta, miro hacia atrás y sonrío a Ana, quien me saluda animadamente antes de volver su atención al mostrador. Justo cuando mi mano alcanza la manija, la puerta se abre de golpe y me congelo.

Frente a mí hay un par de ojos marrón oscuro—profundos, como chocolate derretido en un día lluvioso. Están enmarcados por cejas gruesas y oscuras, y pestañas tan largas y pobladas que podrían despertar la envidia de cualquiera.

Me echo ligeramente hacia atrás, conteniendo el aliento mientras examino el resto de su rostro. Una mandíbula fuerte y angulosa cubierta por una barba cuidadosamente recortada. Sus pómulos son sutiles pero lo suficientemente altos como para darle una elegancia cincelada a sus facciones. Su cabello negro y ondulado, ligeramente despeinado, descansa sobre su cabeza como si acabara de salir de

una sesión de fotos. Y esos labios, tan llenos y tentadores, del tipo que podría hacerte cometer todas las malas decisiones.

Este hombre es, sin duda, devastadoramente hermoso.

Y lo sé porque memoricé cada detalle del rostro de Noah Ross cuando era más joven. En aquel entonces, lo estudiaba como si fuera mi materia favorita, trazando los contornos de su perfil en mi mente hasta grabarlos en mi memoria. Pero ahora, años después, esos rasgos juveniles han madurado en algo peligrosamente magnético. Está más atractivo que nunca, y no es justo.

Este es el hombre con el que alguna vez creí que terminaría. El hombre sobre el que construí sueños silenciosos, solo para verlos desmoronarse cuando dejó claro que yo no era más que una hermana pequeña para él.

Noah viste su uniforme habitual de negro: una camiseta de manga larga que se ajusta a sus anchos hombros y su figura esbelta, combinada con pantalones de trabajo y botas gastadas que cuentan la historia de un día largo.

—Hola, Josy.

Su voz es un murmullo grave que altera el aire entre nosotros. Es la misma voz que solía adorar, la misma que calmaba mis pensamientos inquietos y me hacía creer en las posibilidades.

—Hola —respondo secamente, con un tono lo suficientemente frío como para cortar la tensión.

No puedo dejar que vea cuánto sigue afectándome su presencia. No después de lo que pasó. No después de haber pasado años evitándolo, escondiéndome cada vez que lo veía en el pueblo, convenciéndome de que mis sentimientos por él eran cosa del pasado.

Pero ahora, aquí está, en mi cafetería por primera vez. *¿Por qué ahora? ¿Por qué, después de tantos años, decide aparecerse?*

No pienso darle la satisfacción de preguntarle.

—Tengo que irme —digo abruptamente, pasando junto a él y saliendo al aire fresco de la tarde.

Mi corazón late con fuerza mientras pongo tanta distancia como puedo entre nosotros, la brisa fría acariciando mi piel acalorada.

No espero su respuesta. No miro atrás. En cambio, dejo que la noche me envuelva, caminando con pasos decididos y rápidos mientras intento sacudirme los recuerdos que ha despertado.

Noah Ross ya no tiene el poder de desmoronarme.

No otra vez.

Capítulo Dos

Noah

Hoy, decidí armarme de valor y visitar el Sweet Shop de Josy. He querido venir a ver el lugar con mis propios ojos desde hace mucho tiempo, pero siempre hay algo que me detiene.

Deja de mentirte, Noah. No hay nada que te impida venir a su cafetería. Josy la abrió hace cinco años. Esa excusa ya es estúpida a estas alturas.

Está bien, lo admito.

He estado evitando venir a la cafetería. Ahí lo tienes. ¿Contento?

La verdad es que llevo diez años temiendo enfrentar a Josy, y estoy harto de estar lejos de ella. En los últimos meses la he visto cada vez más seguido, ya que es la mejor amiga de Violeta, quien está saliendo con uno de mis mejores amigos, Austin. Cada vez que hay una reunión o un partido de fútbol de Adrián, estoy ahí. Claro, me encanta pasar tiempo con mis mejores amigos y quiero mucho a Adrián; es un niño increíble. Pero en realidad voy a ver a Josy, aunque no me mire ni me hable. Solo estar cerca de ella me hace feliz. Siempre ha sido así.

Conocí a Josy cuando yo estaba en el último año de la escuela superior y ella en el primero. Josy era la chica genial que siempre andaba con puros chicos y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa divertida. Iba a todos mis partidos de baloncesto, y pasábamos el rato juntos todo el tiempo. Me di cuenta de que empezaba a verla de otra manera, más allá de la amistad, justo antes de que entrara a la universidad. Siempre había sido bonita, pero el verano antes de

que se fuera a estudiar… carajo, esa nena cambió y se volvió hermosa. Su cuerpo se transformó en el de una sirena que me llamaba cada vez que estaba cerca.

Empecé a hablar con ella todos los días, a mandarle mensajes mientras ella estudiaba y yo trabajaba. Como no quise ir a la universidad, me metí a la construcción. Pasaba mis días pensando en Josy, y cuando terminaba de trabajar, lo único que quería era hablar con ella. Nuestras conversaciones eran lo mejor de mi día. Se volvió un hábito esperar con ansias nuestros intercambios, contarle sobre mi jornada y escuchar sobre la suya. Ni siquiera me di cuenta cuándo pasó, pero en algún punto empecé a necesitar su presencia más que cualquier otra cosa.

Nunca le dije lo que sentía por ella; no tenía sentido. Sabía que estaba fuera de mi alcance, así que mantuve todo en plano de amistad mientras salía con otras chicas, tratando de encontrar a alguien que me hiciera sentir aunque fuera un poco como me sentía cuando estaba con Josy. Aunque de verdad lo intenté, nunca pasó… hasta que un día dejé de intentarlo.

Pero, de la nada, me dejó de hablar. Un día, simplemente dejó de responder a mis mensajes y llamadas. No entendía qué había pasado. No hubo una pelea, ni un desacuerdo, nada que explicara por qué de repente me cortó de su vida. Desde entonces, me ha ignorado. Regresó a Honey Springs después de la universidad y ha estado evitándome a toda costa. La he visto en la calle, en el supermercado, y actúa como si yo no existiera. Una vez, incluso la descubrí escondiéndose de mí. Es como si se esforzara para nunca cruzarse conmigo.

Por eso nunca me atreví a venir a su cafetería. La idea de lo que podría decirme si hablábamos me mantenía alejado, aunque quisiera estar cerca de ella. Me aterraba el rechazo, escuchar que no quería tener nada que ver conmigo. Pero después de este último año de verla con Violeta y Austin, de estar tan cerca y al mismo tiempo sentirla tan distante, ya no lo soporto más.

Esteban y Austin me han dicho que simplemente hable con ella, que le pregunte cuál es el problema. Tienen razón. Necesito saberlo, entender qué pasó y por qué me ha estado tratando así.

Por eso creo que hoy es el día. Hoy estoy listo para hablar con Josy. Voy a descubrir, de una vez por todas, por qué me ha estado evitando. Porque ya no puedo seguir lejos de ella.

Después de terminar el trabajo, voy directo a la cafetería de Josy. Nunca se lo he dicho, pero me encanta su café. Esteban me trae uno casi todos los días, acompañado de un postrecito, y lo devoro como si fuera lo mejor que he probado en mi vida, porque lo es.

Cuando me acerco a la cafetería, el encanto del lugar captura mi atención de inmediato. El edificio es acogedor pero llamativo, con letras rosadas sobre la entrada que prácticamente brillan bajo la luz del sol. Ilustraciones adorables—tazas de café delicadas y vapor arremolinándose—decoran los ventanales, dándole un toque de ensueño. Es tan Josy que no puedo evitar sonreír.

Mi mano está a medio camino de la manija de la puerta cuando la veo del otro lado. Mi respiración se corta y me quedo quieto, incapaz de evitar admirarla. La luz del sol que entra por la ventana baña su piel morena y reluciente, haciéndola ver radiante. Sus largos rizos están recogidos en un moño desordenado en lo alto de su cabeza, con unos cuantos mechones rebeldes enmarcando su rostro como si estuvieran destinados a escaparse. Su cara está libre de maquillaje, dejando al descubierto su belleza natural: ojos color café claro que reflejan su fuerza, pómulos altos que realzan sus rasgos majestuosos y labios llenos que me tientan incluso cuando no está hablando.

Siempre ha sido hermosa, pero ahora mismo es sencillamente deslumbrante.

Mi mirada se desliza hasta su atuendo. Unos jeans oscuros que se ajustan perfectamente a sus caderas, cada paso que da hace que se muevan de una manera hipnotizante. Lleva puesta la camiseta con el logo de la cafetería, lo suficientemente ceñida para insinuar la fuerza bajo sus brazos tonificados y la forma definida de su cuerpo. Josy no solo camina, sino que domina cada paso con una confianza natural que hace imposible apartar la mirada.

Por un momento, me quedo inmóvil, con la mano aún en la manija de la puerta. Ella todavía no me ha visto, y me permito

disfrutar de la vista, agradecido por este breve instante para simplemente admirarla antes de que se dé la vuelta y todo cambie.

La presencia de Josy es magnética; siempre ha sido así. Tiene una gracia y seguridad innata que atrae a las personas, y yo soy una de ellas. Incluso cuando está apurada, hay una fluidez en sus movimientos, como si siempre estuviera en sintonía con un ritmo interno. Su risa, que solía escuchar con frecuencia por teléfono, es contagiosa y llena el ambiente de vida. Ahora que lo pienso, hace mucho que no la escucho reír. Últimamente, prefiere ignorarme cada vez que estoy cerca.

Mientras sale apresurada, no puedo evitar notar los pequeños detalles que la hacen única. No es solo hermosa; es cautivadora, con una fortaleza y calidez que hacen imposible apartar la mirada. Y no se trata solo de su aspecto. Es la forma en que se conduce, la pasión que pone en todo lo que hace.

Ha construido esta cafetería desde cero, y se puede ver el orgullo en sus ojos cuando habla de ella. No es que hable conmigo sobre eso, pero la he visto a lo lejos conversando con Violeta, Esteban o Austin.

Cuando se da la vuelta y me mira, sus ojos se agrandan con sorpresa. Aprovecho ese momento para decir:

—Hola, Josy.

Me mira, confundida, pero responde con un simple:

—Hola.

Estoy a punto de pedirle que hablemos un momento cuando suelta:

—Tengo que irme.

Me hago a un lado para dejarla pasar y la observo alejarse como si tuviera el trasero en llamas.

Me quedo viéndola mientras camina hasta su camioneta. No se voltea a mirarme, y yo sigo parado aquí, sujetando la puerta abierta. La observo conducir hasta que toma la curva y desaparece de mi vista. Suspiro con fuerza, sintiendo que acabo de perder otra oportunidad de hablar con ella.

Me giro hacia la cafetería, dejando que mi mirada recorra la atmósfera acogedora que Josy ha creado.

El sonido de las conversaciones y el ocasional tintineo de las tazas de café contribuyen a la sensación de calidez y tranquilidad del lugar. Puedo entender por qué es tan popular; tiene la esencia de Josy en cada rincón, desde la decoración hasta los artículos del menú.

Entro, tomándome un momento para absorber el ambiente. Las paredes están adornadas con arte local y los estantes exhiben diferentes tipos de granos de café y libros. El aroma del café recién hecho y los productos horneados impregna el aire. Me acerco al mostrador, donde una chica me recibe con una sonrisa amable.

—¡Hola! ¿Qué te gustaría pedir hoy?

Miro el menú, aunque ya sé lo que quiero.

—Un café grande y uno de esos muffins de arándanos —digo, señalando la vitrina.

La chica asiente y comienza a preparar mi orden. Mientras espero, no puedo evitar pensar en Josy.

Después de unos minutos, la chica me entrega mi pedido y tomo asiento junto a la ventana, bebiendo mi café y observando el mundo exterior.

Mientras tomo mi café, empiezo a planear mi próximo movimiento. Necesito encontrar una forma de lograr que Josy me hable, de aclarar las cosas entre nosotros. Porque, por mucho que haya pasado el tiempo, no puedo renunciar a la esperanza de reconstruir nuestra amistad y, tal vez, convertirnos en algo más.

Sé que es difícil, pero la quiero para mí. Cada vez que la veo, no puedo dejar de pensar en todo lo que podríamos ser juntos. Todo el tiempo que he perdido por no acercarme me pesa enormemente. Últimamente he comprendido que nunca dejé de desearla, no solo como amiga, sino como algo mucho más profundo. La quiero en mi cama, y tengo sueños sobre todas las formas en las que podría hacerla estremecer, cómo podría hacerla sentir. Sé que ella sería mi perdición, pero valdría la pena si tan solo me diera una oportunidad.

Con ese pensamiento quemándome por dentro, saco mi teléfono y le escribo a mis amigos. Necesito su ayuda si quiero que Josy sea mía. Porque, que quede claro, Josy Brown será mía.

Yo: Necesito su ayuda. Acabo de ver a Josy y ya no puedo más. Tengo que hablar con ella.

Esteban: ¡Por fin! ¿Cuál es el plan?

Austin: Ya era hora. Hemos estado esperando que te dejes de pendejadas y simplemente hables con ella.

Yo: Lo sé, Austin. Creo que ya desperdicié demasiado tiempo.

Yo: No estoy seguro de qué hacer. Primero necesito que me hable. ¿Alguna idea?

Austin: ¿Qué tal si la invitas a uno de los viajes de pesca de Adrián al río? No podría decir que no.

Esteban: O podrías aparecer en su cafetería con flores y ser honesto. A las mujeres les gusta la honestidad.

Yo: No creo que unas flores sean suficientes. Lleva años evitándome. Necesito algo más grande, algo que le demuestre que hablo en serio. Además, acabo de verla en su cafetería y huyó como si tuviera el trasero en llamas.

Esteban: ¿En serio? ¿Fuiste a su cafetería? Bueno, ¿y si vas todos los días y haces que te hable? No puede negarse si eres un cliente.

Austin: Gran idea, Esteban. Empieza poco a poco, Noah. Haz que vuelva a hablar contigo y luego haces tu movida. Sé persistente, pero no pesado.

Esteban: ¡Estoy de acuerdo con Romeo!

Esteban: Demuéstrale que te importa, que esta vez no te irás a ninguna parte.

Yo: Gracias. Me gusta la idea. Voy a hacerlo. Deseenme suerte.

Austin: Suerte, hermano. Estamos contigo.

Esteban: ¡Tú puedes!

Yo: Lo sé. Esta vez ella será mía y no voy a retroceder como la última vez.

Esteban: Estoy tan orgulloso de ti.

Me río y sacudo la cabeza.

Yo: Eres un idiota, Esteban. Pero gracias.

Esteban: De nada. Cuando todo esto funcione y por fin consigas a la chica, recuerda quién te ayudó.

Esteban: Acepto café y dulces como pago por mis servicios.

Austin: Qué barato eres.

Esteban: Es que le estoy dando el descuento de amigos y familia.

Austin: …

Noah: Gracias, Esteban.

Me invade la ansiedad de repente. Este plan tiene que funcionar. Es hora de dejar el pasado atrás y avanzar.

Josy podrá haber estado evitándome, pero eso está a punto de cambiar.

Capítulo Tres

Noah

Tan pronto como entro a mi casa, el silencio se siente pesado, casi acusador. Mis pensamientos son una tormenta, y no pierdo tiempo en caminar de un lado a otro en la sala, trazando mi estrategia. Necesito encontrar la manera de derribar los muros de Josy, de llamar su atención, de hacer que me vea otra vez.

Mi plan es sencillo: apareceré en su cafetería todos los días. Por la mañana, por la tarde, cada vez que sepa que estará ahí. No podrá ignorarme para siempre. Si soy lo suficientemente persistente, eventualmente tendrá que reconocer mi presencia.

Lo veo con claridad: empezar con un simple "Buenos días" cada vez que entre, esperar pacientemente a que responda, aunque sea con un simple gesto. Seguiré yendo hasta que se acostumbre a verme, hasta que la tensión entre nosotros empiece a ceder. Y cuando finalmente deje de evitarme, avanzaré con cautela y le haré la pregunta que me quema por dentro desde hace demasiado tiempo: *¿Por qué me sacaste de tu vida?*

Pero mi plan no termina ahí. Josy es terca, y sé que tendré que ser igual de insistente. Si Violeta y Austin organizan una parrillada, estaré ahí, plato en mano. Si Adrián tiene partidos de fútbol o eventos escolares, seré el tipo que anima desde la última fila. Donde sea que Josy vaya, me aseguraré de cruzarme en su camino hasta que parezca que el destino la obliga a hablar conmigo.

Es un juego arriesgado, pero ya no puedo echarme atrás.

Cuando finalmente me acuesto a dormir, mi mente se niega a calmarse. El rostro de Josy se queda en mis pensamientos: el fuego en sus ojos, la manera en que aprieta los labios con desafío, sus palabras afiladas que cortan más de lo que ella se imagina. Casi puedo escuchar su voz impregnada de irritación, y me preparo para la actitud que sé que me lanzará.

Pero más allá de la frustración, me imagino a la Josy que solía conocer. La que reía sin reservas, con una sonrisa más brillante que el sol. La que solía mirarme como si yo importara. Esa es la Josy por la que estoy luchando, y sé que sigue ahí, enterrada bajo capas de enojo y dolor.

Estoy listo para la batalla que se avecina, sin importar cuánto tiempo tome. Estoy preparado para la frustración, los retrocesos y las miradas frías. Porque hay algo de lo que estoy seguro: Josy lo vale. Siempre lo ha valido, y estoy decidido a recuperarla sin importar qué.



Han pasado dos días desde que pensé en mi pequeño plan, y estoy dando los últimos toques a la casa de Violeta. Este ha sido un proyecto enorme, no solo por su tamaño, sino por lo que representa. Cada clavo, cada viga y cada capa de pintura se sienten como parte de una carta de amor. Austin ha puesto su corazón en este diseño, cuidando cada detalle con Violeta en mente. Es imposible no sentir la profundidad de su amor en la forma tan meticulosa en que ha construido este hogar.

Su historia todavía me hace sonreír cada vez que la recuerdo. Todo empezó cuando Violeta buscaba a alguien que la ayudara a construir su casa soñada. Tenía ideas, pero necesitaba a alguien que las hiciera realidad, y de inmediato supe a quién recomendar. Austin es nuestro arquitecto de confianza; trabajamos juntos todo el tiempo. Él diseña y mi equipo construye. Es una sociedad perfecta, y a lo largo de los años hemos construido muchas casas juntos.

Pero esta es diferente.

Cuando Violeta entró a la oficina de Austin aquel día, no era solo una reunión sobre planos. Era el inicio de algo extraordinario. Me gusta pensar que el destino tuvo algo que ver, empujándolos el uno hacia el otro.

Echo un vistazo alrededor de la casa, admirando cómo todo ha cobrado forma. Los tonos cálidos de la madera, los espacios abiertos y aireados, los detalles intrincados que Austin insistió en incluir porque sabía que Violeta los notaría… Es perfecto. Justo como ellos.

Si seguimos trabajando a este ritmo, estoy seguro de que la casa estará lista en menos de un mes.

Mientras camino por la obra, observo a mi equipo trabajar duro. Para este proyecto, seleccioné a cinco de mis mejores empleados, y Esteban y yo estamos supervisando cada detalle personalmente.

Al llegar al frente de la casa, veo a Austin estacionarse. Se baja del carro con esa facilidad que tiene para verse impecable, con una de sus típicas camisas de botones y pantalón de vestir. Alto y rubio, solía ser el hombre que todas querían cuando estaba soltero. Pero fue el primero de nosotros en caer, y sinceramente, no podría estar más feliz por él.

Mientras se acerca, lo saludo con una sonrisa.

—¿Qué pasa, tipo? ¿Qué te trae por aquí hoy?

—Quería ver el progreso —responde Austin, echando un vistazo a la casa con una expresión satisfecha—. Ustedes terminarán en nada. Gracias, bro —añade, dándome una palmada en la espalda.

—No tienes que agradecernos —digo, negando con la cabeza—. Amamos lo que hacemos, y esta es una de las casas más bonitas que he construido. Me gustan especialmente todos los pequeños detalles que agregaste, realmente hacen que el lugar resalte.

—Eso es exactamente lo que quería cuando diseñé esta casa. No puedo esperar a ver la reacción de Violeta cuando esté terminada.

—Va a estar encantada —respondo, sonriendo al ver la mirada soñadora en sus ojos mientras observa la casa.

—Sí, lo estará —dice Austin con una sonrisa. Tras una breve pausa, cambia de tema—. Entonces, ¿cuál es tu plan con Josy? Has estado bastante callado sobre lo que decidiste hacer.

—Voy a aparecer en todos los lugares donde ella esté. Haré que me hable, de una forma u otra. Apreciaría que me ayudaras a ganármela —digo, mirándolo directamente.

Austin arquea una ceja, su sonrisa se ensancha.

—¿Vas con todo, eh? Sabes que puede que no te lo ponga fácil, ¿verdad?

—Cuento con eso —respondo con una risa—. Pero no voy a echarme atrás.

Justo en ese momento, Esteban se acerca con su característica sonrisa.

—¿Qué es eso que escucho sobre que vas a empezar a acosar a Josy? ¿Por fin vas a seguir mi consejo? —se burla, dándome una palmada en el hombro—. Me alegra que finalmente hayas decidido ponerte los pantalones en su sitio.

Esteban es el payaso del grupo, siempre sonriendo y lanzando bromas. Es pura energía en movimiento, el polo opuesto a mí. Somos de la misma altura, seis pies, pero mientras yo visto de negro de pies a cabeza, él es todo color. Su piel trigueña, como la de muchos puertorriqueños, hace que sus ojos verdes resalten aún más. Con su cabello castaño claro y su encanto natural, no es de extrañar que sea letal para la población femenina.

—Sí, algo así —respondo con una sonrisa de lado.

Esteban se inclina hacia Austin, guiñándole un ojo.

—No sé, Noah. Quizás necesites algo más que solo aparecer. Tal vez deberías cantarle una serenata con canciones de amor. Mejor aún, haz una de esos grandes gestas románticos de película. A las mujeres les encanta ese tipo de cosas.

Austin se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Ya me lo imagino. Noah con un radiocasete sobre la cabeza, parado frente a la ventana de Josy.

—Muy gracioso —digo, poniendo los ojos en blanco—. Pero hablando en serio, solo voy a estar presente. Todos los días, en cada evento. Quiero que vea que no voy a ninguna parte.

—Persistente y terco —bromea Esteban—. Me gusta. Tienes mi voto. Si no se enamora de ti, es su pérdida.

—Estoy seguro de que lo hará —añade Austin, asintiendo—. Y sabes que Violeta está de tu lado también. Hará todo lo que pueda para ayudarte.

—Es bueno saberlo —digo, sintiéndome más seguro con mis amigos respaldándome.

Esteban me da un empujón juguetón.

—Solo asegúrate de que no te prohíban la entrada a la cafetería por ser demasiado insistente. Necesitamos nuestra dosis matutina de cafeína, y no pienso empezar a hacer mi propio café.

—Entendido —me río—. Pero no te preocupes, tengo esto bajo control.

—Eso espero —dice Austin mientras camina hacia su carro. Con un gesto de despedida, añade—. Nos vemos luego.

Una vez que Austin se va, me giro hacia Esteban.

—¿Qué te parece si hago mi primera ronda de café y almuerzo? —pregunto con una sonrisa.

—Empezando temprano, me gusta. Claro, te mandaré un mensaje con el pedido de los muchachos —responde Esteban antes de volver a la casa.

Empiezo a caminar hacia mi guagua, preparándome para conquistar a Josy.

—Si no tengo un mensaje con sus pedidos, no les voy a ordenar nada. Asegúrate de enviarlo —le grito a Esteban.

Subo a la guagua y me dirijo a la cafetería. Apago la radio y empiezo a pensar en cómo reaccionará Josy cuando me vea de nuevo en su cafetería.

Al llegar, estaciono y reviso mi teléfono. Veo el mensaje de Esteban con los pedidos de los muchachos. Respiro hondo, bajo de la guagua y camino hacia la puerta.

Al abrir la puerta de la cafetería, siento una leve punzada de decepción: Josy no está en el mostrador. En su lugar, está Violeta, sonriendo como siempre. Austin tomó la decisión correcta al enamorarse de ella. Es hermosa, con su largo cabello rubio, un rostro impresionante.

—Hola, Noah. Nunca te había visto por aquí. ¿Cómo va la casa? —pregunta.

Intento disimular mi decepción mientras le respondo.

—La casa va muy bien. Espero que podamos terminarla el próximo mes. De hecho, Austin pasó hoy por ahí para ver cómo vamos. Deberías venir a ver los avances.

—Me encantaría. —Su voz está llena de emoción—. Pero como ya casi está lista, Austin quiere que espere. Dice que sería una gran sorpresa verla cuando esté completamente terminada. Confío en él con los toques finales, pero la verdad es que ya no aguanto las ganas de verla. —Su sonrisa es contagiosa mientras se mueve inquieta con entusiasmo.

—Te entiendo. Pero créeme, te va a encantar la casa. Solo espera y verás —digo con una leve sonrisa.

—En fin, ¿vas a pedir algo? ¿Esteban no se siente bien hoy?

—Esteban está ocupado en el trabajo, así que me ofrecí a venir por los pedidos de los muchachos. —Intento ocultar el verdadero motivo por el que planeo venir todos los días a partir de ahora.

—Oh, qué bien —dice Violeta, con una sonrisa traviesa. Estoy casi seguro de que Austin le contó mi plan y sabe por qué estoy aquí en realidad, pero no pienso decir nada. Le doy la orden y espero mientras empieza a prepararla.

Mientras camino por la cafetería, veo gente sentada en todas partes, comiendo y conversando. Me alegra ver que el negocio de Josy está prosperando. Me decepciona no haberla visto hoy, pero supongo que tendré que intentarlo de nuevo mañana.

Violeta llama mi nombre cuando termina mi pedido, colocando todos los dulces y sándwiches en dos bolsas. Justo cuando me está entregando las bebidas, Josy sale de la parte trasera.

Se ve increíble, como siempre. Su cabello cae sobre sus hombros, y lleva puestos unos shorts que resaltan sus largas piernas, combinados con una simple camiseta de la cafetería. Cuando me ve, se queda paralizada por un segundo. Me gusta que tenga una reacción a mi presencia. Eso significa que no me esperaba aquí.

Espera y verás, cariño, de ahora en adelante estaré en todas partes.

Doy un paso adelante y le sonrío.

—Hola, Josy. Tu cafetería es increíble. Hiciste un gran trabajo con ella.

Por un momento, se queda ahí parada, mirándome. Siento que pasa una eternidad antes de que finalmente responda, su voz un poco más suave de lo normal.

—Gracias.

Espero, pero se queda en silencio otra vez, dejándome en el aire. La tensión en el ambiente es palpable, y siento los ojos de Violeta sobre nosotros, observando cada uno de nuestros movimientos.

—¿Este es tu pedido? —pregunta Josy, señalando las bolsas y los vasos.

—Sí. Vine a recoger el almuerzo para los muchachos —respondo.

—Bueno, supongo que no querrás hacerlos esperar demasiado —dice, empujando las bolsas hacia mí mientras me da un leve asentimiento, indicándome que es hora de irme.

—¿Me estás botando de este lindo establecimiento? —pregunto en broma, arqueando una ceja.

—Por supuesto que no. Solo me aseguro de que la comida que pediste no se arruine porque decidiste quedarte aquí hablando en vez de irte —responde con una sonrisa maliciosa, y sé que me está desafiando. Si cree que me iré y no volveré por su actitud, está muy equivocada.

—¿Me puedes ayudar a llevar esto a la guagua? —pregunto, mirándola directo a sus hermosos ojos color caramelo. *Demonios, es preciosa.*

Observo cómo Josy agarra los vasos a regañadientes, murmurando algo entre dientes que no logro escuchar. Antes de que pueda preguntarle qué dijo, Violeta interviene con una sonrisa juguetona.

—Necesito ir al baño —dice, y desaparece, dejándonos solos.

Levanto una ceja, sabiendo perfectamente que solo está dándonos espacio.

Mientras tanto, Josy está decidida a no mirarme. Mantiene la vista fija al frente mientras prácticamente sale disparada hacia la puerta. No puedo evitar soltar una carcajada mientras agarro las

bolsas de comida y la sigo. Camina tan rápido que tengo que apurarme para seguirle el paso.

Tampoco puedo apartar la vista de sus nalgas. Esos shorts que lleva deberían ser ilegales. La tentación de darle una nalgada solo para ver su reacción es casi insoportable, pero eso tendrá que esperar. Si lo hago ahora, probablemente enfrente la muerte, y la verdad, no quiero morir hoy.

—¿De qué te ríes? —dice, girando la cabeza lo justo para fulminarme con la mirada.

—De ti —respondo con una sonrisa—. Caminas tan rápido que prácticamente estoy corriendo para alcanzarte.

—Tengo cosas que hacer y necesito avanzar —replica con un tono lleno de sarcasmo—. Así que, si pudieras caminar más rápido y abrir tu guagua, podría volver a trabajar.

Sonrío, disfrutando el fuego en su voz.

—Pensé que solo estabas asustada de estar cerca de mí.

Se detiene en seco y se gira para encararme, sus ojos llenos de furia.

—¿Por qué demonios estaría asustada de ti? Esto no tiene nada que ver con miedo. Simplemente no quiero estar cerca de ti, punto.

Su enojo solo la hace ver más hermosa. La forma en que sus ojos brillan, cómo aprieta los labios en esa línea testaruda… es hipnotizante. No puedo evitar provocarla un poco más.

—Claro, claro. Lo que digas, Josy. Pero si de verdad no quisieras estar cerca de mí, no habrías aceptado ayudarme a cargar esto.

Resopla, claramente irritada.

—Lo estoy haciendo porque soy profesional y porque Violeta me hubiera dado una pela si no lo hacía.

—Ah, ya veo cómo es —bajo la voz a un susurro juguetón—. Así que, en realidad, a quien le tienes miedo es a Violeta, no a mí.

Josy me lanza una mirada asesina, con las fosas nasales apenas dilatadas.

—No le tengo miedo a nadie, Noah. Y mucho menos a ti.

No puedo evitar soltar una carcajada ante lo seria que se pone.

—Está bien, te creo.

Bajo un poco la voz y añado:

—Pero, para que lo sepas, te vez hermosa cuando te enojas.

Sus ojos se abren con sorpresa y, por un segundo, creo que me va a lanzar uno de los vasos. En cambio, solo pone los ojos en blanco y acelera el paso, casi trotando hasta mi guagua

—Abre la maldita guagua, Noah —.

Disfrutando cada segundo de esto, me río mientras busco las llaves. En cuanto la puerta se desbloquea, prácticamente me lanza los vasos al asiento del pasajero y se da la vuelta para regresar a la cafetería.

—Gracias por la ayuda, Josy —le grito, todavía sonriendo.

Ni siquiera se molesta en voltear.

—No te acostumbres, Noah. Tengo mejores cosas que hacer que cargar tus pedidos de almuerzo.

—¡Nos vemos mañana entonces! —le grito, sabiendo perfectamente que volveré.

Me saca el dedo del medio por encima del hombro, pero justo antes de desaparecer en la cafetería, alcanzo a ver la sombra de una sonrisa en su rostro.

Capítulo Cuatro

Josy

Estoy furiosa mientras camino de regreso a la cafetería, con pasos rápidos y decididos. No puedo creer que acabo de sacarle el dedo a Noah. ¿En qué demonios estaba pensando? Eso no es para nada algo que yo haría. Pero hay algo en él que me sacó de mis casillas y, antes de darme cuenta, mi mano ya estaba en el aire, haciéndole una grosería como si fuera una adolescente enojada. Ugh, ¿por qué logra hacerme reaccionar de esa manera?

Empujo la puerta de la cafetería aún repasando en mi cabeza todo el encuentro, tratando de entender cómo logró alterarme tanto. Es frustrante, porque lo último que quiero es darle la satisfacción de saber que me afectó.

Adentro, la cafetería está cálida y llena del bullicio habitual de la hora del almuerzo. Pero lo único que veo es a Violeta detrás del mostrador con una sonrisa enorme en la cara. Genial, justo lo que me faltaba.

—¿Por qué sonríes, pendeja? —suelto con fastidio, sintiendo mi irritación a punto de explotar. Mi voz es tan cortante que un par de clientes nos miran, pero me da igual. Estoy demasiado alterada como para importarme.

Violeta estalla en carcajadas, doblándose sobre sí misma mientras intenta recuperar el aliento.

—¡Dios mío, Josy, tu cara es épica!

Cruzo los brazos, sintiéndome avergonzada y molesta.

—¿Qué tiene de graciosa mi cara? No me hace nada de gracia.

Puedo escuchar lo defensiva que estoy en mi propia voz, pero no lo puedo evitar. La risa de Violeta solo me pone más tensa.

Finalmente, Violeta logra calmarse, tomando una bocanada de aire antes de enderezarse.

—Mala mía, es que… cuando venías caminando desde la guagua de Noah, te veías tan encabrona'. Y luego —se ríe de nuevo— ¡le sacaste el dedo! Fue demasiado gracioso. ¿Y lo mejor de todo? Él solo sonrió como si le hubieras dado el mejor halago del mundo.

Tiene lágrimas en los ojos de tanto reír. La odio en este momento.

Siento un calor subir por mi cuello y gimo de frustración.

—¿Sonrió por eso? ¡Por supuesto que sí! Ese hombre es insufrible.

—Insufrible, claro —dice Violeta con una sonrisa traviesa—. Pero te tiene justo donde quiere. Y por la manera en que te miraba, diría que disfruta mucho más de tus arranques de lo que crees.

—Sí, bueno, yo no —gruño, apoyándome en el mostrador—. ¿Por qué tenía que aparecerse hoy? Nunca ha venido aquí, excepto aquella vez hace unos días cuando yo ya me iba. Ni siquiera sé si se quedó y pidió algo. ¿Puedes creerlo? Todo este tiempo y de repente decide venir tan seguido —resoplo—. Y encima sonríe y actúa como si todo estuviera bien. Es como si se hubiera propuesto hacerme la vida imposible.

Violeta arquea una ceja.

—O tal vez se ha propuesto hacer que le hables.

—Yo le hablo —protesto, pero incluso para mí suena débil.

Violeta pone los ojos en blanco.

—Sí, claro, si discutir y sacarle el dedo cuenta como "hablar". Josy, tal vez no es tan malo. Está bastante claro que le gustas. Mucho.

Suelto una carcajada incrédula.

—No le gusto. Si le gustara, habría venido a la cafetería cuando la abrí a felicitarme. O se habría puesto en contacto cuando regresé a Honey Springs. Pero ¿adivina qué? No lo hizo. No hemos hablado en diez años. Y las pocas veces que lo hemos hecho ha sido porque coincidimos en el mismo lugar gracias a ti y a Austin.

—O tal vez —dice Violeta, inclinándose un poco como si compartiera un secreto— simplemente está harto de no hablar contigo. Punto.

Abro la boca para discutir, pero las palabras se me quedan atoradas. Porque la verdad es que una pequeña parte de mí, una que intento desesperadamente ignorar, se pregunta si Violeta tiene razón. Y ese pensamiento me aterra.

—No importa —murmuro, enderezándome—. Tengo trabajo que hacer.

Pero mientras empiezo a alejarme, no puedo sacarme de la cabeza la imagen de la sonrisa exasperante de Noah. Y no puedo evitar preguntarme por qué, después de tanto tiempo, ha decidido hablarme.

Me siento en la silla de mi escritorio y tomo varias respiraciones profundas para calmarme y dejar de analizar en exceso sus acciones. ¿Por qué hoy? ¿Por qué, de repente, aparece y actúa todo lindo y encantador? Ha tenido diez años para venir a hablar conmigo y AHORA decide fastidiarme. No quiero hablar con él. Aunque, muy en el fondo, mi cuerpo lo anhela. Es tan condenadamente atractivo, y con el paso del tiempo, solo se ha puesto más guapo. Ahora luce como un hombre—un hombre de verdad. Su cuerpo es una obra de arte que me gustaría mirar, quizá incluso… *No. Basta. Deja de pensar en él. Esto nunca va a pasar. Cuanto antes te lo metas en la cabeza, mejor.*



El sol de la mañana del domingo se cuela por la ventana, bañando mi habitación con un resplandor dorado. Han pasado semanas desde la última vez que tuve un momento para respirar, mucho menos para disfrutar un día libre. Entre los pedidos de equipo y los planes para la nueva cafetería, mi lista de tareas parece interminable. Pero hoy es mi día—o eso me digo a mí misma.

Me pongo unos leggings negros y un top deportivo color turquesa, cubriéndolo con una camiseta blanca. Mi cabello rizado, rebelde como siempre, termina atrapado en una trenza. Agarro mi mochila y reviso su contenido: botellas de agua, barras de proteína y mis gomitas favoritas. Perfecto para una buena caminata.

Al salir, el aire fresco de la mañana me recibe, junto con el leve aroma de césped recién cortado. La casa de huéspedes donde se queda Violeta, situada sobre mi garaje, no está lejos. Subo las escaleras y toco la puerta, escuchando la voz emocionada de Adrián antes de que Violeta la abra.

—Estamos listos —anuncia Violeta con una gran sonrisa. Viste ropa similar a la mía, con su cabello rubio recogido en un moño despeinado.

—Austin nos encontrará allá —agrega con naturalidad.

—Está bien —respondo, deslizándome las gafas de sol.

Violeta y Adrián me siguen hasta el carro, y nos acomodamos dentro. Adrián habla sobre todo y nada a la vez, su entusiasmo es contagioso. El trayecto hasta el parque es corto, y para cuando llegamos, ya me siento un poco más ligera. Eso es, hasta que lo veo a *él*.

Noah está junto a Austin, apoyado contra su guagua con esa confianza despreocupada que me saca de quicio. Hoy lleva unos pantalones cortos negros y una camiseta gris que se le pega perfectamente al torso. Su cabello oscuro está ligeramente despeinado, como si acabara de pasarse la mano por él, y su sonrisa arrogante se ensancha en cuanto sus ojos se posan en mí.

Por supuesto.

Espero a que Adrián baje del carro antes de girarme hacia Violeta y entrecerrar los ojos.

—¿Qué hace él aquí?

Violeta se encoge de hombros, su sonrisa es demasiado inocente para ser sincera.

—No lo sé. Supongo que Austin lo invitó.

—Ajá. —Cruzo los brazos y la fulmino con la mirada—. Lo sabías y no me dijiste nada. Te odio.

—Ay, no seas tan dramática —me despacha con un gesto de la mano, disfrutando claramente de mi incomodidad.

—¿Dramática? Violeta, esto es un sendero donde vamos a estar caminando. ¡No hay forma de escapar de él aquí! No es como si pudiera esconderme en mi oficina para evitarlo.

—Entonces no lo evites —dice, mirándome con intención—. Habla con él.

Suelto un resoplido.

—¿Hablar con él? ¿Sobre qué? ¿Sobre cómo lo he estado esquivando estratégicamente durante los últimos diez años?

Violeta suelta una carcajada mientras se cuelga la mochila.

—Eres imposible, ¿lo sabías? Solo intenta disfrutar la caminata. Quién sabe, tal vez te sorprenda.

—Sí, me sorprendería si se largara —murmuro entre dientes mientras nos acercamos a Austin y Noah.

La sonrisa de Noah se ensancha cuando me aproximo, sus ojos recorriendo la trenza que cae sobre mi hombro.

—Buenos días, cariño. Lindo peinado. ¿Lo hiciste tú o Violeta te ayudó?

—Buenos días para ti también, Noah. Primero, mi nombre no es "cariño" —digo, forzando una sonrisa—. Y segundo, sí, lo hice yo sola. Te sorprendería de lo que soy capaz cuando no estoy ocupada esquivando a gente ridícula.

Su risa es baja y, para mi desgracia, irritantemente encantadora.

—¿Esquivando, eh? ¿Por eso has estado escondida en tu oficina toda la semana?

Aprieto la mandíbula.

—No me estaba escondiendo. Estaba trabajando. Deberías intentarlo alguna vez.

Austin levanta una ceja, pero sabiamente no dice nada, mientras Violeta me lanza una mirada que claramente dice: *Compórtate.*

—Está bien, tortolitos —interviene finalmente Austin—, ¿podemos empezar la caminata antes de que el sol nos derrita?

—Guía el camino —dice Noah, haciendo una exagerada reverencia.

El sendero se extiende cuesta arriba, rodeado de árboles altos que se mecen suavemente con la brisa. Adrián corre adelante con la energía inagotable de un niño de doce años, mientras Austin y Violeta caminan unos pasos detrás, conversando sobre algo que no logro captar porque... Noah está a mi lado.

A pesar de mis intentos de acelerar el paso, él se mantiene firme a mi ritmo.

—Sabes —dice con tono ligero y burlón—, estaba empezando a pensar que habías olvidado mi nombre con lo mucho que has intentado evitarme.

—No te estoy evitando —miento, fijando la vista en el camino.

—¿Ah, no? Entonces, ¿la repentina fascinación con tu oficina a la hora del almuerzo fue solo una coincidencia?

—Tengo trabajo que hacer, Noah —respondo con fastidio, aunque mi tono carece de convicción.

—Por supuesto que sí, *cariño* —dice, y puedo escuchar la sonrisa en su voz.

Dios, ¿por qué me gusta tanto que me llame así? No debería, pero no puedo evitarlo. Cada vez que lo dice, hay un pequeño gesto en sus labios, como si supiera exactamente lo que provoca en mí. Como si lo usara a propósito para alterarme.

Spoiler alert: lo logra. Cada. Maldita. Vez.

Lo miro con irritación hirviendo en mi interior. Su sonrisa está en pleno esplendor: perezosa, confiada, como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacerme perder la paciencia.

—Nuestras charlas —digo, con tono cargado de sarcasmo— son tan placenteras como pisar un Lego descalza.

Él suelta una carcajada, un sonido profundo y, para mi desgracia, cálido.

—¿Así de mal?

—Peor —respondo, entrecerrando los ojos, esperando que, por una vez, me tome en serio.

Pero en lugar de retroceder, se inclina apenas, su sonrisa suavizándose en algo casi... ¿afectuoso?

—Me hieres, cariño —dice, llevándose dramáticamente una mano al pecho—. Y yo que pensaba que teníamos algo especial.

—Especial, claro —resoplo—. Especial como la hiedra venenosa.

—¿Hiedra venenosa? —su sonrisa se ensancha, claramente divertido—. Eso es creativo. ¿Se te ocurrió solita o pasaste todas esas horas en tu oficina buscando insultos en Google?

Mi boca se abre, una mezcla de indignación y cierta admiración por lo rápido que se le ocurrió eso.

—Eres imposible.

—Y aún así —dice, su voz bajando apenas—, sigues caminando a mi lado. ¿Qué dice eso de ti?

Dice que soy una idiota. O una masoquista. O ambas.

Él vuelve a reír, pero esta vez no dice nada más. Aunque, claro, no dura mucho.

—Sabes —comenta con un tono más suave, casi pensativo—, te ves linda cuando estás enojada.

Me detengo en seco y me giro hacia él.

—¿Es enserio que—?

Pero las palabras se me quedan atrapadas en la garganta porque... *wow*. Su camiseta está completamente empapada de sudor, pegándose a su torso y marcando cada músculo de su pecho y hombros de una manera que debería ser ilegal. El brillo en su piel resalta las líneas afiladas de su mandíbula y ese destello travieso en sus ojos.

Me obligo a apartar la mirada, sintiendo el calor en mis cachetes.

—¿Decías? —pregunta con un aire de satisfacción, una sonrisa ladeada en los labios.

—Nada —murmuro, avanzando con paso firme.

—Vamos, cariño —dice, alcanzándome sin esfuerzo—. Admítelo. Estoy empezando a gustarte.

—Como un sarpullido —respondo sin mirarlo.

Su risa resuena entre los árboles, y, a pesar de mí misma, siento cómo la comisura de mis labios amenaza con sonreirse. *No, Josy. No dejes que gane.*

Cuando alcanzamos la cima del sendero, mis piernas arden y mi determinación está peligrosamente cerca de desmoronarse. Adrián corre hacia un claro donde la vista se extiende por kilómetros: colinas verdes ondulantes y un cielo azul tan nítido que parece irreal.

—Wow —dice Violeta, dejando caer su mochila antes de acomodarse sobre una roca.

Austin la sigue, arrastrando a Adrián con él para señalarle algunos puntos en la distancia.

Me siento al borde de una roca grande y saco mi botella de agua. Noah se sienta a mi lado... demasiado cerca, por supuesto.

—¿Estás bien? —pregunta, su voz más suave ahora.

—Estoy bien —respondo, negándome a mirarlo.

Se inclina un poco, su hombro rozando el mío.

—¿Segura? No estás tan habladora como de costumbre.

Le lanzo una mirada fulminante.

—Tal vez estoy disfrutando de la paz y la tranquilidad.

—¿Paz y tranquilidad? ¿Conmigo aquí? —Su sonrisa es tan condenadamente encantadora que siento cómo mi corazón traicionero se salta un latido.

—Exactamente —digo, dando un largo sorbo de agua para distraerme.

Nos quedamos en silencio por un momento, y por primera vez en todo el día, casi me relajo. Pero entonces él se mueve, su camiseta estirándose sobre su pecho, y mis ojos, traidores, se desvían hacia la forma en que la tela se le pega.

—Me estás mirando, cariño —dice con diversión evidente en su tono.

Aparto la vista de inmediato.

—No te estoy mirando.

—Claro que no —se reclina sobre sus manos, su sonrisa ensanchándose—. No te preocupes. Lo entiendo. Es difícil apartar la vista de la perfección.

—¿Perfección? —Suelto una carcajada incrédula—. Estás tan loco.

—Y, sin embargo —su voz baja hasta un murmullo—, no puedes alejarte.

Sus palabras golpean más fuerte de lo que deberían, y odio la forma en que mi estómago se revuelve.

—Será mejor que sigamos —digo, poniéndome de pie y sacudiendo mis manos.

Pero mientras descendemos por el sendero, lo siento a mi lado: persistente, exasperante e imposible de ignorar.

Capítulo Cinco

Josy

El trayecto desde Honey Springs se siente más corto de lo usual, mi emoción me impulsa hacia adelante como una fuerza invisible. Apenas una hora después, estaciono frente al edificio que espero pronto se convierta en la segunda cafetería de *Josy's Sweet Shop*. Mi corazón late rápido mientras permanezco en el carro, contemplando la vista.

El edificio ha visto mejores días. Su fachada, alguna vez vibrante, ahora luce descolorida, y los enormes ventanales están cubiertos de mugre y recortes de periódico envejecidos por el tiempo. Pero incluso a través de ese desgaste, ya puedo ver su transformación. En mi mente, un letrero brillante con el nombre de mi cafetería resplandece orgulloso sobre la entrada, mientras calcomanías coloridas de tazas humeantes y pasteles adornan los vidrios relucientes.

Miro a mi alrededor y siento cómo crece mi confianza. La ubicación no podría ser mejor: justo en la plaza del pueblo, rodeado de boutiques encantadoras y pequeñas oficinas que desprenden el aire acogedor de un pueblo pequeño. Me recuerda tanto a Honey Springs que es como si este rincón de Sweet Springs hubiera estado esperando por mí. Lo mejor de todo es que no hay otro lugar cerca que ofrezca lo que yo planeo: desayunos, almuerzos y un ambiente cálido donde la gente pueda reunirse. Este lugar tiene un potencial increíble, y estoy decidida a hacerlo brillar.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por el sonido de un carro estacionándose a mi lado. Me giro y veo a Amy, mi agente inmobiliaria, bajando de su carro con una sonrisa entusiasta.

—¿Lista para ver tu futuro? —pregunta, su emoción reflejando la mía.

Juntas nos acercamos a la entrada, donde la pintura descascarada de la puerta contrasta drásticamente con la visión que tengo en mi cabeza. Al entrar, el lugar nos recibe con un ligero olor a humedad, el aire impregnado con el aroma de madera vieja y abandono. El suelo está desgastado, las paredes opacas y la iluminación es tenue, pero yo no veo nada de eso. Solo veo posibilidades.

El señor Hill, el dueño del edificio, nos recibe con una sonrisa amable. Su actitud relajada me tranquiliza mientras hablamos sobre el precio y mis planes de remodelación. Escucha con atención, asintiendo pensativo mientras le explico mi visión para el lugar.

Mientras Amy y el señor Hill discuten los detalles logísticos, me tomo un momento para recorrer el local vacío. Los techos altos y el espacio abierto captan mi atención, incluso con las grietas y las manchas de humedad que los marcan. Me hormiguean los dedos con la urgencia de traer este lugar a la vida. Me imagino derribando paredes para ampliar el espacio, reemplazando el suelo gastado con azulejos relucientes y colocando elegantes mostradores en el área de la cocina.

Esto no es solo una decisión de negocios. Es el siguiente paso en un sueño que he alimentado por años. De pie aquí, en medio de este espacio polvoriento y descuidado, ya puedo sentir cómo se convierte en mío. La visión es nítida y se siente bien, como el comienzo de algo increíble.



Entro como un torbellino a mi cafetería, apenas puedo contener mi emoción. Aprieto en mi mano los papeles del contrato de

arrendamiento de mi nuevo local y me dirijo directo a Violeta. Está detrás del mostrador, tomando pedidos de la clientela de la tarde, así que me quedo atrás, rebotando sobre mis pies mientras espero a que los clientes se disipen.

Tan pronto como el último se aleja con su café, no aguanto más.

—¡Lo conseguí! —exclamo, mi voz desbordando emoción.

Los ojos de Violeta se abren de par en par.

—¿Tienes el contrato?

Asiento con tanta fuerza que mi cabello salta.

—¡Sí! Es oficial. ¡Voy a abrir un nuevo *Josy's Sweet Shop* en Sweet Springs!

Violeta suelta un chillido y, antes de darme cuenta, estamos brincando como niñas, riéndonos con una emoción incontenible. En ese momento, las inconfundibles figuras de la señora Mirta y la señora Henrietta aparecen en el mostrador. Son las reinas indiscutibles del chisme en el pueblo, y su llegada es tan dramática como siempre.

La señora Mirta, una mujer de baja estatura con la postura encorvada, ajusta su enorme sombrero floreado, que se está ligeramente torcido sobre su cabello plateado y rizado con esmero. Sus gafas, adornadas con diminutas piedras brillantes, destellan con la luz de la tienda mientras nos observa con una expresión de curiosidad. Agarra su inseparable bolso con una mano, mientras los anillos en sus dedos reflejan la luz cuando agita la otra en el aire, claramente lista para hacer un comentario.

A su lado está la señora Henrietta, más alta y robusta, con una melena blanca peinada en un moño. Sus grandes gafas aumentan el tamaño de sus afilados ojos azules, los cuales se mueven entre Violeta y yo con la precisión de alguien que está recopilando cada detalle para después comentarlo. Lleva un vestido de estampado vibrante que choca maravillosamente con su labial rojo intenso, dándole el aire de alguien que se niega a pasar desapercibida. Se apoya en su bastón tallado con gran detalle, pero el brillo en su mirada deja claro que no se le escapa nada.

—Bueno, bueno —dice la señora Henrietta, con una mezcla de curiosidad y deleite—. ¿A qué se debe tanto alboroto? ¿No es un

poco temprano para un dance party?

La señora Mirta interviene con una sonrisa pícara:

—¿O hay algo que debamos saber? Ya sabes, puramente por motivos de interés comunitario.

Su curiosidad es casi palpable, y tengo que contener la risa. Cualquier historia que inventen a partir de este momento seguro será el tema de conversación del pueblo antes de la cena.

No puedo evitar la enorme sonrisa que se dibuja en mi rostro.

—¡Acabo de firmar el contrato de arrendamiento para un nuevo local en Sweet Springs! ¡Va a ser increíble!

Las dos ancianas aplauden con entusiasmo.

—¡Oh, qué maravillosa noticia! —dice la señora Henrietta—. No podemos esperar para visitar tu nuevo local.

La señora Mirta se gira hacia ella con una sonrisa burlona.

—Eso si es que logras llegar. Recuerda, Henrietta, que te revocaron la licencia por manejar como las locas.

La señora Henrietta resopla, sus cachetes adquiriendo un tono rosado.

—Eso fue solo un malentendido. Y tú no eres mejor. ¡Nunca has pasado un solo examen de manejo en tu vida!

—Eso no significa que no sepa conducir, vieja bruja.

—Mujer, si intentas conducir, terminarás muerta. Y si te mueres, me dejarás sola. Así que hazme un favor y ni lo intentes —dice la señora Henrietta, abrazando a la señora Mirta.

—Está bien, está bien. No lo haré.

Su pelea juguetona me hace reír, y una vez más recuerdo por qué amo tanto este pueblo. Los personajes peculiares y la forma en que todos se conocen entre sí… es lo que hace que este lugar se sienta como un hogar.

Después de que la señora Mirta y la señora Henrietta finalmente se alejan, aún intercambiando comentarios mordaces, Violeta se gira hacia mí con una sonrisa y señala a las dos ancianas.

—Esa seremos nosotras cuando estemos viejas. Ya me lo imagino.

—Podemos ser las viejas gruñonas del pueblo y avergonzar a todos los adolescentes —digo con una carcajada.

—Por supuesto que sí. ¿Sabes qué pienso? —dice Violeta con una enorme sonrisa.

—¿Qué piensas?

—Que esto va a ser épico. Ya estoy ideando estrategias para promocionar la nueva cafetería. Tenemos que asegurarnos de que todo el mundo sepa que Josy's Sweet Shop llegará a Sweet Springs.

Asiento, sintiendo cómo la emoción vuelve a encenderse en mi interior. Violeta continúa:

—No puedo esperar para empezar. ¡Esta será nuestra mejor cafetería!

—Lo sé. Necesito llamar a Esteban y agendar una reunión. El lugar necesita renovaciones, y no estoy segura de si tienen disponibilidad para comenzar pronto —le digo a Violeta, tratando de controlar mi entusiasmo.

Violeta me lanza una sonrisa traviesa.

—Estoy segura de que si solo se lo pides a Noah, él te haría un espacio y empezaría a trabajar mañana mismo.

Niego con la cabeza, negándome a seguirle el juego.

—Eso no va a pasar. Hablaré con Esteban y solo con Esteban. No te hagas ideas, mujer.

Con eso, me dirijo a mi oficina para guardar los documentos del contrato de arrendamiento y hacer la llamada a Esteban.

Capítulo Seis

Noah

Saco el trapo húmedo de mi bolsillo trasero y me limpio el sudor que me ha estado resbalando por la cara toda la mañana. Ha sido un día brutal trabajando bajo este calor. Y sin el aire acondicionado instalado todavía, la temperatura dentro de la casa de Violeta se siente como un horno. Pero el progreso vale cada gota de sudor.

Me tomo un momento para admirar el baño principal, que está casi terminado. El trabajo de los azulejos es impecable, los accesorios brillan. Solo falta instalar el inodoro, y este baño estará completamente listo.

Cuando salgo a desempacar el inodoro, Esteban aparece, listo para ayudarme a instalarlo. Echa un vistazo alrededor de la habitación y asiente con aprobación.

—Este baño está hermoso.

—Sí, definitivamente es uno de mis favoritos —recorro con la mano el borde de la tina—. Me encanta cómo se ven la ducha y la tina una al lado de la otra. Le da un aire lujoso.

—Austin es un maestro haciendo planos. Algún día construiremos mi casa —murmura Esteban, con un poco de emoción en la voz.

—¿Sí? ¿Ya decidiste qué terreno vas a comprar o sigues pensándolo?

Sé que ha estado debatiéndose entre dos terrenos: uno cerca de aquí y otro al otro lado del pueblo. Ambos son buenos para construir, pero siempre me ha gustado el que está más cerca. La vista es

increíble y está junto al río, lo que haría que las tardes fueran bastante tranquilas.

—Creo que me quedaré con el terreno que está cerca de este —admite por fin, con una sonrisa—. Así estaré cerca de ti y de Austin. Podré fastidiarlos a los dos. Además, si pasa algo, estaremos cerca.

Suelto una carcajada, genuinamente complacido con su decisión.

—Me gusta esa idea.

Compré una casa pequeña a unos cinco minutos de aquí, así que si Esteban compra su terreno, seremos vecinos. Lo suficientemente cerca para pasar el rato cuando queramos, pero con espacio para mantener nuestra privacidad.

—¿Piensas comprarlo pronto? —pregunto, curioso por su plan ahora que finalmente ha tomado una decisión.

—Sí, ahora que tomé la decisión, creo que daré el paso esta semana —responde con determinación—. Sé que tenemos mucho trabajo, pero pienso empezar a construir los fines de semana. Si alguno de los muchachos quiere ganar un poco de dinero extra, puede ayudar. No tengo prisa por terminarla, pero Austin ya está trabajando en los planos, así que calculo que estará lista para la primavera.

—Sabes que voy a ayudarte, ¿verdad? No estás solo en esto.

—Yo sé que cuento contigo —responde con una sonrisa de alivio —. Pero eso también significa que no tendremos fines de semana libres por los próximos meses.

—¿Podrás con eso? —lo provoco, sabiendo cuánto le gusta descansar los fines de semana.

Esteban suelta una carcajada con un brillo travieso en los ojos.

—Claro. Además, ¿qué son unos meses de trabajo duro si significa que tendré la casa que siempre quise?

—Tienes razón.

Sonrío, ya imaginando los largos meses que nos esperan. Pero valdrá la pena construir algo desde cero, especialmente para un amigo.

Mientras colocamos el inodoro en posición, el teléfono de Esteban suena, rompiendo el silencio. Lo saca del bolsillo y una

sonrisa enorme se extiende por su rostro. Me mira de reojo y mueve las cejas con picardía.

—Hola, mi hermosa Josy. ¿Cómo estás? —su sonrisa está dirigida directamente a mí, dejando claro que está disfrutando lo que sea que esté pasando

¿Josy? ¿Por qué lo está llamando? Me esfuerzo por captar sus palabras, pero lo único que veo es a Esteban asintiendo con la cabeza, todavía sonriendo como un idiota.

—Eso es una noticia increíble. Estoy muy orgulloso de ti —dice.

Escucha un poco más, su expresión está cambiando a algo casi... ¿emocionado? ¿Qué demonios le está diciendo?

—Hmm, está bien. Claro. ¿Mañana? —Esteban sigue asintiendo, su emoción creciendo aún más mientras se encuentra con mi mirada —. Nos vemos mañana, entonces. Adiós.

Guarda su teléfono en el bolsillo, todavía sonriendo. No puedo soportar más la incertidumbre.

—¿Qué? Suéltalo de una vez, cabrón—le exijo, intentando mantener la impaciencia fuera de mi voz.

—Tranquilo, mi pana —Esteban claramente está disfrutando alargándolo—. Josy está rentando un local para abrir una nueva cafetería y quiere que hagamos la remodelación.

—¿En serio? —Me toma por sorpresa. ¿Josy realmente quiere que nosotros nos encarguemos de la remodelación? Es difícil de creer.

—Bueno, déjame aclarar —dice Esteban con una sonrisa burlona —. Quiere que *yo* haga la remodelación. Fue muy explícita en su petición de que no quiere que *tú* estés involucrado.

Mi estómago se revuelve ante sus palabras.

—¿Dónde queda ese nuevo lugar?

—Está en Sweet Springs —responde, todavía sonriendo—. Me enviará la dirección por mensaje, y se supone que me reuniré con ella mañana a las tres de la tarde.

—Querrás decir que *yo* me reuniré con ella a las tres de la tarde, porque tú estarás ocupado trabajando —lo corrijo, mi mente ya ideando posibilidades.

—Eso es cierto. Estaré ocupado mañana —dice Esteban, sabiendo perfectamente que no pienso dejarlo ir. Si Josy quiere hacerse la difícil, estoy más que dispuesto a jugar. Esta remodelación es solo otra manera de atravesar sus defensas. Y si cree que puede evitarme, está muy equivocada.



Llego diez minutos antes a la cita de Josy, aprovechando el tiempo para inspeccionar el lugar. El edificio es viejo pero resistente, con ladrillos desgastados y un toldo descolorido que le da un encanto vintage. Está ubicado entre una boutique que vende velas artesanales y una papelería, ambas llenas de compradores. La calle vibra con el murmullo de los lugareños. Es casi como estar en Honey Springs, con sus tiendas pintorescas, caras amigables y la bruma azulada de las montañas al fondo.

La nueva cafetería de Josy encajará a la perfección. Es fácil imaginar su nombre en letras grandes y elegantes sobre la puerta y el aroma tentador del café flotando en la calle.

Mientras observo el edificio, veo a alguien salir de su carro, y ahí está ella. Se acerca al local, las llaves tintineando mientras abre la cerradura, sin notar mi presencia. No puedo evitar mirarla un segundo más de lo que debería. Lleva una falda fluida que se balancea con cada paso y una camisa blanca, metida en la cintura. Se ve hermosa. Y molesta, como siempre.

Cuando me ve acercarme, su rostro se endurece en un ceño fruncido. Genial. Esto ya va de maravilla.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, su voz afilada como un cuchillo.

—Hola, Josy. Encantado de verte también —respondo con un tono deliberadamente casual—. Esteban no pudo venir, así que me envió en su lugar.

Coloca las manos en sus caderas y deja escapar un suspiro exasperado.

—Oh, por supuesto que lo hizo. ¿Y no pudo llamarme para avisar?

—No quería arruinar la sorpresa —digo, mostrándole mi sonrisa más encantadora.

Sus ojos se entrecierran, nada impresionados.

—La próxima vez, olvídate de las sorpresas. Odio las sorpresas.

—Lo tendré en cuenta —digo, asintiendo solemnemente como si estuviera tomando nota—. Ahora, ¿vas a dejarme entrar o vamos a hacer esta consulta en la acera?

Josy murmura algo en voz baja—probablemente unas palabritas malas—y se hace a un lado, apenas lo suficiente para dejarme pasar.

El interior del edificio está en penumbra, con rayos de sol filtrándose a través de los huecos en los periódicos viejos pegados en las ventanas. El aire huele ligeramente a polvo y a potencial olvidado.

Mientras Josy empieza a explicarme sus planes, la sigo por el espacio, tomando notas en mi teléfono. Está completamente concentrada en el negocio, su tono es cortante, pero hay un brillo en su voz cuando describe su visión.

—Quiero que se derriben estas paredes para abrir el espacio —dice, gesticulando con énfasis—. El baño es un desastre, y la cocina... ni me hagas empezar. Necesita de todo.

Asiento, fingiendo escribir algo.

—Entendido. Paredes fuera, cocina mágica, baños menos aterradores. ¿Algo más?

Se detiene a mitad de paso y me fulmina con la mirada.

—Lo digo en serio, Noah. No juegues con esto. No necesito tus bromas ahora mismo.

—¿Quién dijo que estaba bromeando? —respondo con inocencia —. Me tomo muy en serio tu imperio cafetero.

Sus ojos brillan, y por un segundo, creo que me va a lanzar algo. En cambio, cruza los brazos y resopla.

—Eres imposible.

—Me han llamado cosas peores —digo encogiéndome de hombros.

Josy ni siquiera se molesta en responderme. Da media vuelta y se aleja, pero yo solo sonrío mientras la sigo. Es apasionada, terca y absolutamente cautivadora.

Cuando terminamos el recorrido, la miro de reojo.

—Creo que puedo terminar en unas cuatro semanas, tal vez menos, dependiendo de los materiales. Pero seremos principalmente yo y un par de mis empleados. ¿Te parece bien?

—Mientras se haga —responde con cautela.

—Se hará —le aseguro, sonriendo—. No te fallaría, Josy. Lo sabes.

Me sostiene la mirada durante un largo momento.

—Dices eso, pero tengo la sensación de que vas a volverme loca.

—Probablemente —admito, inclinándome un poco hacia ella—. Pero valdrá la pena. Ya lo verás.

Josy gira los ojos con impaciencia y se dirige a la puerta.

—No la cagues.

Cuando salgo, no puedo evitar soltar una risa. Puede que ella crea que me está manteniendo a raya, pero esta batalla está lejos de haber terminado.

Sentado en mi guagua, agarro el teléfono y le mando un mensaje a Esteban y Austin.

Yo: Ella va a matarme antes de que termine este proyecto. Recen por mí.

Esteban: ¿Se enojó porque fuiste tú quien apareció?

Yo: ¿Enojada? Oh sí, estaba furiosa. Pero se contuvo, no dijo mucho.

Austin: ¿De qué están hablando?

Esteban: Josy quiere que remodelemos el edificio que alquiló para su nueva cafetería. Me pidió que fuera a darle un presupuesto.

Austin: Y supongo que quien apareció fue Noah.

Yo: Exacto. Esteban convenientemente "no pudo ir", así que yo me encargué.

Esteban: Oye, necesitabas la oportunidad, solo estaba ayudando a un hermano.

Austin: ¿Y cuál es el plan ahora?

Yo: Voy a asegurarme de que este proyecto salga perfecto. Tengo cuatro semanas para ganármela, y no voy a perder ni un segundo.

Esteban: Solo no la cagues. No te lo va a poner fácil.

Austin: Sí, Josy es dura, pero si alguien puede derribar sus barreras, eres tú.

Yo: Cuento con eso. Esta es mi oportunidad, y no pienso quitarme.

Capítulo Siete

Josy

Después de que Noah se va, finalmente me permito respirar hondo, el primero desde que puse los ojos en él. Dios, se veía tan bien hoy, con esa camiseta negra que se ajusta perfectamente a su pecho, resaltando cada centímetro de sus músculos esculpidos. Sus pantalones oscuros y la gorra negra que llevaba hacia atrás… debería ser ilegal verse así de bien solo para ir a trabajar.

El segundo en que abrí la puerta y lo vi parado allí con esa sonrisa irritantemente hermosa, me desestabilizó por completo. Debí haber sabido que Esteban no vendría y que enviaría a Noah en su lugar. Esteban puede ser un fastidio, y esto es exactamente el tipo de cosa que haría solo para molestarme. Pero si soy honesta conmigo misma, en el fondo quería que fuera Noah quien viniera.

Por mucho que me pese admitirlo, hay algo en él que todavía logra meterse bajo mi piel como nadie más lo hace. No soporto lo fácil que es para él desconcertarme, con su mera presencia hace que mi corazón se acelere. Es francamente exasperante. Pero, al mismo tiempo, hay una parte de mí que lo ansía, que lo anhela. Después de todo este tiempo, sigo sintiendo la misma atracción que siempre he sentido por él. Odio que él lo sepa también, que pueda ver a través de mis defensas sin importar cuánto me esfuerce en mantenerlo fuera.

No entiendo por qué no puedo seguir adelante. ¿Por qué comparo a cada hombre con Noah? Ni siquiera lo he besado. No sé lo que se siente enredar mis dedos en su cabello, tocar su rostro o

sentir sus labios sobre los míos. Es ridículo, en realidad. He salido con otros hombres, me he divertido, pero nunca he sentido esta atracción por nadie más. Nadie más ha hecho que mi corazón se acelere como él, y eso es lo que lo hace tan frustrante. ¿Cómo puede alguien con quien nunca he estado tener tanto poder sobre mí?

Camino por el espacio vacío, intentando sacudirme la tensión persistente de nuestro encuentro. Todavía puedo sentir el calor de su mirada, la manera en que me observó como si yo fuera lo único que importara en ese momento. Es inquietante lo fácil que le resulta hacerme sentir que pierdo el control.

Pero no puedo dejar que me afecte. No lo haré. Esto es un negocio, nada más. Lo contraté—o más bien, a Esteban—para renovar este lugar, y ahí termina nuestra relación. Tengo que recordármelo, aunque cada parte de mí grite por más.

Me detengo en el centro del local y cierro los ojos, obligándome a concentrarme. Este lugar va a quedar increíble cuando esté terminado, y no puedo permitirme que la presencia de Noah descarrile mis planes. Se trata de crear algo especial, algo que sea mío. He trabajado demasiado para dejar que mis sentimientos por él lo compliquen todo.

Pero cuando respiro hondo de nuevo, no puedo evitar preguntarme si tal vez estoy luchando una batalla perdida.



Hoy ha sido un torbellino absoluto. La campaña en redes sociales de Violeta, ofreciendo un pastel o dulce gratis con cada café, ha convertido mi pequeña cafetería en un carnaval caótico. Es emocionante, por supuesto, ver tantas caras abarrotando el mostrador, pero no anticipé este nivel de locura. Edna ha estado horneando sin parar desde el amanecer, la pobre mujer parece un remolino lleno de agotamiento.

¿Y yo? Probablemente no luzco mejor. Mi delantal está cubierto con una mezcla misteriosa de masa y glaseado. Mi cabello, que al inicio del día estaba recogido en una redecilla, se ha rebelado, con rizos escapándose por todos lados.

Finalmente, la multitud del almuerzo comienza a disiparse, dándonos un respiro muy necesario. Me meto en el baño, cierro la puerta detrás de mí y me miro en el espejo. *Ay, Josy.* Mis cachetes están enrojecidas, mechones de pelo se pegan a mi frente y una mancha sospechosamente parecida a relleno de frambuesa se extiende por mi mandíbula.

Me restriego las manos con fuerza, luego acomodo mis rizos en un intento de no verme destruida y limpio el relleno de frambuesa. Alisando mi delantal, murmuro para mí misma: "Profesionalismo, Josy. Tienes una cafetería, no un campo de batalla."

Satisfecha con mi apariencia ya que me veo presentable, abro la puerta y salgo… chocando de lleno contra lo que se siente como una pared de ladrillos. Una pared cálida, firme y, definitivamente, humana.

—Noah —solté en un susurro tenso, con el estómago dando un vuelco al encontrarme con su mirada. Sus manos están en mis hombros, sujetándome con una suavidad irritante, como si fuera una muñeca de porcelana frágil en vez del desastre cubierto de harina que realmente soy.

—Bueno, hola para ti también —dice con su típica sonrisa engreída—. ¿Ibas a algún lado con tanta prisa, Josy? ¿O estabas así de emocionada por verme?

—¿Emocionada? No te halagues tanto, grandulón —respondo, apartando sus manos de mis hombros—. Y podrías, por favor, no pararte en medio del pasillo.

Él arquea una ceja, su sonrisa ampliándose aún más.

—Un simple "gracias" hubiera sido suficiente. Pero bueno, sabes que disfruto de nuestras pequeñas charlas.

Cruzo los brazos y le dedico una mirada fulminante.

—Tú disfrutas escucharte hablar, Noah. No confundas eso con que me guste tu compañía.

Su risa es baja y relajada, como si esto fuera lo más divertido del mundo.

—Vamos, Josy. Admítelo. Soy un grandulón guapo, y me extrañarías si no estuviera por aquí.

—¿Extrañarte? —bufó, rodeándolo para dirigirme al mostrador—. Lo único que extrañaría es la paz y el silencio cuando no estás cerca. Ahora, si no te importa…

—Espera —me interrumpe, caminando a mi lado—. No respondiste mi afirmación.

—¿Cúal? —pregunto con fastidio.

—Si soy un grandulón guapo —su tono es burlón, su sonrisa, pura travesura.

Me detengo en seco y me giro para encararlo.

—Tú… eres insoportable, eso es lo que eres.

—¿Insoportablemente guapo? —contraataca, sus ojos brillando con diversión.

Antes de que pueda lanzarle una réplica cortante, alguien carraspea detrás de nosotros.

—Disculpen —dice un cliente, con evidente irritación en su tono —. ¿Están teniendo un momento de telenovela o puedo usar el baño?

El calor inunda mis cachetes mientras murmuro:

—¡Perdón! Por supuesto, adelante.

Me hago a un lado, fulminando a Noah con la mirada mientras él apenas puede contener la risa.

—No veo el problema —dice en voz baja, lo suficientemente cerca para que solo yo lo escuche—. Creo que hacemos un gran equipo. Tú, toda nerviosa; yo, encantador… es el equilibrio perfecto.

—Ay, por favor —le susurro, alejándome de su órbita—. Eres tan encantador como un mapache hurgando en la basura.

—Y aún así, no puedes evitar acercarte —replica, con esa maldita sonrisa confiada.

Abro la boca para responder, pero la cierro de golpe, decidiendo que no vale la pena gastar mi energía en él.

—En fin —dice Noah, rompiendo la tensión—. Pasaré mañana, o quizás más tarde hoy, con la cotización para la remodelación.

También te explicaré lo que planeo hacer con el lugar.

—Está bien —murmuro, intentando sonar indiferente, aunque en el fondo ya estoy contando los minutos hasta verlo de nuevo.

Me alejo de él y me dirijo hacia la cocina, pero alcanzo a oírlo decir:

—Mujer terca.

No me doy la vuelta, pero una sonrisa se asoma en mis labios a pesar de mis intentos por ocultarla.

Al llegar al frente de la tienda, veo a Violeta limpiando el mostrador, con una sonrisa que lo dice todo. Respiro hondo y niego con la cabeza, murmurando:

—Ahora no.

Paso de largo, decidida a evitar cualquier burla, y me meto en la cocina, donde me mantengo ocupada el resto del día.

Han pasado horas desde mi encuentro con Noah, pero aún siento esa energía nerviosa recorriéndome el cuerpo. Edna está a punto de irse, y con todos los pasteles y dulces en el horno, nos enfocamos en limpiar el área. La cafetería por fin está en silencio, permitiéndome tomar una respiración profunda y calmante por primera vez en el día.

—Nena, ¿estás bien? —pregunta Edna con tono preocupado.

—Sí, ¿por qué? —respondo, tratando de sonar casual.

—Porque parece que tienes la cabeza en las nubes. He estado intentando hablar contigo durante las últimas horas, pero has estado en otro mundo —dice, arqueando una ceja.

—¿De verdad? Supongo que he estado perdida en mis pensamientos —admito, aunque sé exactamente en qué—o más bien en quién— he estado pensando.

—Querida Edna, nuestra Josy está enamorada —interviene Violeta mientras entra en la cocina, con ese tono burlón tan suyo.

Le lanzo una mirada asesina, advirtiéndole en silencio que no se atreva a seguir con eso.

—¡Oh, qué maravilloso! ¿Quién es el afortunado? —pregunta Edna con curiosidad.

—¡Nadie! —respondo casi gritando, interrumpiéndola antes de que Violeta pueda mencionar el nombre de Noah. Siento las

cachetes ardiendo de vergüenza, pero me niego a darle la satisfacción de verme aún más incómoda.

Violeta se ríe, disfrutando mi incomodidad.

—Claro, Josy. Lo que tú digas —dice con una sonrisa cada vez más amplia antes de salir de la cocina.

Suelto un suspiro frustrado y me concentro en limpiar el mostrador con más fuerza de la necesaria.

—Son imposibles —murmuro, pero en el fondo sé que no están del todo equivocadas.

Mientras sigo restregando la superficie ya limpia, Edna se seca las manos en su delantal y dice:

—Nos vemos mañana, mi niña.

—Vete a casa y descansa, Edna. Hemos trabajado duro hoy, y apostaría lo que sea a que tus pies te están matando.

—Oh, en eso tienes razón —responde con una sonrisa cansada—. Voy a hacer que Tony me dé un buen masaje. Puede usar esas manos grandes y ásperas conmigo.

Edna mueve las cejas de manera sugestiva, y su tono juguetón me hace soltar una carcajada.

Edna ha estado conmigo desde el día en que abrí la cafetería, pero la conozco desde que era niña. Era amiga de mi abuela, y cuando perdí a mis abuelos, Edna ocupó su lugar, convirtiéndose en una especie de abuela para mí. Ha estado a mi lado todos los días, y la quiero con todo mi corazón. Me siento afortunada de que, a pesar de su edad, siga con ganas de trabajar y estar de pie todo el día.

—No te sobrecargues, Edna —le digo con cariño—. Te mereces un buen descanso.

—Oh, no te preocupes por mí, querida —responde con un brillo travieso en los ojos—. Estaré aquí mañana, bien temprano, lista para lo que sea que me pongas hacer.

Sonrío, agradecida.

—Claro que si.

Observo a Edna salir, sintiendo el pecho cálido de afecto. Ha sido mi pilar, y no sé qué haría sin ella.

Con Edna fuera, la cocina impecable y todos los pasteles y dulces enfriándose en la rejilla, me dirijo al frente de la tienda. Violeta está

en el mostrador, rellenando los envases de azúcar con una expresión concentrada. Cuando me ve, se detiene y arquea una ceja.

—¿Cuándo vas a decirme qué pasó? —pregunta, con un tono que deja claro que no aceptará evasivas.

Finjo no entender, pero Violeta no se lo traga. Me lanza esa mirada de "te conozco demasiado bien", y sé que no tengo escapatoria.

—No hay nada que contar —digo, esforzándome por mantener la voz firme.

Violeta deja el envase de azúcar sobre el mostrador y cruza los brazos.

—Estoy bastante segura de que sí lo hay. Recuerdo perfectamente cuando querías decirle a Noah que estabas enamorada de él… hace diez años, para ser exactos. Pero nunca lo hiciste. Cada vez que te preguntaba, cambiabas de tema, y yo estaba demasiado ocupada con Adrián para insistir. Pero, Josy, han pasado diez años. ¿Por qué actúas como si lo odiaras ahora? Si es que puedo llamarlo odio, porque desde donde yo estoy, parece más bien que nunca lo superaste.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que quiero admitir. Abro la boca para discutir, para decirle que está equivocada, pero las palabras mueren en mis labios. ¿Cómo puedo negar algo que he estado ocultando incluso de mí misma durante tanto tiempo?

—No es tan simple, Violeta —mis palabras apenas son un susurro.

—Entonces hazlo simple —responde con suavidad—. Has estado cargando con esto durante una década, Josy. ¿No crees que ya es hora de averiguar qué es lo que realmente quieres?

Me muerdo el labio y aparto la mirada.

—Es solo que… no puedo. —La frustración y la confusión burbujean en mi interior.

—Te das cuenta de que Noah va a encargarse de la remodelación de tu nuevo local, ¿verdad? Eso significa que vas a verlo todo el tiempo.

Jugueteo con un hilo suelto de mi delantal, evitando su mirada.

—Sí, lo sé.

—¿No te vas a cansar de luchar contra esto? —Inclina la cabeza, observándome atentamente—. De tratarlo como si lo odiaras cuando es obvio que no es así.

Levanto la vista bruscamente, lista para negarlo, pero la expresión suave de Violeta me detiene. No me está juzgando, solo está preocupada.

—No lo odio —admito sin poder detenerme.

—Lo sé —responde con dulzura—. Pero tampoco te lo estás poniendo fácil. Todo este fingir, todo este esfuerzo por alejarlo… tiene que ser agotador, Josy.

—No sé qué más hacer, Vi —suspiro, pasándome una mano por la cara—. Llevo tanto tiempo así que no sé cómo parar.

Violeta da un paso más cerca, su voz tranquila y firme.

—Paras siendo honesta contigo misma. Dejas de pelear con lo que sientes y comienzas a enfrentarlo. Porque, te guste o no, Noah va a estar cerca mucho más ahora. Y vas a tener que lidiar con lo que sea que hay entre ustedes.

Trago con dificultad, dejando que la realidad de sus palabras se asiente en mí. Tiene razón, Noah trabajando en la nueva cafetería significa que no podré evitarlo, por mucho que quiera. Y tal vez, en el fondo, no quiero evitarlo en absoluto.

—Supongo que tendré que averiguarlo entonces —digo con voz baja.

Violeta sonríe con un brillo de comprensión en los ojos.

—Esa es la actitud. Y quién sabe, tal vez esto sea justo lo que necesitas para dejar de huir de una vez por todas.

Le devuelvo una sonrisa débil, aunque mi corazón late con fuerza debido a la incertidumbre. La idea de estar cerca de Noah todos los días, de finalmente enfrentar los sentimientos que he estado reprimiendo por tanto tiempo, me aterra. Pero tal vez Violeta tiene razón. Tal vez sea hora de dejar de fingir y empezar a aceptar la verdad.

La verdad es que nunca dejé de amar a Noah. Lo intenté, realmente lo intenté, pero nada funcionó. Así que enterré todos mis sentimientos en lo más profundo de mi corazón, esperando que se quedaran ocultos para siempre. Durante años, lo he visto de lejos,

saliendo con una mujer tras otra, y con cada una de ellas, una parte de mí moría de celos y rabia. Por eso su atención ahora me desconcierta tanto. No entiendo qué ha cambiado. ¿Por qué de repente intenta hablarme, incluso coquetear conmigo? No tiene sentido.

Es difícil actuar diferente ahora porque, en mi mente, nada ha cambiado realmente. Sé que Noah no hizo nada malo. Solo éramos amigos, y fui yo quien se enamoró. Pero aquel día, cuando lo escuché hablar con su "babe", algo dentro de mí se rompió. Todas mis esperanzas de estar con él se evaporaron en un instante, dejándome humillada y con el corazón hecho pedazos. Y supongo que nunca supe cómo dejar de sentirme así.

—Lo pensaré —digo, intentando sonar más segura de lo que me siento.

Violeta asiente, satisfecha.

—Bien. Solo recuerda, Josy, eres más fuerte de lo que crees. Y mereces ser feliz, sea lo que sea que eso signifique para ti.

Mientras ella vuelve a su tarea, yo me quedo allí, sintiendo el peso de sus palabras sobre mí. Tal vez sea hora de dejar de huir de mis sentimientos, de dejar de esconderme detrás de los muros que construí alrededor de mi corazón. Pero la idea de abrirme a Noah, de permitirme tener esperanza otra vez, es aterradora, y no sé si eso alguna vez cambiará.

Aún así, algo en las palabras de Violeta se aferra a mi mente. Quizás, sí merezco ser feliz.

Capítulo Ocho

Noah

Hace un par de años, cuando el negocio empezó a despegar, Esteban y yo nos dimos cuenta de que no podíamos seguir manejándolo desde la parte trasera de mi camioneta y un rincón de su garaje. Necesitábamos un espacio adecuado y a alguien que nos ayudara a manejar el caos. Fue entonces cuando Eva, mi hermana, nos sugirió a su amiga Payton. Resultó ser un salvavidas: inteligente, eficiente y, de alguna manera, siempre dos pasos adelante de nosotros.

La oficina es pequeña pero funcional, ubicada en una esquina de un modesto edificio en el centro. El aroma a café fresco flota en el aire, gracias al suministro constante de Payton. Ella mantiene todo funcionando tan bien que, incluso en los raros días en los que Esteban y yo no estamos, el lugar sigue operando.

Hoy estoy aquí para recoger el estimado que finalicé para el Sweet Shop de Josy. La remodelación ha estado en mi mente sin parar, no solo porque es un proyecto importante, sino por ella.

Mientras camino hacia el escritorio de Payton, la veo sentada con su postura firme, sus dedos volando sobre el teclado. Al acercarme, levanta la vista con una expresión que ya lo dice todo.

—¿Tuviste oportunidad de imprimir el estimado para el Sweet Shop de Josy? —pregunto, apoyando una mano en el borde de su escritorio.

Asiente y alcanza una carpeta azul.

—Aquí está. Todo está contabilizado.

—Perfecto —digo, abriéndola para revisar el contenido. Cada línea está detallada cuidadosamente, desde los costos de demolición hasta los acabados elegantes que Josy pidió. Mientras repaso los números, me sorprendo preguntándome si le gustará. No, más bien espero que le guste.

—Tienes buen ojo para los detalles, Noah —dice Payton con un tono ligero pero aprobatorio—. A Josy le va a gustar eso.

Levanto la vista del presupuesto y le dedico una sonrisa rápida.

—Gracias. Solo quiero asegurarme de que sea exactamente lo que espera.

Payton arquea una ceja.

—¿Y quizás un poco más? —Su voz tiene un matiz burlón que decido ignorar, fingiendo que no capté la insinuación.

—Tal vez —respondo con indiferencia, cerrando la carpeta—. Gracias, Payton.

—Para eso estoy aquí —dice, ya enfocándose de nuevo en su pantalla.

Recojo mis llaves y el resto de mis cosas de la oficina antes de salir al estacionamiento. El sol de la tarde brilla sobre el bonete de mi guagua mientras subo y arrojo la carpeta al asiento del pasajero.

Al encender el motor, mis pensamientos derivan, sin querer, hacia Josy. Su voz, su actitud desafiante, la forma en que finge que la saco de quicio cuando en realidad veo ese destello de algo más en sus ojos. Una mezcla de anticipación se revuelve en mi pecho, acompañada de algo que no logro identificar del todo.

Apretando un poco más el volante, mi mirada se queda fija en la carpeta. Pero no es solo el trabajo lo que espero con ansias.

Nuestro último encuentro fue divertido, y no puedo esperar para volver a provocarla. Me encanta cuando actúa como si estuviera furiosa conmigo, cuando en realidad sé que está fingiendo. Apostaría cualquier cosa a que le encanta nuestro tira y hala.

Me tomó cuatro días poder sentarme y finalmente terminar el estimado, ya que he estado ocupado. Estamos hasta el cuello con otros proyectos, y he estado lidiando con plazos de entrega, intentando cerrar uno para poder enfocarme en la renovación de la nueva tienda de Josy.

Cada día de esta última semana ha sido un reto. Mi mamá ha estado insistiendo en que los visite a ella y a mí papá, pero apenas tengo tiempo para respirar, mucho menos para hacer un viaje. Aunque, en cierto modo, agradezco el ritmo acelerado. Significa que el negocio está prosperando, algo que nunca doy por sentado.

Nunca imaginé que estaría haciendo esto después de no haber ido a la universidad. Hubo un tiempo en el que pensé que esa decisión me perseguiría para siempre. Mis hermanas y todos los demás tenían sus dudas, pero yo estaba decidido a demostrarles que estaban equivocados. Trabajé duro, hice conexiones e hice lo que tenía que hacer para salir adelante. Ahora, cada día lleno de trabajo, cada proyecto que se suma a nuestra lista, es la prueba de que tomé la decisión correcta.

Pero incluso con todo este éxito, hay algo que me falta, y creo que es Josy. Tal vez sea el desafío, la forma en que me mantiene alerta, o el hecho de que, a pesar de todo, nunca he podido seguir adelante por completo. Pensé que íbamos a ser algo, y luego simplemente desapareció. Traté de olvidarme de ella, salí con otras mujeres y me acosté con muchas, buscando algo significativo, pero no encontré a nadie con quien quisiera pasar más de una noche. No hay nadie con quien me sienta más conectado que con Josy. No sé qué tipo de poder tiene sobre mí, pero quiero descubrirlo.

Al estacionarme, me tomo un momento para mirarme en el retrovisor.

—Hoy no vas a provocar a Josy —me digo en voz alta, esperando establecer el tono correcto para nuestra reunión. Por mucho que me guste verla sonrojarse y perder la compostura, hoy quiero mantener una conversación más civilizada. Al fin y al cabo, esto es un asunto de trabajo.

Salgo de la guagua y camino hacia la cafetería. Algunas caras conocidas pasan por la acera, y les dedico un saludo rápido. Al empujar la puerta, el aroma del café recién hecho me recibe de inmediato. Es tarde y el lugar está casi vacío.

Violeta está sentada en una mesa, concentrada en su laptop, pero al verme, levanta la vista y sonríe.

—Hola, Noah. ¿Cómo estás?

—Hey, Vi. ¿En qué trabajas? —pregunto, echando un vistazo a la pantalla.

—Oh, solo algo de contenido para redes sociales. Ya sabes, manteniendo la cafetería en el feed de todos. ¿Vienes a comer algo?

—No, vine a hablar con Josy. ¿Está aquí? —intento que mi tono suene casual.

—Está en su oficina. Te llevo hasta allá.

Violeta se levanta y la sigo a través del local. A medida que avanzamos hacia la parte trasera, no puedo evitar sentir cierta tensión en el aire, una mezcla de anticipación y nervios. Estoy a punto de entrar en el espacio de Josy, y quiero que esta reunión sea diferente. Quiero abrir una brecha en el muro que ha levantado entre nosotros, aunque sea pequeña.

Violeta se detiene frente a una puerta y me hace un gesto para que pase.

—Suerte —susurra con una sonrisa burlona antes de regresar a su mesa.

Respiro hondo y golpeo suavemente la puerta antes de abrirla.

—Adelante —escucho decir a Josy desde dentro.

Abro la puerta lentamente y entro en la pequeña pero ordenada oficina. Josy está sentada detrás de su escritorio, su cabello rizado cayendo sobre sus hombros, y por un momento, me distrae el intenso deseo de cruzar la habitación, tomarla entre mis brazos y besarla hasta dejarla sin aliento. Me imagino mis dedos enredándose en sus rizos oscuros, arrancándole un gemido, pero sacudo ligeramente la cabeza, intentando despejarme. *No es el momento ni el lugar, Noah.*

Fuerzo una sonrisa cuando ella levanta la vista y me ve en la puerta. Se nota su sorpresa antes de que la oculte rápidamente. Antes de que pueda decir algo, entro por completo y cierro la puerta detrás de mí.

—Hola, Josy. Vine a hablar sobre la cotización que te prometí —digo, levantando la carpeta azul como prueba.

Ella entrecierra los ojos ligeramente, claramente sin intención de hacerme la vida fácil.

—Dijiste que vendrías hace tres días.

Me encojo de hombros con una sonrisa culpable.

—Tenía la intención, pero estaba muy ocupado en el trabajo. Quería terminar otro proyecto antes de comenzar con el tuyo. No quería hacer las cosas a medias, especialmente no contigo.

Su expresión se suaviza un poco, aunque intenta mantenerla reservada. —Ya veo. Bueno, agradezco que te tomes el tiempo ahora.

—Por supuesto. Sé lo importante que es esto para ti. —Me acerco a su escritorio y coloco la carpeta sobre la superficie, deslizándola hacia ella—. Todo está detallado aquí: lo que haremos, el cronograma, el costo. Mi objetivo es comenzar lo antes posible, siempre que estés de acuerdo.

Josy toma la carpeta y la abre, hojeando las páginas. La observo, notando cómo su ceño se frunce ligeramente en concentración. Dios, incluso cuando está completamente enfocada en los negocios, es cautivadora. Sus hermosos labios se fruncen mientras revisa el estimado, y su dedo delicado sigue las líneas a medida que lee. Sus uñas están pintadas de un rosa claro, y de inmediato pienso en cómo se sentiría si las usara para arañarme la espalda mientras la tomo con fuerza, o cómo se verían envueltas alrededor de mí—*Basta con los pensamientos sucios. Concéntrate en el trabajo.*

Cuando Josy sigue revisando el estimado, veo cómo su expresión cambia a una mezcla de confusión y sospecha. —Noah —dice lentamente, su voz impregnada de duda—, ¿por qué el costo de este proyecto es tan bajo? Esto no puede estar bien.

Me reclino en mi silla, tratando de contener una sonrisa. —Está bien. Solo te estoy cobrando el costo de los materiales.

Su cabeza se alza de inmediato, y esos ojos oscuros suyos prácticamente me lanzan dagas. —¿Qué? ¿Por qué? Puedo pagar por tu trabajo, Noah. No necesito caridad.

—No es caridad, Josy —digo con calma, manteniendo mi tono firme—. Quería darte un respiro en los costos de mano de obra, ya que seré yo quien haga el trabajo. Es mi manera de ayudarte.

—¡No necesito tu ayuda! —espeta, su voz elevándose en ese tono familiar que siempre logra afectarme—. Puedo pagarte por tu

trabajo, y quiero hacerlo. No necesito un trato especial solo porque nosotros…

—¿Nosotros qué? —la interrumpo, mi voz firme pero controlada —. ¿Porque somos amigos? ¿Porque tenemos historia? Mira, Josy, no lo estoy haciendo por lástima. Lo hago porque quiero. Déjame ayudarte.

Ella empuja su silla hacia atrás con tanta fuerza que por un momento casi intento estabilizarla. Se levanta de un salto, la frustración irradiando de cada movimiento.

—No quiero tu ayuda, Noah. Quiero pagarte lo que mereces.

También me levanto, acercándome lo suficiente para ver el fuego en sus ojos.

—Y yo te digo que esto es lo que quiero hacer. No vas a hacerme cambiar de opinión. Déjame hacer esto por ti.

Nos quedamos ahí, separados por apenas unos centímetros, la tensión entre nosotros es casi tangible. Finalmente, tras un largo silencio, ella habla, su voz más suave pero aún tensa.

—Está bien. Pero ni por un segundo creas que estoy de acuerdo con esto.

Dejo que mi sonrisa se suavice, tratando de mostrarle que hablo en serio. —No hay problema —digo, apoyándome en el borde de su escritorio, acortando un poco la distancia entre nosotros—. Tendré a algunos de mis muchachos conmigo, pero estaré allí la mayoría de los días. Quiero asegurarme de que todo salga bien.

Su mirada titubea, y puedo ver que intenta mantener su fachada de indiferencia.

—Estoy segura de que sí. Siempre has sido muy meticuloso.

No puedo evitar la sonrisa que se forma en mis labios. —Esa es una manera de describirme.

Ella rueda los ojos, y por un breve segundo veo un destello de la vieja Josy, la que no mantenía tanta distancia conmigo. Pero luego desaparece, reemplazada por esa barrera que ahora nos separa.

—Entonces, ¿cuándo piensas empezar? —pregunta, llevando la conversación de vuelta a lo profesional.

—Cuando estés lista. Podemos pedir los materiales mañana, y si todo va bien, podemos empezar la próxima semana. ¿Te parece

bien?

Josy asiente, pero noto la ligera tensión en su postura. Puedo decir que aún está conteniéndose, todavía dudando. Pero por ahora, esto es un avance.

—Bien, entonces. Te dejo trabajar —digo, alejándome del escritorio y dirigiéndome hacia la puerta—. Mañana te llamo para confirmar todo.

—Gracias, Noah —dice en voz baja, su tono más suave que antes.

Me detengo en la puerta y la miro por encima del hombro. —De nada, Josy.

Con eso, salgo de su oficina, mi corazón aún latiendo con fuerza por haber estado tan cerca de ella. Hoy fue solo sobre negocios, pero no pienso rendirme en derribar ese muro que ha construido entre nosotros. Todavía no.

Capítulo Nueve

Josy

Si no fuera porque no hay nadie más disponible para remodelar el espacio de mi cafetería, jamás me habría encontrado en esta jodida situación. ¿Cómo se atreve a pensar que puede venir aquí y ofrecerme caridad? ¿Quién se cree que es? Como si yo fuera una damisela en apuros esperando a que él venga a rescatarme como todo un héroe. Así no funcionan las cosas, no para mí.

Mis manos tiemblan cuando cierro la carpeta de golpe. Tiene un descaro increíble al pensar que puede hacerme este favor solo por buena voluntad. No necesito la ayuda de nadie, mucho menos la de él. He manejado mi vida perfectamente bien, y no voy a permitir que Noah aparezca para hacerme sentir que no puedo arreglármelas sola.

Siempre ha tenido esa maldita habilidad de meterse bajo mi piel, de hacerme sentir cosas que he intentado con todas mis fuerzas enterrar. Y ahora está aquí, actuando como si me estuviera haciendo un gran favor. No quiero su lástima. Quiero valerme por mí misma sin sentir que le debo nada.

Pero aquí estoy, atrapada en esta situación sin nadie más a quien recurrir. Necesito esta remodelación, y la necesito bien hecha. Si no fuera por eso, le diría que se metiera su caridad por donde le quepa.

Respiro hondo, tratando de calmarme. Le pagaré por su trabajo y me mantendré al margen. Esa es la única forma de conservar mi cordura. Ahora que lo pienso, como él es quien hará el trabajo, no tendré que verlo tan seguido. No es como si fuera a conducir una

hora hasta aquí solo para almorzar en la cafetería. Supongo que tendré un respiro de verlo todos los días, lo cual es un alivio.

Lo único que realmente me tranquiliza es saber que, como Noah trabajará personalmente en la cafetería, el resultado será impecable. Por mucho que me pese admitirlo, no puedo negar que es increíble en lo que hace. Tal vez esto no sea tan terrible como lo estoy imaginando.



Durante las últimas semanas, Noah me ha estado enviando fotos del progreso en la cafetería, lo cual agradezco, pero las imágenes solo cuentan una parte de la historia. Hoy es sábado, y no puedo resistirme a verlo con mis propios ojos.

Cuando estaciono frente al local, lo primero que noto es la música retumbando desde el interior. Un rock clásico que de inmediato me transporta a nuestra adolescencia. La puerta está entreabierta, y el aroma a aserrín y pintura fresca flota en el aire, atrayéndome hacia adentro. Mi corazón se acelera, pero me repito a mí misma que es solo la emoción de ver los avances. No tiene nada que ver con él.

Al entrar, sigo el sonido de la música y el ruido rítmico de las herramientas. No me toma mucho encontrarlo. En el baño, Noah está agachado colocando una fila de azulejos recién instalados, sin camisa y concentrado, con la espalda vuelta hacia mí.

La imagen me deja paralizada. Cada movimiento hace que sus músculos se marquen, su piel brilla bajo la suave luz del techo. Mi boca se seca mientras mi mirada recorre sus anchos hombros, su cintura estrecha y la forma en que su pantalón negro se asienta perfectamente sobre sus caderas. No sabía que una espalda podía ser tan condenadamente atractiva.

El calor sube por mi cuello cuando un pensamiento peligroso cruza por mi mente: *quiero lamer cada gota de sudor de ese hombre.*

Debería irme antes de que me note, pero mis pies están clavados al suelo y mis ojos me traicionan, bebiéndose cada detalle de él como si hubiera estado vagando por un desierto.

Se gira en mi dirección de repente y su mirada se encuentra con la mía. Por un segundo, se queda congelado, y me pregunto si está tan sorprendido como yo. Luego, sus labios se curvan en una sonrisa que me da un cosquilleo me recorre el cuerpo.

—Josy —dice, su voz teñida de sorpresa y diversión—. Me asustaste, carajo.

Intento encogerme de hombros con indiferencia, buscando aparentar calma a pesar del caos dentro de mí.

—Solo vine a asegurarme de que no estuvieras perdiendo el tiempo.

Su sonrisa se ensancha mientras saca su teléfono del bolsillo y silencia la música.

—Aquí no se pierde el tiempo. Ya me conoces, siempre cumplo.

Debería decir algo ingenioso, pero mis ojos me traicionan de nuevo, desviándose hacia su pecho. Por supuesto que se da cuenta, y la comisura de su boca se curva en esa expresión arrogante y exasperante.

—¿Te gusta lo que ves?

El calor inunda mi rostro y ruedo los ojos en un intento desesperado por disimular.

—Por favor. Ponte una camisa antes de que alguien sufra un infarto.

—No parece que eso sea lo que quieres. —Se pone de pie, tomando un trapo para limpiarse las manos, y con cada movimiento, sus músculos se tensan. —Más bien parece que estabas disfrutando el espectáculo.

Se ríe cuando no le respondo, una risa profunda que vibra dentro de mí.

—¿Segura que quieres que me tape? Podrías extrañar todo esto. —Señala su torso perfectamente esculpido.

—Sí, Noah. Ahora. —Cruzo los brazos, pero mi voz carece de la firmeza que pretendía.

Con un saludo burlón, agarra su camisa y se la pone deliberadamente despacio. La sonrisa en su rostro me dice que sabe exactamente lo que está haciendo.

—Listo. ¿Mejor?

—Mucho. —Miento, aunque una parte de mí odia que me haya hecho caso.

Da un paso más cerca, y el aire entre nosotros se carga de electricidad.

—Hoy te ves hermosa. —Su tono es más suave de lo habitual.

—¿De verdad? —Su inesperado cumplido me pilla desprevenida.

Frunce el ceño, como si mi reacción lo confundiera.

—Sí. Siempre has sido hermosa, Josy. Supongo que debería habértelo dicho antes.

No sé qué responder a eso, así que desvío la conversación a un terreno más seguro.

—¿Cómo va el progreso?

Noah no insiste. Su sonrisa relajada regresa.

—Adelantado. Ven, te lo muestro.

Caminamos por el local y observo la transformación. La cocina está casi terminada, las paredes recién pintadas, y por fin puedo ver mi visión cobrar vida. Noah ha hecho un trabajo increíble, como siempre.

—Gracias. —Mi voz suena más suave de lo que pretendía.

Él se encoge de hombros, con su eterna sonrisa burlona, pero en sus ojos hay algo más profundo.

—De nada, Josy.

Doy un paso atrás, necesitando espacio antes de que mi traicionero cuerpo me delate por completo.

—Te dejo volver al trabajo. —Retrocedo hacia la puerta.

Él se apoya en el mostrador, siguiéndome con la mirada.

—Puedes volver cuando quieras.

Le lanzo una última mirada, intentando recuperar la compostura.

—Tal vez lo haga. —Es lo único que logro decir antes de girarme y salir, con el pulso martillando en mis oídos.

Pero justo cuando me doy la vuelta, mi pie se engancha en un cable de extensión. Todo sucede en cámara lenta. Estoy a punto de

meterme contra el suelo, y extiendo las manos para amortiguar la caída, pero nunca llego a tocar el piso. En su lugar, unas manos fuertes me sujetan por la cintura y me levantan de golpe.

—Mierda. —Suelto un grito ahogado, sorprendida por los reflejos de Noah.

Ahora estoy de pie, con la espalda pegada firmemente a su pecho. Su calor me envuelve, y estoy segura de que lo siento inclinarse, su rostro demasiado cerca de mi cuello, como si estuviera… oliéndome.

Me quedo inmóvil, sin saber qué hacer. Si me muevo, me soltará, pero no quiero que lo haga. Quiero quedarme aquí, atrapada en sus fuertes brazos.

Mi respiración se agita cuando siento su aliento cálido contra mi piel, enviando escalofríos por mi espalda. Lentamente, Noah desliza su nariz por la curva de mi cuello, y de forma instintiva, inclino la cabeza a un lado, dándole más acceso. No sé qué está pasando, pero no puedo moverme. No quiero moverme. Me gusta demasiado esto, y no quiero arruinarlo con palabras.

Mi corazón late con tanta fuerza que estoy segura de que él puede oírlo. Sus manos se aprietan en mi cintura, acercándome aún más a él.

De repente, su mano derecha me suelta, y la pérdida de contacto me desconcierta. Pero antes de que pueda lamentarlo, siento cómo aparta mis rizos con una suavidad que me deja sin aliento.

Y entonces, lo siento.

Su lengua, caliente y húmeda, recorriendo lentamente la curva de mi cuello.

Una oleada de calor se acumula entre mis piernas, y una ola innegable de deseo me arrastra sin piedad.

Noah desliza su boca hasta mi oreja y mordisquea mi lóbulo. Un gemido bajo e involuntario se escapa de mis labios ante la sensación. El mundo a nuestro alrededor se desvanece, dejando solo este momento cargado de electricidad. Estoy consciente de su pene erecto contra mi espalda, enviando una oleada de calor por todo mi ser.

Con valentía, giro un poco la cabeza hacia la derecha, necesitando ver sus ojos. Nuestra respiración es errática, y cuando mi mirada se encuentra con la suya, me pierdo por completo en esos ojos marrones. Hay algo ahí, una intensidad cruda que nunca había visto antes, y que despierta algo profundo dentro de mí.

Noah se inclina lentamente, sin romper el contacto visual. Nuestros alientos se mezclan, y la anticipación es casi insoportable. No puedo evitarlo. Cierro la distancia entre nosotros, y nuestros labios finalmente se tocan.

El beso es suave al principio, sus labios cálidos y firmes contra los míos, y me pierdo de inmediato en la sensación. Noah me gira para que quedemos cara a cara, y mis ojos se cierran mientras me derrito en él, saboreando el momento de estar en sus brazos. Es un beso tierno y dulce, uno que se hunde en mi alma, llenando un vacío que ni siquiera sabía que existía. Después de tanto tiempo, después de tantas palabras no dichas y miradas robadas, por fin estoy besando al hombre que nunca he podido sacar de mi mente.

Su mano se desliza hasta mi rostro, sosteniéndome con una dulzura que me desarma. El calor de su palma contra mi piel envía un escalofrío por mi espalda. Cuando su lengua roza mi labio inferior, pidiendo permiso, cedo sin dudarlo, dejándolo entrar.

Lo que comienza como algo lento y delicado se transforma en algo más intenso y apasionado. El beso se profundiza, y siento una oleada arrolladora de necesidad. Nuestras lenguas se entrelazan en una danza ardiente y embriagadora que me deja sin aliento. Sus manos exploran mi cuerpo, acercándome más, y yo correspondo, enredando mis dedos en su cabello, anclándome a él.

El mundo exterior deja de existir. Solo está Noah. Su sabor, su olor, la sensación de su cuerpo contra el mío. El beso se vuelve más desesperado, más urgente, y me entrego a la pasión latente que ha estado ardiendo entre nosotros por tanto tiempo.

Estoy perdida en la sensación, en la forma en que Noah me hace sentir. Es como si cada toque, cada movimiento, quedará impreso en mi alma. Ya no hay marcha atrás, no hay manera de fingir que esto no significa nada. Porque este beso—este momento—significa todo.

Capítulo Diez

Noah

Jamás imaginé que un beso pudiera sentirse así. Sus labios son suaves pero firmes, respondiendo a los míos con la misma intensidad que yo le entrego. Un gemido profundo escapa de mi garganta cuando su lengua se enreda con la mía, avivando el fuego que arde dentro de mí. Inclino la cabeza para profundizar el beso, y Josy se pega a mí, su cuerpo encajando a la perfección con el mío.

Dios… esta mujer sabe besar.

Mis manos exploran su cuerpo con desesperación, recorriendo cada curva, memorizando cada detalle. Me aferro a su cabello, acercándola más, como si tenerla cerca no fuera suficiente. He besado a otras mujeres, pero ninguna me ha hecho sentir así. Esta necesidad cruda, este anhelo que me consume, es nuevo, y todo es por ella.

Mis labios viajan por su cuello, y cuando escucho su respiración entrecortada, algo dentro de mí se enciende aún más. Su cabeza cae hacia atrás, ofreciéndome más acceso, y no dudo en aprovecharlo, besando y rozando con mis labios su piel sensible. La giro en mis brazos para verla a los ojos, necesitando confirmar que esto es real.

—Te deseo tanto —susurro, mi voz cargada de emoción. Espero que no se detenga, que sienta lo mismo que yo. He esperado demasiado por este momento, y ahora que la tengo entre mis brazos, no quiero soltarla jamás.

Ella atrapa mi labio inferior entre sus dientes, enviando placer por todo mi cuerpo, y un gruñido se escapa de mi garganta. El aire

entre nosotros se vuelve aún más denso, el deseo latiendo en cada mirada, en cada roce.

—Entonces, hazme tuya —responde ella, su voz suave pero cargada de la misma necesidad que me está volviendo loco.

Me detengo por un segundo, buscando en sus ojos cualquier señal de duda, pero no la encuentro. Solo certeza. Sus manos se deslizan por mis brazos, su caricia encendiendo cada terminación nerviosa de mi piel, y sé que esto es tan inevitable para ella como lo es para mí.

Sin esperar más, vuelvo a besarla con urgencia, sin reservas. Este beso no es suave ni contenido, es intenso, desesperado, la expresión de todo lo que hemos reprimido por demasiado tiempo. Sus dedos se aferran a mi espalda, y un gemido escapa de mí. Cada roce, cada sonido que hace, aviva aún más las llamas dentro de mí.

Hemos reprimido esto por mucho tiempo, pero ya no hay vuelta atrás.

Josy se mueve contra mí y yo deslizo mis manos por su espalda, levantándola con facilidad. Sus piernas rodean mi cintura, y estoy seguro de que puede sentir cuánto me afecta tenerla así. La llevo hasta la recién instalada barra de la cocina y la acomodo sobre la superficie sin dejar de besarla. Sus manos exploran mi torso, descendiendo hasta el borde de mi camisa, y sin dudarlo, me la quita de un solo movimiento.

Cuando lo hace, le dedico una sonrisa traviesa.

—Mi turno —murmuro, inclinándome para besar su cuello mientras deslizo su blusa por sus brazos.

Respiro y mis ojos recorren sus hermosos pechos. Sus tetas están cubiertas por un sostén de encaje blanco que no cubre sus pezones. Me inclino y beso la piel de la parte superior del sostén.

—Mira qué pezones tan bonitos y qué tetas tan perfectas. Eres hermosa… tanto que a veces duele mirarte —le confieso con admiración, recorriendo su piel con la yema de mis dedos.

Sus gemidos de placer me dan ganas de arrancarle toda la ropa y metérselo. Pero no lo hago, voy despacio. Bajo la copa de su bonito sostén de encaje y le doy un beso en el pezón. Me llevo uno a la

boca mientras aprieto el otro con la mano. Su pezón se endurece a medida que lo chupo.

—Wow —suspira Josy en voz baja. Después de unos segundos me muevo a su otro seno y hago lo mismo.

—Quiero más. Noah, por favor —me suplica. Lo que quiera mi mujer, se lo daré. Bajo las manos mientras sigo chupándole el pezón y le quito los pantalones. Ahora está sentada en panties y sostén de encaje blanco.

—¿Te has puesto esto para mí? —le pregunto mientras deslizo lentamente su ropa interior a un lado, revelando su piel cálida y suave. Al oír mis palabras, Josy niega con la cabeza. Le sonrío antes de volver a cubrirle uno de sus senos con la boca, lamiéndole el pezón mientras masajeo lentamente su clítoris con uno de mis dedos, haciendo que Josy brinque sobre el mostrador. Me río contra su pecho mientras la penetro con el mismo dedo que está cubierto de su humedad y siento lo apretado que está su entrada. Estoy impaciente por metérselo. Pero la quiero volver loca de deseo.



Así que empiezo a mover mi dedo lentamente y después de unos cuantos movimientos añado otro dedo. Josy jadea, su piel cubierta por una fina capa de sudor mientras su cuerpo responde con desesperación.

—Noah, por favor… —su voz es apenas un susurro.

Dios, amo escucharla rogar.

—¿Este totito lindo quiere venirse en mis dedos? —pregunto, observándola mientras sigo provocándola.

—Sí… —responde con un jadeo.

Una sonrisa satisfecha se dibuja en mi rostro. Acelero el ritmo, presionando mi pulgar sobre su clítoris, dándole exactamente lo que necesita. Sus movimientos se vuelven frenéticos, como si nada más importara en el mundo en este instante. La observo fascinado: sus cachetes sonrosadas, sus labios entreabiertos, su cabello rizado cayendo desordenado a su alrededor. Es etérea, irresistible. No puedo apartar la mirada cuando se deja ir con un gemido desgarrador, temblando en mis brazos.

La beso con ternura mientras su cuerpo se relaja contra el mío.

—Eso fue increíble —susurra, aún recuperándose, mientras su mano se desliza dentro de mis jeans.

Baja la cremallera con un movimiento rápido, acariciándome por encima de la tela de mis bóxers, arrancándome un gruñido de placer. Sabe exactamente lo que está haciendo, y está disfrutando cada segundo.

En un movimiento rápido, empuja mis pantalones hacia abajo, liberándome. Sus ojos se abren ligeramente al verme, y su mano envuelve mi pene, deslizándose con un ritmo lento y tentador.

—Mierda —murmuro, cerrando los ojos un instante ante la sensación—. Necesito estar dentro de ti ahora mismo.

Su mirada ardiente me sostiene mientras muerde su labio inferior, provocándome aún más. Si sigue así, perderé el control antes de siquiera tocarla como quiero.

La tomo por la cintura y la acerco al borde del mostrador, deslizándole la ropa interior por sus muslos hasta quitársela por completo. Me posiciono en su entrada, pero antes de penetrarla,

levanto la mano que tengo libre y atraigo su cara hacia la mía para besarla con fuerza

Rozo su piel con la punta de mi erección, preparándola, disfrutando la sensación de su calor envolviéndome.

—No tienes idea de cuántas veces he imaginado verte así… —murmuro contra sus labios mientras deslizo los tirantes de su sostén por sus hombros y lo desabrocho—. ¿Cómo puedes ser tan perfecta?

Josy suspira, sus ojos brillando con emoción.

Inclino la cabeza para besarla una vez más y, con un movimiento lento, la penetro poco a poco. Siente cada centímetro de mi avance y su respiración se entrecorta con un jadeo. La beso durante mucho tiempo, luchando contra las ganas de metérselo entero. Cuando me retiro, con los labios hinchados, mi mirada se fija en la suya. Me deslizo un poco más. Lentamente al principio, luego hago una pausa para dejar que su cuerpo se adapte antes de volver a moverme. Miro hacia abajo y veo mi bicho a medio camino dentro de ella. Es sexy.

—Me encanta ver cómo te lo meto. Como si este chochito estuviera hecho solo para mí —digo, mirándonos. La imagen me consume.

Josy gime y yo me hundo por completo en ella. El placer es tan intenso que apenas puedo respirar.

—Dios, Josy… —gruño entre dientes—. Se siente demasiado rico.

—Mmm —es lo único que logra responder mientras comienzo a moverme dentro de ella.

Nuestros cuerpos se sincronizan en un ritmo imparable. Nuestras respiraciones y el sonido de nuestra unión son lo único que llena la habitación.

—Estoy cerca —murmuro con voz tensa.

Deslizo mis dedos hacia su clítoris, presionándolo mientras se lo meto con fuerza. Me inclino hacia atrás, observando cómo me recibe, cómo su cuerpo responde a cada uno de mis movimientos. Su cabeza cae hacia atrás, su boca entreabierta, su cuerpo estremeciéndose cuando el placer la alcanza con fuerza. Nunca he visto nada ni nadie más hermoso

Su cuerpo enrojecido y tembloroso estalla alrededor de mi bicho. No puedo aguantar más. Me clavo en ella. Una vez. Dos veces. Al

tercer empujón, un sonido gutural sale de mi garganta mientras me pierdo en la sensación.

Ambos jadeamos, tratando de recuperar el aliento mientras el eco del placer recorre nuestros cuerpos.

Mi corazón late a mil por hora mientras me inclino hacia ella. Apoyo la frente en su hombro, envolviéndola entre mis brazos, sin querer soltarla. La mantengo cerca, sintiéndome más completo que nunca. Deseando tenerla aquí todo el tiempo que pueda.

En este instante, estoy seguro de algo: Josy es mi futuro. Es todo lo que he necesitado. Y haré lo que sea por mantenerla a mi lado aunque tenga que luchar con ella.

Capítulo Once

Josy

Todavía estoy perdida en la niebla del placer, mi cuerpo vibra por la intensidad de lo que acaba de pasar.

Estoy envuelta en los brazos de Noah, su cuerpo aún presionando el mío, y por un breve segundo, quiero quedarme aquí para siempre. Mi corazón late con fuerza mientras repaso en mi mente lo que acaba de suceder, cómo todo cambió tan rápido. Un minuto estaba a punto de salir por la puerta, y al siguiente, estaba enredada con el hombre con el que he soñado en secreto durante la mayor parte de mi vida.

Pero cuando mi ritmo cardíaco empieza a calmarse, la realidad me golpea como una ola gigante. Noah me suelta, deslizándose fuera de mí, y es entonces cuando me doy cuenta. Acabo de tener sexo con Noah sobre la encimera de mi cocina nueva.

Oh, Dios mío. Acabo de tener sexo con Noah. No entres en pánico, Josy. Lo disfrutaste. Respira. Toma aire y relájate. Este no es el momento de perder la cabeza.

Mi mente va a mil por hora, intentando armar los últimos minutos. No estaba pensando, estaba demasiado atrapada en él, demasiado perdida en el momento. Esto no puede estar pasando. Mi pulso se acelera de nuevo, pero esta vez no es por placer. Es por pánico.

Noah me mira, aún recuperando el aliento, su cabello desordenado, el sudor brillando en su frente. Luce jodidamente hermoso, y no puedo evitarlo. Me inclino y lo beso una vez más. Sus

labios son suaves y ahora familiares, pero el pánico dentro de mí no desaparece. De hecho, crece.

Él me atrae más hacia él, devolviéndome el beso con tanta intensidad que, por un momento, casi olvido mi creciente angustia. Casi. Pero entonces la realización me golpea otra vez como un puñetazo en el estómago. No puedo quedarme aquí.

Me aparto, con el corazón martillando en mi pecho por todas las razones equivocadas ahora.

—Hey, ¿qué pasa? —pregunta Noah, su voz suave, su mano descansando delicadamente sobre mi cintura.

No puedo responderle. Ni siquiera puedo mirarlo. Mis ojos caen al suelo, y siento que voy a vomitar. Necesito salir de aquí. Necesito pensar.

—¿Josy? —Su voz es un poco más firme esta vez, intentando que lo mire.

Pero no puedo. No puedo hacer esto. No ahora.

Sin decir una palabra, empiezo a recoger mi ropa, vistiéndome lo más rápido posible. Mis manos tiemblan. Siento la mirada de Noah sobre mí todo el tiempo, pero no me atrevo a encontrarme con sus ojos. Si lo hago, me derrumbaré justo aquí frente a él, y no puedo permitirme eso.

—Josy, espera… ¿qué está pasando? —Noah suena genuinamente confundido, su voz llena de preocupación, pero no me detengo. No puedo.

Agarro mi bolso y salgo corriendo hacia la puerta, con el corazón en la garganta mientras huyo del edificio, dejando a Noah atrás.

Me apresuro hasta mi carro y una vez dentro tomo una bocanada de aire. Mis manos tiemblan mientras giro la llave en el encendido y arranco. En mi prisa, ni siquiera me limpié, y puedo sentir la esencia de Noah empapando mi ropa interior.

—Mierda, mierda, mierda —murmuro, golpeando el volante con frustración. Necesito detenerme y limpiarme.

Veo una gasolinera cerca de la salida a la carretera que lleva de vuelta a Honey Springs y me detengo. Estaciono y corro hacia el baño. Mientras me limpio, la realidad de la situación empieza a

impactarme. ¿Qué carajos estaba pensando? ¿Qué se supone que haga ahora?

Tratando de recomponerme, salgo del baño y continúo el camino a casa. No sé qué voy a hacer con Noah. No sé si debería seguir evitándolo o simplemente hablar con él. Sé que tiene preguntas, y no sé si quiero o estoy lista para responderlas.



Desde que salí corriendo sin decir una palabra, Noah no ha parado de enviarme mensajes y llamar. He ignorado todas y cada una de sus llamadas y textos. Ni siquiera sé qué decirle. ¿Se dará cuenta de cuánto me asustó? La forma en que me abrazó, cómo sus ojos se clavaron en los míos mientras estaba dentro de mí, hasta el punto en que pude ver el deseo crudo que tiene por mí. Si alguna vez dudé de su atracción, esas dudas han desaparecido ahora.

Durante todo el camino de regreso a casa, no pude dejar de reproducir cada instante en mi cabeza: sus besos, sus palabras sucias, la forma en que su cuerpo se sentía contra el mío. Fue todo lo que imaginé que sería… y más.

¿Y ahora? Ahora estoy más perdida que nunca.

Pasé la mayor parte de una década evitándolo, intentando seguir adelante, y ahora ni siquiera sé cómo terminamos teniendo sexo en la cocina de mi nueva tienda.

Ahora que estoy en casa, en la seguridad de mi propio espacio, finalmente puedo respirar. Me dirijo al porche trasero y me acomodo en una de las viejas mecedoras. La vista de las montañas se extiende frente a mí, intacta y hermosa, como siempre lo ha sido. Esta vista siempre me ha calmado. Solía sentarme aquí con mi nana, ambas simplemente disfrutando del momento. No hablábamos mucho, solo compartíamos la compañía.

Extraño a mis abuelos con todo mi ser. La vida sin ellos no es la misma. Sacudo la cabeza, intentando alejar la tristeza. Aunque el dolor se ha suavizado con los años, sé que nunca los olvidaré.

Me reclino en la silla y reflexiono sobre mi próximo paso. No puedo evitar a Noah para siempre, no después de hoy. No después de todo lo que compartimos. Pero, ¿qué sigue? Estoy tan absorta en mis pensamientos que no escucho los pasos acercándose hasta que es demasiado tarde.

—Hey.

Una voz profunda me saca de mis pensamientos, haciéndome brincar del susto. Me giro, sobresaltada, y veo a Noah de pie al borde de mi porche. Se ve hermoso con las montañas detrás de él, como una pintura cobrando vida. Todavía lleva la misma ropa de antes, pero ahora parece agotado, su cabello desordenado de tanto pasarse las manos por él.

Respiro hondo y cruzo la mirada con la suya.

—Hey —respondo, mi voz suave.

—¿Estás bien? —pregunta con preocupación.

—Sí… creo que sí.

—Estaba preocupado, Josy. Te fuiste tan rápido y no sabía qué más hacer.

—Supongo que yo tampoco sabía qué hacer. Solo… necesitaba irme y pensar. Todo pasó tan rápido.

—Lo sé.

Eso es todo lo que dice mientras da un paso más cerca. Su mirada se desliza hacia la silla junto a mí y asiento, dándole permiso para sentarse.

—¿Puedes decirme qué pasó?

Su voz es tan suave que casi me desarma.

Respiro profundo y me obligo a mirarlo a los ojos.

—Te dije que necesitaba pensar. Estabas demasiado cerca, y cuando estás así de cerca, no puedo pensar.

Le dedico una pequeña sonrisa nerviosa.

Él no la devuelve.

—Me refiero a lo que nos pasó. ¿Por qué dejaste de hablarme hace años?

Me giro para mirarlo, sorprendida por su pregunta. ¿Después de todo este tiempo, ahora quiere saber? Nunca lo mencionó antes. Lo observo, y la verdad me golpea como una ola. ¿Cómo pude pensar

que lo olvidaría? Noah no fue solo mi primer amor… es el único hombre al que he amado. Al que aún amo.

—No lo sé —miento, mi voz apenas un susurro.

—Vamos, Josy. Sí lo sabes.

Su tono se suaviza, pero hay un peso en sus palabras.

—Hemos sido amigos desde la escuela. Recuerdo claramente esa noche en la que se suponía que nos encontraríamos en Honey Tavern, pero nunca llegaste. Te esperé toda la noche, te llamé, te envié mensajes. Incluso fui a tu escuela. Pero me ignoraste. Después de algunas semanas, entendí la indirecta y me alejé.

Hace una pausa, observándome con atención.

—Me rompiste el corazón. Perdí a una de mis mejores amigas y nunca supe por qué. ¿Qué pasó?

Cierro los ojos por un momento, tratando de estabilizarme. Es hora de darle algo, aunque no sea toda la verdad.

—¿Quieres la verdad?

—Siempre.

—Esa noche, sí fui. Llegué a la taberna y te vi afuera hablando con una mujer —hago una pausa, sintiendo cómo el viejo dolor regresa—. Te escuché decir que yo no significaba nada para ti.

Las cejas de Noah se fruncen, su rostro se cubre de confusión.

—¿Qué? Yo nunca...

—¿No lo recuerdas? —lo interrumpo, negando con la cabeza—. La llamaste "Babe" y le dijiste que no podías esperar a tener sexo con ella.

Veo cómo el reconocimiento cruza su rostro y se queda en silencio, aturdido.

—Por eso me fui, Noah. Porque para ti yo no era nada. Nuestra amistad no significaba nada —mi voz se quiebra, y aparto la mirada, tragándome el nudo en la garganta—. Pero escuchar cómo le decías eso a tu "Dulzura" fue como si me echaran un balde de agua helada. Me sentí humillada. Así que me fui. Esas palabras me atormentaron tanto que ya no supe cómo volver a hablarte. Supongo que el tiempo pasó y simplemente me alejé.

Sé que no le estoy diciendo toda la verdad, pero no puedo confesarle que estaba enamorada de él. No puede saber que aún lo

estoy. No tiene sentido.

Noah se pasa una mano por la cara, claramente luchando con lo que acabo de decirle.

—Josy, yo… lo siento. Lo siento muchísimo. No quise decirlo de esa manera. Era joven y estúpido. Pensaba que éramos mejores amigos. Esa mujer con la que me escuchaste hablar… No era nadie. Ni siquiera recuerdo su nombre. Yo… estuve con muchas mujeres en ese tiempo, especialmente cuando te fuiste a la universidad. Pero ninguna significó nada.

Le lanzo una mirada de incredulidad, mi molestia evidente. Él levanta las manos en defensa.

—Lo sé. Eso no lo hace correcto. Fui un idiota.

—Pues ahora lo sabes —digo con firmeza antes de respirar profundo, preparándome para lo que viene—. Pero no creas que eso cambia algo.

—¿A qué te refieres? —su voz se tensa.

—A que no pienses que solo porque tuvimos sexo, ahora somos algo más —necesito ser clara—. No espero nada de ti, Noah. Solo soy otra mujer con la que te acostaste. Eso es todo. No tengo ninguna ilusión de que de repente te hayas enamorado de mí, porque no lo espero. No puedo esperarlo.

—Primero que todo, no eres solo otra mujer. Dejemos eso claro —su voz es firme pero suave, sus ojos clavados en los míos—. No espero nada de ti, pero sé que lo que pasó no fue un simple impulso del momento. Ambos lo queríamos.

Hace una pausa, pasándose la mano por el cabello despeinado.

—No soy un santo, y sí, cuando era más joven tuve muchas aventuras. Pero Josy, soy un hombre de treinta y cinco años ahora. Sé lo que quiero. Sé a quién quiero. Y estoy listo.

Parpadeo, confundida.

—¿Listo para qué?

¿Qué está diciendo? ¿Realmente espera que crea que ahora, después de tanto tiempo, de repente está interesado en mí? ¿Que solo porque tuvimos sexo podemos empezar una relación? ¿Así de fácil? No. Lo de hoy fue solo sexo. Nada más.

Noah suspira, visiblemente frustrado, pero su voz sigue siendo serena.

—Estoy listo para comprometerme, Josy. Listo para formar una familia. Estoy cansado de estar solo. Y si soy honesto, la verdad es que he estado solo la mayor parte de mi vida, incluso cuando estaba con alguien. Siempre sentí que pertenecía a otra persona.

Se inclina ligeramente hacia mí, sus ojos buscando los míos.

—Así que no, lo que pasó hoy no fue insignificante para mí. Podría ser el comienzo de algo real. ¿No lo crees?

Hay esperanza en su mirada, una vulnerabilidad que nunca antes había visto en él.

Capítulo Doce

Noah

Miro directamente a sus hermosos ojos oscuros, esperando que vea la verdad en los míos. Necesito que sepa que lo que digo es real, que mis sentimientos por ella son reales. Lo que pasó entre nosotros antes es prueba de eso. Hay algo innegable entre nosotros, algo que podría ser magnífico si tan solo lo dejara suceder. Pero cuando busco en su mirada, noto la resistencia. No me cree, o quizás tiene demasiado miedo de aceptar lo que podríamos tener.

—Cariño —murmuro, mi voz es baja, casi suplicante—. Respóndeme, por favor. Necesito saber qué estás pensando.

Josy se mantiene en silencio, su mirada clavada en la mía. La pausa se extiende entre nosotros, cargada de tensión, y parece una eternidad antes de que finalmente hable.

—No creo que esto vaya a funcionar —dice con firmeza—. Volvamos a ser amigos y dejémoslo así.

Niego con la cabeza, negándome a aceptar sus palabras. Me inclino más cerca y coloco mis manos a ambos lados de su rostro con lentitud. En el momento en que la toco, siento cómo su respiración se entrecorta. Su calor se filtra en mí como un golpe directo al corazón. ¿Cómo puede negar esto? ¿Cómo puede fingir que solo podemos ser amigos cuando el aire entre nosotros prácticamente arde?

—¿Quieres que seamos amigos otra vez? —pregunto con voz áspera mientras acaricio suavemente sus cachetes con los pulgares. Su piel es tan suave que quiero perderme en ella.

Los labios de Josy se separan y su respiración se acelera, pero no se aparta. Tomo eso como una buena señal.

—No puedes decir eso en serio —susurro, mi frente casi rozando la suya—. No después de lo que acabamos de compartir.

Veo sus ojos titilar, una mezcla de emociones girando en ellos: deseo, miedo, duda. Todo está ahí, claro como el día. Quiere esto tanto como yo, pero algo la detiene. Tal vez sea el miedo, tal vez sea el pasado, pero no voy a dejar que me aleje tan fácilmente.

—Josy —digo, mi voz volviéndose más grave con el peso de lo que siento—. No somos solo amigos. Nunca lo hemos sido. Y después de hoy… no hay vuelta atrás. No quiero volver atrás.

Su respiración vuelve a entrecortarse, pero no responde. Siento cómo empieza a temblar bajo mi toque, su cuerpo traicionando lo que sus palabras no admiten.

—No te estoy pidiendo todo ahora mismo —susurro—. Pero no voy a dejar que finjas que esto no significó nada. Porque sí significó. Porque sí significa.

Sus ojos se encuentran con los míos y, por un breve instante, veo la verdad. Me quiere.

Pero entonces, tan rápido como apareció, se cierra de nuevo y se aleja apenas un poco.

—Tengo miedo, Noah —admite en un susurro apenas audible—. Tengo miedo de que esto termine mal y de perderte otra vez.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, pero la atraigo hacia mí, apoyando mi frente contra la suya, mi voz suave.

—No me vas a perder. No esta vez.

Sus ojos parpadean con duda cuando se aleja lo suficiente para mirarme.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Cómo puedes estar tan seguro de que podemos ser algo? No hemos sido amigos en los últimos diez años, Noah. Ya ni siquiera te conozco. Tú no me conoces. Somos personas completamente diferentes ahora. No creo que pueda hacer esto. Seamos solo amigos, Noah. Por favor.

Sus ojos me suplican, y mi pecho se aprieta. Daría cualquier cosa por estar con ella, pero sé que ahora mismo tengo que dejarlo ir.

Tengo que dejar de lado lo que quiero y darle lo que está pidiendo: tiempo. Si la amistad es la única forma en que puedo mantenerla en mi vida, entonces eso es lo que le daré. Le demostraré que estoy aquí, que no me voy a ninguna parte. Y cuando esté lista, encontraremos la manera.

Le demostraré que no soy el mismo hombre que solía conocer. Ahora soy diferente. Estoy dispuesto a luchar por ella, a luchar por nosotros, incluso si eso significa ser paciente y esperar el momento adecuado para mostrarle cuánto significa para mí.

Me inclino y presiono un beso suave en sus labios. La sensación de su boca contra la mía, incluso en este breve y delicado roce, es todo lo que había imaginado y más. Es como si una corriente eléctrica recorriera todo mi cuerpo, y en ese instante sé, sin ninguna duda, que amo a esta mujer.

Cuando me separo, le dedico una sonrisa suave y asiento.

—Está bien, cariño. Seamos amigos. Por ahora.

Las palabras se sienten extrañas en mi boca, pero sé que es la única manera de mantenerla cerca. Y lo aceptaré, por ahora. Esperaré por ella, por nosotros. Porque Josy vale la pena, y no voy a dejar que se me escape de nuevo.

Me pongo de pie y la miro una última vez. Le doy una pequeña sonrisa y ella me la devuelve, acompañada de un leve asentimiento. Entiendo lo que significa. Esto es un "hasta luego", al menos por el momento.

Me doy la vuelta y camino hacia mi guagua sin mirar atrás, sabiendo que si lo hago, me derrumbaré. Me daré la vuelta, caeré de rodillas y le rogaré una y otra vez que nos demos una oportunidad. Así que no miro atrás.

El camino de regreso a casa es silencioso, pero mi mente no lo es. Recorro cada instante de lo que pasó hoy, cada momento con Josy. Todavía puedo sentir cómo encajaba perfectamente en mis brazos, el calor de su piel bajo mis manos, los suaves gemidos que dejó escapar mientras la hacía mía. Fue todo lo que había imaginado durante años y mucho más.

Al llegar a casa, me dirijo directo a la ducha, con la suciedad y el sudor del día aún pegados a mi piel. Al quitarme la camisa, me

detengo un momento frente al espejo. Tengo unas leves marcas de arañazos en el pecho, y al verlas, sonrío. Josy dejó su huella en mí de más de una manera, y las llevaré con orgullo. Hoy tuve un vistazo de lo que podríamos ser, y no voy a darme por vencido. No esta vez. Esta vez, la haré mía.

Entro a la ducha y dejo que el agua fría caiga sobre mí. Una parte de mí no quiere lavarla, no quiere perder los rastros de ella que aún persisten en mi piel. Pero tiene que pasar. Mientras el agua cae, trato de enfocarme en ducharme, en despejar mi mente, pero no tiene caso.

Ella sigue ahí, en mi mente, en mi corazón. Todavía puedo sentir la manera en que se acoplaba a mí, como si hubiera sido hecha para mí. Cada parte de mi cuerpo la recuerda, y ni toda el agua fría del mundo puede cambiar eso.



El murmullo suave del río debería ser relajante, pero mi mente está a kilómetros de aquí, atrapado en Josy. Lanzo mi línea de pesca, intentando concentrarme en la leve tensión del hilo contra la corriente, pero no sirve de nada. Estoy aquí con mis mejores amigos, en lo que se supone que es un tranquilo domingo de pesca, pero no puedo dejar de revivir el día de ayer en mi cabeza.

Esteban y Austin, en cambio, están en su mundo, hablando como si no tuvieran ninguna preocupación. Austin está hablando sobre la temporada de fútbol de su futuro hijastro, Adrián.

—El fútbol de séptimo grado no es ningún chiste este año. Las prácticas están intensas. El niño ya es mejor de lo que yo era a su edad —se ríe mientras recoge su línea—. Solo espero que esta temporada pueda concentrarse más. La pasada le costó mantener la cabeza en el juego.

—Lo entiendo —digo, lanzando mi línea nuevamente—. Pero tienes que darle un respiro. Su mamá fue secuestrada durante su primer partido. Es completamente normal que siga lidiando con eso.

Austin suspira ante mis palabras.

El año pasado fue difícil. Violeta empezó a recibir cartas de un acosador, y todo llegó a su punto crítico cuando la secuestraron durante el primer partido de Adrián. Honestamente, fue uno de los días más aterradores de mi vida.

—No puedo imaginar lo que pasó Adrián —dice Esteban.

Fue aterrador para todos. Que Violeta desapareciera así... la impotencia que sentimos. Afortunadamente, la encontramos y el acosador está tras las rejas ahora, pero entiendo que Adrián aún cargue con eso, especialmente cuando está en la cancha.

—La terapia ha ayudado mucho —continúa Austin, su voz aligerándose un poco—. Pero veremos cómo va todo cuando empiece la temporada. Si tengo que encadenar a Violeta a las gradas para que Adrián se concentre, lo haré —añade con una carcajada, tratando de mantener el ánimo ligero.

Esteban se ríe con él, pero puedo ver que Austin sigue preocupado. Ningún padre quiere ver a su hijo pasar por ese tipo de trauma.

Esteban, que nunca deja pasar la oportunidad de compartir lo último de su alocada vida, se recuesta en su silla con una sonrisa.

—Hablando de cosas intensas, no van a creer lo que pasó anoche —levanta las cejas de manera sugerente, sabiendo que está a punto de robarse la conversación—. Conocí a una mujer espectacular en The Honey Tavern. Y cuando digo espectacular, me refiero a la mujer más hermosa que he visto en años. Una cosa llevó a la otra, y digamos que me dejó muy impresionado. Y ustedes saben que no me impresiono fácilmente. Fue una buena noche.

Austin ríe y niega con la cabeza mientras vuelve a lanzar su línea.

—Eres un desastre, mi hermano.

—¿Qué? ¿Por qué? —Esteban finge estar ofendido, aunque la sonrisa en su rostro lo delata.

Austin se ríe.

—Tienes que dejar de acostarte con todas las mujeres que se te acerquen. Encuentra una buena mujer y sienta cabeza.

Ante eso, tanto Esteban como yo estallamos en carcajadas, el sonido resonando sobre el agua.

Esteban, secándose una lágrima de la risa, dice:

—Solo porque tú tuviste suerte encontrando a Violeta y porque Noah aquí finalmente está dándose cuenta de que quiere a Josy, no significa que yo vaya a tener el mismo destino. Además, estoy bien cómo están las cosas. Si llega alguien, no la voy a rechazar, pero hasta entonces, me la voy a pasar bien.

Austin sacude la cabeza con una sonrisa, pero sus ojos se posan en mí, notando mi silencio. Sabe lo que estoy pensando sin que tenga que decir una palabra. Esteban puede estar disfrutando el momento, pero mi mente ha estado atrapada en Josy todo el día.

Le devuelvo una pequeña sonrisa, pero me mantengo callado. Normalmente es fácil perderse en su charla, pero hoy no. Mi mente sigue volviendo a la noche anterior con Josy, a cómo se sentía, a la manera en que me miró. No he podido dejar de pensar en ella. No importa lo que haga, sigue atascada en mi cabeza.

—Oye, Noah, ¿estás bien? —pregunta Austin, sacándome de mis pensamientos—. Has estado callado toda la mañana.

Esteban me mira con una sonrisa burlona.

—Sí, normalmente saltas a comentar cuando hablo de mis conquistas. ¿Qué pasa?

Sacudo la cabeza y lanzo la línea de nuevo.

—Nada. Solo estoy pensando.

—¿En Josy? —presiona Esteban, sin intención de dejarlo pasar. Me conoce demasiado bien.

Suspiro y paso una mano por mi cabello.

—Sí.

Austin se inclina hacia adelante, la curiosidad reflejada en su rostro.

—¿Entonces qué está pasando con ustedes dos? ¿Por fin hiciste tu movida?

—Más o menos —dudo un momento y luego decido contarles lo que me ha estado carcomiendo—. Descubrí por qué dejó de ser mi amiga hace años.

—¿En serio? —pregunta Austin.

Asiento, con el recuerdo de las palabras de Josy aún frescas en mi mente.

—Sí. Me escuchó hablar con una chica de la que ni siquiera me acuerdo. El problema es que me oyó decir que nuestra amistad no era nada, que Josy no era nadie —hago comillas en el aire—. Básicamente la descarté porque quería acostarme con otra. Le dije que era joven y que no lo dije en serio, pero… supongo que le dolió y por eso desapareció.

No les menciono que nos acostamos. No necesitan saberlo, así que me lo guardo.

Esteban silba en voz baja.

—Vaya, mi pana. Eso es duro.

—Sí, no me digas —murmuro, mirando el río—. Ella pensó que no me importaba.

Austin se queda en silencio un momento antes de hablar.

—¿Y ahora qué? ¿Lo hablaron?

—Hablamos —digo lentamente—, pero es complicado. Quiere que volvamos a ser amigos y acepté. Pero… —me callo, sin saber cómo ponerlo en palabras.

—Pero tú quieres más —termina Esteban por mí, como si me leyera la mente.

—Sí —asiento—. No sé. Es solo que… es Josy, ¿sabes? La he querido por tanto tiempo, y ahora que finalmente me doy cuenta de lo que significa para mí, no puedo simplemente volver a ser su amigo. Pero si eso es lo que necesita ahora, lo haré. Esperaré.

Austin me da una palmada en el hombro.

—Eres un buen tipo, Noah. Si alguien puede lograrlo, eres tú. Solo dale tiempo.

Esteban sonríe mientras lanza su línea de nuevo.

—Sí. Y si todo falla, ya sabes dónde encontrarme. Te consigo a alguien para que te distraigas.

Me río a pesar de mí mismo.

—Gracias, pero estoy bien.

Incluso con sus bromas y apoyo, mis pensamientos siguen girando en torno a Josy. Por más que intento concentrarme en la pesca, ella es todo en lo que puedo pensar.

Capítulo Trece

Josy

Estoy concentrada en limpiar la vitrina de pasteles, necesitando mantener mis manos ocupadas, necesitando distraerme de la única persona que ha estado ocupando demasiado espacio en mi mente. Han pasado dos semanas desde la última vez que lo vi. La verdad es que me siento aliviada. Al menos, eso es lo que me digo a mí misma. Pero en el fondo, sé la verdadera razón por la que lo evito.

Quiero verlo. Quiero sentir su presencia, escuchar su voz profunda y ver esa sonrisa suya. Pero no puedo. No después de lo que pasó. No después de que le dije que solo quería ser su amiga. Hay momentos en el día en los que estoy feliz con esa decisión, pero en otros, me maldigo a mí misma. Tuve la oportunidad de explorar algo con el amor de mi vida y, como una pendeja, dejé que mis inseguridades y mi miedo me hicieran decir que no. ¡Qué estúpida!

Se supone que terminará las renovaciones en la cafetería pronto, y he hecho todo lo posible por mantenerme alejada hasta que todo esté completamente listo. No puedo permitirme otro momento como el de hace dos sábados. Un toque más, una mirada intensa más, y temo perder completamente el control. Mi corazón puede quererlo, pero mi mente está decidida a mantener un control sobre la situación.

Mi cuerpo, sin embargo, no parece importarle la determinación de mi cabeza. Cada vez que pienso en él, mi piel hormiguea y mi pulso se acelera. Es frustrante. No puedo permitirme caer en esto

otra vez. He pasado años construyendo esta pared entre nosotros, años tratando de seguir adelante, y un solo día, un increíble, ardiente y desgarrador día, casi lo derrumba todo.

No. Sacudo la cabeza y restriego con más fuerza una mancha en el cristal. No voy a permitirme caer en eso. No puedo. He trabajado demasiado para dejar que Noah invada todos mis pensamientos de nuevo.

Mientras paso el paño con movimientos firmes y decididos, intento obligarme a pensar en cualquier otra cosa. La cafetería, los pasteles que hornearé mañana, las nuevas mesas que quiero pedir... cualquier cosa menos la forma en que Noah me miró, me tocó, me hizo sentir como si fuera la única mujer en el mundo para él.

Pero es inútil. Está en todas partes, en cada rincón de mi mente, en cada espacio al que recurro en busca de alivio. No hay escapatoria de Noah. Y supongo que, si no hago algo pronto, estos sentimientos me van a devorar viva.

—Creo que eso ya está bastante limpio —la voz de Violeta interrumpe mis pensamientos, sacándome de mi trance.

Parpadeo, mirando la vitrina de pasteles que ha estado impecable durante los últimos cinco minutos.

—Oh. Sí, solo quiero que esté perfecta —trato de sonar casual, esperando que no se dé cuenta del torbellino dentro de mí.

Violeta arquea una ceja y cruza los brazos mientras se apoya en el mostrador.

—¿Estás bien?

Fuerzo una sonrisa, asintiendo un poco demasiado rápido.

—Sí. ¿Por qué?

Me lanza esa mirada que dice que sabe más de lo que estoy admitiendo.

—Nada, es solo que últimamente te has visto muy distraída. Siempre estás metida en tu cabeza, y me preguntaba si pasó algo que no me has contado.

Trago saliva, de repente consciente del paño que he estado retorciendo nerviosamente entre mis manos. Intento sostener su mirada, pero siento que puede ver a través de mí.

—Mmm, no, todo está bien.

Mi voz tiembla un poco, y sé que no es convincente.

Violeta guarda silencio por un momento, observándome con preocupación. Sé que no la estoy engañando.

—Sabes que estoy aquí, ¿verdad?

—Sí. Todo está bien, lo prometo.

—Está bien, lo dejaré pasar si me prometes que hablarás conmigo cuando estés lista.

—Lo prometo. De verdad aprecio que te preocupes por mí, y te quiero por eso. Pero en serio, estoy bien.

No sé si quiero convencer a Violeta o a mí misma. Ante mis palabras, Violeta asiente y me sonríe.

—Bueno, supongo que iré a trabajar en mi computadora. Necesito terminar de crear la publicación para el especial de esta semana.

—Avísame si me necesitas. Estaré aquí. No voy a ninguna parte.

¿Por qué estoy actuando tan rara? Por eso sabe que algo pasa. No es tonta, pero no puedo decirle qué es lo que me está carcomiendo por dentro. Si lo hago, se volverá real. Y no quiero. Quiero negar que tuve sexo con Noah y que él no vino a mi casa a decirme que quiere algo más que amistad. Sé que si Violeta se entera de esto, no dejará de insistir. No entenderá por qué dudo.

Echo un vistazo alrededor de la tienda, asegurándome de que no haya clientes, pero está vacía. Con un suspiro, saco el teléfono del bolsillo trasero y lo desbloqueo para revisar nuestras redes sociales. Desde que Violeta comenzó su plan de marketing, hemos ganado más seguidores. Me encanta leer los comentarios sobre cuánto disfrutan nuestro café y nuestros pasteles y dulces. Mientras deslizo el dedo por las publicaciones más recientes, aparece una notificación de mensaje de texto.

Mi corazón da un brinco cuando veo el nombre de Noah. Sin pensarlo, sonrío y abro el mensaje. No entiendo mi propia locura: lo quiero, pero no lo quiero, y este constante ir y venir me está destrozando.

Noah: El trabajo está terminado. ¿Puedes venir a hacer el recorrido final conmigo?

Wow. No puedo creer que ya haya terminado. La semana pasada todavía le faltaba trabajar en la cocina y los baños. Esto es emocionante, más de lo que esperaba.

Yo: ¿Cuándo necesitas que vaya?

Noah: ¿Estás disponible más tarde hoy? Si no, podemos vernos mañana.

Yo: Hoy no puedo, pero mañana está bien.

Noah: Perfecto. ¿Te parece bien a las 10 a. m.?

Yo: Nos vemos ahí.

Noah: Nos vemos, cariño.

Me quedo mirando la pantalla un segundo más de lo necesario, sintiendo ese cosquilleo en el pecho cada vez que me llama "cariño". ¿Por qué esa palabra tiene tanto efecto en mí? Cierro el mensaje y guardo el teléfono, pero mi mente ya está en mañana.

El pensamiento de verlo mañana se queda en mi cabeza, haciendo que mi corazón lata un poco más rápido. Al levantar la vista, noto a Violeta sentada en una mesa, mirándome fijamente. Nuestros ojos se encuentran por un momento y me esfuerzo en sonreír, intentando parecer casual.

Violeta alza una ceja y sacude la cabeza, dándome esa mirada familiar que dice claramente que sabe exactamente con quién estaba mensajeando. Sus labios se curvan en una sonrisa burlona, y sus ojos se entrecierran como si estuviera diciéndome en silencio: "*¿En serio?*".

Siento mis cachetes arder bajo su mirada. He sido descubierta.

La ignoro y me concentro en mi trabajo el resto del día.



Cuanto más me acerco a Sweet Springs, más nerviosa me pongo. He intentado de todo: respiraciones profundas, escuchar un podcast, un audiolibro, incluso puse música relajante, pero nada funciona. Estoy demasiado alterada sabiendo que, en solo unos minutos, estaré frente a Noah por primera vez desde aquel suave beso de despedida en mi porche.

No tengo idea de cómo debo actuar cuando llegue. He ensayado distintos escenarios en mi cabeza, intentando prepararme, pero no ayuda en absoluto. Mi corazón late con fuerza y no puedo calmarme.

Al estacionar frente a la tienda, lo primero que noto es la pintura rosa claro que pedí. Es exactamente como la imaginé. La fachada luce increíble y no puedo estar más feliz. La próxima semana llegará el equipo que instalará el letrero. Las mesas, sillas y decoraciones empezarán a llegar poco después, y en menos de un mes podré abrir las puertas. Es mucho trabajo, pero la emoción lo supera todo.

Salgo del carro y camino hacia la entrada, preparándome para dos cosas: ver la remodelación completa del lugar y, lo más importante, enfrentarme al hombre que ha estado en mis sueños desde que tengo quince años.

Al abrir la puerta, me impacta lo mucho que ha cambiado el lugar. Las paredes que antes hacían que el espacio se sintiera pequeño han desaparecido, dejando una hermosa área abierta. Ahora todo se siente amplio y acogedor, y el suelo brilla como si lo hubieran pulido hace un momento. Es increíble lo que un poco de pintura y unos pisos limpios pueden hacer.

—Hola, cariño. ¿Qué te parece?

La voz de Noah me toma por sorpresa. Me giro y lo veo ahí, y la sola visión de él hace que mi corazón se acelere. Lleva su ropa oscura como de costumbre, pero hoy ha añadido una gorra que está hacia atrás, lo que lo hace ver aún más atractivo. Además, ha dejado crecer su barba desde la última vez que lo vi, dándole un aire rudo pero innegablemente atractivo. Esa barba es peligrosamente mi distracción. Ya no es solo una sombra de pelos; ahora es una barba completa, y de alguna manera lo hace ver aún más guapo que antes. Cada vez que veo a este hombre, consigue dejarme sin palabras. Intento actuar con naturalidad, aunque por dentro me

estoy muriendo. Ignorando la forma en que me llama cariño, respondo:

—Esto es increíble, Noah. Ni siquiera parece el mismo lugar que alquilé el mes pasado.

—Eso es solo la entrada. Espera a ver la cocina y los baños. Vamos.

Me hace un gesto para que lo siga, guiándome hacia la parte trasera del local donde están los baños.

Abre la puerta del baño de mujeres y entro. Está completamente renovado, con un inodoro recién instalado y una estación para cambiar bebés. Las paredes están pintadas de un suave lavanda que combina perfectamente con el exterior rosa.

—Wow, esto está hermoso. Me encanta cómo el color combina con el rosa de afuera —digo, realmente impresionada.

Salgo y entro al otro baño, que es una réplica del primero pero pintado en un azul claro.

—Déjame mostrarte la cocina —dice Noah—. Ya instalé todos los electrodomésticos que llegaron la semana pasada. Creo que te encantará cómo quedó.

Mientras habla de la cocina, mi mente me traiciona y me lleva dos semanas atrás, cuando tuvimos sexo sobre esa misma encimera de la que ahora se siente tan orgulloso. Cada beso, cada caricia regresan a mi mente, y puedo sentir el calor subir por mi cuerpo. Es imposible olvidar la forma en que sus manos recorrieron mi piel, aunque intento concentrarme en el presente. No tengo control sobre mis emociones mientras lo sigo hasta la cocina.

Al entrar, veo los hornos instalados, dos refrigeradores colocados al otro lado de la cocina y la encimera ahí, prácticamente llamándome. Trato de concentrarme en los electrodomésticos y la nueva capa de pintura en las paredes, pero puedo sentir la mirada de Noah sobre mí. Cuando giro en un círculo completo, lo encuentro observándome, claramente atento a cada una de mis reacciones.

Mis palabras se atoran en mi garganta cuando mis ojos se encuentran con los suyos. La forma en que me está mirando hace que mi pulso se acelere, como si estuviera pensando exactamente lo mismo que yo. Camina hacia la encimera, pasando su mano por la

superficie fría de metal, y no puedo evitar seguir el movimiento con la vista, recordando cómo esas mismas manos me tocaron.

—¿Te gusta cómo quedó la cocina? —pregunta, su mirada recorriendo mi cuerpo antes de volver a mis ojos. Su mirada es intensa, y siento que me está desarmando, por más que intento mantener la compostura.

Sonríe de lado, completamente consciente del efecto que tiene en mí. Sabe que mi cuerpo me traiciona, que lo deseo.

Aclarando mi garganta, finalmente respondo:

—Sí, hiciste un trabajo increíble. Ya puedo imaginar cómo se verá cuando agregue las batidoras, las rejillas de enfriamiento y todos los demás detalles. De verdad aprecio que lo hayas terminado tan rápido.

—Me dió gusto hacerlo —dice en un tono bajo—. Quería ver esa sonrisa en tu rostro cuando lo vieras por primera vez. Si necesitas que instale algo más o hacer algún cambio, solo dímelo. Yo me encargo.

—Claro —asiento, evitando su mirada y tratando de mantenerme profesional.

—Te… eh, enviaré el pago hoy. Gracias de nuevo por todo.

Camino hacia él, extendiendo la mano como si fuera una mujer de negocios, intentando mantener las cosas formales.

Pero en el momento en que su mano toca la mía, sé que he cometido un error. El contacto envía una oleada de calor por mi cuerpo, y me doy cuenta de que estrechar su mano era lo último que debía haber hecho.

Capítulo Catorce

Noah

No puedo sacarme de la cabeza los pensamientos sucios que me invaden. Tener a Josy de vuelta en esta cocina me transporta de inmediato a ese día increíble que compartimos. Mientras se mueve por el espacio, observo sus reacciones y puedo decir que realmente está complacida con mi trabajo. Su rostro muestra emoción al ver su nueva cafetería. Hice todo lo posible para que este espacio se viera tal como lo imaginó. También, no me sorprendería si su mente divaga a lo que pasó aquí hace dos semanas, porque la mía sin duda lo hace. Es imposible sacarme a esta mujer de la cabeza; está en todas partes. He perdido la cuenta de las veces que he tenido que masturbarme, pensando en ella. Le di el espacio que pidió, pero ahora que su proyecto está terminado, puedo volver a Honey Springs y aparecer en su cafetería todos los días. Quiero que sienta mi presencia, así como yo siento la suya.

Camino hacia el mostrador y deslizo mi mano por la superficie metálica, imaginando tomarla por la cintura y acercarla a mí otra vez. Quiero besarla, sentir su piel cálida bajo mis manos mientras la acaricio. Quiero hacerla mía para el resto de mi vida. Miro a Josy y la visión de ella hace que todo mi cuerpo reaccione. Siempre ha sido hermosa, pero hoy está en otro nivel. Lleva un vestido azul que le llega justo por encima de las rodillas, combinado con unas sandalias color marrón que dejan al descubierto sus piernas. Su cabello rizado está recogido en un moño desordenado, y lo único que quiero hacer es soltarlo, dejar que caiga libre y deslizar mis dedos entre sus rizos.

No puedo evitar pensar en lo increíble que se ve, y me mata haber pasado los últimos diez años lejos de ella. *¿En qué carajos estaba pensando? ¿Por qué me tomó tanto tiempo darme cuenta de que ella es todo lo que siempre he querido?*

Pero no es solo su apariencia, aunque con eso bastaría para dejarme sin aliento. Es la forma en que se desenvuelve. Es honesta, fuerte, independiente, inteligente y divertida, y eso es lo que recuerdo de hace diez años. Sé que ahora hay aún más en ella, y estoy ansioso por descubrir cada parte de la mujer en la que se ha convertido. Pero también quiero que me conozca a mí. No al joven impaciente, tonto e inmaduro que era antes. Ahora he crecido, he madurado y sé lo que significa tener responsabilidades. Puedo decir con certeza que soy una persona completamente diferente.

La atrapo observando mi mano mientras recorre la encimera. Una sonrisa apenas perceptible se dibuja en mis labios; ella siempre actúa como si nada la afectara, como si lo tuviera todo bajo control. Pero yo sé la verdad. Ese leve estremecimiento que recorrió su cuerpo me dice que sintió cada parte de este momento, al igual que yo.

Puedo notar que se siente aliviada por la pregunta y la observo mientras habla animadamente sobre el espacio. Luego, de manera inesperada, extiende su mano para un apretón, como si esto fuera un trato de negocios.

Tomo su mano, sintiendo la suavidad y el calor de su piel. Me cuesta todo mi autocontrol para no acercarla y besarla hasta que ninguno de los dos pueda pensar con claridad.

—Voy a… uh, enviar el pago hoy. Gracias de nuevo por todo —dice con la voz un poco temblorosa mientras estrechamos las manos.

—De nada, cariño —respondo con un guiño, soltando su mano a regañadientes y metiendo las mías en los bolsillos. Mi autocontrol con ella pende de un hilo. Quiero sujetarla por la cintura y sentarla en la encimera para hacerla mía otra vez.

Josy asiente de nuevo y echa un último vistazo a la cocina. Señalo las llaves que están sobre el mostrador.

—Ahí están tus llaves. Me voy. Llámame si necesitas algo.

—Está bien —responde en un susurro apenas audible.

Con eso, me dirijo a la puerta y salgo al brillante sol de la mañana. Camino directamente hacia mi guagua con una sonrisa en la cara todo el camino de regreso a casa.



Llevo dos horas revisando cotizaciones, y siento que el trabajo no deja de acumularse. Ya tenemos demasiado trabajo, pero siguen llegando llamadas para más remodelaciones y nuevos proyectos de construcción. Siento que nunca voy a tener un respiro. Es agotador pasar de un trabajo a otro, asegurándome de que todo se haga bien y de que nuestros clientes estén satisfechos con los resultados.

Hemos estado trabajando sin parar por años, todo para hacer crecer el negocio. Y lo logramos. Pero ahora que hemos crecido, es momento de admitir que no podemos seguir este ritmo para siempre. Necesito hablar con Esteban. Necesitamos a alguien que nos ayude a manejar la carga de trabajo, alguien que supervise las obras y mantenga a los muchachos en línea. La carga es demasiado pesada solo para nosotros dos, y si no hacemos un cambio pronto, no sé que va a pasar. Nos merecemos un descanso de vez en cuando.

Intento concentrarme en el trabajo, pero mi mente sigue volviendo a Josy. Es como si fuera un hombre hambriento que ha probado un solo bocado y ahora no puede dejar de pensar en ella. Pasaron diez años y estuve bien, pero ahora siento que la necesito para respirar de nuevo. Nunca me había sentido así, y una parte de mí se pregunta si debería preocuparme por estar obsesionado con ella. Está en mis sueños, en mis pensamientos, en mi vida… en cada maldito lugar al que miro.

Me quito la gorra y paso las manos por mi pelo desordenado. No hay manera de que pueda concentrarme en los documentos ahora. Necesito hacer algo con mis manos, algo físico. Me levanto del

escritorio, agarro mis llaves y le hago un gesto rápido de despedida a Payton antes de salir.

Mientras conduzco hacia la casa de Violeta, subo el volumen de la radio, esperando que la música ahogue mis pensamientos sobre Josy. Pero es inútil. Ella es lo único en lo que puedo pensar.

Al llegar, veo a los muchachos trabajando duro. Estaciono la guagua y entro a revisar el progreso. Esteban ha avanzado bastante mientras yo estaba ocupado en la cafetería de Josy. La casa está casi terminada. Solo falta una capa de pintura, algunas lámparas, y estará lista. Pero incluso estando aquí, en medio de todo esto, no puedo dejar de pensar en ella.

—Bro, ¿cuándo llegaste? —pregunta Esteban, entrando en la sala con una caja en una mano.

—Justo ahora. Me gusta cómo está quedando este lugar —digo, echando un vistazo a mi alrededor.

—Sí, ¿verdad? Ya casi terminamos. Solo falta terminar de pintar e instalar las lámparas. Violeta va a estar encantada cuando la vea.

—Seguro que sí —asiento—. Ya que estoy aquí, dime en qué puedo ayudar.

Esteban sonríe.

—Puedes empezar pintando una de las habitaciones. Los muchachos ya están con los baños y la cocina.

—Okay. ¿La pintura ya está ahí?

—Sí, la puse en cada habitación hace rato. Solo asegúrate de usar el color correcto. Etiqueté las paredes para que sepas qué va en cada una.

Suelto una risa baja.

—Siempre haces eso.

—Supongo que sí —dice con un gesto pensativo.

Me dirijo al dormitorio principal, reviso el color de la pintura, agarro todo lo que necesito y comienzo a encintar las esquinas. El ritmo constante de pintar es justo lo que necesito: mantenerme enfocado y callar el ruido en mi cabeza. Cuando termino una habitación, paso a la siguiente, perdiéndome en el trabajo. Cuando termino con la segunda habitación, ya es tarde, así que empiezo a recoger. Quedan dos más y la casa estará prácticamente lista.

Mientras camino por la casa, noto que los muchachos ya se fueron. Ni siquiera los escuché salir. Eso es bueno, significa que logré estar en mi propio mundo el tiempo suficiente para pasar el día.

Al llegar a la cocina, veo a Esteban instalando una lámpara en el área del comedor. El concepto del plano abierto hace que sea fácil verlo al otro lado de la cocina.

—Hey, ¿ya casi terminas? ¿Necesitas ayuda? —pregunto, acercándome.

—Seguro —dice, y me paro a su lado, sosteniendo la lámpara mientras él trabaja con los cables. Trabajamos en silencio unos minutos, algo inusual en Esteban. Sé que es solo cuestión de tiempo antes de que hable.

—Entonces, ¿qué te tiene estresado? —pregunta por fin, con un tono casual pero directo.

—¿Qué te hace pensar que estoy estresado? —respondo, aunque sé perfectamente que tiene razón.

—Hoy se suponía que era tu día en la oficina, pero viniste directo aquí, sin decir una palabra, y te pusiste a trabajar. Has estado metido en tu cabeza todo el día.

Este tipo no se pierde nada. Suspiro, sabiendo que no tiene sentido ocultarlo.

—No es nada. Solo… tengo muchas cosas en mi cabeza —murmuro, esperando que lo deje pasar.

—¿En serio? ¿Qué te está molestando? —La expresión en su rostro deja claro que no piensa soltar el tema.

—Bro, ¿en serio? ¿Vamos a hacer esto? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Sí. Claro que sí —dice Esteban, con cara de *obvio*, como si debería haberlo visto venir.

Cedo.

—No puedo dejar de pensar en Josy. Después de todo este tiempo, me está dando duro cuánto la quiero. No me la puedo sacar de la cabeza. Pero me rechazó, así que no hay mucho que pueda hacer ahora. —Las palabras salen rápido, como si solo necesitara sacarlas de mi pecho.

—Espera, espera, espera. ¿Te rechazó? —Los ojos de Esteban se abren con una fingida sorpresa. Genial, acabo de meter la pata. No le había contado a él ni a nadie sobre el sexo alucinante con Josy, y ahora tengo que ver como puedo arreglar esto.

—Sí, hace tres semanas —miento con facilidad, intentando cubrir mi error.

—¿En serio? ¿Una mujer finalmente rechazó a Noah Ross? Este es un día histórico. —Esteban sonríe como el imbécil que es.

—Vete al carajo, cabrón —gruño, irritado.

Él solo se ríe. —No te pongas triste. No pasa nada. Solo tienes que seguir insistiendo. Todos sabemos que Josy está interesada en ti, probablemente solo está siendo difícil. ¿No dijiste que ibas a empezar a aparecer en su cafetería todos los días?

—Ese era el plan, pero había estado ocupado trabajando en su nuevo local. No había tenido tiempo de pasar desde que empezamos con eso.

—Empieza de nuevo mañana. Luego al día siguiente, y al siguiente. Eventualmente, cederá.

—Sí... eso es lo que espero —digo, sintiéndome un poco más ligero después de haberle contado.

—Lo hará. Confía en mí. —Tiene tanta confianza, como si supiera algo que yo no.

Capítulo Quince

Josy

Estoy exhausta. Llevo días sintiéndome fatal y estoy desesperada por volver a sentirme normal. Cada mañana me despierto con un dolor de cabeza insoportable, náuseas y mareos, y nada de lo que como me cae bien. Este es el peor momento posible para enfermarme. La nueva cafetería abrirá pronto, y necesito toda la energía que pueda tener.

Incluso con la ayuda de Violeta, siento que nunca voy a ponerme al día. No puedo darme el lujo de quedarme fuera del juego ahora. Necesito ir al médico y averiguar qué me pasa. Siempre he sido bastante saludable, así que este agotamiento constante es nuevo y frustrante.

Respiro hondo y miro a mi alrededor en la tienda. Finalmente está tomando forma. Ya llegó el inventario, contraté a un gerente y a unos cuantos baristas que empezarán su entrenamiento la próxima semana. Pronto solo tendré que venir a Sweet Springs una vez a la semana. Pero por ahora, siento que prácticamente vivo aquí, manejando una hora de ida y otra de vuelta todos los días para asegurarme de que todo esté listo.

La caja registradora acaba de llegar y, cuando empiezo a desempacarla, la habitación da vueltas. Me detengo, agarrándome del mostrador para sostenerme antes de dejarme caer en la silla más cercana. Cierro los ojos y respiro hondo varias veces para estabilizarme. ¿Qué demonios me está pasando?

Después de unos minutos, empiezo a sentirme mejor, pero me quedo sentada, temiendo que si me levanto, el mareo regrese. Acerco la caja y la desempaco en el suelo, tomándome mi tiempo. Cuando estoy segura de que me siento estable, me pongo de pie y comienzo a instalar la registradora. Mientras trabajo, no puedo evitar imaginar este lugar lleno de clientes, el murmullo de conversaciones, el aroma del café recién hecho, y eso me llena de emoción. Este lugar pronto cobrará vida. Y será una de muchas cafeterías que espero abrir. Esta estará lista para la temporada de Acción de Gracias, y no puedo esperar más.

Cuando termino de instalar la registradora, voy a la cocina para guardar parte del inventario de alimentos en la despensa. Pero en cuanto entro, mis ojos se clavan en la encimera de metal. La misma encimera donde me entregué a Noah. Me pasa cada vez que entro en esta cocina. No hay manera de evitarlo. Los recuerdos me golpean, y no puedo alejarlos. ¿De verdad quiero olvidar lo que pasó? No lo creo.

No es que no piense en él. Lo hago. Todos los malditos días, Noah Ross está en mi mente: cómo se ve, cómo sonaba su voz cuando estaba excitado, cómo me hizo sentir. Dios, desearía ser más valiente. Desearía poder simplemente hablar con él. Pero estoy tan condenadamente asustada. Asustada de estos sentimientos que han vuelto con tanta fuerza. No quiero volver a salir lastimada, así que he mantenido mi distancia tanto como he podido. Pero cada noche cuando cierro los ojos y cada mañana cuando despierto, él está ahí, en mis pensamientos.

Han pasado seis semanas desde ese día, el día en que lo besé por primera vez y también el día en que tuvimos sexo. Lo he visto unas cuantas veces en la cafetería, donde ha intentado iniciar una conversación. Una conversación que no puedo tener con él porque cada vez que mis ojos lo encuentran, no puedo detener mis pensamientos sucios. Es que es tan guapo, y ahora que sé lo que se siente estar envuelta en él, simplemente no puedo. Por eso me he estado escondiendo aquí en Sweet Springs, manteniéndome ocupada con la nueva cafetería. Sé que estoy siendo ridícula. Dijimos

que seríamos amigos, pero no le he dado la oportunidad desde esa noche, y creo que no puedo hacerlo.

Porque la verdad es que no creo que pueda ser solo su amiga. Siento demasiado por él. ¿Cómo podría ocultar lo que siento? ¿Cómo podría quedarme de brazos cruzados y verlo con alguien más? Cada día, durante las últimas seis semanas, estas preguntas me han atormentado.

Coloco las manos sobre la encimera, apretándola como si eso pudiera mantener a raya los recuerdos. Pero llegan de todos modos, vívidos y arrolladores.

Recuerdo cómo Noah me besó—hambriento, desesperado, como un hombre que llevaba años muriendo de hambre. Cómo sus manos recorrieron mi cuerpo, encendiendo cada nervio. Lo viva que me sentí en ese momento, como si nadie me hubiera tocado antes.

Las palabras que me susurró resuenan en mi mente: *Te necesito.*

Y luego, la verdad innegable de esa noche: la forma en que se movió dentro de mí, cómo me hizo suya y me llenó por completo con su esencia.

Oh, Dios.

Mis ojos se abren de golpe, mi corazón se detiene por un segundo con un pánico repentino. Y entonces lo recuerdo. No usamos protección.

Todo encaja como un rompecabezas. Las náuseas. El mareo. El agotamiento que había atribuido al estrés. Mi pecho se aprieta mientras susurro:

—Que mierda.

No. No puede ser. Una sola vez no pudo haber causado esto. ¿O sí?

Pero, en el fondo, yo sé que sí.

No pienso, solo actúo. Agarro mis llaves y salgo de la cafetería sin pensarlo dos veces, el sonido de mis botas contra el pavimento acompañados con los latidos frenéticos de mi corazón.

El camino a la farmacia es corto. Mis manos tiemblan mientras tomo una caja de pruebas de embarazo del estante, mis movimientos son frenéticos, la mirada curiosa de la cajera pasa desapercibida.

De vuelta en la cafetería, me encierro en el baño y desgarro la caja como si fuera mi única salvación. Mi respiración es superficial mientras sigo las instrucciones, mis manos temblorosas al dejar la prueba sobre el lavabo.

Y entonces, espero.

Tres minutos. Tres eternos y agonizantes minutos que se sienten como tres horas.

Camino de un lado a otro en el pequeño baño, mis pensamientos giran sin control. ¿Y si es positivo? ¿Qué haré entonces?

No estoy lista para esto. Apenas puedo mantenerme a flote con la cafetería, y ahora… ¿esto? Noah y yo ni siquiera estamos juntos. De hecho, esto se suponía que sería solo una vez. *Mentirosa.*

Gimo, pasándome las manos por el cabello.

—Está bien, Josy. Cálmate. No entres en pánico por los "qué pasaría si". Solo espera la prueba.

Pero mi lado racional no tiene oportunidad contra el caos en mi cabeza. Sigo caminando de un lado a otro, con las piernas inquietas y las manos aferrándose a mi cabello. *Estrés.* Tiene que ser el estrés. No he tenido mi período por el estrés. Eso tiene sentido, ¿verdad? Asiento para convencerme, pero el miedo sigue royéndome por dentro.

Finalmente, el cronómetro suena, rompiendo el silencio.

Me detengo, con el corazón en la garganta. Respiro hondo y me acerco al lavabo, cada paso se siente más pesado que el anterior. Mi reflejo en el espejo es pálido, con los ojos muy abiertos, irreconocible.

Miro la prueba.

La palabra *positivo* me mira de vuelta, afilada e implacable.

Me congelo. No puedo respirar, moverme, pensar. Mi mente se aferra a la negación. Esto tiene que estar mal.

Agarro la caja y saco la segunda prueba. No me importa la lógica de esperar o tomar agua. Solo necesito estar segura.

Minutos después, estoy otra vez caminando de un lado a otro, sujetando la segunda prueba como si apretarla pudiera cambiar el resultado. Apenas noto cuando la respuesta aparece.

Positivo.

La verdad cae sobre mí, sofocante y absoluta. Me dejo caer al suelo, con la espalda contra la fría pared, la prueba resbalando de mis manos.

Las lágrimas comienzan a brotar, calientes e incontrolables, mientras el peso de todo me envuelve.

Estoy embarazada. Del hijo de Noah Ross.



Paso el resto del día en una neblina, mi cuerpo sigue la rutina, atiende cada tarea, pero mi mente es un desastre. No sé qué hacer. ¿Debo decirle a Noah ahora o esperar a ver a un médico? Estoy tan confundida. Una parte de mí siente un destello de felicidad. Siempre quise ser mamá, pero no así. Quería enamorarme, casarme y luego formar una familia. Ahora todo está patas arriba.

¿Qué pasa si Noah no quiere que tenga al bebé? ¿Y si duda que es suyo? No creo que se comporte como un idiota, pero… en realidad ya no lo conozco. Ahora, nos guste o no, estaremos conectados por el resto de nuestras vidas, y ese pensamiento me aterra. Pero no puedo negar que también me emociona un poco.

Voy a tener un hijo de Noah. Del hombre al que he amado la mayor parte de mi vida.

Aunque no pase nada más entre nosotros, una parte de él siempre estará conmigo.

Ese pensamiento, tan abrumador como es, me arranca una sonrisa mientras las lágrimas siguen cayendo por mi rostro.

Capítulo Dieciséis

Noah

Necesito ver a Josy. No la he visto en toda la semana, y me estoy volviendo loco. No es que no haya intentado verla. He venido a la cafetería todos los días durante las últimas semanas, con la esperanza de verla aunque sea un segundo. Pero ha estado aquí solo un par de veces y, cuando lo está, apenas me habla. Aun así, con solo verla, aunque sea un instante, siento una felicidad increíble. Es patético, en realidad. Soy como un adicto persiguiendo su próxima dosis, incapaz de dejar de desearla.

Josy es como una sirena. De esas que aparecen en las historias, cantando su canción mortal para atraer a los marineros. Y aunque sabes que te matará, no puedes evitar seguir el sonido. Así me siento con ella. No me importa si me ahogo. Me dejaría hundir con gusto si eso significa estar cerca de ella. Suena dramático, pero es la verdad.

Cada vez que entro a la cafetería, mis ojos la buscan, con la esperanza de que ese sea el día. Me digo a mí mismo que estoy siendo paciente, que puedo darle el espacio que necesita, pero en el fondo solo me estoy engañando. No puedo dejar de pensar en ella, y no sé cómo parar. No es solo su apariencia, aunque es hermosa, obviamente. Es todo en ella. La forma en que se mueve, cómo se enoja por las cosas más pequeñas, la manera en que finge ser dura pero tiene esta suavidad debajo de todo. Me tiene atrapado, y ni siquiera quiero encontrar la salida.

Me he mantenido ocupado todos los días, lanzándome de lleno al trabajo, y cuando termino, me voy al gimnasio. Cualquier cosa para evitar manejar hasta su casa y rogarle por unos minutos de su tiempo. Pero esta estrategia no está funcionando. La necesidad de hablar con ella es demasiado fuerte para ignorarla.



Echo un vistazo al lugar que estoy remodelando, intentando concentrarme. Los muchachos están ocupados derribando una pared mientras yo limpio los escombros. Ya casi es la hora del almuerzo y, como siempre, mis pensamientos se desvían hacia Josy. No la he visto en días, y la necesidad de verla me está carcomiendo. Se ha convertido en un misterio, nunca está en la cafetería cuando voy. Así que hoy, necesito saber si está ahí.

Me quito los guantes, saco el teléfono del bolsillo y le escribo un mensaje a Austin. Si alguien puede ayudarme, es él.

Yo: Hey, ¿me haces un favor?

Solo pasan unos segundos antes de que aparezcan los tres puntos rebotando, señalando su respuesta.

Austin: Seguro.

Yo: ¿Puedes preguntarle a Violeta si Josy está en la cafetería hoy?

Un minuto pasa y siento el estómago apretarse con la ansiedad de su respuesta. Luego, llega el mensaje.

Austin: Ni siquiera necesito preguntarle a Violeta. Estoy en la cafetería comprando café ahora mismo, y la estoy viendo. Está aquí, pero parece que no se siente bien.

Me quedo helado. ¿No se siente bien? Mi mente se acelera y una oleada de preocupación se instala en mi pecho.

Yo: ¿Está enferma?

Austin: No lo sé. Acaba de llegar de la otra cafetería. Aún no he tenido la oportunidad de preguntarle.

Yo: Está bien. Gracias por avisarme. Voy para allá ahora mismo.

Austin: Bien. Ven a hablar con tu mujer.

Suelto una carcajada, negando con la cabeza ante sus palabras. No hay nada que desee más que poder llamar a Josy mi mujer. Pero con lo tenso que han estado las cosas entre nosotros, apenas logro que me dirija la palabra. Aun así, aprovecharé cualquier oportunidad que tenga.

Dejo mis herramientas en la esquina, haciendo una nota mental de retomar el trabajo cuando regrese. Los muchachos ya se están preparando para el almuerzo, algunos con sus comidas empacadas, otros listos para salir. Les digo que se tomen su tiempo y luego me dirijo directo a mi guagua. No pierdo ni un segundo en el camino a la cafetería.

El trayecto es rápido, considerando que estoy trabajando en una casa a menos de cinco minutos de Main Street. A la hora del almuerzo, las calles están llenas de carros estacionados, lo que hace difícil encontrar un lugar. Después de dar un par de vueltas, decido estacionarme en la oficina de Austin. Su firma de arquitectura está a solo unos pasos de la cafetería, y es más fácil dejar la guagua aquí que seguir buscando un espacio.

Al bajar y comenzar a caminar, pienso en lo conveniente que es que Austin esté tan cerca. Su oficina estando al lado de la cafetería fue precisamente cómo conoció a Violeta. Al parecer, el primer día de Violeta trabajando en la cafetería, le derramó café caliente en el pecho a Austin. Él dice que ha estado enamorado de ella desde entonces. Es curioso cómo a veces funcionan las cosas y cómo algo tan insignificante puede convertirse en lo mejor de tu vida. Mientras me acerco a la cafetería, el corazón se me acelera por la anticipación de ver a Josy.

Empujo la puerta, y el aroma a café recién hecho y pan dulce me envuelve al instante. Mis ojos van directamente al mostrador, donde veo a Violeta en la caja registradora y a otra chica preparando pedidos a su lado. No veo a Austin, así que me acerco a Violeta y me quedo un poco apartado para llamar su atención.

Cuando me ve, me sonríe con calidez. Me inclino hacia ella y bajo la voz.

—¿Josy está aquí hoy?

Violeta mira alrededor antes de asentir.

—Sí, está en la oficina. Sabes dónde está —susurra.

Asiento, sintiendo cómo el pecho se me aprieta mientras avanzo hacia la parte trasera. Cada paso acelera mi pulso, un tamborileo constante en mis oídos. Cuando llego a la oficina de Josy, la puerta está entreabierta. Ella está sentada en su escritorio, con la cabeza apoyada entre las manos. Su largo cabello rizado cae como una cortina a su alrededor, ocultando su rostro. Pero su postura dice más que cualquier palabra: hombros caídos, una rigidez en su espalda, una sensación palpable de agotamiento. Algo no está bien.

Toco suavemente la puerta, rompiendo el silencio. Su cabeza se levanta de golpe y me mira con los ojos muy abiertos, sobresaltada.

—Lo siento si te asusté. ¿Estás bien? —pregunto, entrando.

Su hermosa piel oscura ha perdido su brillo habitual, y un ligero sudor cubre su frente, donde unos rizos rebeldes se le han pegado. Parece que lleva tiempo sintiéndose mal.

Fuerza una sonrisa, pero no le llega a los ojos.

—Sí, estoy bien. ¿Cómo estás tú? —Su voz tiembla, las palabras frágiles, como si pudieran romperse bajo el peso de la mentira.

—Bien. No te he visto mucho últimamente y quería saber cómo estabas. —Dudo un momento antes de añadir—: ¿Quizá podríamos almorzar o cenar juntos algún día?

Intento sonar despreocupado, incluso le sonrío, pero su reacción me hace sentir un nudo en el pecho.

—Oh… —murmura, desviando la mirada. Respira profundo, como si estuviera reuniendo valor para responder, pero antes de que pueda hacerlo, se lanza hacia el zafacón junto a su escritorio y vomita violentamente.

Estoy a su lado en un instante, sujetándole el cabello mientras se inclina sobre el bote. El olor ácido me revuelve el estómago, pero lo ignoro y le froto la espalda con suavidad.

—Está bien, déjalo salir —murmuro en un tono bajo y tranquilizador.

Su cuerpo tiembla con cada jadeo, y algo dentro de mí se rompe al verla así.

Cuando finalmente se detiene, toma una respiración temblorosa y escupe en la basura. Tomo una servilleta de su escritorio y se lo paso. Sus manos tiemblan cuando se limpia la boca, sus cachetes ardiendo de vergüenza.

—Lo siento —murmura, atando rápidamente la bolsa de basura y dejándola a un lado.

—¿Te sientes mejor ahora? —pregunto, mi voz cargada de preocupación—. Austin mencionó que no te sentías bien hoy, así que vine en cuanto me enteré. ¿Qué necesitas?

Me mira, sus ojos apagados por el cansancio.

—Déjame botar esto. Estoy bien —insiste, pero cuando intenta ponerse de pie, sus piernas flaquean y se deja caer de nuevo en la silla.

—Estoy mareada —admite en voz baja.

—Cariño, no estás bien —digo con más firmeza de la que pretendía.

Tomo la bolsa de basura antes de que pueda protestar y salgo hacia la parte trasera de la cafetería. El estruendo de la tapa del contenedor al cerrarse resuena en el espacio silencioso, un contraste agudo con el caos que siento dentro de mí.

Cuando regreso, voy directo a Violeta.

—Oye, ¿puedes traerme una ginger ale y una bolsa de basura nueva para Josy?

La preocupación cruza su rostro.

—¿Todavía se siente mal?

—Acaba de vomitar. Podría ser un virus estomacal o algo así —le explico.

Violeta me entrega una lata de ginger ale y un par de bolsas nuevas.

—Avísame si necesita algo más —dice en voz baja.

—Lo haré —prometo antes de apresurarme de vuelta a la oficina de Josy.

No se ha movido mucho, su cabeza sigue apoyada en el escritorio, sus dedos aferrados al borde como si fuera lo único que la mantiene en pie.

—Aquí —digo, colocando la ginger a frente a ella—. Toma un sorbo a ver si te ayuda. Traje bolsas extra, por si acaso.

Un quejido escapa de sus labios, bajo y cargado de frustración.

—Esto es tan humillante. ¿Puedes irte, por favor? Te juro que estoy bien.

—No voy a dejarte así —digo, con firmeza, acercándome un poco más—. Ni de broma.

—Ugh, solo vete, por favor. Ya misma me iré a casa a descansar —murmura, su voz teñida de irritación mientras toma un pequeño sorbo de la bebida.

Cruzo los brazos y me apoyo en el escritorio.

—Te dije que no me voy. ¿Quieres que te lleve a urgencias?

—No —responde con brusquedad, su tono cortante a pesar de su evidente agotamiento—. Dije que estoy bien. Esto se me pasará.

La observo, mi preocupación aumentando.

—¿Cómo lo sabes? Necesitas que un médico te revise, tal vez te den algo para lo que sea que tengas.

Josy suelta un suspiro pesado y se frota las sienes.

—Ya sé lo que tengo —dice en voz baja.

Eso me toma por sorpresa.

—¿Qué quieres decir? ¿Ya fuiste al médico?

Niega lentamente con la cabeza.

—No necesito ir para saber lo que está pasando.

Parpadeo, tratando de procesar sus palabras crípticas.

—¿Comiste algo que te cayó mal?

Levanta la cabeza y me mira directo a los ojos.

—No, Noah. Estoy embarazada.

La palabra me golpea como un puñetazo, dejándome sin aliento.

—¿Qué… qué? —balbuceo, sintiendo cómo el suelo bajo mis pies se tambalea.

—Escuchaste bien —dice suavemente—. Estoy embarazada. No planeaba que te enteraras así, pero tampoco voy a ocultarlo. Por eso me he sentido tan mal. Tengo náuseas matutinas o, mejor dicho, náuseas todo el día.

—¿Cuándo te enteraste? —mi voz es apenas un susurro.

—Ayer —admite, frotándose de nuevo las sienes—. Estaba en el nuevo local, sintiéndome fatal, y entonces me di cuenta de que no me había bajado la regla. Me hice dos pruebas de embarazo y ambas dieron positivo. Felicidades, Noah. Vamos a ser padres —su tono está cargado de sarcasmo.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, pesadas e inquebrantables. Mi mente intenta procesarlas, pero lo único que puedo hacer es mirarla, mis pensamientos convertidos en un caos de sorpresa e incredulidad.

Embarazada. Josy está embarazada.

Vamos a ser padres.

Las palabras resuenan en mi cabeza, golpeándome como olas furiosas, arrastrándome con su fuerza. Mi mente retrocede a ese día, al calor entre nosotros, a cómo perdí la cabeza con ella. Sin condón. Un descuido que ahora es una realidad. Mi responsabilidad tanto como la suya, pero las consecuencias se sienten enormes, más grandes que cualquier cosa que haya enfrentado antes.

Me quedo inmóvil, con el pulso retumbando en mis oídos. La habitación se siente más pequeña, las paredes cerrándose a mi alrededor, pero lo único que veo es a ella, sentada allí, agotada y vulnerable. Su rostro es una mezcla de miedo y desafío, como si estuviera preparándose para una tormenta. Y lo entiendo. Esto no estaba en sus planes; tampoco en los míos. Pero ahora no hay forma de evitarlo.

Esto es real.

Mi corazón late con fuerza, no por pánico, sino por algo más. La mujer que me vuelve loco, que me reta y me saca de quicio de todas las formas posibles, está esperando un hijo mío.

Mi bebé*.*

La revelación me golpea—inesperada, caótica, pero no indeseada.

Debería estar aterrorizado, y tal vez una parte de mí lo esté, pero eso queda opacado por algo más fuerte: la certeza de que esto, nosotros, estamos destinados a ser. Puede que no sea el mejor momento, diablos, probablemente es el peor, pero no puedo arrepentirme. No cuando esto significa que Josy tendrá que ver lo que yo siempre he sabido.

Que pertenecemos juntos.

Capítulo Diecisiete

Josy

Mirarlo a la cara no debería ser tan difícil. Pero después de decir que estoy embarazada, se siente imposible.

Noah sigue ahí, sin decir nada, mirándome como si aún estuviera intentando asimilar lo que dije. No sé qué esperaba, pero el silencio se vuelve más pesado con cada segundo que pasa.

Supongo que tengo que dejarlo pensar. Yo tuve un día para procesar la noticia, más la mitad del día de hoy. Pero eso no hace que esto sea más fácil. Sigo observándolo, esperando—deseando—que diga algo. ¿Está enojado conmigo? ¿O peor, piensa que le estoy mintiendo o que intento atraparlo? El pensamiento me revuelve el estómago de nuevo y respiro hondo, tratando de calmar el torbellino en mi cabeza.

—Mira, no espero nada de ti —digo al fin, con la voz un poco más firme—. Solo pensé que era justo que lo supieras. Decidas lo que decidas, yo me las arreglaré.

La verdad es que estoy aterrada. Siempre quise ser madre, pero no así—no sola, confundida y sin saber qué me espera. La idea de hacerlo sola me oprime el pecho, pero si es necesario, lo haré. No tengo opción, soy una mujer adulta. Puedo hacerlo.

La expresión de Noah se suaviza y, cuando por fin habla, su voz es más gentil de lo que jamás la había escuchado.

—Josy, yo…

Antes de que termine, levanto la mano para detenerlo.

—No, no tienes que decir nada ahora. Entiendo que esto es mucho para procesar. Solo piénsalo. No tenemos que decidir nada en este momento.

—¿Qué? Josy, no confundas mi silencio —se acerca un poco más, frunciendo el ceño—. Estoy sorprendido, sí, pero ni por un segundo pienses que no voy a estar aquí para ti y para el bebé. Es solo que… es impactante y, honestamente, me siento tan malditamente orgulloso. Mis nadadores hicieron su trabajo.

Se ríe y lo miro, incrédula. Noah acaba de soltar una risa, como si esto fuera un chiste.

—Esto no es gracioso, Noah.

—Lo sé, lo siento —su expresión se suaviza, aunque aún hay una sonrisa traviesa en la comisura de sus labios—. Tengo la cabeza en las nubes ahora mismo. Dios, voy a ser papá.

Su voz se convierte en un susurro, como si apenas estuviera cayendo en cuenta de la realidad.

Lo observo mientras empieza a caminar de un lado a otro en mi oficina, pasándose las manos por el cabello. Parece emocionado, y no sé si eso debería aliviarme o ponerme aún más nerviosa. De repente, deja de caminar y se sienta en una de las sillas frente a mi escritorio, inclinándose con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Vas a tener al bebé? —pregunta en voz baja, con la mirada fija en la mía.

—Por supuesto —respondo sin dudarlo.

Noah suelta un largo suspiro de alivio, sus hombros relajándose visiblemente.

—Bien. Quiero decir, eso es bueno —se pasa una mano por la cara antes de mirarme de nuevo—. ¿Te sientes mal todos los días? ¿Cuándo tienes que ir al médico?

—Como te dije, me he sentido así de vez en cuando estos últimos días —me froto las sienes, agotada—. Aún tengo que pedir cita con mi ginecóloga para confirmarlo, pero estoy bastante segura de que estoy embarazada.

—¿Puedo ir contigo a la cita?

Su pregunta me toma por sorpresa. La sinceridad en su voz es innegable.

—Sí —respondo apenas en un susurro—. Me gustaría que estuvieras ahí.

—Bien. Me alegra —dice, y nuestros ojos se encuentran.

Puedo sentir cómo la tensión entre nosotros se intensifica, como un hilo invisible conectando nuestros corazones. Es emocionante y aterrador a la vez, y me pregunto si él lo siente también.

—¿Quieres cenar conmigo? Aunque no lo creas, por eso vine en primer lugar —dice, acomodándose un poco y recostándose en la silla mientras espera mi respuesta—. Podemos hablar sobre nuestro bebé y lo que vamos a hacer. ¿Qué piensas?

Cenar. La idea hace que mi estómago se revuelva, y no solo por las náuseas, sino por lo que esto podría significar. Compartir una comida se siente como un paso hacia un futuro que de repente parece tan complicado, pero innegablemente real.

—La cena suena bien —logro decir, forzando una sonrisa a pesar de la mezcla de emociones dentro de mí.

—¡Genial! En mi casa, esta noche a eso de las seis —sugiere, poniéndose de pie.

Asiento.

—Perfecto. Nos vemos esta noche.

Se acerca y me da un beso en la cima de mi cabeza antes de salir. Cuando se va de mi oficina, me recuesto en la silla y miro al techo, con la mente acelerada por todos los "qué pasaría si". Me alegra que haya tomado la noticia tan bien; en el fondo, sabía que Noah sería un apoyo. Siempre ha sido un buen hombre.

Pero me recuerdo a mí misma que no debo entusiasmarme demasiado. Es solo una cena. Solo vamos a hablar sobre el bebé y qué sigue. No puedo permitirme soñar con escenarios perfectos.

Respiro hondo y trato de enfocarme en lo importante: mi salud y nuestro bebé.

Sonrío ante la idea de ver a Noah otra vez, aunque sea solo para cenar. Pero estoy agradecida de no tener que enfrentar esto sola.



Miro la pila de ropa sobre mi cama, sintiéndome cada vez más frustrada. He probado todo lo que tengo y nada se siente bien. Me giro hacia el espejo y me observo con un vestido verde suelto. Probablemente sea la mejor opción en este punto. Cómodo, pero aún lindo.

Aunque Noah y yo solo somos amigos, quiero verme bien. Después de cómo me vi hoy —enferma y vomitando frente a él—lo mínimo que puedo hacer es esforzarme un poco esta noche. No quiero que piense que soy un desastre total. El momento en que entró a mi oficina, quise esconderme. Ugh, vomitar frente a él fue tan vergonzoso y asqueroso.

Espero que esta noche salga mucho mejor y sin ningún episodio de náuseas. De hecho, me he sentido bastante bien en las últimas horas. Miro hacia abajo y acaricio suavemente mi vientre.

—Muy bien, pequeño, mamá necesita que te portes bien esta noche. Nada de hacerme enfermar durante la cena con tu papá, ¿de acuerdo? —Me río de mí misma. ¿Los bebés pueden escucharte hablar tan temprano? ¿Quién sabe? Probablemente debería empezar a leer sobre el embarazo o ver algunos videos para no entrar en esto completamente a ciegas.

Agarro mis maquillaje y me dirijo al espejo para aplicarme un poco de maquillaje. Cuando termino, dejo mis rizos sueltos y trato de domar algunos de los más rebeldes. Al menos ahora luzco un poco más arreglada. Tomo mi bolso, cierro la puerta y me dirijo a mi carro. Nunca he estado dentro de la casa de Noah, y la idea me pone un poco nerviosa. Una vez que me acomodo en el asiento del conductor, conecto mi teléfono y elijo un playlist para calmar mis nervios. Justo cuando pongo el carro en marcha, aparece un mensaje.

Violeta: ¿Te sientes mejor?

Yo: Sí. Gracias por la ayuda hoy. Creo que tal vez tengo un virus estomacal.

Se lo diré después. Primero, necesito hablar con Noah, y si todo sale bien esta noche, me sentaré con Violeta mañana. Va a tener

tantas preguntas, y aunque no estoy lista para hablar de todo eso, tampoco quiero ocultárselo.

Violeta: Qué bueno. Avísame si necesitas que te lleve sopa o más ginger ale.

Yo: Gracias. Te quiero.

Violeta: Te quiero más.

Sonriendo ante su mensaje, guardo el teléfono y me concentro en el camino. Unos minutos después, paso frente a la nueva casa de Violeta y no puedo evitar sonreír. Noah y Esteban realmente se lucieron con esa construcción. Es hermosa, y aunque extraño tener a Violeta y Adrián viviendo cerca de mí, saber que son felices lo hace más fácil. Estaba tan emocionada cuando la vio por primera vez. Austin la sorprendió en una cita, vendándole los ojos y llevándola hasta su nueva casa. Me dijo que lloró de felicidad cuando la vio. Después de recorrerla, dijo que hicieron el amor en su nueva habitación. Luego le pidió a Austin que se mudara con ella. Ahora están felices en su nuevo hogar, y no podría estar más contenta por ella. Finalmente está teniendo lo que se merece.

La casa de Noah está a unos diez minutos de la de Violeta, así que sigo conduciendo, aunque mis nervios empiezan a intensificarse a medida que me acerco. Cuando finalmente llego, veo su casa: un hogar pequeño y encantador de una sola planta. La pintura gris claro parece reciente, y los marcos blancos le dan un aspecto limpio y acogedor. El porche es simple pero bien cuidado, con algunas macetas ordenadas junto a los escalones. Se nota que Noah cuida su espacio con esmero, y todo el conjunto transmite una sensación acogedora. Ahora, si tan solo pudiera calmar las mariposas en mi estómago.

Estaciono al lado de su guagua y camino hacia la puerta, sintiendo cómo mi corazón se acelera con cada paso. Justo cuando estoy a punto de tocar, la puerta se abre de golpe y ahí está él, de pie al otro lado. Se ve increíblemente atractivo, vestido con pantalones deportivos negros y una camiseta gris ajustada. Su

cabello está húmedo, como si acabara de salir de la ducha, y sus pies descalzos lo hacen parecer aún más relajado. Siento cómo el calor sube a mis cachetes mientras mis ojos recorren su figura. ¿Por qué tiene que estar tan bueno?

—Pasa, cariño —dice Noah, haciéndose a un lado para dejarme entrar.

Al caminar junto a él, percibo el aroma de su colonia. Es una mezcla amaderada y terrosa, como cedro fresco con un ligero toque almizclado. El olor es cálido y envolvente, haciéndome sentir a la vez cómoda y peligrosamente atraída. Me cuesta todo el autocontrol del mundo no inclinarme hacia su cuello para aspirar su aroma. Eso definitivamente sería incómodo y extraño.

El interior de su casa es tan acogedor como me lo imaginaba en mi cabeza. La distribución abierta me permite verlo todo de una vez: la cocina con sus gabinetes de madera oscuro, los electrodomésticos de acero inoxidable brillando bajo la suave iluminación y un pequeño juego de comedor para cuatro personas a un lado. La sala es espaciosa pero acogedora, con un televisor grande y un sofá que prácticamente te invita a sentarte y relajarte.

El aroma de algo delicioso llenando el aire me golpea de inmediato, y mi estómago ruge en respuesta. Después de sentirme enferma todo el día, el olor me recuerda que no he comido nada desde que vomité esta mañana. Ahora, de repente, estoy muriendo de hambre.

Capítulo Dieciocho

Noah

Esta es la primera vez que tengo a la mujer de mis sueños en mi casa. Josy entra, luciendo como una diosa con ese vestido verde, la tela ondeando con cada movimiento elegante que hace. Observa el espacio, sus ojos recorriendo la cocina, la sala y el comedor. Hay una expresión en su rostro como si hubiera esperado encontrar un departamento de soltero con muebles desparejos y un desastre por todos lados. Casi me río, pero me lo guardo, disfrutando de su sorpresa.

Mientras sigue avanzando, su estómago ruge, y no puedo evitar soltar una risa.

—¿Tienes hambre?

Ella asiente, algo avergonzada.

—Sí. No he comido nada desde que me sentí mal hace rato.

Escucharla decir que no ha comido desde la última vez que la vi borra la sonrisa de mi cara. Acorto la distancia entre nosotros y levanto la mano para apartar unos rizos rebeldes de su cara. Al hacerlo, dejo que mis dedos se demoren, trazando la suavidad de su piel. Esta noche lleva puesto un poco de maquillaje, no es que lo necesite, pero saber que lo hizo para mí hace que algo cálido se asiente en mi pecho.

Su respiración se agita en cuanto me acerco, y mi voz baja mientras murmuro:

—Tienes que comer, cariño. Sé que no te sentías bien antes, pero ahora tienes que pensar en nuestro bebé. Necesitas fuerzas.

Deslizo mi mano hasta su vientre, el lugar donde nuestro hijo está creciendo, y ella contiene el aliento. Dios, me encanta hacerla reaccionar así. Su cuerpo responde a mí incluso cuando intenta mantener la distancia. Entrecruzo nuestros dedos y la atraigo más cerca, sintiendo el ligero temblor en su cuerpo cuando jadea por el movimiento repentino.

Ahora que la tengo justo donde quiero, pecho contra pecho, me inclino hacia sus labios. He estado ansiando otro beso, solo un pequeño mordisco en ese labio inferior que me gusta tanto. Debe intuirlo porque se pasa la lengua por los labios, y esa pequeña acción envía una descarga de calor directo a mi pene. *Que jodienda, no tiene idea de lo que me está haciendo.*

Pero en lugar de besarla, me inclino hacia su oído, mi voz apenas un susurro.

—Déjame alimentarte, preciosa. Luego hablaremos.

Su respiración se entrecorta otra vez, más rápida ahora que estoy tan cerca. Debería alejarme y darle espacio, pero no puedo evitarlo. Mientras me retiro, dejo que mis labios rocen los suyos, lo justo para morder suavemente su labio inferior. No es suficiente para mí, pero sé que si la beso ahora, no habrá forma de que tengamos esa conversación. Y necesitamos hablar.

Por ahora, tendré que conformarme con el sabor de ella en mis labios, sabiendo que después de la cena, estaré listo para más… si ella me deja.

Con nuestros dedos aún entrelazados, la guío hasta la mesa del comedor y le aparto la silla para que se siente. Una vez que está acomodada, me dirijo a la cocina y sirvo la sopa de pollo en los tazones. El aroma es rico y reconfortante, justo como esperaba. Saco el pan tostado del horno, asegurándome de que todo esté perfecto.

Coloco su tazón frente a ella y regreso por el pan y mi propia comida. Cuando me siento, noto cómo Josy alterna la mirada entre la sopa y yo, con curiosidad y algo más brillando en sus ojos.

—Pensé que, como no te sentías bien, te haría algo ligero que pudiera ayudarte —le explico—. Leí en internet que la sopa, las

galletas saladas y la ginger ale son buenos para las náuseas. Espero que esto te haga sentir mejor.

Trata de ocultar su sorpresa, pero veo la pequeña sonrisa que se forma en sus labios.

—¿Leíste sobre embarazos y preparaste esto solo para mí?

—¿Por qué suenas tan sorprendida? —bromeo.

—No sé, solo… me sorprende. Pero de verdad lo aprecio —dice, con una sonrisa un poco tímida.

—¿Qué quieres tomar? Tengo ginger ale, agua, limonada.

—Agua está bien.

Asiento y saco dos botellas del refrigerador, colocando una frente a ella y otra frente a mí. Me vuelvo a sentar, observándola con expectación.

—Adelante, pruébala. No tiene veneno, te lo prometo —digo con una sonrisa.

—Lo sé —responde con una pequeña risa—. Es solo que… no sé.

Pero finalmente toma la cuchara y prueba un bocado con cautela. Sus ojos se abren un poco más, y la satisfacción en su expresión me hace sentir jodidamente orgulloso.

Me mira, claramente impresionada.

—Wow. Esto está delicioso. No sabía que sabías cocinar. Espera… ¿realmente hiciste esto o me estás tomando el pelo? ¿Alguien más hizo todo el trabajo?

Suelto una carcajada.

—Vamos, mujer. Lo hice yo mismo. Tengo habilidades y sé cómo usarlas.

Levanto las cejas en un gesto exagerado, y suelta una risa. Mierda, es el sonido más dulce. Se ve tan hermosa cuando ríe que, por un momento, quedo completamente embelesado.

Quiero ser quien la haga reír así por el resto de su vida.

—Vamos, come para que podamos hablar.

Señalo su sopa con la cabeza, y Josy recoge la cuchara de nuevo. La observo mientras toma varios bocados, tratando de ocultar mis pensamientos.

—¿Cuándo vas a llamar a tu doctor para agendar la cita? —pregunto, rompiendo el silencio.

—Ya lo hice —responde entre bocados, su voz distante—. Me dieron cita para el miércoles en la mañana, a las diez.

—Estaré ahí. ¿Quieres que pase por ti?

—No, es mejor que nos veamos allá. Así, cuando terminemos, podremos regresar al trabajo.

—Josy, no me molesta recogerte. Pero si prefieres ir sola, está bien. Solo mándame la dirección y ahí estaré.

Asiente con movimientos precisos, pero noto un destello de duda en su mirada. Está guardándose algo; lo puedo sentir.

—¿Qué te gustaría que fuera? —pregunto, suavizando mi voz para alentarla a abrirse.

—Honestamente, no lo sé —dice, desviando la mirada de la mía —. Solo quiero que sea un bebé sano. ¿Y tú? ¿Niño o niña?

—No me importa —una sonrisa se dibuja en mis labios—. Pero si tuviera que elegir, me encantaría una niña tan hermosa como tú.

Sus cachetes se sonrojan, y esconde su sonrisa tras un pedazo de pan. La imagen me aprieta el pecho, una mezcla de alegría y anhelo creciendo dentro de mí.

—Si es niña, tengo un nombre que me gustaría que consideraras —digo con un leve tono de duda.

—¿Sí? —Asiente, curiosa—. ¿Qué nombre tienes en mente?

—Everly —respondo, con una pequeña sonrisa—. No sé por qué, pero siempre me ha gustado ese nombre. Además, podría llamarla Ever de cariño.

Ella deja que el nombre se asiente en su mente antes de asentir.

—Me gusta. Lo pensaremos cuando sepamos el género.

—Por supuesto —digo, mi sonrisa ampliándose.

—Todavía no puedo creer que vamos a ser padres —murmuro—. ¿Se lo has dicho a alguien más?

Ella niega con la cabeza.

—No, solo a ti. No quiero decir nada hasta que el doctor confirme todo. Pero mañana se lo diré a Violeta. Si no lo hago, empezará a hacer preguntas si sigo sintiéndome mal.

—Lo entiendo —digo—. Yo quiero decirles a los muchachos, pero solo si tú estás de acuerdo.

—Seguro —responde en voz baja, pero hay una distancia en su tono, un muro entre nosotros que no logro atravesar.

—¿Y qué hay de nosotros? —pregunto finalmente, incapaz de retener la pregunta por más tiempo—. ¿Qué va a pasar con nosotros?

—Somos amigos, Noah. Nada más. Dos amigos que van a tener un bebé. ¿Por qué?

Sus palabras me golpean como un puñetazo, el aire escapando de mis pulmones. Trago saliva, esforzándome por no dejar ver el golpe que acabo de recibir.

—¿Existe la posibilidad de explorar algo entre nosotros? —pregunto, dejando escapar un destello de esperanza a pesar de mí mismo.

Ella aparta la mirada, su expresión tensa, como si se estuviera preparando para un golpe. —No creo que sea una buena idea, Noah. No quiero complicar las cosas más de lo que ya están. Seamos solo amigos. Podemos criar juntos a este bebé y hacerlo bien.

Su respuesta se siente como una puerta cerrándose de golpe, el eco resonando en mi pecho. ¿Por qué sigue negando lo que podría ser tan bueno entre nosotros? Sé que lo nuestro es real, algo que vale la pena luchar, pero ella tiene demasiado miedo para verlo. O quizás es demasiado terca.

Bien. Si quiere vivir en negación, es su decisión. Pero yo no me voy a ir. No ahora. No nunca.

Me obligo a cambiar de tema, llevándonos a terreno seguro. —¿Cómo va la cafetería? ¿Sigues en camino para abrir antes de Acción de Gracias?

Ella se relaja, sus hombros bajan ligeramente. —Sí, si todo sale según lo planeado. Aún queda mucho por hacer, pero el personal empieza el entrenamiento la próxima semana, así que eso ya es un problema menos.

Hablamos sobre el trabajo, la cafetería y sus planes para el futuro. Por primera vez en lo que parece una eternidad, estamos teniendo una conversación tranquila y normal. Y veo un lado diferente de Josy, el lado que es decidido, enfocado y ferozmente independiente.

Se ha convertido en una mujer increíble, con metas claras y la determinación para lograrlas. Y me doy cuenta de que me estoy enamorando más con cada pequeño detalle que comparte. Cuanto más la conozco, más profundo caigo.

Aunque ella no esté lista para admitirlo, yo esperaré. Por ella. Por nosotros. Por el futuro que sé que podemos tener juntos.

Cuando terminamos de comer, Josy se levanta para irse. La acompaño hasta la puerta y, cuando sale, se lleva consigo cada pizca de mi autocontrol. Quería tanto volver a besarla, sujetarla entre mis brazos y mostrarle que lo que hay entre nosotros puede ser real. Pero esta noche no era el momento.

Aún no.

Capítulo Diecinueve

Josy

No puedo quedarme quieta. Mi pierna derecha no ha dejado de moverse desde que agarré los formularios que tengo que llenar para el doctor. Llegué diez minutos antes y entregué todo en recepción, pero ya pasaron diez minutos de las diez y Noah todavía no ha llegado. No me ha mandado ningún mensaje desde ayer, cuando confirmó la hora y el lugar de la cita.

Sería mentira si dijera que no estoy nerviosa. He esperado por este día toda la semana. Ha sido la semana más larga de mi vida. Me he mantenido ocupada trabajando sin descanso en la nueva cafetería, tratando de ahogar todas las emociones que recorren mi cuerpo.

La única persona a la que le he contado sobre el embarazo es Violeta. No pude ocultárselo por mucho tiempo. Cuando se lo dije al día siguiente, se sorprendió por completo, pero prácticamente se iluminó cuando mencioné que Noah era el padre. Saltó de emoción, sonriendo como una loca.

—¡Lo sabía! —chilló—. Llevas diez años negando lo que sientes por ese hombre. ¡Lo sabía!

Fue ahí cuando tuve que hacerla aterrizar, diciéndole que solo somos amigos y que entre nosotros no va a pasar nada más. Se sintió triste, pero me apoyó. Aunque, conociéndola, estoy segura de que sigue teniendo la esperanza de que Noah y yo terminemos juntos.

Noah ha sido muy atento, me ha mandado mensajes todas las mañanas y todas las noches, pero casi no lo he visto. He estado escondida en la cafetería, tratando de concentrarme. Las náuseas siguen ahí, pero ya son más manejables, gracias a Dios. Pero hoy… Hoy es el día que he estado esperando, el día que finalmente confirmará lo que ya sé. Y no puedo quitarme estos nervios de encima.

¿Por qué Noah no está aquí? ¿Debería mandarle un mensaje? Sí, le voy a escribir. Justo cuando busco el celular en mi bolso, siento que alguien se sienta a mi lado. Su olor me llega antes de que siquiera alce la vista. Sé que es él.

—Hola, perdón por la tardanza. Perdí la noción del tiempo en la oficina —dice Noah, su voz profunda y arrepentida.

—Está bien. Justo iba a escribirte.

Levanto la mirada y el aire se me atora en la garganta. Está usando un polo negro, jeans azul oscuro y esas malditas botas de trabajo que lo hacen ver irresistiblemente rudo. Su cabello cae un poco sobre su rostro y la barba bien arreglada le da un aire brutalmente atractivo. *Carajo.* Daría lo que fuera por un beso ahora mismo. ¿Cómo es posible que cada vez que lo veo esté más hermoso? Es ridículo.

Y esa barba… limpia, bien cuidada y absurdamente sexy.

—¿Pensaste que no iba a venir? —pregunta con una sonrisa juguetona en los labios.

—Sí —admito, arrugando la nariz para mostrarle que hablo en serio.

—Cariño, no me perdería esto por nada en el mundo. Tú y este bebé son lo más importante para mí. Será mejor que te acostumbres a tenerme cerca, porque no voy a ninguna parte.

Sus palabras son suaves, pero llenas de promesas.

—Si tú lo dices…

Estoy a punto de responderle algo más cuando escucho mi nombre desde la puerta que lleva al consultorio.

Es hora.

Me levanto rápidamente de la silla y miro a Noah. Él me sonríe de oreja a oreja y dice:

—Ahora es que es, cariño.

Asiento y, justo cuando me dispongo a caminar hacia la enfermera que me espera en la puerta, Noah entrelaza nuestros dedos. El gesto me toma por sorpresa, dejándome sin aliento. Bajo la mirada a nuestras manos y luego lo miro a él. Noah me guiña un ojo y empieza a caminar, tirando suavemente de mí.

Una vez dentro, la enfermera me pide que orine en un recipiente y luego revisa mis signos vitales, mientras Noah permanece en silencio en un rincón de la habitación, observando. Después, nos lleva a una sala de exámenes y me indica que me cambie y me ponga una bata de papel para que la doctora pueda hacerme la revisión.

Cuando la enfermera se va, me giro hacia Noah, sintiendo el peso de su mirada sobre mí.

—Supongo que me cambiaré ahora —digo, sintiéndome un poco incómoda.

Noah se apoya contra la pared con una sonrisa traviesa en los labios.

—¿Necesitas ayuda? ¿O prefieres que me dé la vuelta para darte un poco de privacidad? —Su tono es burlón, como si me desafiara a desnudarme delante de él, creyendo que no me atreveré.

No me conoce tan bien como cree. Me doy la vuelta y le lanzo una mirada por encima del hombro.

—Solo siéntate. No necesito ayuda, y ya me has visto desnuda. Si necesitas mirar a otro lado, adelante.

Mi voz es tranquila, pero siento el calor subiendo por mis cachetes.

Lo escucho reír entre dientes, pero no le doy el gusto de responderle mientras me quito las sandalias y comienzo a desvestirme. Primero los jeans, luego la ropa interior, siempre dándole la espalda. Me quito la camiseta y el sostén, y estoy completamente consciente de que tiene una vista perfecta de mis nalgas.

Justo cuando estoy por agarrar la bata de papel de la camilla, siento su presencia detrás de mí, cerca. Muy cerca. Puedo sentir su calor contra mi piel, su aliento rozándome la nuca. Escucho cómo

inhala profundamente. Mis ojos se cierran por reflejo. *¿Qué está haciendo?*

Antes de que pueda ordenar mis pensamientos, sus brazos pasan a mi lado, rozando mi cintura, y agarra la bata. Con suavidad, me la desliza sobre los hombros, sus dedos acariciando mi piel mientras la abrocha por el frente. Me estremezco bajo su toque, mordiendo mi labio para reprimir la reacción.

Se inclina, su aliento cálido en mi oído.

—Listo —susurra antes de dar un paso atrás, dejándome al mismo tiempo vulnerable y más viva de lo que me he sentido en años.

Me giro y nuestros ojos se encuentran. Su mirada es profunda, intensa, y noto el sutil movimiento de sus manos ajustando su pantalón. Mis labios se curvan en una pequeña sonrisa mientras muerdo mi labio inferior, sintiendo una ola de alivio. No soy la única afectada por esto.

Me siento en la camilla de examen, y mientras esperamos, el aire entre nosotros se carga de tensión. Noah no dice nada, solo me observa con esa mirada ardiente, como si estuviera esperando a que le dé luz verde para besarme, para prender fuego a esta tensión. Pero no lo hago. Solo me quedo ahí, sonriendo con picardía, disfrutando del control que, por una vez, siento que tengo.

Un golpe en la puerta rompe el momento. La doctora entra, su uniforme de un rosa vibrante contrastando con su piel oscura. Ver a la Dra. Willis, mi ginecóloga de siempre, me da una sensación de familiaridad y calma.

—Hola, Josy —saluda con calidez.

—Hola —respondo, y luego miro a Noah, dándome cuenta de que debería presentarlo—. Él es Noah.

Noah se pone de pie para estrecharle la mano, con una actitud respetuosa, pero sin perder esa confianza tranquila que lo caracteriza. No doy más explicaciones. Decir que es mi amigo se siente raro, especialmente cuando la doctora sabe que es el padre del bebé que llevo en el vientre.

—Encantada de conocerte, Noah. Soy la Dra. Willis —dice con una sonrisa antes de volver a mirarme—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —respondo, aunque una parte de mí se siente de todo menos bien.

Ella sonríe amablemente y revisa su tabla.

—Bueno, diría que estás más que bien. Tu prueba de orina confirma que estás embarazada. ¡Felicidades!

Inmediatamente miro a Noah. Su postura se endereza y una gran sonrisa, genuina y radiante, ilumina su rostro. Se ve tan orgulloso que, por un instante, mi corazón da un pequeño vuelco.

La Dra. Willis continúa:

—Veo aquí que has estado experimentando náuseas y vómitos.

Asiento con la cabeza.

—Sí, ha sido difícil.

—Eso es completamente normal, especialmente en el primer trimestre. Puede durar hasta el segundo o desaparecer antes. Cada embarazo es diferente. Solo asegúrate de mantenerte hidratada y te recetaré algunas vitaminas prenatales para ayudarte.

Nos explica lo básico: qué debo comer, qué evitar, la importancia del descanso. Ambos escuchamos atentamente. Se siente irreal, escuchar todo esto mientras Noah se mantiene en silencio, observando.

—Ahora, hagamos un chequeo y echemos un vistazo al bebé. Hoy realizaremos una ecografía vaginal, ya que es la mejor manera de verlo en esta etapa temprana. ¿Está bien para ti?

—Sí, claro —respondo, con el corazón latiendo rápido entre la emoción y un poco de ansiedad—. Esto es real.

Noah se coloca a mi lado, su mano cálida y firme en la mía. La Dra. Willis acerca la máquina y me pide que coloque los pies en los estribos para facilitar el procedimiento. Asiento y sigo sus instrucciones, observando cómo toma un dispositivo alargado que se parece incómodamente a un dildo. Le coloca un preservativo y le aplica un poco de gel en la punta.

Los ojos de Noah se abren con sorpresa, y no puedo evitar soltar una risa divertida.

—Es completamente normal —digo, entretenida con su expresión.

—Este es el dispositivo que nos ayudará a ver a tu pequeño —explica la Dra. Willis con una sonrisa amable—. Respira profundo y trata de relajarte, Josy.

Asiento de nuevo y me aferro a la mano de Noah, sintiendo su presencia firme junto a mí. Me devuelve la mirada con dulzura y me lanza un guiño que logra aflojar un poco la tensión en mi cuerpo. Cierro los ojos un momento, tratando de calmar mis nervios, mientras la máquina emite un leve zumbido y la pantalla parpadea al encenderse.

Al principio, no entiendo lo que veo en la imagen, pero no aparto la vista, esperando alguna señal de nuestro bebé.

—¿Ves este círculo aquí? —señala la Dra. Willis en la pantalla, y asiento—. Ahí es donde está creciendo tu bebé. Y este pequeño punto aquí —pausa y vuelve a señalar—, ese es tu bebé.

Me quedo mirando la pantalla, tratando de asimilar la magnitud de lo que estoy viendo. Entonces, como si tuviera magia en sus manos, la Dra. Willis ajusta algo y, de repente, la habitación se llena con un sonido rítmico: el latido de nuestro bebé. Es fuerte, constante y absolutamente real.

Noah aprieta mi mano con más fuerza, y cuando levanto la mirada hacia él, veo que sus ojos reflejan el mismo asombro que siento yo. Entonces se inclina y susurra con reverencia:

—Ese es nuestro bebé.

La emoción en su voz, llena de ternura y asombro, casi me desarma. Luego, presiona un suave beso en mi frente, y suelto un suspiro tembloroso, abrumada por el momento.

Vuelvo la vista a la pantalla, observando cómo la Dra. Willis toma medidas y nos explica cada paso.

—El latido del bebé es fuerte —dice, y una oleada de alivio me inunda—. Por la información que me diste, parece que tienes unas ocho semanas. Tu fecha estimada de parto es el 16 de julio, así que tendrás un bebé este siguiente verano.

Un bebé en verano. Cada segundo esto se siente más real.

La Dra. Willis nos sonríe mientras termina, imprime tres imágenes de la ecografía y nos las entrega. —Aquí tienen algunas

fotos para llevarse a casa. Nos veremos el próximo mes para la revisión de seguimiento.

Tomo las fotos con manos ligeramente temblorosas. Después de que la doctora sale de la habitación, las miro, sintiéndome a la vez maravillada y aterrada. Nuestro bebé es tan pequeño, pero en este diminuto punto ya está cambiando todo.

Noah suelta mi mano para que pueda limpiarme y vestirme, pero sigue ahí, con los ojos fijos en las imágenes y una pequeña sonrisa orgullosa en sus labios. No puedo evitar sonreír también, incluso mientras mil pensamientos recorren mi mente.

Capítulo Veinte

Noah

—Te lo juro, fue increíble escuchar los latidos del bebé. —Me recuesto en la silla y sacudo la cabeza, aún incrédulo. Incluso días después, sigo sintiendo ese momento vibrando dentro de mí, como un eco que no desaparece—. Tenía lágrimas en los ojos —admito con una risa baja, sintiéndome un poco cohibido pero sin importarme.

Austin y Esteban escuchan con atención, lo cual es raro en estos tipos. Normalmente, son ellos los que hablan sin parar, pero esta noche me han dejado tomar la palabra porque les estoy contando la increíble noticia. Estamos sentados en nuestra mesa de siempre en la taberna, con la luz tenue y el olor a comida frita dándole ese ambiente familiar y relajado. Tomo un sorbo de mi cerveza y saco la billetera, sacando la pequeña imagen del ultrasonido que he estado llevando conmigo a todas partes.

La coloco sobre la mesa, y ambos se inclinan para verla más de cerca.

—Aquí está —digo, sin darme cuenta de que mi voz se suaviza—. Este es nuestro bebé.

Austin es el primero en tomar la foto, una sonrisa extendiéndose en su rostro.

—Estoy muy feliz por ustedes —dice, pasándole la imagen a Esteban.

Esteban la observa por un momento y luego me lanza una sonrisa.

—Bro, el bebé ni ha nacido y ya tienes cara de papá orgulloso —comenta, devolviéndome la foto.

Me encojo de hombros y miro la foto que todavía está en la mesa, pero la verdad es que tiene razón. Desde esa cita, he estado caminando con una mezcla extraña de orgullo y una necesidad instintiva de proteger. Es como si todo hubiera cambiado en el instante en que escuché esos latidos, y ahora hay una pequeña persona en el mundo que es mía. Nuestra.

—¿Eso significa que tú y Josy van a estar juntos o qué? —pregunta Esteban con una mirada que lo dice todo. Agradezco que no hayan preguntado cómo pasó todo, porque no pienso contarles, pero entiendo su curiosidad.

No puedo evitar soltar una risa seca.

—Ojalá, bro —respondo, sacudiendo la cabeza—. Pero Josy sigue en negación. No deja de decir que solo somos amigos y que vamos a criar al bebé juntos, pero nada más. —Hago una pausa, sintiendo un rastro de frustración en mi voz—. Pero lo veo en sus ojos, ¿sabes? Siente algo, aunque no quiera admitirlo.

Austin se recuesta en su asiento, pensativo, y toma un trago de su cerveza.

—Probablemente solo tiene miedo. Estar embarazada es algo enorme, y ella ha sido independiente por mucho tiempo. Tal vez la idea de agregar romance a todo eso la asusta.

Asiento, aunque me frustra que no se deje llevar por lo que hay entre nosotros.

—Sí, lo entiendo. De verdad. Pero ya tenemos esta conexión, y solo se hará más fuerte con el bebé. ¿Para qué seguir resistiéndose?

Esteban niega con la cabeza, con esa sonrisa de sabelotodo que pone cuando cree que ya tiene resuelto el mundo.

—Sigue siendo tú. Sé constante. Tarde o temprano, va a dejar de pelear y se va a dar cuenta de que no te vas a ir a ninguna parte.

Suelto un suspiro, dejando que el peso de sus palabras se asiente en mí. Tiene razón: no me voy a ir a ningún lado. Josy puede seguir empujando y negándolo todo lo que quiera, pero aquí voy a estar. Para ella, para nuestro bebé.

Austin alza su vaso, rompiendo el momento con una sonrisa.

—Por la paternidad —dice con orgullo en su voz.

Sonrío y choco mi vaso con el de ellos.

—Por la paternidad —repito, sintiendo cómo el calor de ese brindis se extiende dentro de mí.

Pero mientras tomo un sorbo de mi cerveza, no puedo quitarme de la cabeza que quiero más. Ser padre es una cosa, y es enorme. Pero quiero a Josy también. Quiero que seamos una familia.

—Necesito decirles algo —dice Austin, con una sonrisa que empieza a formarse en su rostro.

—¿Qué? ¿Por fin te diste cuenta de que tienes el bicho chiquito? —suelta Esteban sin perder el ritmo.

—Sabes que lo tengo más grande que tú, pendejo —le responde Austin al instante.

—¿Quieres apostar? —desafía Esteban, ya moviendo las manos hacia la cremallera de sus pantalones como si estuviera a punto de bajárselos.

Antes de que esto se salga completamente de control, intervengo.

—Vamos, ya. No vamos a hacer esto otra vez. Nadie va a medir su bicho esta noche. Ya resolvimos esto antes, y todos saben que el más grande lo tengo yo —digo, señalando a Esteban—. Así que haznos un favor, deja de joder y deja que Austin hable.

—Está bien —se encoge de hombros Esteban—. Pero solo si admiten que el mío es más grande. Díganlo y lo dejo pasar.

Miro a Austin y ambos sabemos lo que pasará si no cedemos. Esteban seguirá insistiendo hasta que realmente se baje los pantalones, y ninguno de nosotros está de humor para eso.

—Está bien, cabrón. Tu bicho es más grande —digo con un suspiro, haciéndole un gesto a Austin para que siga el juego.

—Sí, claro —responde Austin con indiferencia—. Lo que tú digas.

Esteban sonríe con autosuficiencia, recostándose en su silla como si acabara de ganar la lotería.

—Así me gusta. Gracias, chicos. Me siento tan aliviado.

—Genial. Me alegra que hayamos aclarado eso —respondo, rodando los ojos—. Ahora, ¿podemos seguir? Austin, tienes la palabra.

—Necesito confesar algo —dice Austin, con una sonrisa en los labios. Me mira, pero su atención se desliza hasta la foto de mi bebé que tengo sobre la mesa. Sus siguientes palabras me toman completamente por sorpresa—. Ahora que estoy viendo la foto de tu bebé, ya no puedo negarlo más… No puedo esperar para embarazar a Vi.

Me atraganto con la cerveza, tosiendo mientras dejo la botella sobre la mesa.

—¿Qué? ¿En serio? —lo miro, intentando descifrar si está bromeando, pero la manera en que su sonrisa se suaviza me dice que va en serio.

—Sí —dice con voz baja pero segura—. Lo quiero de verdad. Vi y yo hemos hablado de eso, pero… no sé si ahora es el momento adecuado.

Me recuesto en la silla, dándole toda mi atención.

—¿Qué te detiene? O sea, acaban de comprometerse. Ya viven juntos. ¿Qué los frena? —pregunta Esteban.

Austin se pasa una mano por el cabello, soltando un suspiro frustrado.

—Ese es el asunto. Todavía nos estamos acomodando a todo esto. Comprometernos fue un gran paso, y mudarnos juntos… ha sido increíble, pero también es mucho. Agregar un bebé a la ecuación… No quiero arruinar lo que tenemos. Pero al mismo tiempo, no puedo dejar de pensarlo. Quiero ser papá. Quiero ver a Vi sosteniendo a nuestro bebé, ¿saben? No me estoy volviendo más joven, y la idea de esperar se me hace insoportable.

La intensidad en su voz me llega. Conozco esa sensación, esa necesidad de algo tan profundo que te vuelve inquieto, impaciente.

Miro la imagen que sigue observando.

—Austin, hermano, eso está brutal. Pero sabes que no es solo cuestión de tiempo. Si tú y Vi están en la misma página, encontrarán la manera. ¿Le has dicho todo esto? ¿O sea, cuánto lo deseas realmente?

Asiente, pero hay duda en sus ojos.

—Sí, se lo he mencionado. Ella lo entiende, pero es más cautelosa que yo. Quiere disfrutar el compromiso, enfocarse en

nosotros y en Adrián por un tiempo. Lo entiendo, pero… cada vez que me imagino a nosotros como padres, se siente tan real, ¿saben? Como si estuviera destinado a pasar.

Las comisuras de los labios de Esteban se levantan ligeramente.

—Parece que tú ya estás listo. Solo asegúrate de que Vi también lo esté. Lo último que quieres es que se sienta presionada.

Austin sonríe con un gesto leve, sus hombros relajándose un poco.

—Sí. Tienes razón. Ella es todo para mí, y no quiero arruinarlo. Pero, no puedo esperar a verla con la barriga creciendo gracias a nuestro hijo. Creo que sería increíble.

—Por supuesto que lo será —digo, dándole una palmada en el hombro—. Y cuando sea el momento indicado, los dos lo sabrán.

Austin me mira con una chispa de determinación en los ojos.

—Gracias. Solo… necesitaba decirlo en voz alta, ¿sabes?

—Cuando quieras —respondo al mismo tiempo que Esteban interviene.

Después de terminar nuestras cervezas, salimos. El aire fresco de la noche se siente bien, pero mi mente está en otro lado por completo—Josy. No puedo dejar de pensar en ella. Necesito verla, escuchar su voz, aunque sea solo por unos minutos.

Mientras conduzco a casa, mis pensamientos vuelven a ella una y otra vez. Miro el teléfono y veo que apenas son las siete. Sin pensarlo demasiado, giro en dirección a la casa de Josy.

No tengo ninguna excusa para aparecer sin avisar, pero eso no me detiene. Solo quiero verla. Mientras manejo, me pregunto cómo reaccionará cuando abra la puerta y me vea parado ahí. ¿Se molestará? ¿Se sorprenderá? Aprieto un poco más el volante, sintiendo cómo mi pulso se acelera con solo pensarlo.

Cuando llego frente a su casa, me detengo un momento para observarla. La enorme estructura colonial parece sacada de una película, con sus columnas blancas y contraventanas oscuras iluminadas por los tonos dorados del atardecer. La vista es impresionante, pero no es nada comparado con ella.

Apago la guagua y bajo, el crujir de la grava bajo mis botas me mantiene anclado en el momento. Subo las escaleras del porche de

dos en dos, mi corazón latiendo con anticipación. Ahora que estoy aquí, no puedo esperar ni un segundo más para verla.

Toco firmemente la puerta y doy un paso atrás, esperando. Los nervios me destrozan; tengo las palmas sudorosas y el estómago revuelto. Pasan unos segundos y no hay respuesta. Miro alrededor y veo su carro estacionado en la entrada. Está en casa.

Confundido pero decidido, rodeo la casa, el césped suave amortiguando mis pasos. El patio trasero está en silencio, excepto por el tenue canto de los grillos y el susurro de las hojas en la brisa nocturna. Cuando me acerco al porche trasero, disminuyo la velocidad, observando el area que me es tan familiar.

Y entonces la veo.

Josy está sentada en los escalones del porche, completamente ajena a mi presencia. Lleva unos shorts de pijama y una camiseta, sus piernas dobladas casualmente mientras mira el patio. Sus rizos están sueltos, cayendo sobre sus hombros y atrapando la luz del sol que se desvanece. Se ve increíblemente hermosa, y el aliento se me queda atrapado en la garganta.

Doy un paso más, mis botas crujiendo suavemente sobre la hierba. Ella se sobresalta con el sonido, girando la cabeza rápidamente para mirarme.

Sus ojos se encuentran con los míos, y no puedo evitar sonreír.

—Hey —digo en voz baja, acercándome un poco más.

Por un momento, ella solo me observa, su expresión es una mezcla de sorpresa y algo más que no logro descifrar. Sus labios se entreabren, pero no dice nada.

—No quería asustarte —digo, pasándome una mano por la nuca —. Solo necesitaba verte.

Sus hombros se relajan un poco, y me dedica una pequeña sonrisa, una que me llena de alivio.

Capítulo Veintiuno

Josy

Ver a Noah es como un bálsamo para mi alma, calmando la inquietud que me ha atormentado toda la noche. No sé por qué está aquí, pero no me importa. Es como si mis pensamientos lo hubieran invocado, atrayéndolo hacia mí justo cuando más lo necesitaba.

He estado sentada en los escalones de mi porche trasero, observando la luz desvanecerse, perdida en un torbellino de pensamientos sobre mi vida. Últimamente, siento que camino sobre una cuerda floja, equilibrándome entre el miedo y el deseo. Una gran parte de mí quiere darle una oportunidad a una relación entre Noah y yo, pero la parte que sigue herida está aterrada de intentarlo.

Toda la semana he estado luchando con esta indecisión. Noah siempre está ahí, en el fondo de mi mente sin importar cuánto trabaje o lo ocupada que esté en la cafetería. Es exasperante. Incluso cuando estoy sumergida en hojas de cálculo o entrenando a los nuevos baristas, lo siento merodeando en los rincones de mis pensamientos, atormentándome.

Y cada vez que entra en la cafetería, es como si el mundo se reacomodara. El aire a mi alrededor se siente eléctrico, cargado con su presencia, y mi piel se estremece, hipersensible a él. He intentado ser cordial, mantener la distancia mientras le ofrezco una sonrisa educada, pero es imposible no notar la forma en que me mira.

Esa mirada.

Recuerdo haberla visto en los ojos de Austin el año pasado, cada vez que entraba en la cafetería y miraba a Violeta. Nunca se lo dije, pero la envidiaba. Siempre he querido que alguien me mirara así, con esa admiración cruda y sin filtros. Y ahora, Noah me mira de la misma manera.

Mi pecho se aprieta mientras lo observo. Está ahí, de pie, con una camiseta henley gris que se ajusta a su torso ancho, combinada con jeans negros que le quedan justo como deberían. Lleva una gorra al revés, y de alguna manera, su aspecto solo resalta cuan atractivo es. Es como si supiera exactamente qué me gusta y lo usara a propósito para volverme loca.

Es tan guapo que es injusto, pero no es solo su apariencia lo que me afecta. Es la manera en que me hace sentir vista, deseada y cuidada de una forma que nunca antes había experimentado.

Da un paso más, su sonrisa cálida y familiar, y no puedo evitar sentir un revoloteo en el pecho. Es casi suficiente para ahogar la voz de la duda que me ha estado frenando. Casi.

—Noah —digo en voz baja, la palabra escapando antes de que pueda detenerla.

—Él se detiene, sus ojos buscándome como si intentara leer cada pensamiento que cruza por mi mente. Por un momento, el mundo a nuestro alrededor se desvanece, dejándonos solo a nosotros en esta burbuja de intensa quietud.

—Yo… no quería asustarte —dice, pasándose una mano por la nuca, su voz más suave de lo habitual—. Solo necesitaba verte.

Mi corazón da un pequeño vuelco involuntario.

—Oh. ¿Pasa algo?

—No, nada está mal. —Una pequeña sonrisa asoma en sus labios —. Estaba con los muchachos en la taberna, y les hablé de Uva.

Parpadeo, confundida.

—¿Uva? ¿Quién es Uva?

Suelta una risa baja y familiar mientras saca su teléfono del bolsillo trasero y se sienta a mi lado en los escalones del porche.

—Uva es como he estado llamando al bebé —explica—. Ya tienes como nueve semanas, ¿no? Como aún no sabemos si es niño o niña, necesitaba algo para llamarle. Así que esta semana es Uva.

—Uva —repito, incrédula pero divertida.

Abre una aplicación en su teléfono y me la muestra. En la pantalla hay un diagrama con información sobre el desarrollo fetal a las nueve semanas.

—Mira —dice, señalando la imagen—. Esta app me dice el tamaño del bebé cada semana, y ahora mismo es del tamaño de una uva. En dos semanas, será del tamaño de una lima. Así que para entonces le llamaré Lima.

Lo miro, luego a su teléfono, sintiendo cómo se me aprieta el pecho. Este hombre grande y rudo—el mismo que me provoca sin descanso y que parece disfrutar volviéndome loca—descargó una aplicación de embarazo. Está siguiendo el crecimiento de nuestro bebé y hasta le puso un apodo.

—Hablas en serio con esto —digo, mi voz más baja de lo que pretendía.

—Por supuesto que sí —responde con sinceridad—. En la aplicación explican cómo se desarrolla el bebé semana a semana. He aprendido mucho.

La emoción en su tono hace que mi garganta se cierre.

—Wow, Noah. Ni siquiera había pensado en hacer algo así. Tendré que descargarla también.

—Deberías —dice con entusiasmo—. También he estado viendo un montón de videos en YouTube sobre el embarazo y los bebés. Quiero estar preparado cuando Uva llegue. No quiero arruinar esto.

Mis emociones me toman por sorpresa, hinchándose en mi pecho sin control. Durante tantos días, he llevado sola el peso de este embarazo, no porque Noah no estuviera, sino porque tenía miedo de dejarlo entrar por completo. Y aquí está, entregándose a esto, mostrándome que no estoy sola.

—Noah —susurro, parpadeando para contener las lágrimas—. No tienes idea de cuánto significa esto para mí.

Él se vuelve hacia mí, frunciendo el ceño con preocupación.

—Hey —dice con suavidad, alcanzando mi mano—. No estás sola en esto, Josy. Estoy aquí completamente. Por el bebé, por nosotros, por lo que haga falta. Quiero esto. Te quiero a ti.

Sus palabras caen sobre mí como un abrazo cálido, suavizando los bordes afilados de mis miedos. Me permito creer que, tal vez, podamos hacer que esto funcione. Si tan solo logro dejarlo entrar.

—¿Qué dijeron tus panas cuando les hablaste de Uva? —pregunto, curiosa por saber sus reacciones.

Noah suelta una risa baja, su boca curvándose en una sonrisa suave.

—Se emocionaron por mí. Soy el primero del grupo en tener un bebé, así que es territorio desconocido. Pero ellos me respaldan, como siempre.

Asiento, comprendiendo perfectamente a lo que se refiere.

—Sí, sé lo que se siente. Violeta estaba eufórica cuando le conté. Tenía un millón de preguntas y, sinceramente, no supe cómo responder la mitad de ellas. Pero está emocionada de convertirse en tía. Y Adrián… oh, Adrián está aún más emocionado que Violeta. No para de decir que va a cuidar a su primito.

La sonrisa de Noah se ensancha mientras hablo, y no puedo evitar el tono nostálgico que se desliza en mi voz.

—Incluso me dijo que, si es una niña, será su protector. Mi pequeño está creciendo demasiado rápido.

—Es un buen chico —dice Noah con calidez—. Con él como primo, este bebé ya tiene un equipo sólido a su lado.

Lo miro de reojo, sintiendo un calor reconfortante en el pecho.

—Sí. Pero he estado pensando en algo… Si es una niña, tengo que estar preparada para lo que viene. Ya sabes, mantener alejados a los chicos.

Noah se reclina ligeramente, cruzando los brazos con una sonrisa traviesa en los labios.

—Oh, yo también he pensado en eso. Si se parece aunque sea un poco a su madre, estamos en serios problemas.

La forma en que lo dice, tan casual pero llena de sinceridad, me hace sentir un revoloteo en el estómago.

—Lo digo en serio, Josy —su voz es juguetona, pero con un matiz protector—. No tengo problema en sentarme en el porche con una escopeta y fulminar con la mirada a cualquier chico que se acerque a ella. Y si alguno se atreve a pasarse de la raya… bueno,

digamos que no quiero terminar en la cárcel por asesinato, pero lo haría si fuera necesario.

Suelto una carcajada, una de esas profundas y genuinas que parecen borrar semanas de tensión.

—Eres ridículo, ¿lo sabías?

Él se encoge de hombros, despreocupado.

—Quizás. Pero también hablo en serio. Nadie se mete con mi nena… o con mi nene. Este bebé va a tenernos a los dos completamente rendidos a sus pies, y estoy bien con eso.

Sus palabras me envuelven, llenándome de una seguridad que no sabía que necesitaba.

—Gracias —digo suavemente, encontrándome con sus intensos ojos marrones.

Inclina la cabeza ligeramente, sus cejas frunciéndose con genuina curiosidad. —¿Por qué me estás dando las gracias, cariño? —pregunta, acercándose un poco más.

La forma en que me mira, tan abierto, tan firme, hace que mi corazón se acelere. Puedo ver cada detalle de su rostro ahora: las arrugas en las comisuras de sus ojos cuando sonríe, sus largas y oscuras pestañas que cualquier mujer envidiaría, y sus labios… suaves, carnosos y absolutamente besables. No puedo evitar perderme en él, mis pensamientos dispersándose como hojas al viento.

Entonces sonríe, una sonrisa lenta y arrebatadora que deja ver sus dientes perfectamente alineados, y asiente como si quisiera traerme de vuelta al momento.

—¿Josy? —Su voz, cálida y divertida.

Espera… ¿qué estaba diciendo? Parpadeo, aturdida, dándome cuenta de que he estado mirándolo demasiado tiempo.

—¿Qué? —susurro, apenas audible, mi voz atrapada en mi garganta.

Él se ríe, un sonido profundo y envolvente, y se inclina aún más hasta que nuestras respiraciones se mezclan.

—¿Por qué me estás dando las gracias? —repite, su tono ahora más suave, casi reverente.

Ah, eso era lo que preguntó. Mis cachetes arden cuando por fin logro ordenar mis pensamientos.

—Porque… por cómo has manejado todo esto —murmuro, mi voz temblando con la emoción—. Tu actitud tan positiva ante todo este caos. Sé que no planeamos esto, pero estoy tan agradecida. Estás tan emocionado por este bebé, tan dispuesto a ser parte de cada paso. Mírate, descargando aplicaciones, viendo videos, haciendo todas estas cosas mientras yo apenas he tenido tiempo de buscar en Google "embarazo".

Su mirada se suaviza, y su mano encuentra la mía, su pulgar trazando lentos círculos sobre mi piel.

—Josy —dice con una leve risa—, has estado ocupada construyendo un negocio desde cero. Date un respiro. Tenemos tiempo de sobra para descubrir todo juntos.

La calidez en su voz disuelve el nudo de culpa que ni siquiera había notado que estaba cargando. Bajo la mirada hacia nuestras manos entrelazadas, la fuerza en su agarre me ancla, me arraiga de una forma que no sabía que necesitaba.

—¿De verdad crees que podremos con esto? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

—Claro que sí —afirma con tanta seguridad que no deja espacio para la duda—. Estamos en esto juntos, Josy. Tú, yo y Uva… sin importar lo que venga.

Y mientras lo miro a los ojos, me doy cuenta de algo: por primera vez en mucho tiempo, le creo.

Capítulo Veintidós

Josy

Mirar caer la nieve siempre ha sido una de mis cosas favoritas. Hay algo mágico en sentarse junto a la ventana con una taza humeante de chocolate caliente en las manos, envuelta en un pijama suave, y presenciar cómo el mundo exterior se transforma en un paraíso silencioso. Los copos descienden en patrones lentos e hipnóticos, cubriendo todo a la vista con una capa brillante de blanco.

Aquí estoy, sola en Nochebuena, absorbiendo la tranquila belleza fuera de mi ventana. Violeta y Austin me invitaron a pasar la noche en casa de los padres de Austin, pero no pude convencerme de ir. Noah también me invitó a pasar la velada con su familia, pero la idea de arreglarme, maquillarme y hablar con gente me resultó agotadora. Además, mi ropa se ha estado ajustando cada vez más, y mi creciente vientre hace notar su presencia.

Bajo la mirada y coloco una mano sobre mi vientre. La curva suave se siente tanto irreal como reconfortante, un recordatorio silencioso de la pequeña vida que crece dentro de mí. Mi mamá me envió recientemente algunos vestidos de maternidad: prendas sueltas y suaves que combinan perfectamente con medias gruesas. Aún puedo escuchar su voz cuando me los entregó hace dos semanas:

—Las mujeres embarazadas se ven hermosas con vestidos, Jojo.

Acepté su regalo y toda la atención que ha estado dándome. Su entusiasmo cuando le di la noticia fue contagioso.

Pensando en ella, tomo mi teléfono y le envío un mensaje de texto.

Yo: ¿Cómo te está tratando el Caribe?

No tarda en responder.

Mami: ¡Ha sido maravilloso! Estamos descansando en la playa y tomando margaritas. Ojalá hubieras podido venir con nosotros, Jojo.

Mami: ¿Has estado comiendo y durmiendo bien?

Una pequeña sonrisa tira de mis labios. Desde que le dije que estaba embarazada, no ha parado de escribirme, preguntándome cómo estoy, asegurándose de que todo esté bien. Está más atenta que nunca, y honestamente, me encanta. Más vale tarde que nunca, ¿no? Está tan lista para ser abuela, y adoro verla emocionada. Me encanta toda la atención que me ha estado dando. Me perdí tanto de eso cuando era niña, que ahora quiero absorber cada gota de su amor.

Me había invitado a unirme a ella y a su esposo en su viaje a Puerto Rico, pero la idea de ir sin pareja no me resultaba atractiva. Además, he estado demasiado ocupada para pensar en vacaciones. Entre el embarazo y supervisar la apertura de mi nueva cafetería, mis días han sido un torbellino.

Hablando de la cafetería, ha sido un sueño hecho realidad. Viajar a Sweet Springs un día si y un día no para revisar el negocio ha sido agotador, pero vale la pena. El café ha sido un éxito rotundo, mucho más de lo que imaginé cuando comencé este camino. La gerente que contraté es increíble: competente, amable y confiable. Saber que el negocio está en buenas manos me da esperanzas de que algún día pueda abrir otro.

Dejo mi teléfono en la orilla de la ventana, mis dedos trazando distraídamente el borde de mi taza mientras miro mi reflejo en el cristal. El suave resplandor de las luces navideñas afuera proyecta un brillo tenue sobre la nieve, sus colores parpadeando como gemas

esparcidas sobre el lienzo blanco. Mi mirada baja hasta mi vientre en crecimiento, ahora una curva evidente bajo la tela de mi pijama.

Mi pimiento.

Los apodos que Noah le ha puesto al bebé siempre me sacan una sonrisa. Ahora, cada vez que pienso en esta pequeña vida dentro de mí, es una fruta o un vegetal.

Coloco mi mano sobre mi vientre, sintiendo su firmeza bajo mi palma. Es extraño cómo las cosas han cambiado tan rápido. Hasta la semana pasada, podría haber pasado por alguien que simplemente se excedió comiendo dulces navideños. Ahora, no hay duda: se nota claramente que estoy esperando un bebé. El pensamiento es tan emocionante como aterrador.

Me giro un poco, apoyando la espalda contra el vidrio, y dejo escapar un suspiro suave.

—Catorce semanas —susurro en la quietud de la habitación, viendo cómo mi aliento empaña el cristal.

Dibujo un pequeño corazón en la condensación y luego agrego la forma de un pequeño pimiento dentro. Es una tontería, pero me hace reír suavemente.

Cierro los ojos por un momento, dejando que el calor del chocolate caliente y la magia silenciosa de la nevada calmen mis pensamientos inquietos. Las palabras de mi mamá siguen rondando en mi mente, su emoción palpable incluso a través del teléfono. Últimamente ha estado más atenta que nunca, mucho más de lo que recuerdo en toda mi vida. Como si la idea de convertirse en abuela hubiera activado un interruptor en ella.

Mis labios se curvan en una sonrisa al recordar cómo la semana pasada llenó mi refrigerador con sopas caseras y guisos, insistiendo:

—¡Jojo, las mujeres embarazadas no pueden vivir a base de comida rápida!

¿Quién diría que mi madre, a veces distante, se volvería tan involucrada?

Vuelvo a mirar mi teléfono y suelto una pequeña risa. Sus mensajes siempre son una mezcla de regaños y cariño, pero esta noche se sienten reconfortantes. Es lindo saber que está pensando en mí, incluso estando a miles de kilómetros de distancia. Después

de haber pasado la mayor parte de mi vida sintiéndome sola y abandonada, solo puedo agradecer que ahora mi mamá esté esforzándose tanto por formar parte de ella.

La nieve sigue cayendo, cubriendo el mundo con una paz silenciosa. Y siento que esa misma paz se asienta dentro de mí. Me acaricio el vientre con movimientos suaves y sonrío con ternura.

—Estamos bien, ¿verdad, pimiento?

El sonido suave de mi voz se desvanece en la habitación mientras vuelvo a mirar afuera, hipnotizada por la nevada. El mundo más allá de la ventana parece un sueño, silencioso y sereno, hasta que un golpe rompe la tranquilidad de mi casa.

Me sobresalto levemente y miro mi teléfono. Casi son las siete. ¿Cómo pasaron dos horas tan rápido? La idea me hace soltar una risa suave mientras dejo mi taza sobre la mesa y camino hacia la puerta, preguntándome quién podría estar afuera con este clima.

Cuando la abro, me encuentro con la imagen de Noah en mi porche, envuelto en una gruesa chaqueta negra, con nieve cubriéndole los hombros. Lleva un gorro que oculta su hermoso cabello, aunque unos cuantos mechones oscuros escapan, enmarcando sus intensos ojos marrones. Mi corazón se salta un latido al verlo, una calidez familiar extendiéndose por mi pecho.

—¿Noah? —No intento ocultar mi sonrisa mientras me hago a un lado para dejarlo entrar—. ¿Qué haces aquí?

Se sacude la nieve de las botas antes de entrar y cierra la puerta con un clic firme. El frío del aire invernal lo sigue por un instante hasta que es reemplazado por el calor acogedor de la casa. No aparto los ojos de él mientras empieza a despojarse de sus capas: primero la chaqueta, luego el gorro, revelando una camisa negra de botones con las mangas enrolladas hasta los antebrazos. La tela se ajusta perfectamente a sus anchos hombros y se estrecha sobre su torso hasta sus jeans oscuros y sus inconfundibles botas negras.

Intento no quedarme mirando, pero es imposible. Cada vez que lo veo, mi mente me traiciona, llevándome de vuelta a aquel día en la cafetería. El recuerdo de sus labios sobre los míos, sus manos en mi cabello, su toque encendiendo cada nervio de mi cuerpo… Sí, quiero repetirlo. Con desesperación. Pero tengo que controlarme.

Cuando cuelga su chaqueta en el armario del recibidor, se gira hacia mí, su mirada recorriéndome con una suavidad que me hace estremecer.

—Te ves linda.

Su sonrisa, tan encantadora y letal como siempre, me golpea de lleno.

El calor sube a mis cachetes ante su cumplido.

—Gracias, pero eso no responde mi pregunta. ¿Qué haces aquí?

Da un paso más cerca, sus ojos suavizándose de una manera que hace que mi corazón revolotee.

—Estaba en casa de mis padres con mi hermana y su familia. La cena estuvo genial, la compañía aún mejor, pero algo no se sentía bien… —Hace una pausa, sosteniendo mi mirada—. Me di cuenta de que no estaba completo porque algo, o más bien alguien, faltaba.

Mis labios se entreabren, pero no logro decir nada.

—Ese alguien eres tú —continúa con voz firme—. Así que me despedí de todos y vine hasta aquí. No quería que pasaras esta noche ni mañana sola. Así que aquí estoy.

Solo puedo parpadear mientras sus palabras me invaden lentamente. Mis muros, los que he construido con tanto esfuerzo a lo largo de los años para protegerme de sentir demasiado, se tambalean bajo el peso de su sinceridad.

—Está bien. Gracias por venir —mi voz es más suave de lo que pretendo—. Pero… sabes, esta no ha sido la única Navidad que he pasado sola. De hecho, la mayoría de mis Navidades son así. Supongo que ya estoy acostumbrada.

Noah da un paso más cerca, cerrando la pequeña distancia entre nosotros. Su presencia es firme, reconfortante, pero hay una ternura en su expresión que me hace querer llorar.

—Ese es el problema, cariño. A partir de ahora, nunca más vas a estar sola —su voz es baja, cada palabra cargada de convicción—. Por eso estoy aquí.

Por un momento, el mundo parece quedarse quieto, como si incluso la nieve que cae afuera se hubiese detenido a escuchar. Sus palabras me envuelven como una manta, disipando el frío

persistente de la soledad. Trago con dificultad, mi garganta se cierra con la emoción.

—Está bien —consigo decir, dedicándole a Noah una pequeña sonrisa.

Él sonríe, de esas sonrisas que le iluminan los ojos, y es imposible no sentirse más ligera en su presencia.

—¿Qué has estado haciendo? —pregunta mientras caminamos hacia la cocina.

Mi casa es grande, casi demasiado grande para una sola persona. Mi abuelo la construyó para mi abuela, poniendo amor en cada rincón de sus cinco habitaciones, tres baños, cocina, enorme sala y comedor. Cuando ambos fallecieron, me la dejaron a mí. Está llena de recuerdos felices y la valoro mucho, pero mantenerla no es tarea fácil. Por suerte, June viene una vez al mes a limpiar. Sin ella, probablemente estaría cubierta de telarañas y polvo.

—No mucho —digo con un encogimiento de hombros—. Solo estaba viendo la nieve caer desde la ventana.

—Suena pacífico —responde Noah—. Sabes, mi sobrina menor, Milly, tiene una fascinación loca con la nieve. Hoy quería comer afuera porque hizo una mesa con ella.

Río al imaginarlo.

—¿Y lo logró?

—No. Mi hermana descartó la idea de inmediato. Hace demasiado frío y no ha dejado de nevar desde ayer. Milly terminó llorando en su mesita de nieve, tratando de convencernos con sus ojitos. Fue un buen intento, pero no funcionó.

—¿Cuántos años tiene ahora? —pregunto, recordando las veces que he visto a su sobrina y sobrinos en la cafetería cuando Julia los lleva.

—Tiene cinco, pero parece de veinte —dice Noah con una risa.

—¿Eva también estaba allí?

—No —su expresión cambia un poco—. Se suponía que vendría, pero canceló a último minuto. Mi mamá estaba decepcionada, pero ¿qué podemos hacer? Eva siempre nos cancela.

—¿Pero por qué? —frunzo el ceño—. Ha estado fuera tanto tiempo… No entiendo por qué no visita más seguido.

—Está terminando sus estudios. Ya debería haber acabado, pero algo pasó en su etapa de investigación y tuvo que retrasarlo un año más. Esperamos que, cuando termine, venga más seguido.

—Ojalá —digo con sinceridad—. Sería lindo verla de nuevo. Siempre me aseguré de vigilarla un poco cuando estaba en la escuela. Era un amor.

—Sí, es una gran persona —dice Noah con un tono más suave. Luego, sacudiendo la seriedad del momento, sonríe—. En fin, ¿qué quieres hacer? ¿Tienes algún juego de mesa?

—Sí —digo, animándome—. Adrián dejó algunos aquí para que jugáramos. ¿Has jugado Sequence?

—¡Por supuesto! Ese juego es increíble. Lo he jugado en casa de Violeta con Adrián y Austin. No quiero sonar presumido, pero siempre gano.

Sonrío con picardía, incapaz de resistirme al reto.

—Eso es porque nunca has jugado contra mí.

Noah arquea una ceja, su sonrisa volviéndose competitiva.

—Ohhh, ¿así que ahora presumes? Menos charla y más juego, cariño.

Riéndome, camino hacia el gabinete donde guardo los juegos de mesa y saco Sequence. Nos dirigimos al comedor para prepararlo.

—¿Quieres algo de tomar? —pregunto mientras voy a la cocina.

—Solo agua, por favor.

Agarro dos botellas de agua, junto con un paquete de galletas, queso y jamón. Cuando regreso, Noah ya había colocado el tablero y está concentrado organizando las cartas y fichas.

—Vas a perder —bromeo, dejando los bocadillos en la mesa.

Noah levanta la vista con un brillo travieso en los ojos, su sonrisa es una mezcla perfecta de diversión y confianza.

—Cariño, espero que estés lista para perder, porque no le doy ventaja a nadie.

—Que empiece el juego —digo con una sonrisa desafiante mientras me siento.

Capítulo Veintitrés

Noah

Extrañaba el lado competitivo de Josy. Cuando le dije que siempre ganaba en este juego, no estaba mintiendo, pero definitivamente no estaba preparado para que me ganara tantas veces. Es absolutamente implacable, juega cada movimiento con precisión y confianza. Incluso cuando intento distraerla con un coqueteo bien calculado o el suave roce de mis dedos contra su pelo, no se inmuta.

Es a la vez frustrante y fascinante.

No sé si estoy perdiendo porque realmente me ha superado o porque ella es una distracción demasiado grande. La forma en que sus ojos se iluminan cuando coloca sus fichas, esa pequeña sonrisa triunfante que me lanza cada vez que bloquea mis movimientos, hace que sea imposible concentrarme. La verdad es que no me importa perder si eso significa que puedo seguir escuchándola reír. He perdido la cuenta de cuántas veces la he hecho carcajear esta noche, y cada punto que ha anotado contra mí ha valido la pena.

Hemos estado hablando de todo, la conversación fluye con facilidad entre nosotros. Estoy hipnotizado por lo hermosa que se ve, incluso con su pijama. La tela se ajusta lo suficiente como para insinuar su creciente barriga, y me descubro mirándola más de lo que me gustaría admitir. Verla así—relajada, feliz y resplandeciente—me hace sentir un nudo en el pecho, pero de la mejor manera.

Mis dedos hormiguean con el deseo de alcanzarla, de tocar su vientre y sentir la vida que crece dentro de ella. Nuestro pequeño

pimiento. Es algo tan simple, pero es nuestro, y el pensamiento me llena de una emoción que no puedo poner en palabras.

—Veo que Pimiento está creciendo bien, ¿eh? —Mi voz suena casual, aunque mis ojos se quedan fijos en su vientre.

Ante mis palabras, las cachetes de Josy adquieren un delicado tono rosado. Su mano derecha se mueve instintivamente para posarse sobre su barriga, y una suave sonrisa le curva los labios.

—Sí —dice, su voz más baja ahora—. Estaba pensando lo mismo hace un rato. Es como si hubiera pasado de la noche a la mañana. Ni siquiera sé cuándo creció tanto.

Su pulgar se desliza distraídamente sobre la tela de su pijama, y puedo notar que está absorta en sus pensamientos, maravillada por los cambios en su cuerpo. El momento se siente íntimo, casi sagrado, y no quiero romperlo.

—Es increíble, ¿verdad? —digo en voz baja—. Verlo suceder, saber que está… pasando.

Josy levanta la mirada hacia mí.

—Lo es. —Sus ojos, cálidos y brillantes—. Da miedo también. Pero sobre todo… es increíble.

Su honestidad me toma por sorpresa, y por un momento, no sé qué decir. Así que no digo nada. En su lugar, muevo mi mano lentamente, con cautela, hasta que queda suspendida justo encima de la suya en su vientre. La miro, pidiendo permiso en silencio.



Ella asiente, y presiono mi mano suavemente contra su barriga.

Es sutil pero inconfundible: la curva de una nueva vida, firme y constante bajo mi palma. Mi pecho se aprieta, y una extraña mezcla de asombro y protección me invade. Levanto la vista hacia Josy, quien me observa con una expresión que no puedo descifrar del todo, y por un segundo, siento que el mundo se reduce a nosotros dos y a esta diminuta vida que creamos juntos.

—Hola, Pimientito —susurro, mi voz cargada de emoción.

Josy suelta una risa suave, un sonido tan ligero y mágico como la primera nevada del año.

—Eres un cursi.

—Tal vez —admito, sonriendo mientras retiro la mano, aunque cada fibra de mi ser quiere dejarla ahí para siempre—. Pero te encanta.

Su sonrisa se ensancha, y por primera vez en la noche, siento que podría estar ganando.

—Sí, me encanta —dice en voz baja, pero luego mira el reloj en la pared y deja escapar un pequeño suspiro—. Creo que ya es tarde y me está dando algo de sueño.

Capto la indirecta, aunque es lo último que quiero escuchar.

—Por supuesto —asiento, ya empezando a recoger las cartas y fichas esparcidas sobre la mesa. Mientras guardo el juego, me tomo mi tiempo más de lo normal. Una parte de mí espera que cambie de opinión y me pida que me quede un poco más de tiempo. La verdad es que no quiero irme.

Quiero seguir hablando con ella, escuchar su risa, ver su sonrisa. Quiero abrazarla, besarla y decirle cuánto la deseo—no solo esta noche, sino todas las noches. El pecho se me aprieta cuando mis pensamientos se desbocan hacia lugares de los que no puedo detenerme. Quiero sentir su cuerpo pegado al mío, su piel suave bajo mis manos, mi boca explorando cada rincón de ella. Quiero verla desnuda y adorar su cuerpo con mi lengua, mis dedos y mi bicho. Quiero escuchar cómo su respiración se entrecorta y su voz tiembla mientras me la como. Quiero sentir cómo aprieta mi erección cuando la hago venir. Quiero hacerla mía de todas las formas

posibles, adorarla con todo lo que soy, hasta que no quede ni una pizca de duda en su mente de cuánto significa para mí.

Pero eso no es algo que pueda tomar sin permiso. Es algo que ella tiene que dejarme darle.

Cierro la tapa de la caja del juego y la llevo hasta el gabinete, mientras Josy recoge las tazas y los restos de la tabla de quesos para llevarlos a la cocina. Observarla moverse, el suave vaivén de sus caderas en sus pantalones, la delicadeza con la que sus manos recorren los platos... es suficiente para llevarme al borde de la locura. Coloco el juego en el estante y la sigo a la cocina, atraído por ella como una polilla a la llama.

Está en el fregadero, lavando las tazas con la espalda hacia mí. La luz tenue sobre la encimera le da un resplandor dorado a su cabello, y me golpea la facilidad con la que hace que este lugar se sienta como hogar.

Algo primitivo se agita en mi interior, un tirón intenso que no puedo ignorar. Sin pensarlo demasiado, me acerco, mi cuerpo moviéndose por instinto.

Me coloco detrás de ella, dejando que mi pecho roce su espalda mientras cierro la distancia entre nosotros. El sutil aroma de vainilla y algo que es puramente ella llena mis sentidos, embriagándome. Apoyo las manos a cada lado suyo, sobre el borde del mostrador, enjaulándola. Se tensa, sus manos se detienen a medio lavar, y puedo sentir la tensión irradiando de su cuerpo.

—Josy —murmuro, mi voz baja, casi un susurro.

Me inclino y dejo que mi nariz recorra la curva de su cuello, respirando su aroma. Su piel está cálida, y el más leve escalofrío la recorre.

Su respiración cambia—más rápida, más superficial—pero no se aparta. Si acaso, se inclina apenas hacia mí, y ese mínimo movimiento envía una descarga de deseo directo a mi erección. Mis labios flotan cerca de su oreja mientras mi determinación se tambalea, cada fibra de mi ser gritando por más.

—Me vuelves loco, ¿lo sabías? —susurro, mi voz áspera con el peso de todo lo que quiero decir, pero no puedo.

Sus manos descienden lentamente hasta el mostrador, su cuerpo suavizándose lo justo para que perciba el cambio. Espero, el corazón golpeando contra mis costillas, sin saber si está a punto de alejarse o de dejarme continuar. De cualquier forma, sé que estoy al borde de algo que no podré deshacer.

—Tú también me vuelves loca. —Su voz tiembla, pero es firme, como si le hubiera tomado toda la noche admitirlo.

Eso es todo lo que necesito. Me inclino, rozando el otro lado de su cuello, pero esta vez dejo que mis dientes mordisqueen suavemente su piel. Su sabor hace que mi pulso se acelere. Mis manos se mueven por sí solas, deslizándose por sus costados, acariciando sus curvas como si hubieran sido hechas para mi tacto. Mis dedos dudan en su cintura antes de descender, encontrando la suave redondez de su vientre. Me detengo ahí por un momento, sobrecogido por una nueva ternura protectora mezclada con el deseo implacable que no cede.

Luego dejo que mis manos bajen más, deslizándose bajo sus pantalones.

Su respiración se vuelve errática, igualando el frenético ritmo de mi corazón.

—Te deseo, Josy —gruño en su oído, con voz baja y ronca, incapaz de seguir conteniendo la verdad.

La giro para ver su cara, guiándola con mis manos hasta que queda presionada contra mí, y nuestras bocas chocan en un beso tan voraz que me roba el aliento. Una mano sostiene su rostro, la otra se extiende por su espalda, acercándola lo más posible a mí.

Cada pensamiento, se reduce a la sensación de sus labios, a la forma en que se abren bajo los míos, a la manera en que sus manos se aferran a mi camisa como si tuviera miedo de soltarme. Su sabor, su aroma, su todo… me consume.

Mi mano desciende por su garganta, rozando la curva de sus pechos a través de la tela de su pijama. Gime contra mi boca cuando la aprieto suavemente, y el sonido me atraviesa como un rayo, directo a mi pene. Profundizo el beso, deslizando la mano más abajo, enganchando los dedos en el borde de su pantalón. En un

solo movimiento, se lo bajo, dejándola desnuda de la cintura para abajo.

La sujeto por las caderas y la levanto hasta la encimera, su piel caliente bajo mis manos. El recuerdo de la primera vez que estuvimos así cruza fugazmente por mi mente, y por un instante me detengo, atrapado en su mirada. Sus ojos oscuros y desbordantes de deseo me mantienen cautivo, sus labios hinchados llamándome de vuelta. Me inclino de nuevo, reclamando su boca, ahogando sus gemidos con cada beso.

Mis manos se deslizan por sus muslos, separándolos para hacerme espacio. Me acomodo entre sus piernas, tirando suavemente de su labio inferior con los dientes antes de moverme hacia su oído, mis labios rozando la delicada curva.

—¿Quieres que me detenga? —susurro, mi voz ronca de necesidad.

—No. —Sacude la cabeza, su respuesta inmediata y firme.

Eso es todo lo que necesito escuchar. Deslizo mis dedos por su cabello, liberándolo del lazo que lo sostiene hasta que sus rizos caen enmarcando su rostro. Es hermosa, en todos los sentidos. Josy tira de mi camisa, arrastrándome de vuelta a su boca con una fuerza que me arranca un gemido.

Dejo que mi mano descienda entre sus muslos, acariciándola con suavidad.

—Ahora sería un buen momento para decirme que pare —murmuro contra sus labios, aunque ya sé su respuesta.

Su cuerpo se arquea hacia mí, su respiración entrecortada.

—No te detengas —susurra.

Deslizo los dedos sobre ella, encontrándola húmeda y lista, y un gruñido bajo escapa de mi garganta.

—Puñeta, Josy. Estás empapada.

Mi pulgar roza su clítoris, y la forma en que su cuerpo se estremece en respuesta casi me destruye. Su respiración se acelera, sus caderas se mueven al ritmo de mi toque. Sus jadeos se convierten en pequeños gemidos, cada uno llevándome más al límite.

—Estás justo por venirte, ¿verdad, preciosa? —murmuro.

—Noah… —su voz tiembla, su cuerpo tenso, al borde del abismo.

—Sí. Eres completamente mía —gruño, mi voz cargada de posesión mientras me arrodillo ante ella, empujando sus muslos para abrirlos más. La visión de ella, húmeda y brillante, me hace la boca agua.

—No te muevas —ordeno suavemente, sonriendo mientras soplo aire caliente contra su centro.

Dejo que mi lengua se deslice desde su entrada hasta su clítoris, saboreándola en cada trazo. La cabeza de Josy cae hacia atrás, un gemido escapando de sus labios, y yo presiono más, mis dedos uniéndose al ritmo. Su espalda se arquea, su cuerpo retorciéndose bajo mi toque.

—Noah… —gime, sus caderas alzándose de la encimera, buscando más.

—Puñeta eres tan hermosa —murmuro contra su piel. Acelero el ritmo, mis dedos curvándose justo en el punto perfecto hasta que siento el temblor en sus muslos.

—Vente en mi cara, Josy. Déjate ir.

Su orgasmo la golpea como una ola arrolladora, dejándola temblorosa y jadeante. La degusto, sin detenerme hasta que sus manos débiles empujan mis hombros, su cuerpo demasiado sensible para más.

Me levanto del piso, observándola a través de mis párpados entrecerrados mientras ella me mira con un hambre que incendia mi sangre. Llevo mis dedos a mis labios, probándola hasta la última gota.

—El mejor postre que he tenido —murmuro con una sonrisa antes de besarla nuevamente.

Ella se saborea en mis labios, y hay algo en la forma en que se derrite contra mí que me hace querer sostenerla para siempre. Pero sé que está exhausta, así que le susurro:

—Vamos, cariño. Déjame llevarte a la cama.

Josy asiente, sus ojos pesados de sueño. La levanto en mis brazos, sosteniéndola como el tesoro que es. Cuando llegamos a su habitación, la acomodo con suavidad en la cama y tiro de las cobijas sobre ella. Me inclino, presionando un beso suave en sus labios.

—Buenas noches, preciosa. Nos vemos mañana.

Cuando me giro para irme, su mano atrapa la mía.

—Quédate —susurra.

No dudo ni un segundo.

—Por supuesto.

Me despojo de todo menos de mis boxers y me deslizo en la cama junto a ella. Se acurruca contra mí, su cabeza descansando sobre mi pecho, y la envuelvo en mis brazos. Su respiración suave me arrulla, y por primera vez en mucho tiempo, me siento en paz. Porque sé que este es el lugar donde debo estar.

Capítulo Veinticuatro

Josy

Despierto envuelta en un capullo de calor, las cobijas ajustadas a mi alrededor y un peso inconfundible presionando contra mi espalda. Me toma un instante procesar dónde estoy; mi mente sigue nublada por la mejor noche de descanso que he tenido en mucho tiempo. Parpadeo lentamente, dejando que la suave luz que se filtra por las cortinas me arrastre a la conciencia.

Es un momento de paz. Mi cuerpo se siente relajado, mis pensamientos en calma. Pero entonces lo noto: el brazo sobre mi cintura, la respiración constante y acompasada detrás de mí.

Noah.

Mi corazón se salta un latido antes de caer pesadamente en mi pecho. Se quedó.

Mi primera reacción es acurrucarme más en su calor. Su brazo, tan firme y seguro, se siente como si perteneciera ahí. Pero la realidad se hace clara, cortando la sensación de dicha. Esto no era parte del plan.

Me muevo apenas, con cuidado de no despertarlo. Mi pulso se acelera mientras intento entender cómo llegamos a esto. Los recuerdos de anoche destellan en mi mente: su toque, sus palabras, la forma en que me hizo sentir como si fuera el centro de su universo. Amé cada segundo. Pero despertar en sus brazos… eso es algo completamente distinto.

Noah se mueve detrás de mí, su brazo apretando suavemente mi cintura, como si pudiera sentir mis pensamientos. Cierro los ojos un

instante, tratando de aferrarme a la sensación. Es embriagador, la forma en que su cuerpo se acopla al mío, su aliento cálido en mi nuca. Por un momento, me permito creer que está bien querer esto. Quererlo a él.

—Feliz Navidad —susurro suavemente cuando lo siento moverse de nuevo.

Un murmullo somnoliento responde, su voz ronca y profunda.

—Feliz Navidad, Josy.

Sus labios rozan mi hombro, y un escalofrío me recorre a pesar del calor.

Él está tan tranquilo, tan cómodo, como si este fuera su lugar preferido. Mientras tanto, mi corazón libra una batalla contra sí mismo. Esto se siente tan bien, tan correcto. Pero no estoy lista. ¿O sí?

Noah se mueve otra vez, incorporándose ligeramente detrás de mí. Su mano se desliza por mi estómago, descansando suavemente sobre mi vientre.

—¿Cómo dormiste? —pregunta con la voz aún cargada de sueño.

—Mejor de lo que he dormido en semanas —admito en un susurro.

Miro por encima del hombro y lo encuentro con el cabello desordenado, los ojos cálidos y suaves mientras se encuentran con los míos. Es una imagen a la que fácilmente podría acostumbrarme… y eso me aterra.

Me siento lentamente, asegurándome de mantener la manta envuelta alrededor de mí.

—Te quedaste —digo, más para mí misma que para él.

Él también se sienta, su expresión indescifrable.

—Me pediste que me quedara.

Lo hice. Recuerdo ese momento con claridad: la forma en que me llevó a la cama, la tranquilidad de su presencia, la vulnerabilidad de pedirle que se quedara. Pero a la luz del día, todo se siente… complicado.

—No pensé que… quiero decir, no tenías que hacerlo.

Mis palabras salen torpes e inseguras, y odio lo expuesta que me siento.

Los ojos de Noah buscan los míos.

—Quise hacerlo —dice simplemente, como si fuera lo más natural del mundo. Y quizá para él lo sea. Pero para mí…

Aprieto la manta con más fuerza a mi alrededor, como si pudiera protegerme del peso de su mirada.

—Noah, yo…

Las palabras se quedan atrapadas en mi garganta. ¿Cómo le explico que amé cada segundo de anoche, pero que aún no estoy lista para dejarlo entrar por completo? Que a pesar de todo lo que ha hecho por mí, de todo lo que ha sido, hay algo que me retiene, algo que ni siquiera puedo poner en palabras.

Él espera con paciencia, su mano descansando sobre la cama entre nosotros. No está presionando, no me está exigiendo nada. Nunca lo ha hecho. Y aun así, su sola presencia es un desafío—una invitación silenciosa a dejar de lado mis miedos y dar el siguiente paso.—No sé qué me detiene —admito al fin, mi voz apenas un murmullo—. Has estado ahí para mí de formas que nunca esperé, y yo… —trago con dificultad—. Quiero dejarte entrar, Noah. De verdad quiero. Pero algo… algo sigue frenándome.

¿Será porque no le he dicho toda la verdad? No sabe que pasé gran parte de mi vida enamorada de él. Y sí, estoy actuando como una completa idiota. ¿Cómo es posible que tenga al hombre de mis sueños en mi cama y aún no pueda abrirle del todo mi corazón? Estoy perdiendo la cabeza. No hay otra explicación. Necesito hablar con la Dra. Bennett. Estoy demasiado atrasada con mis visitas a mí terapeuta.

Sus cejas se juntan levemente, pero no parece herido ni frustrado. Si acaso, parece decidido.

—Josy —dice con suavidad, alcanzando mi mano. Su toque es cálido, anclándome a la realidad—. Sea lo que sea, lo resolveremos juntos. No voy a irme. No a menos que me lo pidas. Pero siempre estaré aquí para ti… y para Pimientito.

Sus palabras tiran de algo profundo en mí, pero no disipan la incertidumbre que se arremolina en mi pecho.

—No quiero que te vayas —susurro, enredando mis dedos con los suyos—. Pero no sé cómo hacer esto.

—Entonces lo tomaremos paso a paso —su voz es firme, segura —. Sin presiones, sin prisas. Solo nosotros.

Por un instante, me permito creer que podría ser así de simple. Solo nosotros. Sin expectativas, sin miedos, sin heridas del pasado reteniéndome. Pero, en el fondo, sé que no es tan fácil. Aún hay un muro que no sé cómo derribar, una parte de mí que teme dejarlo entrar por completo.

—Está bien —murmuro, no porque esté convencida, sino porque quiero creerle. Quiero creer que podemos resolverlo juntos, paso a paso.

Noah se inclina y deja un beso suave en la parte superior de mi cabeza, un contacto que se siente como una promesa. Cierro los ojos por un segundo, dejando que la sensación me envuelva. ¿Cómo logra siempre hacerme sentir segura y adorada con algo tan simple como un beso?

—Ahora vamos a prepararnos y a tener una gran Navidad juntos —dice, su voz baja y ronca enviando un calor reconfortante por todo mi cuerpo.

—Está bien —respondo otra vez, porque al parecer es lo único que soy capaz de decir en este momento.

Cuando Noah se pone de pie, mi cerebro se apaga por completo.

Se estira, pasando las manos por su cabello, y los músculos de su espalda se flexionan bajo su piel lisa y dorada. Solo lleva puestos unos bóxers negros, y, por Dios, le quedan magnificos. Mis ojos quedan atrapados en su cuerpo, siguiendo cada línea y contorno como si lo estuviera viendo por primera vez.

La forma en que la tela se ajusta a sus nalgas esculpidas, los surcos profundos de su espalda baja… es un crimen. Luego gira ligeramente, y casi me ahogo. Su pecho—planos firmes de músculo, abdominales definidos como si hubieran sido esculpidos por un maldito artista—queda completamente expuesto, atrapando la luz suave que se filtra por la ventana. Hay un rastro tenue de pelo que desaparece bajo el borde de sus bóxers, y tengo que apretar los labios para no soltar un gemido.

¿Cómo es esto real? ¿Cómo puede un hombre verse así y hacerme sentir de esta manera con solo existir? Quiero tocarlo. No,

necesito tocarlo. Recorrer con mis dedos cada uno de esos cuadros perfectos en su abdomen, seguir las venas que serpentean por sus antebrazos y se hunden en la línea de sus caderas.

No puedo creer que no haya visto todo esto la única vez que estuvimos juntos. Pero fue rápido, y yo no estaba pensando. Aunque, pensándolo bien, por eso estamos en este lío.

Trago saliva con dificultad, sintiendo cómo el calor sube a mis cachetes—y, seamos honestos, más abajo también—porque mi cerebro es un absoluto traidor . Esto no está ayudando en nada a mi estrategia de "vamos a ir despacio". Ni un poquito.

Noah finalmente nota que lo estoy mirando y su sonrisa se curva en un gesto pícaro que hace que mi pulso se dispare.

—¿Ves algo que te guste, cariño? —pregunta con descaro.

Levanto la mirada hacia su rostro de inmediato, sintiendo cómo mis cachetes arden.

—No estaba mirando. Además, ya has dicho esa misma frase antes.

Su sonrisa se ensancha.

—Definitivamente estabas mirando, por eso lo repito. Nunca me canso de verte impresionada por mi belleza —dice, señalando mi cara con el dedo.

—No estoy para nada impresionada —murmuro, negándome a mirarlo mientras jugueteo con el borde de la sábana.

Noah suelta una carcajada baja, como si supiera la verdad.

—Mmhmm. Lo que tú digas.

Se dirige al baño, dejándome sola en la habitación, y gracias a Dios por eso, porque necesito un minuto. Tal vez varios.

Caigo contra las almohadas con un gemido, cubriéndome la cara con las manos. ¿Qué estoy haciendo? Este hombre es un peligro para mi cordura, para los muros que con tanto esfuerzo he construido. Pero, maldita sea, también es lo único que he querido en mucho, mucho tiempo.

Echo un vistazo hacia la puerta del baño, escuchando el sonido del agua corriendo cuando abre la ducha, y exhalo temblorosamente.

Está bien, Josy. Contrólate. Hoy es Navidad. Te prometiste a ti misma que lo intentarías. Así que eso es lo que voy a hacer. Me voy a levantar, me voy a vestir y voy a pasar el día con Noah. Tal vez sea un desastre, tal vez no sea perfecto, pero daré un paso adelante, como él dijo.

Y si de paso puedo seguir disfrutando de la vista de él sin camisa un poco más… bueno, eso es solo un extra.



Después de pasar una Navidad y un Año Nuevo increíble con Noah, me siento… más ligera. Más cómoda. Es como si algo hubiera cambiado entre nosotros aquella noche, incluso si no ha pasado nada más desde entonces. Hemos estado enviándonos mensajes, viéndonos a menudo, y en algún punto entre las bromas y los momentos de calma, he comenzado a ver un lado de él que no conocía—un lado que me hace sentir en paz.

Noah no es solo el hombre persistente y seguro de sí mismo que creía conocer. Es mucho más. Es atento, paciente, honesto. Un hombre trabajador y confiable que está ahí cuando lo necesito, aunque no lo pida. Es un lado más suave, uno que no me di cuenta de que existía detrás de su fachada ruda. Y tal vez—solo tal vez—es la razón por la que siento que cada día me enamoro un poco más de él.

Para Navidad, Noah me regaló un collar—algo que jamás esperé. No estaba buscando regalos, y mucho menos de él, pero cuando me entregó aquella pequeña caja y mis dedos rozaron los bordes aterciopelados, no pude ocultar la forma en que mi respiración se entrecortó. Dentro había un colgante delicado con el símbolo de infinito, lleno de diminutos diamantes que captaban la luz de manera perfecta.

—Siempre has sido tú —había dicho Noah con voz firme mientras lo abrochaba alrededor de mi cuello—. Y sé que lo que tenemos y lo que construiremos juntos será para siempre.

Para siempre. Esa palabra resonó en mi mente mientras el metal frío se asentaba sobre mi piel y sus dedos cálidos se demoraban un instante antes de alejarse. No supe qué decir en ese momento—¿cómo se responde a palabras tan hermosas? Así que sonreí, parpadeé para contener las lágrimas que amenazaban con caer y susurré:

—Gracias.

Desde entonces, he usado el collar todos los días. Mis dedos lo buscan constantemente, recorriendo los bordes suaves, sintiendo el peso de sus palabras y preguntándome si tiene razón—si realmente podemos construir algo que perdure. Quiero creerle. Dios, quiero eso con todas mis fuerzas.

Y ahora, aquí estamos otra vez, juntos, pero esta vez en el consultorio de la doctora, esperando para ver si por fin podremos saber el sexo del bebé. La última vez que estuvimos aquí, el bebé había sido terco, con las piernas cruzadas como si quisiera decir: lo sabrán cuando yo esté listo. Noah no dejó de molestarme después de eso, diciendo que debía ser niña porque ya se estaba pareciendo a mí—terca e independiente.

Hoy, sin embargo, tengo esperanza. Echo un vistazo a Noah, que está sentado a mi lado, hojeando una de las revistas de la mesa. Se ve tranquilo, pero sé que está tan ansioso como yo. La forma en que su pie golpea ligeramente el suelo lo delata.

—¿Estás nervioso? —pregunto, recostándome en la silla mientras acaricio distraídamente mi vientre.

Él levanta la mirada, con una sonrisa tirando de sus labios.

—Nah —dice, pero el brillo travieso en sus ojos lo delata—. Solo estoy listo para empezar a elegir nombres que no sean neutrales en cuanto al género y para dejar de llamar al bebé por nombres de frutas. Esta semana es una papa. ¿Sabías eso?

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír.

—Veremos si papa coopera hoy. Tiene tu terquedad, ¿sabes?

—¿Mi terquedad? Creo que quisiste decir nuestra terquedad.

Levanta una ceja, y suelto una risa suave.

La puerta se abre antes de que pueda responder, y la enfermera dice mi nombre. Mi corazón da un salto cuando me pongo de pie, y

Noah se levanta rápidamente a mi lado. Su mano se posa en la parte baja de mi espalda mientras seguimos a la enfermera hasta la sala de examen, un toque firme que se siente tan natural como respirar.

—Aquí vamos —murmura cuando me acomodo en la camilla, su voz suave.

Asiento, tragando con dificultad cuando la doctora entra en la sala y comienza el sonograma. El gel frío se extiende sobre mi piel, y aprieto la mano de Noah cuando la pantalla cobra vida.

—Veamos si este pequeñín quiere cooperar hoy. Ya tienes veintiún semanas, así que deberíamos poder verlo. Si no, no hay problema. Puedo ordenar una prueba de sangre y eso nos dirá si es niño o niña —dice la doctora Willis con una sonrisa amable.

La habitación se queda en silencio, salvo por el zumbido de la máquina y el suave sonido de los latidos de nuestro bebé llenando el aire.

—No quiero la prueba de sangre. Quiero enterarme cuando el bebé esté listo —digo, mirando a la doctora y luego a Noah.

Él asiente con la cabeza, haciéndome saber que está de acuerdo con mi decisión.

Miro la pantalla, con el pecho apretado de anticipación.

Por favor, pienso. *Solo esta vez, déjanos ver.*

Noah se inclina más cerca, sus ojos fijos en el monitor. Su pulgar acaricia el dorso de mi mano, un gesto silencioso de apoyo mientras esperamos.

Y entonces, finalmente—

—Bueno —dice la doctora, inclinando levemente el transductor—. Parece que su bebé decidió mostrarse hoy.

Contengo el aliento, y la mano de Noah aprieta la mía un poco más fuerte.

—Es un…—

Capítulo Veinticinco

Noah

Juro que puedo escuchar mi propio corazón retumbando en mis oídos, siguiendo el ritmo del sonido rápido y constante del latido del bebé que llena la habitación. La voz de la doctora Willis es tranquila, pero para mí suena como un redoble de tambores con lo tensos que están mis nervios.

La pantalla parpadea, mostrando la tenue silueta de nuestro bebé, pero mi atención se divide entre el monitor y la mano de Josy en la mía. Su agarre es fuerte, su respiración lenta y controlada, pero la conozco lo suficiente para saber que está conteniendo una oleada de emociones.

¿Y yo? Estoy desesperado. Desesperado por saber si tendremos un niño o una niña. Desesperado por saber quién va a cambiar nuestras vidas para siempre.

Los segundos se estiran como si fueran horas, hasta que—

—Es una niña.

Una niña.

Las palabras aterrizan en mi pecho como un golpe suave, dejándome sin aliento. Por un momento, lo único que puedo hacer es mirar la pantalla, donde nuestra hija—*nuestra hija*—permanece perfectamente quieta, como si estuviera escuchando esta gran revelación. Una niña.

Suelto el aire que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo y miro a Josy. Ella ya me está mirando, sus ojos marrones abiertos y brillando con lágrimas, y eso es todo—estoy

acabado. Me inclino sin pensarlo y presiono mis labios suavemente contra los suyos, en un beso lleno de todo lo que no puedo expresar con palabras. Alivio. Alegría. Amor.

Cuando me separo, susurro:

—Vamos a tener una princesa, y va a ser hermosa. Igual que tú, cariño.

Los labios de Josy tiemblan en una sonrisa mientras sus lágrimas finalmente se desbordan, trazando caminos delicados por sus cachetes. Aprieta mi mano una vez más, y yo levanto la otra para secar una de sus lágrimas con el pulgar.

—Nuestra princesa Everly —dice en voz baja, su tono quebrándose apenas lo suficiente como para hacerme sentir algo profundo en el pecho.

Dios, yo amo a esta mujer.

Sonrío, con esa clase de expresión que probablemente me hace parecer un tonto, pero no me importa. No ahora.

—Sí. Gracias por dejarme elegir su nombre —hago una pausa, bajando la voz a un murmullo juguetón—. Everly va a ser muy consentida.

Josy suelta una risa espontánea, un sonido alegre y entrecortado que me resuena en el pecho. No puedo evitar reír con ella, los dos riéndonos como un par de adolescentes mientras la doctora sigue tomando medidas y capturando imágenes. Pero no lo notamos. No realmente.

Porque en esta pequeña habitación, con el sonido lejano del latido de nuestra bebé y la mano de Josy en la mía, solo existimos nosotros tres.

—Aquí tienen una imagen de perfil —nos interrumpe la doctora Willis mientras congela la imagen y señala los diminutos rasgos de nuestra hija: su nariz, sus manitas cerradas en pequeños puños—. Su niña se ve perfecta.

Perfecta.

Miro a Josy de nuevo, el collar que le regalé descansando sobre su cuello y a la sonrisa que no puede disimular. Me atrapa mirándola y arquea una ceja.

—¿Qué?

Niego con la cabeza, mi sonrisa suavizándose.

—Nada. Solo estoy feliz.

Sus ojos se dulcifican mientras me da un leve asentimiento, su pulgar rozando mis nudillos. Y en ese instante lo siento—el más leve destello de esperanza de que, tal vez, solo tal vez, Josy también crea en esto. En que realmente podríamos funcionar como pareja.

Cuando salimos del consultorio, con las imágenes del ultrasonido bien resguardadas en la mano de Josy, mantengo mi mano en la curva de su espalda mientras la guío hacia el estacionamiento. El aire frío de enero nos recibe, y la miro de reojo, atrapando su sonrisa mientras vuelve a mirar las fotos.

—Everly —digo en voz alta, dejando que el nombre se asiente entre nosotros—. ¿Segura que quieres ponerle ese nombre?

—Claro. Es perfecto.

Perfecto.

Y así, de repente, sé que esta niña—nuestra Everly—será la más afortunada del mundo.

Porque tiene una mamá como Josy.

Y yo me aseguraré cada día de que sepa cuánto la amamos.



Ajusto el último globo en la pared y doy un paso atrás, cruzando los brazos mientras observo el resultado. La sala de Austin está lista para un cumpleaños—globos por todas partes, serpentinas colgando del techo y un gran cartel de "Feliz Cumpleaños" sobre la mesa del comedor. Cualquiera pensaría que estamos organizando la fiesta de una niña de cinco años. Pero Josy se merece el mundo, y por ahora, esto es lo mejor que podemos hacer.

—Creo que nos pasamos con los globos —la voz de Austin irrumpe en mis pensamientos mientras se apoya en el sofá, inflando otro más, solo por diversión—. Juro que esto parece un campo minado de globos.

—Nah. —Esteban entra desde la cocina con una sonrisa traviesa —. Es perfecto. A las nenas les encanta este tipo de cosas. Confía en mí.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar que una pequeña sonrisa se asome en la comisura de mis labios.

—Josy no es una nena, es una mujer. Y esto no es solo "cosas lindas". Se merece ser celebrada.

—Sí, sí. —Esteban me hace un gesto con la mano, restándole importancia, pero de repente se ilumina—. ¡Oh! ¡Casi lo olvido!

Se apresura hacia la cocina, dejándonos a Austin y a mí parados en la sala. Un minuto después, regresa sosteniendo una caja de bizcocho como si fuera un cofre del tesoro.

—Miren esto.

Abre la tapa y el aroma a vainilla y ron me golpea de inmediato. El bizcocho está cubierto de un glaseado blanco espeso, perfectamente esparcido, y juro que nunca he visto un bizcocho verse tan bien. Esteban sonríe como un niño en Navidad.

—La obra maestra de mi mamá—bizcocho puertorriqueño. Le dije que no podía fallarme con Josy.

Austin silba mientras se acerca para verlo mejor.

—Carajo. Esto parece sacado de una repostería. ¿Seguro que tu mamá no lo robó de algún lado?

Esteban lo fulmina con la mirada.

—No le faltes el respeto a las habilidades de mi madre.

—Lo siento, te estoy jodiendo. Pero en serio, gracias. Hace mucho que no pruebo uno de los bizcochos de tu mamá.

—No ha pasado tanto tiempo. —Esteban arquea una ceja, como si le ofendiera que sugiriera algo así—. Lo comiste en septiembre, en mi cumpleaños. Además, sabes que Mami te puede hacer un bizcocho cuando quieras. Solo tienes que pedirlo.

Austin salta desde el otro lado de la habitación.

—Pues lo pido ahora. Dile que necesito uno para San Valentín. Ah, y tal vez unos pastelillitos de Nutella mientras está en eso.

Esteban suelta un gruñido dramático, aunque su sonrisa lo delata.

—Bro, no estoy manejando una panadería en la cocina de mami.

—¿Por qué no? —replica Austin con una sonrisa—. Se haría millonaria.

Sacudo la cabeza, riéndome mientras su discusión se intensifica. Lo de siempre. Pero es verdad, la mamá de Esteban podría competir con cualquier panadería. Sus bizcocho son legendarios, esponjosos y húmedos, con un sabor que te obliga a detenerte a saborearlo a mitad de bocado.

Esteban nació aquí, pero siempre ha estado orgulloso de sus raíces. Sus padres vinieron directamente de Puerto Rico y él todavía vuela a la isla al menos una vez al año para visitar a su familia. Pasa semanas allá, comiendo hasta reventar arroz con gandules y tostones, y subiendo fotos de playas cristalinas que me dan una envidia cabrona.

El tipo habla español perfecto. No solo el formal que enseñan en las escuelas, sino el rápido y afilado de la isla, lleno de jerga y ritmo. A veces se me olvida que es bilingüe, hasta que se machuca la mano con un martillo o se corta en el trabajo. Ahí es cuando empiezan a volar las maldiciones en español—rápidas, fuertes y coloridas. Con el tiempo, ya he aprendido lo suficiente como para saber exactamente de qué se queja cuando se da un golpe en el pie.

—Espera a que Josy pruebe este bizcocho —dice Esteban, sacándome de mis pensamientos—. Le va a encantar. Nadie cocina y hornea como Mami.

No se equivoca. La mamá de Esteban cocina como si fuera su propósito en la vida. Comida que reconforta el alma y te hace querer lamer el plato hasta dejarlo limpio.

Vuelvo a mirar el bizcocho, perfectamente decorado, esperando a que alguien arruine su perfección con el primer corte.

Josy ha estado trabajando sin descanso en la cafetería, manejando un millón de cosas a la vez. Nunca se detiene, nunca se permite una pausa para celebrar nada. Pero esta noche... Esta noche es diferente.

Esta noche, puede disfrutar.

Miro mi reloj.

—Violeta acaba de escribirme. Salieron de la cafetería. Tenemos unos quince minutos.

—Perfecto —dice Austin, agarrando un pequeño globo con forma de balón de fútbol y atándolo al respaldo de una silla con una sonrisa—. A Adrián le va a encantar esto cuando lo vea.

Sonrío de lado.

—Josy pondrá los ojos en blanco, pero también le gustará.

—Le va a gustar todo esto —Esteban me da una palmada en la espalda—. Especialmente el bizcocho.

Eso espero. Dios, eso espero. He pasado semanas viendo a Josy agotarse, apenas tomándose un respiro para comer o descansar, mucho menos para celebrar algo. La cafetería ha sido su prioridad, y cada vez que intento ayudar, me aparta la mano—literal y figuradamente.

Pero esta noche es diferente. Todavía no lo sabe, pero esta noche no tiene que encargarse de nada.

Un bocinazo fuerte afuera interrumpe la conversación. El carro de Violeta. No necesito revisar mi teléfono para saber que han llegado.

Mi corazón se acelera mientras Austin y Esteban se colocan en sus posiciones: Austin junto al interruptor de luz y Esteban agachándose torpemente detrás del mostrador como un niño de cinco años jugando a las escondidas.

—Bro, ella no va a estar buscándote —murmuro, pero él solo sonríe y se queda en su lugar.

La puerta se abre y escucho la voz de Violeta primero, alta y animada.

—¡Vamos, Josy! Te dije que íbamos a comer rápido.

La respuesta de Josy se escucha amortiguada, pero casi puedo oír su escepticismo.

—Violeta, ¿por qué suenas como si estuvieras tramando algo?

En cuanto Josy entra, Austin enciende las luces.

—¡SORPRESA!

Los gritos resuenan en la sala, y veo el momento exacto en que Josy se queda congelada. Sus ojos recorren las decoraciones, los globos, la pancarta... y finalmente se posan en mí. No puedo evitar que una sonrisa se extienda por mi rostro mientras doy un paso adelante.

—Feliz cumpleaños, cariño.

Josy parpadea, claramente abrumada.

—¿Qué es esto? —Su voz es suave, casi incrédula.

—Tu fiesta de cumpleaños —respondo, como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿De verdad pensaste que íbamos a dejar que pasara el día sin celebrarte?

Niega con la cabeza lentamente, mientras una sonrisa comienza a curvar sus labios.

—Violeta me dijo que solo íbamos a...

—Violeta mintió —Esteban salta de su escondite con los brazos abiertos—. De nada.

Josy suelta una carcajada, saliendo por fin de su estado de shock. Se gira hacia Violeta, quien se encoge de hombros con inocencia.

—Te lo mereces —dice Violeta—. No te pongas difícil.

Antes de que Josy pueda decir algo más, Esteban la lleva hacia la mesa del comedor, donde el bizcocho está puesto.

—Y esto, Josy, es la obra maestra de mi madre. El mejor bizcocho puertorriqueño que probarás en tu vida.

Josy frunce el ceño mientras observa el bizcocho.

—¿Bizcocho puertorriqueño?

—Nunca has probado un bizcocho puertorriqueño —le digo, acercándome a su lado—, pero créeme, te va a encantar.

Ella levanta la mirada hacia mí, y juro que la forma en que sus ojos se suavizan me deja sin aire.

—Todo esto… No tenían que—

—Pero queríamos —la interrumpo, sosteniendo su mirada—. Yo quería.

—Además, te queremos, tití Josy —dice Adrián, abrazándola.

—Yo te quiero más, mi amor—responde Josy.

Su sonrisa se ensancha y busca mi mano.

—Gracias, Noah —susurra.

Antes de que pueda responder, Esteban aplaude.

—¡Basta de hablar! Vamos a cenar para que podamos comer bizcocho.

Josy ríe, y así, la habitación se llena de ruido y vida: Austin contando chistes, Esteban hablando de los secretos de repostería de

su madre, y Violeta intentando controlar a Adrián, que ya está tratando de explotar los globos.

Pero a través de todo eso, mis ojos siguen fijos en Josy.

Está sonriendo. Riendo. Dejándose disfrutar este momento.

Capítulo Veintiséis

Josy

He estado tan ocupada hoy que ni siquiera he tenido tiempo de pensar en mi cumpleaños. La mañana comenzó con Violeta envolviéndome en un gran abrazo. Me entregó una bolsa bellamente envuelta, llena de lociones, bombas de baño, aceites de masaje, mascarillas faciales y para los labios… todo un arsenal de autocuidado.

—Quiero que tomes un día para consentirte —dijo con dulzura—. Te mereces un día en el que no pienses en cafeterías, horarios ni nada más. Yo me encargo de todo mientras tú disfrutas de un día entero de descanso.

Me sorprendió su consideración.

—¿De verdad? ¿Te harás cargo de todo?

—Sí, Josy. Puedo mantener todo funcionando por un día sin que el mundo se acabe —respondió con una sonrisa traviesa y las manos en la cintura.

Asentí, acariciando distraídamente mi vientre.

—Está bien. La próxima semana elegiré un día para simplemente… relajarme. Realmente lo necesito.

Su expresión se suavizó cuando extendió la mano para tocarme el brazo.

—Lo sé, cariño. Everly te está agotando, y tienes tantas cosas que hacer. Necesitas tomarte un respiro ahora, porque una vez que Everly esté aquí, no tendrás un momento para ti en años.

—Ugh, no digas eso —reí, aunque sentí un leve escalofrío de ansiedad ante la idea—. Soy una mujer independiente, Vi. Puedo manejar un negocio y un bebé al mismo tiempo.

—Puedes —asintió con convicción—. Pero incluso las supermujeres necesitan descansar. Si te desgastas, no podrás cuidar de nadie: ni del negocio, ni de Everly, y mucho menos de ti misma.

Suspiré, sabiendo que tenía razón.

—Está bien, está bien. Te voy hacer caso.

Sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa.

—¿Sabes qué haría esto aún mejor?

—¿Qué?

—Si dejaras que Noah te consintiera —alzó las cejas sugestivamente—. Podría darte un masaje, frotarte los pies, tal vez mimarte con un poco de amor.

La imagen mental me hizo reír.

—Eso suena espectacular. Pero han pasado seis semanas desde que… ya sabes. Ha sido tan paciente, y aunque hablamos todos los días y lo veo constantemente, simplemente no sé si estoy lista.

Violeta inclinó la cabeza, analizándome como siempre hace cuando intenta descifrarme.

—¿Por qué crees que no estás lista, Josy?

Vacilé, sintiendo el nudo familiar de la duda apretarse en mi pecho.

—Porque hay una parte de mí que siente que no soy suficiente. Aunque sé, lógicamente, que Noah está haciendo todo lo posible para demostrarme que sí lo soy, no puedo sacudirme esa sensación.

Sus ojos se suavizaron y dio un paso más cerca.

—¿De dónde viene eso?

Exhalé lentamente, dejando que las palabras salieran.

—Es algo de lo que he hablado con mi terapeuta durante años. Está relacionado con mi mamá. Cuando era niña, ella no estuvo. Tenía sus razones, y ahora lo entiendo. Pero en aquel entonces… se sentía como si no me quisiera. Mis abuelos me amaban con todo su corazón, pero no era lo mismo. Yo tenía una mamá, y ella no estaba ahí.

Violeta permaneció en silencio, dándome espacio para procesarlo.

—Ese tipo de dolor no desaparece —continué—. Incluso ahora que ha vuelto a mi vida y es una gran madre, esa sensación antigua sigue ahí. Y luego, cuando vi a Noah con esa mujer hace años, diciendo que yo no era nada… algo dentro de mí se rompió. Aunque me lo ha explicado cien veces y lo he perdonado, es como si esa voz en mi cabeza se hiciera más fuerte. Como si siempre estuviera esperando para recordarme que no soy suficiente.

La mano de Violeta encontró la mía, su agarre firme.

—Josy, sí eres suficiente. Eres más que suficiente. Y cualquiera que tenga la suerte de amarte, como Noah, lo sabe.

Sus palabras me golpearon en el lugar más vulnerable de mi corazón. Asentí, parpadeando para contener el ardor en mis ojos.

—Lo intento, Vi. De verdad que lo intento.

—Lo sé. Y estoy orgullosa de ti por hacer el trabajo. Pero tienes que permitirte creerlo. Noah te quiere, y tú te mereces ese amor.

Le dediqué una sonrisa temblorosa.

—Gracias, Vi.

Sonrió, dándome un apretón en la mano.

—Ahora, vamos. Tenemos un millón de cosas que hacer antes de la práctica de fútbol de Adrián.



Horas más tarde, después de una avalancha de trabajo, estoy sentada en el carro de Violeta, frotándome la parte baja de la espalda mientras Adrián salta al asiento trasero con su equipo de fútbol.

—¡Feliz cumpleaños, tití Josy! —dice con una sonrisa, sosteniendo una tarjeta que claramente hizo él mismo.

Mi corazón se aprieta al tomar la tarjeta, cubierta de brillitos y stickers, con las palabras "Feliz Cumple, Titi" garabateadas en la portada.

—¡Gracias, Adrián! Es hermosa —digo, lanzándole una sonrisa a Violeta.

Ella me mira con expresión traviesa.

—Espera a ver lo que tenemos planeado.

Suelto una carcajada, negando con la cabeza.

—Cena, ¿verdad? Me muero de hambre.

Pero cuando nos detenemos en la entrada de su casa, noto los autos adicionales alineados afuera y el leve resplandor de globos a través de las ventanas.

—¿Qué está pasando? —pregunto, entrecerrando los ojos hacia Violeta.

Ella sonríe como quien no quiere la cosa.

—Oh, solo un pequeño detalle. Vamos.

—Sabes que no me gustan las sorpresas, Vi.

—Lo sé. Solo actúa sorprendida, por favor —dice con ojos suplicantes.

Suspiro.

—Está bien. Yo te sigo.

Adrián y Violeta caminan hacia la entrada de la casa y los sigo. La amo por esto, y aunque me quejo y actúo como si no quisiera esto, en realidad me encanta.

La puerta se abre de golpe y me golpea un fuerte coro de voces gritando:

—¡Sorpresa!

La sala es un caleidoscopio de globos y decoraciones, con un enorme cartel que dice "¡Feliz Cumpleaños, Josy!" en letras grandes. Me quedo congelada, abrumada por la vista de Austin en la puerta y Noah parado junto a la mesa con el bizcocho, con una sonrisa que podría iluminar todo el pueblo.

Me llevo una mano al pecho, tratando de asimilar la escena.

Después de que todos me saludan y Noah me dice que quería celebrar mi día especial, sonrío. Definitivamente hizo que mi día fuera aún mejor.

La voz fuerte de Esteban interrumpe el momento para anunciar el famoso bizcocho de su mamá, que aparentemente hizo especialmente para mí.

—¡Ni siquiera has visto el bizcocho todavía! Mami lo hizo especial para ti.

Miro hacia la mesa, donde el bizcocho reposa, bellamente decorado con diseños intrincados. El aroma a vainilla y ron flota en el aire, haciéndome la boca agua.

—Nunca has probado un bizcocho puertorriqueño —dice Noah con una sonrisa cómplice—, pero confía en mí, te va a encantar.

Suelto una risa, sintiendo cómo el nudo en mi pecho se afloja mientras lo asimilo todo. Esto es lo que se siente el amor. No solo de Noah, sino de todos los que me rodean. Es abrumador, pero en el mejor de los sentidos.


H
A
Y

—Gracias —susurro, mirando a los rostros sonrientes. Mis ojos vuelven a encontrar los de Noah, y no puedo evitar sonreír. Tal vez Violeta tenga razón. Tal vez solo necesito confiar en él. Y en mí misma.

En la mesa, estamos todos reunidos, disfrutando de pizza y pasta de mi restaurante favorito en el pueblo. Violeta realmente se esmeró. El olor a ajo, queso derretido y salsa marinara llena la habitación, mezclándose con el murmullo de conversaciones y estallidos de risas. Estoy sentada entre Adrián y Noah, y no he podido parar de reír en toda la noche.

Esteban ha sido implacable, molestando a Noah en cada oportunidad. Cada broma parece más ridícula que la anterior, y justo cuando Noah contraataca con una respuesta afilada, Austin interviene, avivando el fuego entre ellos. Su intercambio de bromas llena la sala de energía, y no puedo evitar sonreír mientras los veo ir y venir.

Mientras tanto, Adrián trata de evitar que Max, su pequeño perro, se robe cualquier migaja que caiga de la mesa. La cola del schnauzer se mueve frenéticamente, y sus ojos están fijos en el suelo, listo para abalanzarse sobre cualquier trozo de comida.

—¿Por qué no lo dejas comer? Es un perro, se comerá lo que caiga al piso —digo, sorprendida por la insistencia de Adrián.

Adrián suspira, con un tono exasperado pero paciente.

—Porque si come algo que no sea su comida, le da diarrea. Y no tengo ganas de limpiar un desastre otra vez.

Suelto una carcajada. Pobre Adrián. Se está tomando esta responsabilidad muy en serio.

—Estoy orgullosa de ti, pequeñín —digo—. Has sido muy responsable con Max. Tu mamá no se ha quejado del perro ni una sola vez. Honestamente, pensaba que ibas a rendirte con su cuidado.

Adrián se endereza, hinchando el pecho con orgullo.

—Lo sé. Pero amo a Max. Sabes que quise un perro por mucho tiempo. Así que cuando mami finalmente me dejó tenerlo, me prometí a mí mismo que haría todo por él. Aunque eso signifique limpiar vómito, popó o cualquier otro desastre.

—Eso es maravilloso, cariño —le digo, sonriendo—. Sabes, he estado pensando en adoptar un perro también. Cada vez que estoy cerca de Max, siento esta necesidad abrumadora de tener un perrito.

Los ojos de Adrián se iluminan con emoción.

—¿En serio? ¡Tití Josy, eso sería increíble! Max podría tener un amiguito y podríamos organizar días de juegos con tu perrito. Y si alguna vez estás ocupada, yo podría ayudarte a cuidarlo.

—¿Harías eso? —pregunto, genuinamente conmovida.

—¡Por supuesto! No hay nada que me guste más que el fútbol y los perros. Sería un honor. ¿Sabes qué raza quieres?

Inclino la cabeza, pensativa.

—Estaba pensando en esos perritos salchicha. Son tan adorables.

Adrián sonríe de oreja a oreja.

—¡Sí! Son súper lindos.

Se ríe conmigo y luego, fingiendo estar serio, dice:

—Entonces vas a necesitar un coche doble. Uno para Everly y otro para tu futuro perro. Ya me imagino verte caminando por el pueblo con un coche lleno de bebés, humanos y caninos.

—¿Verdad? Me vería genial —digo, siguiéndole el juego—. Bebé en un lado, perro en el otro. Y cuando la gente se acerque a mirar a Everly, el perro les ladrará para mantenerlos alejados. La protegerá a toda costa.

Estallamos en carcajadas, pero cuando miro a mi lado, noto que Noah se ha quedado en silencio. Su mirada está fija en Adrián y en mí, con una expresión indescifrable que suaviza sus rasgos.

Me inclino hacia él, bajando la voz.

—¿Estás escuchándonos hablar?

Noah imita mi movimiento, reduciendo la distancia entre nosotros.

—Sí. No sabía que querías un perrito.

Me encojo de hombros, sonriendo.

—No quiero uno ahora. No creo que pueda manejar un perrito y una recién nacida yo sola.

—No estarías sola, cariño —dice, su voz baja y cálida—. Yo estaría contigo.

Sus palabras son como un bálsamo, calmando una inquietud que no sabía que llevaba dentro. ¿Está insinuando que quiere vivir conmigo y con Everly? Ni siquiera hemos hablado de nuestra relación desde aquella noche en que nos quedamos dormidos juntos en mi cama.

Sonrío suavemente, con una mezcla de esperanza e incertidumbre en el pecho.

—Hmmm, lo pensaré —digo, manteniendo mi tono ligero.

—Terminemos de comer. Quiero comer bizcocho —anuncia Adrián, su emoción desbordando.

—Yo también —interviene Austin, alcanzando otro pedazo de pizza.

Me río suavemente, pero luego mi mano se mueve instintivamente hacia mi estómago al sentir un aleteo en mi costado. Es leve, pero inconfundible, como una suave ola bajo mi piel. Noah lo nota de inmediato. Sus cejas se fruncen con preocupación mientras se inclina más cerca.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta. Asiento, sonriendo para tranquilizarlo.

—Sí, estoy bien. Es solo que he estado sintiendo un aleteo en mi costado todo el día.

Coloco mi mano en el lugar exacto, y sin dudarlo, Noah pone la suya allí también. Su calor se filtra a través de la tela de mi vestido mientras sus ojos buscan los míos en busca de confirmación. Coloco mi mano sobre la suya, y esperamos. De repente, sucede de nuevo, el suave y milagroso movimiento. Noah jadea, sus ojos se abren de asombro.

—Oh, wow. ¿Everly se está moviendo? —su voz tiembla levemente, llena de asombro.

—¿Lo sentiste? —pregunto, mi voz apenas por encima de un susurro.

—Sí —responde, respirando.

—Lo estoy sintiendo ahora mismo. —Una sonrisa se extiende por su rostro mientras se inclina, acercando sus labios a mi barriga.

—Hola, mi hermosa princesa —murmura suavemente—. ¿Estás despierta?

Como si respondiera a su voz, Everly se mueve de nuevo. El rostro de Noah se ilumina, y sus ojos brillan con lágrimas no derramadas.

—Sí, lo estás. Sigue moviéndote y celebrando el cumpleaños de tu mamá. Te amo, princesa, y no puedo esperar a verte.

Sus palabras son tiernas, llenas de tanto amor que mi pecho se aprieta. Lo miro, mi corazón está rebosante. Lo amo tanto, y verlo conectar con nuestra hija de esta manera es lo más hermoso que he experimentado.

Cuando miro alrededor de la mesa, noto que todos se han quedado en silencio. Todos nos observan. Violeta se seca una solitaria lágrima que resbala por su mejilla, su expresión brillando de felicidad. Esteban y Austin nos observan con sonrisas suaves, inusualmente calladas. Incluso Adrián parece conmovido, su actitud juguetona habitual calmada mientras nos mira. No puedo evitarlo. Mis propias lágrimas se derraman, deslizándose por mis cachetes mientras la emoción me invade.

Noah levanta la vista hacia mí, su rostro tierno mientras extiende su mano para secar suavemente mis lágrimas con su pulgar.

—No llores, amor —dice suavemente, aunque su voz tiene un toque juguetón—. Vas a hacer que yo llore frente a estos tipos. Y si yo lloro, nunca me van a dejar tranquilo.

Me río entre lágrimas, sus palabras rompen la tensión emocional en la habitación.

—Tienes razón. Son solo hormonas —respondo, todavía sonriendo.

—Lo que tú digas —dice Noah, guiñándome un ojo, su mano permaneciendo un momento más en mi mejilla antes de apartarse.

El ambiente alrededor de la mesa cambia nuevamente, la ligereza regresa cuando Violeta aclara su garganta y dice:

—Bueno, ya basta de cosas cursis. ¡Vamos a comer bizcocho!

Todos dicen que sí, y así, el momento se transforma en algo aún más dulce. Pero mientras la conversación retoma y las risas llenan la habitación, miro a Noah. Su mirada se encuentra con la mía, y la conexión entre nosotros se siente irrompible. Los pequeños

movimientos de Everly y las palabras amorosas de Noah me han dejado más segura que nunca: este es el lugar al que pertenezco.

Capítulo Veintisiete

Noah

La casa en la que estamos trabajando hoy huele a aserrín y café, mis dos cosas favoritas en estos días. Bueno, mis segundas favoritas. La risa de Josy ahora encabeza la lista, pero no hay manera de que le admita eso a Esteban. Dirá que estoy completamente domado y se burlará de mí todo el día. Aunque, si soy honesto, definitivamente lo estoy, pero ese no es el punto.

Me siento en el banco de trabajo, bebiendo café de mi termo mientras Esteban entra arrastrando los pies, luciendo como si hubiera peleado doce rounds con un tornado. Su camisa está manchada de aserrín y sudor, y su cabello desafía la gravedad.

—Parece que has tenido una mañana difícil —digo, reprimiendo una sonrisa.

—No tienes idea, hermano —gruñe, dejándose caer sobre un silla —. El hijo de mi vecino ha decidido que será la próxima estrella del rock. Estaba tocando la puta batería a las seis de la mañana. ¿Qué clase de psicópata le compra una batería a su hijo?

Levanto una ceja.

—¿Qué clase de psicópata deja que su hijo practique a las seis de la mañana?

Levanta las manos, exasperado.

—¡Exacto! Y no es solo en las mañanas. También en las tardes. Y en las noches. Te juro que si escucho otra versión desafinada de "Smoke on the Water", voy a perder la cabeza.

Me río, negando con la cabeza.

—Parece que necesitas un descanso.

—No estás equivocado —murmura, masajeándose las sienes—. Pero dime, ¿qué pasa? No me llamaste aquí solo para burlarte de mi miseria.

Dudo por un momento, pasándome una mano por el pelo.

—En realidad, quería hablar sobre tomarnos un descanso. Reducir la carga de trabajo.

Frunce el ceño, su expresión burlona desaparece por un instante.

—¿Reducir el trabajo? ¿Tú? ¿Josy te golpeó en la cabeza con un sartén o qué?

—Muy gracioso —respondo con sequedad—. Hablo en serio. Lo he estado pensando desde hace tiempo. El trabajo se está saliendo de control y, con Everly en camino, quiero estar presente para todo, no atrapado en una construcción.

Esteban se reclina, cruzando los brazos.

—Vaya. Nunca pensé que te escucharía decir eso.

—¿Por qué? —pregunto, entrecerrando los ojos.

Se encoge de hombros.

—Eres como un robot. 'Debo construir. Debo reparar. Debo evitar sentimientos' —dice, imitando a un robot con movimientos rígidos y torpes, en una actuación tan mala que casi me hace reír.

Ruedo mis ojos.

—Gracias por eso. Pero en serio, lo he estado pensando mucho. Y supongo que tú también.

Su sonrisa se tambalea y, por un momento, luce tan cansado como me siento yo.

—Sí —admite—. Estoy funcionando con lo último de mi energía. Entre el exceso de trabajo y el futuro prodigio de la batería, estoy a punto de explotar. Ni siquiera he tenido tiempo de escaparme con una jeva para pasar la noche.

—Entonces hagamos algo al respecto —digo—. Contratemos un gerente. Alguien que se encargue de los proyectos, trate con los clientes y nos permita darnos un break.

—Un gerente. Eso es un gran cambio. ¿Qué pasa si contratamos a otro genio como el del año pasado?

Gimo, recordando aquel desastre.

—Esta vez los evaluaremos mejor. Nada de martillar tornillos.

—O usar un nivel como regla —agrega Esteban con una mueca.

—O dejar marcas de café sobre los planos.

Intercambiamos una mirada, ambos estremeciéndonos al recordar la lista de idiotas con los que hemos trabajado. Luego, Esteban suspira, pasándose una mano por la nuca.

—Está bien, hagámoslo. Pero si terminamos con otro tipo que martilla tornillos, te haré personalmente responsable.

—Trato hecho —digo, sonriendo—. Ahora volvamos al trabajo antes de que empieces a recitar la lista completa de desastres pasados.

—Demasiado tarde —dice con una sonrisa maliciosa—. ¿Recuerdas al tipo que pensó que podía pintar una pared sin encintar los bordes? A pulso, bebé.

Gimo y sacudo la cabeza. Pero cuando volvemos al trabajo, siento un alivio inesperado. La idea de aligerar la carga—y pasar más tiempo con Josy y Everly—hace que todo parezca un poco más fácil.

He estado tan preocupado de no tener suficiente tiempo para mis chicas. El tiempo vuela, y julio llegará antes de que me dé cuenta. No tengo nada listo todavía. Ya estamos a mediados de abril y Josy tiene seis meses de embarazo. Estas últimas semanas hemos pasado casi cada momento libre juntos, conociéndonos de nuevo.

Amo todo de ella; lo bueno, lo complicado, incluso la parte que tiene miedo que sigue luchando por aceptar que lo nuestro es un hecho. No creo que se haya dado cuenta todavía, pero somos una pareja. Puede que no lo haya dicho en voz alta, pero las acciones hablan más fuerte que las palabras. Estamos juntos, lo quiera admitir o no.

Pasamos todo nuestro tiempo juntos, y hasta he pasado noches abrazándola. Esas noches lo son todo para mí. Sentir su piel suave contra la mía me da una paz que no sabía que necesitaba.

No hemos tenido intimidad desde Navidad, y está bien. Le estoy dando todo el tiempo que necesite. Preferiría sufrir la peor tortura a que se sienta presionada por algo para lo que no está lista. Y créeme, han sido los cuatro meses más largos de mi vida.

Tenerla tan cerca, ver cómo crece mi bebé en su vientre, lo hermosa que se ve con esos vestidos que abrazan sus curvas… Me está matando. Pero he sido fuerte. Tengo que serlo. Por mis chicas, haría cualquier cosa.

Mi teléfono vibra y lo saco del bolsillo trasero.

Austin: ¿Nos vemos hoy para darnos unas cervezas?

Esteban: Bro, hoy estoy agotado, pero por ti, lo hago.

Yo: Seguro. ¿Todo bien?

Austin: Sí, solo necesito un rato con ustedes.

Escucho pasos en el pasillo y levanto la vista para ver a Esteban, con el teléfono en la mano, rascándose la nuca.

—Bro —dice en voz baja, como si estuviéramos a punto de descubrir información clasificada—, ¿por qué tengo la sensación de que Austin está por soltar una bomba?

Asiento, sintiendo lo mismo.

—Sí, me parece que sí. Como cuando nos hizo almorzar con él el año pasado solo para decirnos que a Violeta la estaban acosando.

—¡Exacto! Austin críptico nunca es casual. Espero que esta vez sea una buena noticia —dice Esteban, con una mezcla de curiosidad y cautela en el rostro.

—Crucemos los dedos.

Mientras él se dirige a la cocina, saco mi teléfono y abro la conversación con Josy.

Yo: Cariño, voy a reunirme con los chicos en la Taberna esta noche.

Yo: ¿Necesitas algo antes de que vaya?

A los pocos segundos, su respuesta aparece en la pantalla.

Josy: No, estoy bien. Pero sé por qué quiere hablar con ustedes.

Yo: ¿En serio? Dime que quiero saber.

Josy: Nope. Pero no te preocupes, no es nada malo. Ve y diviértete. ¿Vienes a mi casa después o te vas directo a la tuya?

Sonrío, ya sabiendo lo que quiero responder.

Yo: ¿Quieres que vaya a tú casa?

Por favor, di que sí. Por favor, admite que me extrañas tanto como yo te extraño cada maldito día.

Josy: No me molestaría tenerte aquí esta noche.

Mi corazón se acelera. Mis dedos flotan sobre la pantalla, provocándola.

Yo: Cariño, ¿estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Una pausa. Luego:

Josy: …

Yo:¿Qué se supone que signifique eso? ¿Sí, no, tal vez?

Josy: Ven y lo descubrirás.

Yo: Me estás matando, mujer. Pero estaré ahí.

Josy: Bien. Nos vemos luego.

No puedo evitar la sonrisa que se forma en mis labios. ¿A qué se refiere? ¿Será que por fin está lista? ¿Lista para dar ese último paso que hemos estado esquivando?

Dios, espero que sí.



Empujo la pesada puerta de roble de la Taberna, y el familiar aroma a comida frita y cerveza rancia me recibe. Adentro, el lugar está casi vacío, salvo por un par de clientes bebiendo en la barra. Es lunes por la noche—prácticamente una zona muerta para sitios como este.

Austin ya está en nuestra mesa, con una cerveza a medio terminar en la mano. Se inclina hacia atrás en su silla, mirando la mesa como si estuviera a punto de confesarle sus secretos más profundos.

Miro a Esteban, que camina a mi lado. Él me devuelve la mirada y se encoge de hombros.

—Esto es rarísimo —murmura.

Asiento, sintiendo lo mismo. Austin nunca es el primero en llegar. Jamás.

Nos acercamos, el sonido de nuestras botas amortiguado contra la gastada madera del suelo. Me siento en la silla frente a Austin, apoyo los antebrazos sobre la mesa y levanto una ceja.

—A ver, ¿estás bien? —pregunta Esteban sin rodeos.

Austin levanta la vista, su expresión es inescrutable. Da un sorbo a su cerveza y luego la deja sobre la mesa lentamente, como si estuviera ganando tiempo.

—Estoy bien —dice al fin, pero su tono de voz dice lo contrario.

—Mierda —replica Esteban—. Estás sentado aquí con cara de que alguien te robó un perro.

—O la guagua —añado, tratando de aliviar el ambiente.

Austin rueda los ojos, pero no sonríe.

—No es nada malo. Solo necesito hablar con ustedes de algo.

Me reclino en mi silla, cruzando los brazos.

—Si estás tratando de hacernos pensar que te estás muriendo o alguna mierda así, lo estás haciendo muy bien.

Austin gime y se pasa una mano por la cara.

—No me estoy muriendo. Dios, qué dramáticos son.

—Entonces, acaba y habla —dice Esteban, haciendo un gesto con las manos—. No tenemos toda la noche.

Austin duda, tamborileando los dedos contra la botella.

—Violeta está embarazada —dice finalmente, dejando que las palabras salgan de golpe.

Hay un momento de silencio atónito antes de que Esteban suelte una carcajada.

—No jodas. ¿Estás hablando en serio?

—Totalmente en serio —responde Austin, y por primera vez en la noche, su rostro se suaviza.

—¡Cabrón, eso es increíble! —digo, inclinándome para darle una palmada en el hombro—. Felicidades, mi hermano.

Austin sonríe, un poco avergonzado ahora.

—Gracias. No estaba seguro de cómo iban a reaccionar.

—¿Reaccionar a qué? Vas a ser papá —dice Esteban, aún con una sonrisa de oreja a oreja—. Eso es genial.

—Y caótico con cojones —añado, sonriendo.

Austin suelta una risa, dejando atrás la tensión.

—Sí, Violeta ya empezó a hacer listas. Ya saben cómo es.

Me inclino hacia adelante, apoyando los brazos en la mesa.

—¿Sabes qué está brutal? Que nuestros bebés van a tener casi la misma edad.

Austin levanta su cerveza con una sonrisa.

—Amigos desde chiquitos. Como nosotros.

Esteban sonríe y golpea la mesa con la palma.

—¿Saben lo que significa eso? Voy a ser el mejor tío del mundo.

Austin sacude la cabeza.

—Ahora solo quedas tú, hermano. ¿Y qué vas a hacer?

Esteban se recuesta en su silla, con el borde de la boca curvándose en una media sonrisa.

—Creo que voy a buscarme una esposa pronto. No quiero quedarme atrás.

El silencio cae sobre la mesa como un ladrillo. Austin y yo intercambiamos miradas sorprendidas.

—¿Estás hablando en serio? —pregunta Austin, más incrédulo que otra cosa.

—Sí, he estado pensando… —Esteban se detiene, su expresión es más seria de lo normal.

Levanto una ceja, sin poder evitarlo.

—Uh-oh. Nada bueno sale cuando Esteban se pone a pensar.

—Vete al carajo —me dice Esteban sin perder el ritmo, mostrándome el dedo medio—. Pero en serio. He estado dándole vueltas al asunto últimamente. Me encanta mi vida de soltero, pero verlos felices… me da cosa quedarme atrás.

Austin suelta una carcajada y yo me le uno.

—¿Tú? ¿Quedarte atrás? Esa sí que es buena.

—Hablo en serio —insiste Esteban, rodando los ojos pero con una sonrisa en los labios—. No digo que vaya a salir corriendo a pedirle matrimonio a la primera mujer que se me cruce. Pero si aparece la indicada, no voy a decir que no.

Me recuesto en la silla, aún riéndome.

—Diache, jamás pensé que escucharía esas palabras de ti. ¿La indicada, eh?

—Oye, no pongas esa cara —responde Esteban, apuntándome con un dedo—. No soy un caso perdido.

Austin alza su cerveza otra vez, con expresión divertida.

—Está bien, te vamos a creer. Pero no vengas llorando cuando tu bebé te cubra de vómito y estés meses sin poder dormir.

—Por favor. Yo sería el papá más cabrón del mundo —declara Esteban con una sonrisa confiada.

—Más te vale encontrar a alguien que esté de acuerdo con esa evaluación —bromeo, ganándome otro dedo medio de su parte.

Todos reímos, la tensión de antes completamente disipada.

Por más caos que traigamos a nuestras vidas, momentos como este me recuerdan por qué no cambiaría a estos tipos por nada.

Capítulo Veintiocho

Josy

El suave tic-tac del reloj de la sala llena el silencio a mi alrededor mientras miro mi teléfono por lo que siento que es la centésima vez. Noah me envió un mensaje hace una hora diciendo que saldría pronto de la Taberna. Mi corazón se acelera al pensar en él cruzando esa puerta, llenando la habitación con su presencia, como siempre lo hace.

Hoy ha sido un torbellino de emociones. Mis pensamientos siguen regresando a las palabras de Violeta, a su sonrisa radiante cuando me dio la noticia.

—Estoy embarazada —dijo, y por un segundo, el mundo dejó de girar.

Violeta. Mi mejor amiga. Nuestros bebés van a crecer juntos.

La alegría que burbujea en mi pecho es casi imposible de contener. He estado reviviendo el momento todo el día, cada detalle grabado en mi memoria: la emoción en su voz, las lágrimas en sus ojos, la forma en que me abrazó como si fuéramos las únicas dos personas en el mundo.

Pero no es solo la noticia de Violeta lo que me tiene inquieta esta noche.

Hoy tuve una de las conversaciones más importantes de mi vida con mi terapeuta, la Dra. Bennett. Por primera vez, dije en voz alta las palabras que he tenido demasiado miedo de admitir, incluso para mí misma.

—Lo amo —le dije—. Siempre lo he amado. Y creo que estoy lista.

La sonrisa cálida y las bellas palabras de la Dra. Bennett aún resuenan en mi mente.

—Está bien sentir miedo, Josy. Pero parece que ya tomaste una decisión. Dar un salto de fe no significa no tener miedo. Se trata de confiar en que la persona hacia la que saltas te atrapará.

Sé que tiene razón. Noah me atrapará. Siempre lo ha hecho, incluso cuando yo no estaba segura de quererlo.

Mis dedos recorren distraídamente el borde del cojín del sofá mientras pienso en todo lo que quiero decirle esta noche. Estoy lista para dejar atrás mis dudas y dejar de permitir que el miedo me aleje de la felicidad que sé que me espera. Estoy lista para decirle la verdad a Noah, no solo sobre lo que siento ahora, sino sobre lo que siempre he sentido.

He estado enamorada de Noah desde que tengo memoria. Incluso cuando intenté convencerme de lo contrario. Incluso cuando lo alejé, pensando que era lo mejor. En el fondo, siempre lo he sabido.

Y esta noche, voy a decírselo.

He imaginado este momento tantas veces, pero ahora que está aquí, siento una mezcla de nerviosa anticipación y serena certeza. En tres meses y medio, nuestra hija estará aquí. Se merece nacer en un mundo donde sus padres estén juntos.

Un golpe en la puerta me saca de mis pensamientos. Mi corazón da un salto mientras me pongo de pie, alisando mi vestido con las manos.

—Prepárate, Everly. Mamá va a tener una conversación seria con papá —digo, acariciando mi vientre mientras camino hacia la puerta.

Cuando la abro, Noah está ahí, luciendo un poco cansado pero innegablemente guapo. Incluso así—especialmente así—este hombre hace que mi interior se retuerza de la mejor manera posible. ¿Cómo es posible que alguien sea tan irresistible sin siquiera intentarlo?

—Hola, preciosa —dice, inclinándose para besar mi mejilla, su voz tan suave y envolvente como la brisa nocturna.

—Hola —murmuro, más suave de lo que pretendo.

Su mirada se posa en mí, con un destello de curiosidad en sus ojos.

—¿Estás bien? Te ves… diferente.

Sonrío, sintiendo cómo mi pecho se hincha de emoción.

—Estoy más que bien. Pero necesito hablar contigo.

Él entra, quitándose las botas junto a la puerta.

—Okay. ¿De qué quieres hablar?

Respiro hondo, con los dedos temblando ligeramente mientras busco su mano. Pero antes de que pueda decir una palabra, Noah mueve la cabeza, frunciendo el ceño.

—Espera… ¿Sabías que Violeta está embarazada y no me lo dijiste?

Una risa burbujea en mi pecho y sacudo la cabeza.

—¡Fue una sorpresa! No quería arruinarle el momento a Austin.

—Podrías haberme dado una pista —responde, con una mezcla de exasperación fingida y diversión genuina—. Esteban y yo pasamos el día pensando lo peor. Austin fue demasiado críptico en sus mensajes.

Presiono los labios para contener la risa, pero fallo miserablemente.

—Tienes razón, probablemente debería haberlo hecho. Pero tendrías que haber visto a Violeta, estaba tan emocionada de que Austin se los dijera él mismo. Valió la pena, ¿no?

Me lanza una mirada antes de suspirar, una pequeña sonrisa asomando en la comisura de sus labios.

—Sí, lo fue. Pero aun así, un aviso no habría estado de más.

Suelto una carcajada, imaginando las reacciones exageradas de Esteban.

—Bueno, ahora ya lo sabes. Vas a ser tío otra vez. Es una gran noticia, ¿no crees?

Su mirada se suaviza y aprieta suavemente mi mano.

—Sí, lo es. Pero no creas que esto te libra del todo. La próxima vez, espero una advertencia si Austin empieza a actuar misterioso otra vez.

—Trato hecho —le digo, sonriéndole.

El momento se alarga entre nosotros, cargado de anticipación mientras caminamos hacia la sala. Noah me observa con curiosidad, su ceño ligeramente fruncido. Nos sentamos en el sofá, la luz tenue de la televisión proyectando sombras suaves en la habitación. Jugueteo con el borde de mi vestido, sintiendo mi pulso latiendo con fuerza en los oídos.

—Pues…—empiezo, tomando aire profundamente—. He estado pensando mucho.

—Me estás asustando, cariño —dice Noah, con una sonrisa nerviosa que no alcanza sus ojos.

—Hay algo que necesito confesarte.

—Está bien —su voz es firme, pero su mirada se agudiza con curiosidad.

—Hace meses me preguntaste por qué desaparecí de tu vida sin decir nada.

—Sí, lo recuerdo. Ya me lo dijiste.

—No te dije toda la verdad —admito, con un nudo en la garganta.

—¿Y cuál es la otra mitad?

Bajo la mirada hacia mis manos, preparándome.

—Ese día en la taberna, yo iba con la intención de besarte. No tenía las palabras para decirte que estaba locamente enamorada de ti. Así que pensé que si simplemente te besaba, lo entenderías. Habíamos estado hablando por teléfono durante tanto tiempo, y siempre estabas coqueteando, así que pensé que sentías lo mismo.

Los ojos de Noah se abren con sorpresa, una chispa de comprensión cruzando su rostro.

—Oh, ahora lo entiendo…

Levanto un dedo y lo presiono suavemente contra sus labios, silenciándolo.

—Déjame terminar.

Él asiente, sus labios rozando la punta de mi dedo cuando lo retiro.

—Cuando llegué a la taberna —continúo, con la voz temblorosa —, te vi con esa chica. Era hermosa, recuerdo todo sobre ella. Era mi opuesto en todos los sentidos. Y tú estabas sobre ella,

abrazándola, besándola. No podía creerlo. Me quedé en shock. Luego te escuché decir que yo era tu amiga, que me veías como una hermana, y eso me destrozó.

Mi voz se quiebra, las lágrimas que he estado conteniendo amenazando con desbordarse.

—Imagínate estar allí, viendo al amor de tu vida besando y tocando a otra persona. No lo soporté. Me fui y me dije a mí misma que no quería volver a verte nunca más.

Las lágrimas comienzan a caer sin control. Me las limpio con furia, pero Noah se inclina hacia adelante y, con sus manos grandes y ásperas, las seca con delicadeza. Su toque es tierno, su expresión cruda, llena de emoción.

Cuando finalmente me atrevo a mirarlo, veo lágrimas en sus ojos también.

—Mi amor —susurra, su voz quebrándose—. No tienes idea de cuánto lo siento.

—Lo sé —respondo suavemente, con el pecho agitado por el peso de mi confesión—. No fue tu culpa. Nunca me prometiste nada. Todo estaba en mi cabeza. Pero necesito que sepas que siempre he estado enamorada de ti. Desde noveno grado, cuando te vi en el pasillo caminando con Austin y Esteban. Siempre has sido tú. Incluso cuando saliste con mis amigas y yo me moría de celos, siempre fuiste tú.

—Oh, cariño —murmura Noah. En un solo movimiento, me jala hacia su falda, sosteniéndome como si fuera algo precioso. Suavemente, aparta mis rizos de mi rostro, acomodándolos detrás de mi oreja, sus dedos rozando mi piel con dulzura.

—Josselyn, necesito que me escuches. ¿Puedes hacerlo?

Esto es demasiado serio; acaba de decir mi nombre completo, algo que nunca pasa. Nadie me llama Josselyn, pero asiento, secando sus lágrimas al mismo tiempo que él seca las mías.

—Para mí, siempre has sido tú —dice, su voz firme y llena de convicción—. Te coqueteé y te hablé todos los días porque supe desde el principio que eras tú. Pero pensé que no me veías de la misma manera. Eras esta chica preciosa, perfecta, y no creí que tuviera una oportunidad contigo.

Mis pulmones olvidan cómo respirar, y mi corazón se aprieta dolorosamente al escucharlo.

—Así que me acosté con otras —continúa, su voz cargada de arrepentimiento—. Siempre con mujeres que eran lo opuesto a ti. Sé que no es una excusa, pero es mi verdad. Cuando me ignoraste por completo, pensé que era una señal de que debía dejarte ir. Intenté con todas mis fuerzas hablar contigo, pero me cerraste la puerta en la cara. Si pudiera volver atrás, lo haría. Si aquella noche me hubieras dado ese beso, habría muerto en el acto. No sabes cuántas veces imaginé besarte.

Toma una respiración temblorosa, sus manos aferrándose a mi cintura como si necesitara anclarse.

—Pasé los siguientes diez años lamentando no haberte dicho lo que sentía. Cuando el año pasado volví a estar cerca de ti, decidí que ya era suficiente. Te quería, y no iba a dejar que me ignoraras otra vez. Así que ideé un plan para molestarte, porque era la única manera de hacerte hablar conmigo. Y funcionó.

Suelto una risa suave entre lágrimas y rodeo su cuello con mis brazos.

—Funcionó. Eres imposible de ignorar.

Noah sonríe, presionando su frente contra la mía.

—Nunca más voy a dejarte ir, preciosa. Ni ahora ni nunca.

Su frente sigue pegada a la mía, su aliento acariciando mis labios. El momento se siente frágil y, a la vez, tan poderoso que parece que el mundo se reduce solo a nosotros dos. Se mueve apenas, su mano rozando mi mejilla con suavidad, su pulgar barriendo los restos de mis lágrimas.

Se inclina, sus labios a un susurro de los míos.

—Te amo, Josselyn —dice suavemente, su voz cargada de certeza inquebrantable—. Siempre te he amado y quiero pasar el resto de mi vida amándote a ti y a nuestra Everly.

Antes de que pueda responder, sus labios reclaman los míos en un beso tan intenso que me roba el aliento. No es solo un beso: es todo. Es una promesa, una declaración, la culminación de años de anhelo y palabras no dichas.

El mundo se tambalea bajo mis pies, como si todo lo que creía conocer se hubiera desvanecido, dejándome suspendida en una felicidad que jamás imaginé posible. Me pierdo en el momento, en él. Sus brazos me envuelven, aferrándome con fuerza, y mis manos se hunden en su pelo, acercándolo aún más.

Nos besamos como si estuviéramos hambrientos, como si hubiéramos esperado toda una vida para esto. Sus labios se mueven contra los míos, tiernos pero exigentes, vertiendo todo lo que siente en este único acto. Y yo le respondo con la misma intensidad, la misma necesidad, la misma urgencia.

Después de lo que parece una eternidad y al mismo tiempo un instante, me separo apenas lo suficiente para susurrar:

—Yo también te amo, Noah. Con todo mi corazón.

Sus ojos se aferran a los míos, y la emoción en ellos hace que mi corazón se hinche. Vuelve a presionar su frente contra la mía y murmura con voz apenas audible:

—No tienes idea de lo feliz que me haces, cariño.

Las lágrimas vuelven a llenar mis ojos, pero esta vez, son de pura alegría. En este momento, todo es perfecto, como si fuera parte del destino que estuviéramos juntos.

Capítulo Veintinueve

Noah

Este es el momento que he esperado por tanto tiempo. No puedo creer que, después de todo este tiempo, Josy finalmente va a ser completamente mía. Mía para cuidar, para atesorar, para amar, y para pasar el resto de mi vida asegurándome de que siempre se sienta feliz.

Mientras la sostengo cerca, sintiendo su calor contra el mío, me doy cuenta de cuánto había deseado esto. Nunca pensé que nos tomaría tanto tiempo llegar aquí, pero estoy agradecido de que, al fin, esté en mis brazos.

Exhalo temblorosamente, pasando mi mano por sus rizos mientras la acerco aún más. ¿Cómo pude pensar alguna vez que estaría bien sin ella? Fui un idiota, demasiado ciego para ver lo que tenía justo frente a mí.

El recuerdo de aquella noche en la Taberna parpadea en mi mente, y la culpa me aprieta el pecho. Fui tan estúpido, estaba tan atrapado en mis propias inseguridades, pensando que ella nunca podría sentir lo mismo por mí. ¿Y mis acciones? Dios, cuánto debieron haberle dolido.

En mi defensa, era joven y no sabía cómo comportarme como un hombre. Pero ahora… ahora lo sé. Ahora sé exactamente lo que quiero, y es esto: ella, nosotros, nuestra familia.

Me inclino hacia atrás apenas lo suficiente para ver su hermosa cara. Sus ojos brillan con emoción, sus cachetes están sonrojadas,

sus labios hinchados por nuestros besos. Está más hermosa que nunca, y lo mejor de todo es que finalmente es mía.

—Josy yo te prometo —susurro, con la voz firme y segura—, que voy a pasar cada día por el resto de mi vida demostrándote cuánto te amo. Nunca volverás a dudarlo.

Su sonrisa es radiante, y cuando vuelve a presionar sus labios contra los míos, sé que esto es todo lo que siempre he querido.

La beso de nuevo, pero esta vez vierto en el beso todo mi amor. Cada gota de deseo, cada palabra no dicha, cada momento que he reprimido, lo dejo fluir en este beso. Quiero que sienta todo lo que he estado guardando dentro.

Josy se relaja en mis brazos, su cuerpo encajando perfectamente con el mío mientras se sienta en mi falda. Mi lengua juega con la suya, profundizando el beso hasta dejarnos sin aliento. La conexión entre nosotros se enciende, una ráfaga de calor y necesidad explotando como una chispa en un barril de gasolina.

Mis manos se mueven instintivamente, deslizándose por su espalda y delineando la curva de su cintura. A medida que el beso se vuelve más intenso, dejo que mis dedos toquen más allá, colándose bajo la orilla de su vestido. Lentamente, lo subo, saboreando cada segundo mientras la tela se amontona en mis manos.

Cuando el vestido finalmente cae al suelo junto al sofá, me inclino hacia atrás apenas lo suficiente para mirarla, y la imagen me deja sin aliento.

Josy está sentada sobre mí, su piel morena resplandeciendo bajo la tenue luz de la sala. Su sencillo sostén y panties se ajustan a su cuerpo en todos los lugares correctos, y su cabello está alborotado por mis caricias. Sus labios están hinchados, ligeramente entreabiertos mientras respira con dificultad, y su vientre redondeado presiona suavemente contra mí.

Extiendo la mano, cubriendo su barriga con mi palma.

—Te ves hermosa —murmuro, con la voz ronca llena de emoción.

Su mirada se encuentra con la mía, llena de amor y vulnerabilidad. Mi mano se demora en su vientre, acariciándolo con suavidad antes de deslizarse hacia arriba. Mis dedos recorren sus

pechos que ahora están más llenos, apreciando cada cambio en su cuerpo.

—Eres exquisita —susurro, sujetándola por la cintura para estabilizarla sobre mi falda. Sus brazos se envuelven alrededor de mis hombros, acercándome aún más mientras sus labios buscan los míos de nuevo.

Esta mujer, esta increíble, fuerte y hermosa mujer, es todo lo que siempre he querido.

—Te necesito —digo, mientras quito el sostén lentamente.

Me inclino y atrapo uno de sus picos sensibles entre mis labios mientras acaricio el otro con mis dedos. Josy gime sobre mí, y siento que jamás será suficiente. Siempre voy a querer más. Sus curvas han cambiado, volviéndose más pronunciadas, y cada reacción suya me tiene fascinado. Con cada caricia y beso, su cuerpo tiembla, y me encanta.

Voy dejando un rastro de besos desde su pecho hasta su cuello, saboreando cada una de sus respiraciones entrecortadas. Cuando alcanzo la curva donde su cuello se encuentra con su hombro, mi deseo por ella se intensifica. Si no me detengo, se lo voy a meter aquí mismo, en el sofá.

—Por mucho que disfruto lo que estamos haciendo —murmuro contra su oído—, necesito estar dentro de ti, y quiero hacerlo en una cama.

—Entonces, llévame a la cama —susurra Josy.

—No tienes que decírmelo dos veces, cariño.

Deslizo una mano en su cabello y con la otra la sostengo firmemente antes de ponerme en marcha hacia su habitación. No es fácil, su vientre hace que el movimiento sea más complicado, y mi prioridad es no lastimarla ni a ella ni a la bebé. Pero finalmente llegamos, sanos y salvos.

Con cuidado, la recuesto sobre la cama y me inclino sobre ella, reanudando nuestros besos. Bajo por su cuello, dejando un sendero de caricias. Me detengo en su pecho, besando uno mientras juego suavemente con el otro. Su espalda se arquea, ofreciéndome más de sus hermosas tetas.

Cuando termino de adorar cada una de sus tetas, sigo mi camino, retirando lentamente sus panties mientras acaricio sus piernas. Se estremece con cada roce, su cuerpo anticipando lo que vendrá. Dejo besos en el interior de sus muslos, disfrutando de cada reacción que provoca en ella. Su cuerpo se tensa, su respiración se entrecorta, y el deseo en sus ojos me enciende aún más. Sigo besando cada uno de sus muslos hasta acercarme a su vagina, y entonces la beso. Al principio lo hago suavemente, saboreando su sabor y haciéndola gemir más fuerte cada vez que paso mi lengua por su clítoris.

Lamo, chupo y rodeo su clítoris, arrancándole placer. Los dedos de Josy se mueven hacia mi pelo, deslizando sus uñas contra mi cuero cabelludo. Su rudeza me pone más duro y no veo la hora de metérselo. Ahora soy un hombre con una misión y mi misión es hacer que mi mujer se venga antes de que yo entre en su cuerpo. Chupo más fuerte mientras le introduzco dos dedos.

—¡Oh, Dios! —exclama Josy arqueando la espalda y contrayéndose alrededor de mis dedos. Me encanta cómo responde a mis caricias, así que lo hago una y otra vez. Siento cómo sigue contrayéndose alrededor de mis dedos mientras los meto y los saco y no me detengo.

—Vamos, cariño. Llénname la cara y los dedos con tus jugos —gruño.

Continuo con más fuerza y Josy detona en mi cara. No me canso de lamer sus jugos. Miro hacia arriba y la veo revolcarse de un lado a otro. La visión me hace sonreír porque se vé preciosa mientras alcanza su clímax y me muero de ganas de hacerla venir una y otra vez. Su expresión está llena de éxtasis y desenfreno. Sus gritos avivan mi deseo y mi desesperación por estar con ella. Estar dentro de ella. Cuando Josy se viene, dejo de lamerla y saco lentamente los dedos de su vagina.

Mirándola directamente a los ojos, lamo cada uno de mis dedos. —Delicioso —le digo guiñándole un ojo. Me paro frente a ella y empiezo a quitarme la camisa y los pantalones, dándole a Josy unos minutos para recuperarse. Verla en la cama, con las piernas abiertas

y esperándome me pone salvaje. Me acaricio el bicho mientras la admiro.

—Estoy tan desesperado por estar dentro de ti, cariño. ¿Estás lista? —Le pregunto mientras me arrodillo entre sus piernas sin dejar de acariciarme.

—Sí. Dentro de mí. Ahora—susurra ella con un tono suplicante—. Quiero sentirte.

La emoción en su voz me llena de satisfacción. Me inclino sobre ella, alineándonos perfectamente, y la beso con toda la ternura y la pasión que he contenido por tanto tiempo. Quiero que sienta cuánto la amo, cuánto la he esperado. Sus manos recorren mi espalda. Su tacto me produce escalofríos y no puedo soportarlo más.

—Cariño, me estás volviendo loco y no quiero hacerte daño. Hace demasiado tiempo que no te tengo. ¿Estás segura de que estás lista?

—Sí. Métemelo, por favor.

—¿Estás rogando por mi bicho?

—Sí.

—Eso es lo que me encanta oír—. La penetro con fuerza. Josy jadea mientras toma cada centímetro de mi bicho como si estuviera hecha para mí. No me muevo, dejo que se adapte a mi tamaño. Su chocho está tan apretado que si me muevo, me voy a venir en segundos. Así que la beso como si mi vida dependiera de ello antes de empezar a moverme lentamente. Dentro y fuera, a mi ritmo y dejando que se adapte.

—Estás muy rica. Apretada. Perfecta. Puñeta estás hecha para mí. ¿Puedo dejar de metértelo suave y empezar a metértelo duro? —Le pregunto después de unos minutos de este ritmo tortuosamente lento. Mi control pende de un hilo.

—Sí. No quiero que seas cuidadoso. Hazme tuya como si no pudieras tener suficiente de mí.

Sus palabras me incendian, y en cuanto me hundo en ella, el placer es instantáneo. No puedo detenerme.

—¿Así?

—Justo así.

Gracias a Dios, porque ahora que he empezado, no creo que pueda parar.

La beso con fuerza mientras me retiro, solo para volver a moverme con un ritmo profundo e intenso que me deja sin aliento.

—Nunca voy a tener suficiente de ti —murmuro entre besos, devorando cada gemido que escapa de sus labios.

Josy se aferra a mí, su cuerpo moviéndose al compás del mío, su mirada salvaje y perdida en el placer. Verla así me hace perder el control por completo. Cada empuje aviva el fuego en mi interior, acercándonos a ese punto de no retorno. Quiero que sienta cada parte de mí, que sepa que ya no hay vuelta atrás. Es mía, y lo será por el resto de nuestras vidas. Me encargaré de que nunca lo dude.

Aumentando el ritmo, murmuro contra su piel:

—Estás ahí, lo siento. Cada músculo tenso, cada respiración entrecortada. Quiero que te vengas, cariño. Ahora.

Acompaño mis movimientos con caricias en su clítoris, provocando en ella una reacción inmediata. Su cuerpo se estremece, su espalda se arquea, y un grito ahogado llena la habitación mientras se rinde al placer.

—Eso es, cariño —susurro, sin dejar de adorar cada respuesta de su cuerpo.

Sus ojos se cierran, su cabeza cae hacia atrás, y la sensación de estar completamente envuelto en ella me arrastra con fuerza. Un rugido escapa de mi garganta cuando la sigo al clímax, aferrándome a ella mientras el placer nos consume.

Quedo a su lado, respirando con dificultad, mis ojos fijos en los suyos.

—¿Estás bien? ¿No te hice daño?

Josy sonríe, con el rostro relajado y la mirada brillante.

—Estoy más que bien. Perfectamente bien.

Muevo un rizo sudoroso de su cara y sonrío.

—Que bueno. Porque todavía no he terminado contigo.

Capítulo Treinta

Josy

Estoy acostada en la cama, mi pecho subiendo y bajando rápidamente mientras intento recuperar el aliento. Mi mente da vueltas, mi cuerpo aún vibrando por lo que Noah acaba de hacerme. ¿Cómo pasé tantos años sin saber que esta clase de pasión existía? Me lo he estado perdiendo, y ahora no puedo imaginar vivir sin esto.

Esto no es solo sobre el placer físico, aunque, Dios, eso fue increíble. Es la conexión, la forma en que Noah me hace sentir como si fuera la única persona en su mundo. Nunca había experimentado algo tan intenso, tan absorbente. Se siente como estar en las nubes, y quiero quedarme aquí para siempre, envuelta en esta sensación.

Me giro de lado, apoyando la cabeza con una mano para verlo mejor. Está acostado junto a mí, su amplio pecho subiendo y bajando mientras recupera el aliento. Una fina capa de sudor brilla en su piel, resaltando cada línea definida de su cuerpo. La luz tenue lo ilumina de una forma que lo hace ver aún más atractivo, como si eso fuera posible.

Extiendo la mano y deslizo un dedo por su brazo, maravillándome con la fuerza que yace bajo su piel. Él me mira y sus labios se curvan en esa sonrisa hermosa que hace que mi corazón dé un salto. Sus ojos son suaves, llenos de tanto amor.

—¿Qué? —pregunta con voz ronca.

Niego con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras para explicar lo que siento. ¿Cómo le digo que acaba de poner mi mundo de cabeza de la mejor manera posible? Que nunca me había sentido

tan viva, tan deseada, tan… amada. En lugar de hablar, me inclino y dejo un suave beso en su hombro, dejando que mis acciones hablen por mí.

Él ríe suavemente, el sonido recorriéndome como un abrazo cálido.

—Tomaré eso como un cumplido.

Suelto una risa ligera, sintiéndome más liviana de lo que me he sentido en años.

—Deberías. Me has arruinado, ¿sabes? Nada se comparará con esto.

Su sonrisa vacila por un momento, reemplazada por algo más profundo, más serio. Lleva una mano a mi rostro y aparta un mechón suelto de cabello detrás de mi oreja.

—Que bueno. Porque no quiero que compares. Solo quiero que seamos nosotros, y no vas a estar con nadie más en lo que te queda de vida. Tú eres mía y nadie más va a tener este cuerpo o tú corazón.

Mi respiración se queda atrapada en mi pecho y, por un instante, todo lo que puedo hacer es mirarlo. Noah tiene esta forma de hacerme sentir… todo. Sonrío, mi corazón hinchándose con una mezcla de emociones que amenazan con abrumarme.

—Soy tuya… solo si tú eres mío —susurro, con la intención de cumplir esa promesa.

—Cariño, he sido tuyo desde hace mucho tiempo, y nada cambiará eso. Tú, Everly y yo seremos una familia, y haré todo lo posible para hacerlas felices a las dos —dice Noah mientras coloca su mano sobre mi vientre.

Justo en ese momento, Everly da una patada fuerte. Noah y yo reímos.

—Le gusta la idea —le digo.

—A ella le gusta. La pregunta más importante es… ¿a ti te gusta?

—Me encanta —respondo, acercándome para besarlo.

Este beso es lento, profundo. Cuando me separo, lo observo con detenimiento. Acaricio su cara, recorriendo sus ojos, la curva de su nariz, sus labios llenos, su áspera barba.

—Vamos a ducharnos.

Noah besa mis dedos y se levanta de la cama. Lo sigo hasta el baño, admirando su cuerpo. Su espalda es pura definición, cada músculo marcado, y sus nalgas son… perfectas. Sus piernas son fuertes y poderosas, como las de un dios griego. No entiendo cómo puede verse así desde atrás. Y ni hablemos del frente… el frente es todavía más impresionante de lo que jamás imaginé.

Al llegar al baño, Noah abre el grifo de agua y se gira hacia mí.

—Ven.

Camino hacia él y sonrío al entrar en la ducha. Noah me sigue y me coloco bajo el chorro de agua caliente. Cierro los ojos, disfrutando de la sensación de cómo el agua recorre mi piel, hasta que siento las manos de Noah deslizándose por mi cuerpo.

Abro los ojos y lo encuentro observando con atención los lugares que acaricia. Sus manos están cubiertas de jabón, y yo disfruto cada momento. Su toque es lento, íntimo, y aunque hace apenas unos minutos nos entregamos el uno al otro, siento cómo la necesidad de estar con él vuelve a despertarse en mí. Me quedo quieta, dejándolo hacer todo el trabajo, completamente cautivada por su atención.

Después de unos segundos de silencio, siento su aliento cálido en mi oído derecho.

—Eres tan increíblemente hermosa —murmura Noah.

Abro los ojos y lo miro. Su mirada está cargada de deseo.

—Gracias —susurro, mi voz apenas audible sobre el sonido del agua.

Noah sigue tocándome con sus manos, y yo me pierdo en la sensación. Su tacto despierta algo dentro de mí, algo que me hace quererlo de nuevo, aunque no estoy segura de que mi cuerpo pueda seguirle el ritmo. Fue un milagro que lograra llegar al clímax dos veces en tan poco tiempo. No sé si pueda una vez más, pero si sigue tocándome así, estaré más que dispuesta a intentarlo.

Decido devolverle el gesto, tomo un poco de jabón y comienzo a pasarlo por su piel. Es divertido recorrer con mis manos su cuerpo firme, marcado, disfrutar de cada línea y cada curva. Estoy completamente absorta en explorarlo cuando noto cuánto le gusta.

—¿Otra vez? —le pregunto con una sonrisa traviesa.

—Me vuelves insaciable, Josy. Nunca será suficiente. Ahora que eres mía, no creo que pueda dejar de desearte. Aprovecharé cada oportunidad para hacerte el amor y escuchar tu voz suspirando mi nombre una y otra vez.

Sus palabras me arrancan una sonrisa.

—Entonces supongo que está bien que me sienta igual contigo.

—Es más que perfecto, cariño —murmura Noah, su voz baja y llena de promesas antes de inclinarse a besarme.

El beso es profundo, ardiente, y me deja sin aliento. Mis manos se enredan en su cabello, tirando de él con desesperación, acercándolo aún más. Me arrastra con él hasta la pared, y un jadeo se escapa de mis labios cuando mi espalda toca el azulejo frío. El contraste de su calor contra la superficie helada me hace estremecer, pero no me importa. Me presiono contra él, respondiendo a su toque con la misma intensidad.

Cuando me gira, sus labios rozan mi oído en un susurro.

—Quiero perderme en ti otra vez —murmura, su voz cargada de deseo.

—Sí —respondo, mi voz temblando con anticipación.

Su boca recorre mi piel mientras me sostiene con fuerza. Mi respiración se entrecorta cuando me toma entre sus brazos, y el mundo a nuestro alrededor desaparece.

Cuando me da la vuelta, sus labios rozan mi oído mientras susurra:

—Quiero metértelo mientras estás de espalda. Quiero ver cómo se mueve este culo mientras coges mi bicho.

Con un rápido movimiento, me penetra y me llena por completo. Grito, abrumada por la intensidad de su movimiento, cada vez más fuerte y profundo que el anterior. El ángulo me vuelve loca y siento cada centímetro de él.

—Te quiero de todas las maneras —gruñe, agarrándome las caderas con las manos.

—Contra la pared, encima de mí hasta que ninguno de los dos pueda respirar. Porque sé que nunca será suficiente.

Sus palabras encienden algo primitivo dentro de mí. La tensión me aprieta y siento que me está llevando hacia el límite. Las

estrellas estallan detrás de mis ojos y mi cuerpo se quiebra bajo la fuerza de mi clímax. El placer es tan intenso que me deja sin aliento y me estremezco entre sus brazos.

Noah no se detiene, sigue marcando el ritmo hasta que un gemido ahogado escapa de sus labios, y lo siento rendirse junto conmigo. Apoya la frente en mi hombro, su respiración cálida y agitada contra mi piel.

Poco a poco, se aparta lo suficiente y me gira para que lo mire . Sus labios dejan besos suaves a lo largo de mi cuello y mi mandíbula, un contraste dulce después de tanta intensidad.

—Cada momento contigo es mejor que el anterior —dice con asombro—. ¿Cómo es posible? Eres perfecta para mí.

Sus palabras me hacen sonreír, una calidez dulce expandiéndose en mi pecho.

—Yo siento lo mismo —susurro, rozando mis labios con los suyos.

—Perfecto —su tono es ahora juguetón—, porque aún no he terminado contigo. Pero primero, déjame limpiarte.

Me atiende con paciencia, su toque es tierno y pausado, y yo hago lo mismo con él. Cuando por fin terminamos, nos metemos bajo las sábanas, y Noah me envuelve entre sus brazos. Su cuerpo es cálido, fuerte, el refugio perfecto.

—Te amo —susurra, su voz suave.

—Yo también te amo —respondo, sintiéndome completa.

Mientras me dejo llevar por el sueño, su presencia me envuelve, y sé que este es exactamente el lugar donde pertenezco.

Capítulo Treinta Y Uno

Noah

—Cabrón, ¿por qué sonríes así? Pareces un loco. —Esteban entra al baño que estoy demoliendo.

Me detengo a mitad de un golpe, bajando el martillo antes de girarme hacia mi mejor amigo. Se apoya en el marco de la puerta, con una ceja levantada y su típica sonrisa burlona en el rostro. No se suponía que estuviera aquí hoy—mencionó algo sobre ponerse al día con el papeleo en la oficina—, así que verlo ahora me toma por sorpresa.

—Me alegra verte también —digo, sonriendo.

Esteban entrecierra los ojos y cruza los brazos.

—Nah, esto no es normal. Sonríes como si hubieras ganado la lotería o algo parecido. Dime que pasó.

Niego con la cabeza, pero no hay manera de ocultarlo. He estado en las nubes desde que desperté esta mañana con Josy en mis brazos. La noche fue increíble. Más que increíble. Fue un antes y un después. Nunca me había sentido tan cerca de alguien, tan completamente conectado.

—Digamos que estoy teniendo un buen día —respondo, volviendo a la demolición, pero la sonrisa no se me borra de la cara.

Esteban no se lo cree.

—¿Un buen día? Estás sonriendo como un idiota mientras destruyes un baño. O te golpeaste la cabeza, o pasó algo. Y yo apuesto lo que sea que es por lo segundo.

Suelto un suspiro y finalmente dejo el martillo a un lado. No tiene sentido tratar de esquivar su curiosidad; es como un perro con un hueso.

—Está bien —digo, apoyándome en el mueble del lavabo—. Solo... estoy feliz. Las cosas por fin están tomando forma.

La sonrisa de Esteban se ensancha.

—Ah, ya entendí. Esto es por Josy, ¿verdad?

El simple hecho de escuchar su nombre hace que el pecho se me apriete de una forma difícil de explicar. Asiento, sin poder ocultar la estúpida sonrisa que seguramente sigue en mi cara.

—Lo sabía —dice, frotándose las manos—. ¡Por fin lograste que este contigo! Te tomó un cojón de tiempo, cabrón.

Suelto una carcajada, negando con la cabeza.

—Sí, finalmente hablamos. Anoche fue... todo lo que siempre esperé.

Esteban silba, impresionado.

—Con razón andas caminando como si hubieras descubierto el sentido de la vida. Me alegro por ti, mi hermano.

—Es que ella lo es todo. Nunca me había sentido así, y ahora que por fin estamos juntos, no quiero perderla.

Por una vez, la sonrisa de Esteban es genuina.

—Eso es lo que me gusta escuchar. Entonces, ¿qué sigue? ¿Piensas pedirle matrimonio antes o después de que llegue Everly?

Me río, pero la idea se queda flotando en mi mente.

—Un paso a la vez —digo, aunque en el fondo sé que no está tan equivocado—. Pero si te soy sincero me casaría con Josy hoy mismo.

Esteban alza una ceja y se cruza de brazos contra el marco de la puerta.

—¿En serio? Entonces, ¿qué te detiene?

Me paso una mano por el pelo, pensativo.

—No sé si Josy quiere casarse. Anoche hablamos y tenemos claro que vamos a ser una familia, pero no mencionamos el matrimonio.

Esteban mueve la cabeza y me lanza una mirada de esas que dicen "¿y eso no lo pensaste antes?".

—Entonces, solo tienes que hablar con ella. Pregúntale. Bro, no nos estamos haciendo más jóvenes, y ustedes van a tener un bebé.

Además, me imagino que ya le dijiste que la amas, ¿no?

Asiento.

—Sí. Se lo dije anoche, y ella me dijo que me ama también.

—Pues ya está —dice Esteban, encogiéndose de hombros—. Busca una sortija y proponle matrimonio. Hazlo cuando sientas que es el momento adecuado. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que te diga que no? —Suelta una risa burlona y sacude la cabeza—. Pero seamos realistas: no lo hará. Apostaría lo que sea a que Josy quiere estar contigo. Te ama, Noah. No tienes nada que perder.

Sus palabras me golpean directo en el pecho, y me doy cuenta de que tiene razón. Josy y yo ya hemos superado cada obstáculo que intentó separarnos. Estamos construyendo una vida juntos, una que se siente sólida e inquebrantable. Tal vez sea hora de hacerlo oficial.

—Sabes —digo, levantando el martillo otra vez—, a veces eres insoportable, pero de vez en cuando dices algo inteligente.

Esteban suelta una carcajada y me da una palmada en el hombro.

—Para eso estoy aquí. Ahora, vuelve al trabajo. No quiero tener que explicarle al jefe por qué estás soñando despierto con tu futura esposa en lugar de terminar este baño.

—¡Yo soy el jefe, canto de pendejo! —respondo, riéndome.

Sacudo la cabeza y vuelvo a concentrarme en la pared, pero la idea de proponerle matrimonio a Josy se queda en mi mente. Ya no se siente como una cuestión de si lo haré, sino de cuándo lo haré.

Esta mañana fue difícil. Dejarla acurrucada en la cama mientras me preparaba para el trabajo se sintió como partirme en dos. Quería más que nada meterme de nuevo bajo las sábanas, abrazarla y no soltarla jamás. Pero el trabajo me llamaba, y no quería despertarla, así que le dejé una nota en su lugar.

Mientras pienso en eso, mi teléfono vibra en el bolsillo. Al sacarlo, veo un mensaje de Josy.

Josy: Tu nota me hizo la mañana. Te amo.

No puedo evitar sonreír de nuevo, ignorando por completo el gemido exagerado de Esteban mientras le respondo.

Yo: Te amo más.

—Ahí va otra vez —murmura Esteban, levantando las manos—. Totalmente dominado.

—Completamente cierto —respondo, guardando el teléfono en el bolsillo y tomando el martillo de nuevo—. Y no lo cambiaría por nada en el mundo.



Unas horas más tarde, estoy de pie en el techo de la propiedad en la que hemos estado trabajando esta semana. Después de terminar la demolición del baño, dejé que el equipo comenzara la reconstrucción mientras yo pasaba a la siguiente tarea. Ahora, estoy aquí, revisando si el techo necesita ser reemplazado.

El sol está implacable hoy, golpeándome con suficiente intensidad como para hacer que la camisa se me pegue a la espalda. El sudor me gotea por la frente mientras me limpio la cara con la manga. A pesar del calor, la altura y el equilibrio precario, mis pensamientos siguen divagando.

Desde abajo, Esteban se apoya de la guagua.

—¡Te vas a rostizar ahí arriba! ¿Por qué no bajas y tomas un descanso antes de que te quemes con este sol? —grita con una sonrisa.

Le hago un gesto con la mano.

—¡Cinco minutos más! Ya casi termino.

Murmura algo que no alcanzo a oír, probablemente llamándome terco, pero no me molesto en responder. Mi teléfono vuelve a vibrar en mi bolsillo, la repentina sacudida atrayendo mi atención.

Me quedo inmóvil. Josy. Tiene que ser ella, hemos estado enviándonos mensajes todo el día. No ha salido de mi mente ni un solo instante, y la idea de recibir otro mensaje suyo me acelera el

pulso. Sin pensarlo, cambio el peso de mi cuerpo y estiro la mano para sacar el teléfono.

—¡Oye, más te vale no estar texteando en el techo! —grita Esteban entre risas, pero apenas registro sus palabras.

Mis dedos rozan el borde del celular, mi mente ya corre imaginando lo que podría haber escrito.

Y entonces, todo sucede en cámara lenta.

Mi bota se engancha en una teja suelta, y de repente, la superficie firme bajo mis pies desaparece.

El mundo se inclina cuando pierdo el equilibrio, y por un instante, solo hay aire.

—¡Noah! —la voz de Esteban atraviesa el pánico justo cuando caigo hacia atrás, la gravedad jalándome con fuerza.

Golpeo el borde del techo primero, el impacto sacudiendo mi cuerpo antes de que la caída continúe. Mis manos buscan algo a lo que sujetarse. Cualquier cosa.

Caigo rápidamente hacia el suelo.

Y luego, todo se vuelve negro.

Capítulo Treinta Y Dos

Josy

La luz de la mañana se cuela por la ventana de mi habitación, acariciando mi rostro y obligándome a salir de un sueño profundo y sin recuerdos. Por un momento, parpadeo confundida, mi mente intentando ponerse al día con el hecho de que me he quedado dormida hasta tarde. Normalmente, estaría corriendo a prepararme para el trabajo, pero hoy… hoy no me importa. Una sonrisa se extiende por mi rostro mientras me estiro, cada músculo de mi cuerpo completamente relajado.

Anoche no fue solo perfecto. Fue algo que me cambió la vida por completo.

Dirijo la mirada a la almohada a mi lado y encuentro una hoja de papel doblada descansando allí. Mi corazón da un pequeño salto mientras la tomo entre mis manos y reconozco la inconfundible caligrafía de Noah.

"Buenos días, cariño. Odié tener que irme, pero no podía llegar tarde al trabajo. Nos vemos más tarde. No me extrañes demasiado. P.D. Roncas, y es adorable."

Suelto una risa suave, presionando la nota contra mi pecho. Noah Ross es mío. No puedo creer que sea real. Después de todo—las dudas, los obstáculos—por fin estamos juntos.

A regañadientes, me levanto y paso rápido por mi rutina matutina. Para cuando llego a la cafetería, el lugar ya está lleno de actividad. Los clientes abarrotan las mesas, el murmullo de conversaciones llena el aire y el aroma del café recién hecho y los productos horneados me envuelve como un abrazo.

Violeta está en el mostrador, su expresión es de determinación y algo de estrés mientras entrega bebidas y toma pedidos. Algunas mesas tienen tazas y platos vacíos, pero mi estado de felicidad no me deja preocuparme por eso. Me deslizo detrás del mostrador, lanzándole una sonrisa.

—¡Buenos días! —saludo con entusiasmo.

Ella se detiene a media acción, moviendo sus mirada hacia mí.

—A ver, ¿qué te pasa? Estás radiante. ¿Qué pasó anoche? —susurra, inclinándose hacia mí con aire conspirador.

Me río, sintiendo cómo el calor sube a mis cachetes.

—Te lo cuento después —murmuro, pasando junto a ella para dejar mi bolso en la oficina.

Las siguientes horas pasan en un torbellino de pedidos, sonrisas y caos. Violeta me lanza miradas inquisitivas cada vez que puede, claramente muriéndose por saber qué ocurre, pero yo me mantengo callada. Cuando finalmente la clientela disminuye, estoy detrás del mostrador reorganizando los pasteles sobrantes cuando veo entrar a la señora Henrietta y la señora Mirta.

Como siempre, son un espectáculo en sus vestidos florales a juego, con collares de perlas brillantes, peinados perfectamente arreglados y maquillaje impecable. Son la realeza del chisme en Honey Springs, y lo saben.

—¡Pero si no es nuestra mamá favorita! —exclama la señora Mirta, fijando sus ojos afilados en mí—. Mi querida Josy, ¿cómo te has estado sintiendo? Esa pancita tuya se ve más hermosa cada día.

Sonrío, conmovida por su calidez.

—Me he sentido…

—Espérate un momento —la señora Henrietta la interrumpe, agitando un dedo bien cuidado hacia su amiga—. Mirta, ¿le estás diciendo a Josy que está gorda? ¡Qué falta de tacto!

La señora Mirta ahoga un grito, llevándose una mano al pecho de manera teatral.

—¿Gorda? Henrietta, dije hermosa. Tal vez si limpiaras tus audífonos de vez en cuando, escucharías mejor.

—No me vengas con eso —Henrietta resopla, cruzándose de brazos—. Escucho perfectamente bien, y lo que oí fue que la comparaste con un globo.

No puedo evitar reír, llevándome una mano a la boca mientras ellas discuten como una pareja de ancianas.

—Señoras, señoras —digo, levantando las manos—. Les diré algo, me siento muy bien, y no me molesta que me comparen con un globo siempre y cuando sea uno bonito.

—¡Así se habla! —Mirta sonríe, satisfecha—. ¿Ves, Henrietta? Tiene sentido del humor. Deberías aprender algo de ella.

—Por favor. Yo le enseñé todo lo que sabe —Henrietta dice en forma de relajo, pero en sus ojos brilla el afecto.

Las dos continúan su juguetona discusión mientras preparo sus cafés y sus pasteles de siempre, con el corazón lleno. Este pequeño pueblo, esta gente… ellos son mi familia.

Para cuando termino con la señora Henrietta y la señora Mirta, ya se han acomodado en su mesa habitual, completamente sumergidas en lo que he llegado a llamar "la hora del chisme". Sus voces animadas se extienden por toda la cafetería, llamando la atención de algunos clientes cercanos que se inclinan sutilmente para escuchar.

No pasa mucho tiempo antes de que escuche mencionar el nombre de Megan. Megan, la hija del alcalde, siempre es un tema candente, y por lo visto, esta vez se ha superado a sí misma.

—Lo escuchaste bien —dice la señora Mirta, su tono goteando escándalo—. ¡Saliendo con un hombre casado! ¿Te lo puedes imaginar?

La señora Henrietta asiente con vehemencia.

—Robamaridos, eso es lo que es. Pobrecita Mabel, que Dios la bendiga, ya ha pasado por suficiente con ese esposo bueno para nada, ¿y ahora Megan le clava las garras? ¡Descarada!

Pongo los ojos en blanco mientras reacomodo la vitrina de pasteles y dulces por tercera vez en el día. No es que me sorprenda;

Megan siempre ha sido del tipo que va detrás de lo que no está disponible. Se alimenta de la persecución, y si es prohibido, mejor aún.

El recuerdo de sus intentos con Austin regresa de golpe, y niego con la cabeza con incredulidad. Durante años, coqueteó descaradamente con él, incluso cuando era evidente que no le interesaba. Cuando él y Violeta empezaron a salir, Megan convirtió en su misión personal fastidiar a Austin cada vez que podía.

Nunca olvidaré el día en que Megan entró a la cafetería con su bolso de diseñador balanceándose y los labios pintados de un rojo que gritaba problemas. Pidió su café latte habitual, pero se quedó demasiado tiempo en el mostrador, lanzando indirectas envenenadas a Violeta.

—¿Así que ahora sales con Austin? —preguntó con una dulzura fingida—. No sé qué ve en ti. Eres gorda y fea. Pero no te preocupes, eventualmente volverá conmigo.

Violeta sonrió con paciencia, su compostura inquebrantable cuando respondió:

—Me alegra saber que eres una completa ilusa. Si él te quisiera de vuelta, estaría contigo y no conmigo. Así que, por favor, ten un poco de dignidad y no vuelvas nunca más. Y no me vuelvas a dirigir la palabra.

Austin, sin embargo, no fue tan paciente. Cuando se enteró, fue directo a la alcaldía y tuvo una "charla" privada con Megan. Fuera lo que fuera que le dijo, funcionó, porque se alejó… al menos por un tiempo.

Ahora, escuchando a la señora Mirta y a la señora Henrietta relatar el último drama, no puedo evitar sentir lástima por el pobre hombre atrapado en la telaraña de Megan. Si la historia sirve de indicio, no parará hasta causar el mayor daño posible.

—Recuerda mis palabras —declara la señora Henrietta, sacándome de mis pensamientos—, esto va a terminar en lágrimas. Y no en las de ella, te lo aseguro. Esa muchacha tiene hielo en las venas.

—Que Dios la bendiga —agrega la señora Mirta, aunque su tono sugiere cualquier cosa menos compasión—. Algún día le llegará su

merecido.

Reprimo una risa y regreso a la caja registradora, agradeciendo que Megan y yo nunca fuimos amigas. Ella es un problema envuelto en ropa de diseñador, y ya tengo suficiente en mi plato sin que su drama entre en mi vida.

Sacudo la cabeza, alejando el pensamiento, y me concentro en la cafetería. El ajetreo del almuerzo ha disminuido, y Violeta parece que podría usar un descanso, así que agarro un paño y empiezo a limpiar las mesas mientras escucho el murmullo constante de las conversaciones a mi alrededor.

—Qué alivio que Megan dejó de perseguir a Austin —dice Violeta, acercándose a mí negando con la cabeza.

—Lo sé, ¿verdad? —respondo, riendo—. Es un caso perdido. Da gracias que ahora tiene la mirada puesta en otro.

—Gracias a Dios por eso —dice, su tono más ligero. Luego me mira con los ojos entrecerrados y una sonrisa astuta—. Pero basta de Megan. Cuéntame ¿por qué llegaste tarde esta mañana y por qué tienes esa sonrisa rara en la cara desde que entraste?

Pongo una mano en mi pecho, fingiendo estar ofendida.

—¿Sonrisa rara? Perdón, pero mi sonrisa no es rara, perra.

Violeta suelta una carcajada.

—Bueno, entonces sonrisa espeluznante.

—Pendeja —respondo, cruzando los brazos—. Yo te mandé un mensaje, ¿o no? Me quedé dormida. Ya sabes, hacer crecer un bebé es agotador. Básicamente, funciono a base de siestas y bocadillos en este punto de mi vida —hago un gesto hacia mi creciente vientre.

Violeta asiente con comprensión y coloca una mano sobre su propio vientre.

—Te entiendo, nena. He estado ahí y ahora estoy en las mismas. Esta criaturita me tiene agotada la mayoría de los días. Honestamente, solo agradezco no estar lidiando con las náuseas como tú hace unos meses. Imagínate si me pusiera a vomitar sobre los mostradores del café.

—No me recuerdes esos tiempos oscuros —digo, estremeciéndome al recordar, y ambas estallamos en carcajadas.

Su expresión se suaviza mientras me observa con atención.

—Pero en serio, ¿todo bien? Te ves… diferente. Como con un brillo especial.

—Más que bien, Vi —mis labios se curvan en una sonrisa imposible de contener—. Anoche, Noah vino a casa y, por fin, le dije lo que siento.

Los ojos de Violeta se abren bien grandes y deja escapar un jadeo dramático.

—¿¡Qué!? ¿Le confesaste? ¿Y qué pasó? ¿Qué dijo?

Respiro hondo, reviviendo cada momento mágico en mi mente.

—Le dije la verdadera razón por la que he estado enojada con él todo este tiempo. Luego, le confesé que siempre lo he amado.

Ella junta las manos y parece a punto de explotar de emoción.

—¿Y? ¿Qué hizo? ¿Qué dijo?

—Estaba en shock, para ser honesta. Aparentemente, él pensaba que yo estaba fuera de su liga. ¿Puedes creerlo? Noah Ross, creyendo que yo estaba fuera de su liga.

—Espera, ¿qué? —Violeta frunce el ceño, confundida—. ¿Cómo pudo pensar eso? Recuerdo cómo se la pasaban texteando y hablando todo el tiempo. Era tan obvio para todos que estaban perdidamente enamorados. No podía ser tan idiota de pensar que tu no le corresponderías, Josy.

—¡Eso mismo le dije! —me río—. Pero luego me dijo que siempre me ha amado también y que… —mi voz se suaviza al sentir la emoción subir por mi pecho—… que quiere todo conmigo.

Violeta se lleva las manos al corazón, con los ojos brillando.

—Eso es tan dulce, Josy. Me alegra tanto por ustedes dos —entonces su sonrisa se torna pícara—. A ver, dime la verdad… ¿Tuvieron una noche salvaje? ¿Por eso llegaste tarde? ¿Demasiado sexo?

Suelto una carcajada, sintiendo mis cachetes arder.

—Fue mágico. No puedo dejar de pensar en eso.

Ella me envuelve en un abrazo rápido, sonriendo de oreja a oreja.

—Estoy tan feliz por ti, Josy. Me encanta verte así. Ahora solo falta que ambas nos casemos con los amores de nuestra vida y tengamos un montón de bebés. Luego, con suerte, uno de tus hijos

y uno de los míos se enamorarán. ¡Imagínate las reuniones familiares!

Río con más fuerza, negando con la cabeza.

—Para que eso pase, tendrás que tener un niño. Everly necesita un galán en su vida y Adrián es demasiado grande para ella.

—Cierto —coincide Violeta con un guiño—. Pero en serio, míranos. ¿Quién hubiera pensado que terminaríamos aquí? Tan felices, viviendo en el mismo pueblo, criando a nuestros hijos juntas.

—¿Verdad? —digo, sintiendo una oleada de gratitud—. Me alegra tanto que te hayas mudado a Honey Springs. Honestamente, no creo que hubiera pasado nada con Noah si tú y Austin no se hubieran enamorado primero.

Los ojos de Violeta brillan y me dedica una sonrisa cómplice.

—Era el destino, mi querida Josy. Tuvimos que pasar por toda esa mierda para llegar a ser así de felices.

Asiento, con el corazón rebosante.

—Destino —repito en voz baja, sabiendo en el fondo que tiene razón.

Capítulo Treinta Y Tres

Josy

Ya casi es la hora de cerrar la cafetería y todavía no he sabido nada de Noah. Ni una llamada, ni un mensaje.

Miro mi teléfono de nuevo, mordiéndome el labio. Le envié un par de mensajes temprano, pero nunca respondió. Al principio, me dije a mí misma que estaba ocupado, tal vez atrapado en el trabajo o algo así. Pero a medida que pasaron las horas, mi inquietud ha estado creciendo.

Finalmente, cedo y escribo otro mensaje, aunque ya empiezo a sentirme como una loca.

Yo: ¿Estás bien? No he sabido nada de ti.

Presiono enviar y observo la pantalla por un momento, esperando ver esos tres puntos que indiquen que está escribiendo. El mensaje se entrega, pero no lo lee, igual que los últimos que le envié.

Con un suspiro frustrado, dejo el teléfono sobre el mostrador, tratando de quitarme la preocupación que me carcome por dentro. Tal vez su teléfono se quedó sin batería. Tal vez solo está ocupado. Pero la sensación de inquietud en mi pecho se niega a desaparecer.

El sonido de la campanita sobre la puerta me saca de mis pensamientos. Levanto la vista, esperando que sea él, pero en su lugar veo a Austin apresurándose hacia el mostrador.

Algo está mal.

La expresión en su rostro—grave, casi asustada—me hiela la sangre. Mi pulso se acelera.

—¿Austin? —digo, con la voz afilada por la preocupación—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Se detiene frente a mí, intentando recuperar el aliento.

—Vine en cuanto me enteré —dice con la voz tensa.

Mi corazón se detiene.

—¿Enterarte de qué? Austin, me estás asustando. Respira y dime qué está pasando.

Asiente, pero su expresión no cambia. Se pasa una mano por el cabello, claramente tratando de encontrar las palabras adecuadas para decirme lo que sea que tenga que decirme.

—Esteban me llamó —dice al fin, su voz apenas firme—. Me pidió que viniera a decirte…

Eso es todo lo que necesito para que mi mente empiece a descontrolarse. Mi estómago se revuelve mientras un centenar de escenarios horribles se apoderan de mis pensamientos. Siento que las piernas me fallan, y me aferro al borde del mostrador para mantenerme en pie.

—¿Qué pasó? —susurro, con la voz temblorosa—. ¿Es Noah? ¿Está bien?

Austin me mira, su rostro cargado de algo que solo puedo describir como angustia.

Aprieto el mostrador con más fuerza, preparándome para lo que viene, porque ya yo sé—lo que sea que esté a punto de decirme va a destrozarme.

—Estaba trabajando en un techo y se cayó —dice Austin, su voz baja y pesada—. Lo llevaron al hospital. Esteban está con él ahora. Me llamó y me pidió que viniera a buscarte para llevarte con él.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. El pecho se me oprime, dificultándome la respiración.

—Pero… ¿está bien? —logro preguntar, mi voz apenas un murmullo.

La mandíbula de Austin se tensa, y aparta la mirada por un momento.

—No sé todos los detalles —admite—. Esteban dijo que no estaba consciente cuando lo encontraron. Ahora lo tienen en urgencias. Sus padres van en camino, pero no le han querido decir mucho a Esteban porque no es familia.

La palabra *inconsciente* resuena en mi mente, revolviéndome el estómago. Siento que el suelo desaparece bajo mis pies.

—Está bien —digo, con la voz temblorosa—. Déjame cerrar la cafetería y nos vamos.

Miro alrededor del lugar vacío, este espacio tan familiar que de repente se siente ajeno e insignificante. Respiro hondo, intentando mantener la compostura, pero mi mente no deja de llenarse de los peores escenarios posibles. ¿Y si está gravemente herido? ¿Y si…?

Violeta sale del baño, su expresión cambia en cuanto ve el rostro de Austin.

—¿Qué pasa? —pregunta, la preocupación reflejada en sus facciones.

Austin le explica rápidamente, pero sus palabras se desvanecen en un murmullo de fondo. No puedo concentrarme en nada más que en la idea de Noah acostado en una cama de hospital, herido y solo. El pecho me duele, y las lágrimas arden en las comisuras de mis ojos.

La mano de Violeta en mi brazo me devuelve al presente.

—Voy a cerrar la cafetería —dice con suavidad —. Ve con Austin. Iré al hospital en cuanto termine aquí.

Asiento, apenas registrando sus palabras. Mi cuerpo se mueve en piloto automático mientras tomo mi bolso y sigo a Austin hacia la salida.

El camino al hospital transcurre en silencio, la tensión en la guagua es tan densa que se siente asfixiante. Austin mantiene la vista en la carretera, sus manos aferradas con fuerza al volante. Le agradezco que no intente hacer conversación; no creo que pudiera formar una oración coherente en este momento.

Lo único que puedo hacer es mirar por la ventana, mi mente enredada en el miedo y la preocupación. No puedo perder a Noah. No ahora. No cuando por fin estamos juntos, no cuando tenemos tanto por delante.

La idea de que esté ahí, herido e inconsciente, me provoca una nueva oleada de pánico. Presiono la mano contra mi pecho, intentando calmar el frenético latido de mi corazón, pero nada funciona.

Solo puedo pensar en él. Solo puedo esperar que esté bien.

Al llegar al hospital, Austin estaciona la guagua a toda prisa y corremos hacia la sala de emergencias. Mis piernas se mueven por inercia, cada paso más pesado que el anterior. Cuando las puertas automáticas se abren, escaneo la sala con desesperación, buscando a Esteban.

—Hey —escucho detrás de mí.

Me giro de inmediato y lo veo de pie cerca de una fila de sillas. Su cabello despeinado y la preocupación grabada en su rostro me revuelven el estómago.

—¿Qué pasó? —exijo, mi voz temblorosa.

Esteban se pasa una mano por el cabello, sus hombros hundiéndose.

—Noah estaba en el techo de la casa en la que trabajamos, haciendo una inspección. Yo estaba abajo vigilándolo mientras hablamos. Cuando sacó el teléfono del bolsillo, no sé cómo, pero perdió el equilibrio y cayó. Se golpeó la cabeza muy fuerte, Josy. Había mucha sangre —su voz se quiebra al continuar—. Llamé a la ambulancia de inmediato porque no respondía, y no me atreví a moverlo.

El mundo se vuelve borroso mientras sus palabras penetran mi mente. Mis rodillas se sienten débiles y me aferro a la silla más cercana para no caer.

—Esto es mi culpa —susurro, mi voz apenas audible entre el murmullo del hospital.

—¿Qué? —pregunta Esteban, acercándose.

—Le estaba enviando mensajes hoy —admito, la culpa está clavándose en mi pecho—. Fui yo. Lo distraje.

Me sujeto el cabello con ambas manos mientras mi respiración se vuelve errática.

—Dios mío, ¿qué hice?

Esteban pone una mano firme en mi hombro, anclándome a la realidad.

—Josy, basta. Esto no es tu culpa. Noah sabe que no debe agarrar el teléfono cuando está en un techo. Incluso le grité por eso, pero no me hizo caso. Ha hecho este trabajo durante años.

Sus palabras intentan consolarme, pero no logran aliviar la aplastante culpa.

—Pero si yo no le hubiera…

—No —me interrumpe Esteban, su tono suave—. Culparte no va a ayudarlo ahora. Siéntate y esperemos a los médicos. Es lo único que podemos hacer.

Aturdida, dejo que me guíe hasta una silla. La sala se siente fría y estéril, las luces fluorescentes demasiado brillantes contra la creciente oscuridad en mi mente. Me dejo caer en el asiento, el cuerpo pesado por la desesperanza.

Lo único en lo que puedo pensar es en cómo arruiné todo. Después de tantos años, por fin tenía al hombre de mis sueños, solo para perderlo al día siguiente. El peso de esa idea se instala en mi pecho, impidiéndome respirar.

Las lágrimas empiezan a caer, imparables ahora. Pongo mis manos en mi cara, mis fuertes sollozos sacuden mi cuerpo.

Esteban se sienta a mi lado en silencio. Su mano descansa en mi hombro, un gesto silencioso de apoyo.

Austin se sienta al otro lado de mí, su presencia y el apoyo inquebrantable de ellos dos significan el mundo para mí en este momento. Treinta minutos después, los padres de Noah entran apresurados por la puerta, con el rostro pálido de preocupación. Esteban y Austin se levantan de inmediato para recibirlos y ponerlos al tanto de lo que le ocurrió a Noah. Yo ni siquiera puedo mirarlos. ¿Qué pensarán cuando se enteren de que fui yo quien le envió el mensaje?

No he podido dejar de llorar desde que me senté en esta silla, y la llegada de Violeta solo alivia ligeramente el peso que oprime mi pecho. Fue a buscar té para las dos, dejándome un momento para tranquilizarme, aunque está resultando imposible.

Una mano suave se apoya en mi espalda, y al alzar la vista, veo a Beth Ross sentada a mi lado. Sus ojos cálidos y amables estudian mi cara empapada en lágrimas.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta en voz baja.

Niego con la cabeza mientras nuevas lágrimas caen por mis cachetes.

—No —susurro, mi voz quebrándose bajo el peso de mi miedo.

Ella me envuelve en un abrazo reconfortante.

—Oh, cielo, todo va a estar bien. Mi hijo es fuerte, y tú necesitas mantener la calma. Everly siente todo lo que tú sientes, y esto no puede ser bueno para ella.

Sus palabras tardan en asimilarse. Beth Ross es una mujer increíble. Ella y James nos han dado su apoyo desde que Noah y yo les contamos sobre el bebé, y aquí está, consolándome cuando debería ser al revés.

—James está preguntando en recepción por una actualización sobre Noah. Debemos mantenernos calmadas y esperar —dice con suavidad, apartándose para mirarme a los ojos.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Tengo que calmarme; por Noah, por Everly, por mí misma. Como si supiera que estoy pensando en ella, Everly empieza a dar patadas con fuerza, sus pequeños movimientos me anclan a la realidad. Me enderezo y coloco una mano sobre mi vientre, acariciándolo en círculos suaves.

Beth sonríe.

—¿Se está moviendo?

—Sí, justo aquí —respondo, señalando el lugar donde Everly se está haciendo notar.

Beth coloca su mano donde le indico, y Everly no nos decepciona, continuando con su entusiasmo.

—Vaya —dice Beth con una risa suave—. Tenemos a una nena muy activa ahí dentro.

Consigo darle una pequeña sonrisa mientras me limpio las lágrimas.

—Siempre es así. Una vez que empieza, sigue por horas. Lo peor es en la noche. Me acuesto y comienza a patear, lo que me manda al baño tres o cuatro veces.

Beth se ríe.

—Oh, recuerdo esos días. Las maravillas de crear vida. Noah fue el peor de todos mis embarazos. Náuseas durante todo el embarazo. Y cuando por fin vino a este mundo, llegó pateando y gritando. —Sonríe con nostalgia—. Luego se convirtió en mi niño serio y callado.

Suelto una risa temblorosa.

—Sí, definitivamente es del tipo callado.

Compartimos un momento de risa antes de que la emoción me abrume de nuevo y las lágrimas vuelvan a derramarse.

James regresa en ese momento, con el rostro marcado por la preocupación.

—Llevaron a Noah a una tomografía y una resonancia magnética —dice—. Aún no ha despertado y quieren descartar lesiones internas, especialmente hemorragias cerebrales o inflamación.

Beth aprieta con fuerza mi mano mientras James continúa:

—Los médicos dijeron que también les preocupa la posibilidad de fracturas u otros traumatismos.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, pesadas y asfixiantes. Un millón de escenarios se despliegan en mi mente, cada uno peor que el anterior. Aprieto la mano de Beth con la misma intensidad con la que ella sostiene la mía, orando en silencio para que el hombre que amo regrese a mí, sano y salvo.

Capítulo Treinta Y Cuatro

Josy

Han pasado cuatro horas y Noah aún no ha despertado. Cada segundo se siente como una eternidad, el olor estéril del hospital se impregna en mi piel y me revuelve el estómago. El pitido rítmico de las máquinas que monitorean sus signos vitales es el único sonido en la habitación, cada tono un recordatorio de lo frágil que es este momento.

Los médicos vinieron antes y nos dijeron que ya tienen los resultados de las pruebas que le hicieron—pruebas en las que apenas puedo pensar. Una tomografía, una resonancia magnética, innumerables análisis de sangre. Todas necesarias, dijeron, para entender qué sucedió dentro de su cuerpo después de la caída.

Beth está sentada a mi lado, con las manos entrelazadas en su falda, su rostro es una mezcla de preocupación y fuerza. James está de pie junto a la ventana, mirando hacia el estacionamiento como si las respuestas estuvieran allá afuera. Violeta y Austin se fueron hace un rato a buscar comida, pero yo no puedo alejarme de Noah. Me duele verlo tan quieto, el hombre que siempre está en movimiento, siempre trabajando con sus manos, ahora conectado a máquinas que respiran por él.

Cuando el médico entra, todos nos enderezamos un poco. Su expresión es seria y mi estómago se tensa aún más.

—Hemos completado todas las pruebas —comienza, con voz firme—. Noah tiene una conmoción cerebral severa, lo que probablemente contribuye a su falta de conciencia. También hay un

pequeño hematoma subdural, esencialmente un sangrado entre el cerebro y el cráneo. Afortunadamente, el sangrado es lento y no ha causado una presión significativa en su cerebro, por lo que lo estamos monitoreando de cerca. Por ahora, no creemos que sea necesaria una cirugía.

Suelto un suspiro, aunque el peso en mi pecho no disminuye.

—La resonancia también mostró una contusión cerebral leve, lo que significa que hay un moretón en el tejido del cerebro —continúa —. No es raro en caídas como esta, seguiremos vigilando cualquier signo de inflamación. En cuanto a su columna, no hay evidencia de fracturas, lo cual es una muy buena noticia, pero se torció el cuello, probablemente debido al impacto de la caída.

—¿Y su brazo? —pregunta Beth, con la voz temblorosa.

El médico asiente.

—Tiene una fractura por fisura en el antebrazo derecho. Ya ha sido inmovilizado con un yeso, así que debería sanar con el tiempo y reposo. En general, las lesiones de Noah son serias pero manejables. La mayor preocupación en este momento es el hematoma y asegurarnos de que no empeore.

—¿Pero por qué no ha despertado? —digo, incapaz de quedarme callada. Mi voz se quiebra y las lágrimas caen antes de que pueda detenerlas.

El doctor me mira con expresión comprensiva.

—No es inusual que alguien con este nivel de traumatismo craneoencefálico permanezca inconsciente por un tiempo. Su cerebro necesita tiempo para sanar. Podrían ser horas o días. Lo estaremos monitoreando de cerca y actuaremos si vemos algún cambio preocupante.

Asiento, pero sus palabras no alivian la tormenta dentro de mí. ¿Horas? ¿Días? ¿Cómo se supone que voy a soportar esto, sabiendo que él está aquí por mi culpa?

Beth aprieta mi mano, anclándome a la realidad.

—Gracias, doctor —dice en voz baja.

Cuando el médico se va, me inclino hacia adelante y apoyo la cabeza en el borde de la cama de Noah. Su mano está cálida pero sin vida en la mía.

—Lo siento tanto —susurro, con la voz ahogada—. Esto es todo mi culpa.

La mano de Beth roza mi hombro.

—Josy, tienes que dejar de culparte. Nada de esto es tu culpa.

Pero sus palabras no pueden atravesar la culpa que me consume. Lo único que puedo hacer es orar para que Noah despierte pronto, que me perdone, y que tenga la oportunidad de decirle cuánto lo amo.



Han pasado tres días y Noah aún no despierta. Cada hora que pasa se siente más pesada, como un peso que me aplasta el pecho y me impide respirar. Intento mantenerme serena por el bien de Everly, pero la preocupación constante me carcome. ¿Y si no despierta? ¿Y si esta es nuestra vida ahora? Esperar, esperar y esperar.

No me he apartado de su lado en ningún momento. Mi cuerpo duele de estar tanto tiempo en esta silla, y dormir se ha convertido en un lujo que no puedo permitirme. Violeta pasó esta mañana trayéndome ropa limpia y una bolsa con mis snacks favoritos, aunque la idea de comer me resulta imposible. Violeta ha sido increíble, manejando las dos cafeterías como si no fuera nada. No sé qué haría sin ella. Si no fuera por ella, mis negocios habrían cerrado indefinidamente.

Por las tardes, trae a Adrián, y su energía es como un rayo de sol en medio de esta oscuridad. Se ha propuesto distraerme con juegos de mesa y trucos de cartas. Ayer insistió en que jugáramos Uno, y por un breve momento, solté una carcajada cuando, con aire triunfal, me lanzó varias cartas de draw 4. Después, me sentí terrible por haber reído mientras Noah seguía inconsciente. Estoy en una batalla constante conmigo misma. Sé que debo tomarme las cosas con calma, pero otra parte de mí está intentando sobrevivir a este dolor.

Esteban y Austin vienen todos los días, cada uno brindándome su propio tipo de consuelo. Esteban siempre tiene alguna historia alocada que contar, su voz llena la habitación estéril con risas, aunque parezca fuera de lugar. Austin es más callado, enfocado en asegurarme de que Noah saldrá de esto, aunque veo la preocupación en su cara.

Beth ha sido mi roca. Llega cada mañana, armada con café y determinación. Se asegura de que coma, aunque sean solo unos bocados, y me mantiene firme con su inquebrantable positividad. Me cuenta historias de Noah cuando era niño; lo testarudo que era y cómo siempre cuidaba de los demás.

—Es fuerte, Josy —dice con frecuencia, apoyando su mano sobre la mía—. Volverá con nosotros.

Toda la familia de Noah ha venido a visitarlo, su amor y preocupación llenando la habitación en oleadas. Su hermana, Eva, ha estado llamando sin parar desde Florida. Quiere venir desesperadamente, pero Beth la convenció de quedarse y terminar con sus compromisos laborales.

—No querría que dejara todo —explicó Beth, aunque en su voz se percibe el anhelo de tenerla aquí.

La enfermera entra ahora a revisar los signos vitales de Noah, y contengo el aliento, observando cada uno de sus movimientos, esperando algún signo de cambio. Pero cuando se va, la habitación se siente aún más vacía. Tomo la mano de Noah, pasando mis dedos por las callosidades de su palma.

—Tienes que despertar, Noah —susurro, con la voz temblorosa—. Everly y yo te necesitamos. Yo te necesito.

Capítulo Treinta Y Cinco

Noah

Un dolor profundo y palpitante me arrastra desde el vacío. Mi cabeza parece partirse en dos, cada latido retumbando con más fuerza que el anterior. Cada centímetro de mi cuerpo grita, pero el dolor se siente distante, como si no fuera mío. Intento abrir los ojos, pero la luz me ciega, perforando mi cráneo como una aguja.

Gimo... o al menos creo que lo hago. Mi garganta está reseca, como si hubiera tragado un puñado de papel de lija. Luego, el olor a antiséptico me golpea, fuerte y estéril, revolviendo mi estómago. En algún lugar cercano, una máquina emite pitidos constantes, su ritmo a la vez tranquilizador e inquietante.

¿Dónde carajos estoy?

Lucho contra la pesadez que me oprime, obligando a mis ojos a abrirse en pequeños intervalos. Todo está borroso, las paredes blancas y las luces fluorescentes se mezclan en una bruma mareante. ¿Estoy soñando?

No, esto se siente demasiado real. Demasiado fuerte. Demasiado doloroso.

Finalmente, consigo mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente para asimilar mi entorno. Las paredes blancas, el piso de linóleo, el suero conectado a mi brazo. Todo grita "hospital".

¿Por qué estoy en un hospital?

Intento moverme, pero mis piernas se sienten como de plomo, incapaces de responder ni siquiera al comando más simple. Mi brazo

derecho está atrapado en un yeso, con un dolor increíble que se intensifica cada vez que intento moverlo.

No recuerdo nada.

Mi respiración se acelera, el pánico burbujea en mi pecho. ¿Qué me pasó? Lo último que recuerdo es...

Nada. Mi mente está en blanco.

La frustración se mezcla con el miedo mientras intento recomponer aunque sea un fragmento de memoria. Mi boca está seca y giro la cabeza apenas, buscando agua, algo. El movimiento envía una nueva oleada de dolor atravesando mi cráneo, y siseo entre dientes apretados.

La habitación está vacía. No hay rostros familiares, ni voces que me tranquilicen. Solo las máquinas pitando y el zumbido lejano de las luces.

Fijo la vista en el techo, obligándome a mantener la calma. Alguien tiene que entrar en algún momento, ¿verdad?

Mientras intento darle sentido a todo, la puerta suena al abrirse y una enfermera entra. Tiene la vista clavada en la tableta que sostiene, sus dedos desplazándose por la pantalla mientras murmura algo para sí misma. Aún no se ha dado cuenta de que estoy despierto.

Abro los labios para decir algo, pero mi garganta se siente como un desierto y no sale ningún sonido. Antes de que pueda intentarlo de nuevo, su cabeza se alza de golpe y su mirada se encuentra con la mía.

—¡Oh! ¡Estás despierto! —exclama con una sonrisa radiante mientras se acerca—. Hola, me alegra mucho verte consciente. ¿Cómo te sientes?

Intento responder, pero mi garganta se rebela y las palabras quedan atrapadas en algún lugar entre el pensamiento y el sonido. Debe notar mi lucha porque su sonrisa se suaviza y se inclina un poco hacia mí.

—Está bien. No te esfuerces —dice con voz calmada.

Se acerca a la pared y presiona un botón. Un pitido suave suena, seguido de una voz que resuena a través del intercomunicador.

—¿Sí?

—¿Puedes enviar al Dr. Locke? Avísale que el paciente de la habitación seis está despierto —dice al altavoz.

—Okay —responde la voz.

La enfermera asiente y luego vuelve a enfocarse en mí, su atención completamente dirigida a mi estado.

—Voy a revisar tus signos vitales mientras esperamos al doctor —dice, dejando la tableta sobre la pequeña mesa junto a mi cama.

Me señalo la garganta, intentando hacerle entender lo seca que la siento.

Ella lo capta al instante.

—Tu garganta debe estar bastante irritada —dice mientras vierte agua en un vaso pequeño—. Toma, da unos sorbos, pero solo pequeños por ahora.

Tomo el vaso con mi única mano libre; el plástico frío presiona contra mis dedos. Lo acerco a mis labios y dejo que el primer sorbo resbale por mi garganta. La sensación helada es como un alivio divino, así que tomo otro, esta vez más despacio, saboreando el alivio.

—¿Mejor? —pregunta, observándome atentamente.

Asiento. Mi voz sigue sin salir, pero mi expresión deja clara mi gratitud.

—Bien. Ahora solo trata de relajarte. El doctor vendrá pronto para evaluar todo —dice con un tono alentador pero profesional.

Mientras revisa mi presión arterial y anota algunas observaciones, me descubro mirándola, esperando que diga algo más. Cualquier cosa que me ayude a entender lo que ha pasado. Pero permanece en silencio, concentrada en su trabajo.

El zumbido de las máquinas llena la habitación otra vez. Aprieto con más fuerza el vaso de agua, deseando que las respuestas lleguen tan fácil como el alivio de esos primeros sorbos.

Después de unos minutos, un hombre con un uniforme azul y una bata blanca entra en la habitación. Su expresión es calmada pero enfocada. Parece tener unos cincuenta y tantos años y lleva consigo una presencia profesional que irradia experiencia. En una mano sostiene una tableta, la revisa brevemente antes de fijar la mirada en mí.

—Bienvenido de vuelta —dice con una sonrisa —. Soy el doctor Locke y he estado supervisando tu cuidado desde que llegaste a este piso. ¿Cómo te sientes?

Aclaro la garganta, aún áspera, pero el agua ha ayudado un poco.

—Como si me hubiera atropellado un camión —gruño, mi voz ronca pero audible—. ¿Qué pasó?

—Te caíste de un techo —explica, con un tono gentil pero directo —. Has estado aquí la última semana recuperándote de las heridas.

Mis ojos se abren de par en par cuando sus palabras hacen eco en mi mente. ¿Caí de un techo? ¿Por qué carajo estaba yo en un techo? La confusión se agita en mi cabeza, pero antes de que pueda preguntar algo, el doctor Locke da un paso adelante y saca una pequeña linterna.

—Necesito revisar tus ojos —dice, inclinándose—. Sigue la luz, por favor.

Mueve la luz lentamente, y hago mi mejor esfuerzo por seguirla, aunque mi cabeza se siente pesada y el esfuerzo hace que mis sienes palpiten.

—Sufriste una lesión cerebral traumática moderada —continúa, con voz calmada y profesional—. Tienes una conmoción cerebral, el brazo roto—por eso tienes un yeso—y varios hematomas profundos en el cuerpo. También hay algo de inflamación en el cerebro que hemos estado monitoreando de cerca. La buena noticia es que la inflamación ha empezado a disminuir y tus signos vitales han sido estables en las últimas 48 horas.

—¿Puedes decirme tu nombre?

Intento pensar en mi nombre, pero… nada.

—No sé mi nombre.

—¿Y tu fecha de nacimiento o en qué año estamos? ¿Recuerdas algo?

Cada pregunta es un callejón sin salida. No sé cómo responder a ninguna de ellas, y un vacío inquietante empieza a formarse en mi estómago.

—¿Por qué… por qué no recuerdo nada? —pregunto, con la voz temblorosa.

El doctor Locke se detiene. Su mirada se suaviza mientras guarda la linterna.

—La pérdida de memoria es muy probable después de una lesión en la cabeza, especialmente una tan severa como la tuya. Podría ser temporal, pero es difícil predecir cuánto durará. El tipo de amnesia que describes se llama amnesia retrógrada y, a veces, afecta los recuerdos previos al accidente o, en algunos casos, períodos más largos de la vida.

Lo miro fijamente, sintiendo cómo sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

—¿A qué te refieres con temporal? —mi voz se eleva ligeramente —. ¿Cuánto tiempo tomará recuperar mis recuerdos? ¿Días? ¿Semanas? ¿Para siempre?

Dr. Locke coloca una mano en el costado de mi cama.

—Sé que esto es abrumador, pero déjame asegurarte que hemos visto casos como este en los que la memoria mejora con el tiempo, a veces a medida que el cerebro sana y la hinchazón disminuye. Podría tomar días o semanas. En casos raros, puede tardar más. Por ahora, lo más importante es que te enfoques en descansar y permitir que tu cuerpo se recupere. Seguiremos haciendo pruebas y monitoreando tu progreso.

Asiento con la cabeza de manera mecánica, con mis pensamientos dando vueltas sin parar. Las palabras del doctor parecen tanto esperanzadoras como aterradoras.

—Si sientes algún dolor agudo, mareos o confusión fuera de lo esperado, avísales a las enfermeras de inmediato —añade Dr. Locke —. Haremos pruebas cognitivas regularmente para evaluar tu memoria y claridad mental. También trabajarás con nuestros fisioterapeutas y neurólogos como parte de tu plan de recuperación.

Se endereza, dándome un momento para asimilar todo antes de continuar.

—¿Tienes alguna pregunta por ahora?

Lo miro fijamente, sintiendo las palabras formarse en mi mente, aunque se sienten como un susurro en medio de una tormenta.

—¿Cómo arreglo esto?

La expresión de Dr. Locke se suaviza aún más.

—No hay una solución única para algo así, pero tienes un equipo de personas aquí para ayudarte, y parece que también hay personas que se preocupan por ti fuera de este hospital. Sanar es un proceso, tanto físico como mental. Todo es un paso a la vez.

Vuelvo a asentir, aunque se siente más como un reflejo que como un verdadero acuerdo. Un paso a la vez. Pero en este momento, siento que estoy al pie de una montaña que ni siquiera puedo ver.

El doctor y la enfermera salen de la habitación, dejando sus palabras resonando en mi cabeza.

Amnesia retrógrada.

Lesión cerebral traumática.

Temporal.

Tal vez.

Me quedo mirándolos mientras se van, sintiéndome vacío. Ni siquiera me dijeron mi nombre. ¿Está en el expediente? ¿Debí haber preguntado? ¿O tengo que esperar a que alguien—cualquiera—venga a llenar los espacios en blanco?

El silencio en la habitación es ensordecedor, solo roto por el pitido constante de las máquinas. Mi cuerpo se siente pesado, y el agotamiento es como nada que haya experimentado antes. Recorro la habitación con la mirada, esperando que algo despierte un recuerdo, pero no hay nada. Ningún destello de reconocimiento, ninguna sensación de familiaridad. Solo vacío.

La puerta suena otra vez al abrirse, y giro la cabeza, esperando ver a una enfermera o a un doctor. En su lugar, la mujer más hermosa que he visto en mi vida entra en la habitación.

Me deja sin aliento.

Su piel morena parece brillar a pesar de las leves sombras bajo sus ojos. Sus rizos enmarcan su rostro, suaves y salvajes al mismo tiempo. Lleva un vestido que resalta su figura y acentúa su vientre lo que demuestra que es claro que está embarazada. Se ve cansada, desgastada, como si no hubiera dormido bien en semanas. Pero incluso con el agotamiento marcado en sus facciones, es impresionantemente hermosa.

Se detiene de golpe, sus manos volando hasta su boca mientras sus ojos, grandes y llenos de lágrimas, se clavan en los míos.

Nos quedamos en silencio, mirándonos, con el aire cargado de algo inexplicable. Una conexión… o al menos, espero que haya una conexión. Bueno, eso espero. También espero que sea mía y que el bebé que lleva sea nuestro.

Señor mío, por favor, que ella y ese bebé sean míos.

Dirijo la mirada a sus manos. No hay sortija. Mi corazón se detiene un instante hasta que miro mis propias manos. Tampoco tengo una sortija.

Mi boca vuelve a sentirse seca, y lucho por encontrar mi voz.

—Hola —logro decir, apenas un susurro.

Sus manos bajan de su rostro, y da un paso adelante sin apartar los ojos de los míos.

—Noah —susurra, con la voz temblorosa.

Noah. Ese nombre. Se siente familiar, como escuchar una canción que olvidaste que amabas. Se instala en mi pecho, y sé que debe ser mío.

Pero ¿quién es ella? ¿Y por qué, al decir mi nombre, siento como si finalmente me hubieran encontrado?

Las lágrimas ruedan por sus cachetes mientras se acerca un poco más, y por primera vez desde que desperté, siento algo más que miedo.

Esperanza.

Capítulo Treinta Y Seis

Josy

Salí de la habitación de Noah a la hora del almuerzo, con el estómago rugiendo tan fuerte que quedarme era imposible. Nadie podía traerme comida hoy y, por mucho que odiara alejarme de su lado, sabía que tenía que comer. La cafetería del hospital no era precisamente acogedora, pero me ofrecía algo que necesitaba desesperadamente: un cambio de escenario.

Durante los últimos siete días, había estado encerrada en la habitación de Noah, rodeada por el pitido rítmico de los monitores y el olor estéril del antiséptico. No me había dado cuenta de lo asfixiante que era hasta que me alejé. Verlo dormir, inmóvil y sin respuesta, día tras día, me estaba consumiendo. La incertidumbre era un peso sobre mi pecho que ni las lágrimas, ni las oraciones, ni mis súplicas a Dios podían aliviar.

Me obligué a comer, aunque cada bocado se sentía como una tarea. Mi mente seguía anclada a él, contando los minutos hasta poder regresar. Cuando volví, me recibió la misma mezcla de temor y esperanza que sentía cada vez que cruzaba esa puerta.

Ahora estoy parada frente a la cama de Noah, mirando a los ojos que no estaba segura de volver a ver jamás. Sus hermosos ojos marrones. Están abiertos, grandes y alertas, fijos en mí.

La forma en que me mira es como si me viera por primera vez. Su mirada es lenta, deliberada, recorriéndome de pies a cabeza. No es solo reconocimiento. Es... algo más.

Los pelitos de mis brazos se erizan, y un escalofrío recorre mi espalda.

Las lágrimas nublan mi visión y ruedan por mis cachetes antes de que pueda detenerlas. Presiono una mano temblorosa contra mi boca, abrumada. Se ve igual que antes, pero mejor. Vivo. Despierto. Y, aun así, hay algo en su expresión que me provoca una punzada de inquietud.

—Noah —susurro, con la voz temblorosa.

No responde de inmediato. Su ceño se frunce levemente, como si el nombre le resultara desconocido. Mi corazón se contrae, y el destello fugaz de esperanza se ve amenazado por una sombra de duda.

Pero sus labios se separan y habla. Su voz es ronca, áspera por la falta de uso.

—Hola.

Esa única palabra lo es todo y nada al mismo tiempo. Es él. Está aquí. Pero la forma en que habla—titubeante, insegura—hace que mi estómago se retuerza.

Doy un paso más cerca, mis lágrimas cayendo con más fuerza.

—Estás despierto —logro decir, como si decirlo en voz alta lo hiciera más real.

Parpadea, su expresión se suaviza, pero aún hay una pizca de confusión en sus ojos.

—Sí... supongo que sí.

Su voz, su presencia... es un milagro. Pero la manera en que me mira, como si fuera una extraña, hace que un nudo de ansiedad se forme en mi pecho.

—¿Quién eres? —pregunta Noah, su voz es suave, pero cargada de genuina confusión.

Mi corazón se hunde.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, aunque ya temo la respuesta.

—No recuerdo nada —dice, frunciendo el ceño—. Supongo que me llamo Noah porque así me llamaste, pero aparte de eso... no sé nada.

—¿De verdad? —El pánico empieza a subir por mi pecho, pero me obligo a mantener la calma—. Déjame llamar al médico, él sabrá

qué está pasando.

Él sacude la cabeza levemente, una sonrisa tímida curvando sus labios.

—Está bien. Estuvo aquí hace un rato y me dijo que la pérdida de memoria es normal después de lesiones como la mía. Dijo que podría tardar días o incluso semanas en regresar.

Su voz se suaviza, su expresión es casi de disculpa.

—Lo siento, pero no sé quién eres.

Sus palabras me atraviesan el pecho como un puñal. Trago con dificultad, tratando de disipar el nudo que se forma en mi garganta. No puedo creer que no me recuerde. Mi corazón late demasiado rápido y me cuesta respirar, luchando por contener el pánico que amenaza con desbordarse.

Doy un paso atrás. Necesito salir de aquí. Necesito perder el control donde él no pueda verme. No quiero que Noah se preocupe.

—Dame un segundo —susurro antes de darme la vuelta y salir de la habitación.

—Espera, no te vayas. ¿Estás bien? —Suena preocupado.

—Estoy bien. Es solo que... esta noticia me ha sacudido y necesito un momento para pensar y calmarme. —Intento sonreír, pero mi corazón sigue acelerado.

—Entiendo que debe ser extraño que no recuerde nada, pero no quiero que te vayas. Siéntate y dime tu nombre.

La forma en que lo dice—tan tranquilo—de alguna manera me reconforta. No puedo desmoronarme ahora. Noah me necesita, y tengo que mantenerme firme. Lo miro y asiento antes de acercarme a su cama y sentarme en la silla que había dejado vacía hace un rato.

—Soy Josy.

—Josy —repite, como si probara el nombre en su lengua. Una sonrisa se extiende en su cara, marcando unas leves patas de gallo en las comisuras de sus ojos. A pesar del dolor y la desorientación reflejados en él, la sonrisa lo hace lucir juvenilmente encantador.

—Esto puede sonar demasiado atrevido, considerando que acabo de conocerte —dice con una leve picardía en su voz—, pero... por casualidad, ¿eres mía?

Sus palabras me toman por sorpresa, y río sin poder evitarlo. Parece genuinamente curioso, con las cejas ligeramente levantadas mientras espera una respuesta. Decido seguirle el juego y muevo mi cabeza de lado con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir? —lo desafío.

—¿Eres mi novia? ¿Mi esposa? —aclara, con la mirada fija en la mía.

Alzo una ceja.

—¿Qué te hace pensar que podría ser tuya? ¿Y si soy tu prima? ¿O tu hermana?

Él hace una mueca y se recuesta contra la almohada, rascándose la barba mientras piensa.

—Eso sería una verdadera lástima —dice finalmente, con una sonrisa avergonzada—, porque eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Cuando te vi entrar llorando, por un momento, pensé que debías ser mía.

Niego con la cabeza y río suavemente.

—Oh, ¿así que si fuera tu prima o tu hermana no lloraría después de que has estado inconsciente los últimos ocho días?

—Bueno... —Se detiene, y una expresión de realización cruza su rostro—. Sí, supongo que lo harías. —Se ríe, pasándose los dedos por su cabello despeinado—. Está bien, tienes razón.

Por un momento, la tensión entre nosotros se disipa, dejando espacio para un poco de ligereza. Lo observo con atención, registrando cada expresión, cada movimiento, como si intentara reconstruir al hombre que conozco a partir de los fragmentos que él aún no recuerda.

Lo miro durante unos segundos, la parte juguetona de mí queriendo seguir con la broma. Pero su expresión sincera, mezclada con la vulnerabilidad en sus ojos, me hace ceder.

—Lo siento —digo en voz baja, con una leve sonrisa—. Estaba bromeando. Soy tu novia.

El alivio y algo parecido al triunfo iluminan su rostro. Su sonrisa se ensancha, llenando la habitación con una calidez que no me había dado cuenta de cuánto extrañaba.

—Sabía que tenías que ser alguien especial para mí —dice con seguridad.

Entonces, sus ojos bajan a mi vientre, y su expresión cambia a asombro y curiosidad.

—¿Puedo asumir que el bebé que llevas también es mío?

Asiento, llevando instintivamente una mano a mi barriga. El gesto ya se siente natural, un hábito formado tanto por emoción como por consuelo.

—Sí —digo suavemente—. Esta de aquí es nuestra bebé, Everly. Tengo seis meses de embarazo. Nacerá el 16 de junio. ¿Te suena familiar algo de esto?

—No, no me suena, pero, para ser honesto, no me sorprende que seas mi novia. —Noah muestra una gran sonrisa antes de continuar—. Everly —repite, probando el nombre con una pequeña sonrisa—. Me gusta.

Su frente se frunce cuando otro pensamiento cruza por su mente.

—Y... ¿no estamos casados?

—Debería gustarte el nombre, tú lo escogiste —digo, negando con la cabeza—. Y no, no estamos casados. De hecho, empezamos a salir oficialmente el día antes de tu accidente.

Sus ojos se abren con sorpresa.

—¿En serio? ¿Por qué?

Exhalo, una mezcla de diversión e incredulidad llenándome mientras me preparo para contar la historia.

—Es… complicado. Pero te lo voy a explicar.

Me acomodo en la silla junto a su cama, inclinándome un poco hacia adelante y dejando mi mano descansar en el borde de la cama. Noah me observaba con atención, su mirada fija en mí mientras le cuento cómo nos convertimos en padres y en pareja oficialmente.

—Pero luego —dije, sintiendo mis cachetes calentarse un poco—, hubo un día… bueno, digamos que las cosas pasaron antes de que realmente nos diéramos cuenta de lo que estaba ocurriendo. Y unas semanas después, descubrí que estaba embarazada. Eso me obligó a tener una conversación que había estado evitando.

Él mueve la cabeza de lado a lado, una sonrisa traviesa asomándose en sus labios a pesar de la seriedad de la historia.

—¿Así que accidentalmente hicimos un bebé antes de empezar a salir?

Solté una risa y asentí.

—Más o menos. Pero no fue tan simple. Fuiste increíble, Noah. No huiste ni entraste en pánico. Me dijiste que querías estar ahí para mí, para el bebé, para nosotros. Y aunque me tomó un tiempo superar mis propios miedos y mi terquedad, al final me di cuenta de algo.

—¿De qué? —pregunta, su voz más suave ahora.

—Que te amo —digo sin pensar, sintiendo cómo mi corazón se encoge bajo el peso de todo lo que hemos pasado—. Te amo por lo paciente que eres conmigo, por cómo has estado presente cada día, sin importar qué. Luchaste por nosotros, incluso cuando yo tenía demasiado miedo para hacerlo.

Sus ojos se suavizan y su mano se mueve levemente sobre la cama, como si quisiera alcanzarme, pero no está seguro de si debe hacerlo.

—Y el día antes de tu accidente —continuo, mi voz temblando un poco—, finalmente te dije como me sentía. Entonces comenzamos nuestra relación oficial. Y ahora, aquí estamos.

El silencio cae entre nosotros, cargado con la verdad de cuánto ha cambiado todo en tan poco tiempo.

Finalmente, Noah habla, su voz tierna.

—Bueno —dice, sus labios curvándose en una pequeña sonrisa—, puede que no recuerde nada de eso, pero suena a que soy un tipo con mucha suerte.

Una carcajada escapa de mis labios antes de que pueda evitarlo. Incluso ahora, este hombre tiene la extraña habilidad de hacerme reír en los momentos más inesperados.

—¿Tú crees? —pregunto con un destello de diversión en los ojos.

—Cien por ciento seguro —afirma con convicción—. Si lo que me cuentas es cierto, entonces luché por estar contigo… y claro que lo hice. Viéndote ahora, con lo hermosa que luces llevando a nuestro bebé, habría sido un pendejo si no lo hubiera hecho. Lo único que

creo que hice mal fue esperar tanto para hacerte mía. Ese Noah era un sendo pendejo. ¿Dejar que pasaran diez años? Increíble.

No pude evitar reír de nuevo.

—Pues créelo. Fuiste así de estúpido —digo con una risita.

Él sonríe, negando con la cabeza.

—Me alegra haber dejado de ser estúpido y darme cuenta de que eras la indicada. Tal vez hacerte un bebé primero no fue la manera más convencional, pero si eso fue lo que se necesitó para tenerte en mis brazos, no me quejo.

—Estás loco —susurro, mi voz temblando mientras extiendo la mano y la coloco sobre la suya.

Mi risa se desvanece tan rápido como había llegado, reemplazada por el nudo en mi pecho.

—Pero en serio, me alegra tanto que estés despierto.

Trago con dificultad, tratando de contener mis emociones, pero siento que mi corazón se rompe en pedazos. No me recuerda. El pensamiento me atraviesa como un cuchillo, dejando en mi un vacío insoportable. Pero está aquí. Está vivo. Y eso tiene que ser suficiente.

Aprieto su mano con fuerza, como si al sostenerlo pudiera recuperar todo lo que hemos perdido.

—Aunque nunca recuperes la memoria, solo quiero que sepas que soy feliz porque estás aquí —mi voz se quiebra, pero sigo—. Ahora que por fin tenemos esta oportunidad, no quiero desperdiciarla. No quiero perderte… no otra vez.

Un suspiro tembloroso escapa de mis labios y fuerzo una sonrisa, aunque las lágrimas amenazan con caer.

—Estamos en esto juntos. Aunque eso signifique recordarte cada pequeño detalle de nuestra historia, lo haré. Te la contaré cuantas veces sea necesario. Y si tus recuerdos nunca regresan… entonces crearemos nuevos recuerdos.

Su sonrisa se vuelve grande y asiente con la cabeza.

—Quiero recordar. De verdad que sí.

—Lo harás —digo con determinación.

Un pensamiento cruza por mi mente y aprieto ligeramente su mano.

—Por cierto, debería llamar a tus padres y a tus amigos. Llegarán pronto, y han estado muy preocupados por ti.

—Está bien —dice con una suave risa—. No puedo esperar a conocerlos.

Sus palabras me encogen el corazón, un recordatorio agridulce de todo lo que hemos perdido y de todo por lo que aún tenemos que luchar. Pero en este momento, decido enfocarme en su sonrisa, en su calor y en la esperanza de que saldremos adelante juntos.

Capítulo Treinta Y Siete

Noah

Los dolores de cabeza no han sido tan fuertes hoy. Y, por primera vez desde el accidente, siento que puedo pensar con claridad, lo cual es un alivio. Desde que me dieron el alta del hospital hace dos semanas, he estado descansando en la cama de Josy, dejando que mi cuerpo se recupere poco a poco. Los moretones que antes me cubrían han comenzado a desvanecerse, y aunque aún no me muevo con total facilidad, me siento más fuerte cada día.

¿Los recuerdos? Siguen perdidos en mi cabeza. Cada momento despierto, intento aferrarme a los bordes de mi pasado, pero nada ha vuelto. Josy ha hecho todo lo posible, mostrándome fotos de lugares del pueblo, contándome historias, incluso llevándome a sitios que, según ella, solía frecuentar. Pero es como mirar la vida de otra persona. Nada despierta el más mínimo destello de reconocimiento.

Mi mamá está convencida de que mis recuerdos volverán pronto. Tiene tanta seguridad de que va a pasar, y la amo por eso, pero no puedo evitar la preocupación que ha ido creciendo dentro de mí. ¿Y si nunca recuerdo? ¿Y si el hombre que solía ser se ha ido para siempre?

Necesito recordar. No solo por mí, sino por las personas a mi alrededor. Mi trabajo es un gran signo de interrogación en mi mente. ¿Qué pasa si no recuerdo cómo hacerlo? ¿Qué clase de contratista se supone que soy si no sé ni un carajo de mi oficio? Esteban ha sido paciente, y le estoy agradecido por eso. Me ha prometido que, si es necesario, me enseñará todo otra vez desde cero. Sus palabras

alivian un poco la ansiedad, pero no puedo sacudirme la sensación de que, de alguna manera, lo he defraudado.

Hoy, recién duchado y vestido, estoy esperando a que Austin y Esteban vengan a buscarme. Insistieron en llevarme de pesca, un pasatiempo que, según ellos, solía encantarme. Al parecer, era bueno en ello también, pero ya veremos. Josy me dijo que la salida podría ayudar a que recupere la memoria, aunque no me hago ilusiones. Aun así, me entusiasma salir de la casa y hacer algo diferente a solo descansar.

El aire fresco y el sonido del agua corriendo entre las rocas suenan prometedores, aunque mis recuerdos no regresen. Al menos, podré pasar tiempo con dos personas que parecen conocerme bien. Tal vez escuchar sus historias me ayude a reconstruir quién solía ser. O quizá me recuerde quién soy ahora.



Estamos sentados en sillas de playa bajo un árbol, con las cañas de pescar en mano y el sonido del arroyo fluyendo de fondo. Los muchachos han sido geniales, tratando de incluirme en su conversación, aunque no tengo mucho que aportar. Austin incluso me ayudó a lanzar la línea, ya que sigo con un yeso en un brazo. Hasta ahora, ha sido un día relajante, incluso si la mayor parte del tiempo solo estoy escuchando.

—Noah, ¿cómo van las cosas con Josy? —pregunta Austin, lanzándome una mirada.

—Creo que bien —respondo, recostándome en la silla—. Entiendo totalmente por qué me enamoré de ella. Es hermosa, claro, pero su personalidad es increíble. Es divertida, honesta y ha sido muy paciente conmigo. ¿Es posible enamorarse de alguien por segunda vez?

Austin sonríe.

—Yo diría que es totalmente posible. Solo estás redescubriendo todas las razones por las que te enamoraste de ella la primera vez.

Esteban asiente con la cabeza.

—Noah, eso es increíble. ¿Quién más puede decir que se ha enamorado de la misma persona dos veces? Toda está mierda por la que están pasando es como un cuento de hadas, pero lo que ustedes tienen es real.

—Sí —coincido con una sonrisa—. Se siente real.

Esteban sonríe con picardía.

—Me parece increíble que tú y Austin estén bien enchulao's. Austin con su Violeta y tú con tu adorable cariño. Como le sueles decir a Josy.

Austin rueda sus ojos, pero se ríe, mientras yo me uno con una carcajada. Pero cuando Esteban dice "cariño", algo cambia. La palabra desencadena una sensación cálida y, de repente… ¡BAM! Como un tren de carga, un dolor de cabeza fulminante me golpea de lleno. Suelto la caña de pescar y llevo las manos a mi cabeza, doblándome mientras el dolor explota detrás de mis ojos.

—¡Puñeta! —grito, con la voz quebrándose.

—¿Qué pasa? —pregunta Austin, con evidente pánico en su tono.

No puedo responder. Me zumban los oídos, la visión se me nubla y el dolor en mi cabeza es como si alguien estuviera golpeándome con un mazo. Las lágrimas caen sin que pueda detenerlas, y justo cuando creo que no puedo soportarlo más, los recuerdos me golpean.

Uno tras otro, pasan por mi mente en un torbellino caótico: Josy, su sonrisa, la forma en que me mira, el día que me dijo que estaba embarazada, el accidente… todo. Es abrumador. Y luego, tan repentinamente como empezó, el dolor se desvanece hasta convertirse en un latido sordo. Tomo una respiración temblorosa, suelto mi cabeza y parpadeo, mirando a mis amigos.

—Voy a llamar a una ambulancia. Esto no es normal —dice Austin, ya sacando su teléfono.

—No —logro decir, levantando una mano para detenerlo. Mi voz es temblorosa, pero firme—. Estoy bien.

Austin y Esteban me miran como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—Cabrón, nos diste un susto hijo de puta —dice Esteban, con los ojos bien abiertos.

Empiezo a reír—una risa fuerte, incontrolable, mezclada con lágrimas—, y los dos se inclinan hacia atrás, completamente desconcertados.

—¿Estás llorando o riéndote? —pregunta Austin, frunciendo el ceño.

—Recuerdo —digo entre carcajadas—. Lo recuerdo todo.

—¿En serio? —pregunta Esteban, inclinándose hacia adelante en su silla.

Asiento, todavía riendo y limpiándome la cara—. Sí. Dijiste "cariño" y me sonó tan familiar que me hizo recordar… todo. Y entonces, los recuerdos simplemente regresaron de golpe.

—¡Eso es increíble! —dice Austin, dándome una palmada en la espalda.

Esteban sonríe, recostándose en su silla con una expresión satisfecha—. Bueno, si ya recuperaste la memoria, creo que es el momento perfecto para preguntarte algo… ¿De verdad amarramos una piñata con cinta al techo de tu guagua y la paseamos por todo el pueblo mientras sonaba "La Cucaracha", o solo fue uno de mis sueños raros?

Vuelvo a soltar una carcajada, el sonido resonando entre los árboles—. Oh, definitivamente hicimos eso.

—¿Y qué hay de la vez que Austin tuvo que ser la mascota de la escuela y se cayó frente a todo el mundo? —pregunta Esteban, con una sonrisa maliciosa, mirando a Austin.

—Enserio, cabrón… —gime Austin, cerrando los ojos—. Noah, de verdad espero que no recuerdes eso.

Sonrío —. No, lo recuerdo perfectamente. Cómo caíste de cara al piso, derramaste todo el Gatorade y arruinaste por completo los zapatos blancos de las porristas.

Esteban levanta el puño en el aire—. ¡Lo sabía! Eso fue una obra maestra.

Austin gime, sacudiendo la cabeza—. Ustedes son unos cabrones.

—Tal vez —digo, mirándolos a ambos con una sonrisa—, pero no lo cambiaría por nada. Ahora voy a sorprender a Josy con la noticia.

—¿De verdad? ¿Cuál es el plan? —pregunta Austin, inclinándose hacia adelante.

—Oh, tengo una gran idea —dice Esteban, con una sonrisa tan amplia que parece criminal—. Primero, pasamos por TJ Maxx. Te compramos un par de calzoncillos sexys, algo bien picante. Luego, conseguimos flores y chocolates. Te dejamos en casa de Josy, y tú le preparas una cena romántica. Te das una ducha, te afeitas, te echas un poco de colonia. Y cuando ella llegue, la recibes con la comida y… los regalos.

Parpadeo, mitad riendo, mitad horrorizado—. ¿Calzoncillos sexys? ¿De qué tipo, exactamente?

—Oh, he visto unos boxers con elefantes al frente —dice Esteban, con los ojos brillando de diversión—. La trompa… bueno, digamos que es funcional.

Austin gime más fuerte, cubriéndose la cara con las manos—. ¿Por qué sigo juntándome con ustedes?

Me río, negando con la cabeza—. ¿Sabes qué? El resto del plan suena bien. Josy ha estado cuidando de mí sin parar estas últimas tres semanas. Es hora de que haga algo lindo por ella. Pero hasta aquí llego con lo de los calzoncillos de elefante.

—Pendejo —dice Esteban, sonriendo.

—Valía la pena intentarlo —murmura Austin, sacudiendo la cabeza.

—Está bien —dice Esteban, haciéndonos un gesto para que lo dejemos hablar—. Pero escuchen esto: bóxers con personalidad. Como los míos con temática de Doritos. Cada vez que me los pongo, le digo a las chicas: "Si quieres un pedazo de mi Dorito, solo tienes que darle un mordisco". —Termina con un guiño y un ridículo movimiento de cejas.

Austin lo mira, inexpresivo.

—¿Cómo se te ocurren estas mierdas?

—Y lo que más me intriga... ¿cómo es que estas cosas realmente funcionan con las mujeres? —Honestamente, me lo he preguntado por años.

—Soy un genio creativo —declara Esteban, abriendo los brazos como si acabara de descubrir la cura para el cáncer.

Los tres estallamos en carcajadas, el sonido resonando entre los árboles. Miro mi reloj y noto la hora.

—Si salimos ahora, puedo llegar y tener todo listo antes de que Josy regrese de la cafetería.

—Vámonos —dice Austin, y rápidamente recogemos todo y nos ponemos en marcha.



Coloco las flores en el centro de la mesa y doy un paso atrás para admirar mi trabajo. Los filetes están reposando en la encimera, las papas y el mac and cheese están perfectamente servidos en los platos, y la mesa está arreglada con velas que parpadean suavemente. Un ligero aroma a ajo y hierbas flota en el aire. Es acogedor, romántico, y todo lo que Josy se merece después de estas semanas cuidándome.

Justo cuando estoy ajustando una de las servilletas por centésima vez, escucho el sonido de las llaves en la puerta.

Cuando Josy entra, sus ojos se abren de par en par.

—¿Noah? —Su mirada salta de la mesa a mí, aún sosteniendo su bolso.

—Bienvenida a casa —digo, con una sonrisa que se extiende por mi cara.

Se lleva una mano a la boca y parpadea, sus ojos brillando.

—¿Hiciste todo esto?

Asiento.

—Sorpresa.

Deja caer su bolso junto a la puerta y camina hacia mí, sus ojos recorriendo la habitación como si tuviera miedo de que desapareciera.

—Noah, esto es… wow. ¿Tú cocinaste?

—Steak, papas y mac and cheese —digo, tirando de su silla con una pequeña reverencia—. Solo lo mejor para ti.

Josy suelta una risa suave, negando con la cabeza como si no pudiera creerlo, y se sienta.

—No tenías que hacer todo esto.

Tomo el asiento frente a ella, apoyando las manos en el borde de la mesa.

—Quería hacerlo. Has estado haciendo mucho por mí. Ya era hora de que yo hiciera algo por ti.

Sonríe, alcanzando su servilleta, pero aclaro la garganta, deteniéndola.

—Hay algo más —digo, inclinándome un poco hacia adelante.

Su ceño se frunce, la curiosidad encendiéndose en sus ojos.

—Me acuerdo de todo.

Su mano se congela, dejando caer la servilleta sobre su falda.

—¿Qué?

—Todo —repito, con una sonrisa aún más grande—. Tú. Nosotros. El accidente. Hoy, todo volvió de golpe.

Sus labios se separan, y por un momento, solo me mira. Luego se levanta de un salto, rodeando la mesa y lanzándose a mis brazos.

—¡Dios mío, Noah! ¿Hablas en serio?

Suelto una risa, abrazándola con fuerza.

—Completamente.

Se aparta lo justo para mirarme a los ojos, su rostro iluminado por una felicidad pura.

—¡Esto es lo mejor que podía pasar! Pero espera… dime, ¿qué es lo que más amo en este mundo? —Josy sonríe con picardía.

No puedo evitarlo, me río fuerte.

—Mi cuerpo. —Me señalo y flexiono un músculo.

Josy suelta una carcajada, el sonido tan contagioso que no puedo dejar de sonreír. Me encanta verla así. La atraigo más cerca, y su risa se apaga cuando nuestros ojos se encuentran.

—Pensé en celebrarlo preparándote la cena —digo, apartando un mechón de cabello de su cara.

Vuelve a reír, con un sonido tan lleno de alivio y felicidad que me aprieta el pecho.

—Eres increíble. De verdad.

—Tuve ayuda —admito con una sonrisa—. Esteban y Austin fueron de mucha ayuda.

Arquea una ceja.

—¿Ayuda, eh? ¿Qué hicieron?

Sonrío, levantándome y guiñándole un ojo.

—Te lo contaré después de la cena. Solo diré que puede que haya comprado bóxers con personalidad.

Su risa llena la habitación, envolviéndola con su calidez.

Mientras nos sentamos a cenar, no puedo evitar sentir que, por fin, todo está en su lugar.

Capítulo Treinta Y Ocho

Josy

Noah ha recuperado sus recuerdos, y yo todavía estoy asimilando la noticia. No puedo dejar de sonreír, con el corazón ligero y rebosante de felicidad. La cena estuvo deliciosa. Simple, pero perfecta, como Noah.

Cuando terminamos de comer, comienzo a recoger los platos, pero Noah me detiene, colocando suavemente su mano sobre la mía.

—No hagas eso. Yo me encargo. Has estado haciéndolo todo por mí estas últimas semanas. Esta noche es para ti.

—Noah, no tienes que...

—Quiero hacerlo —me interrumpe, poniéndose de pie y tomando los platos de mis manos para dejarlos sobre la mesa otra vez—. Ahora quiero que tomes un baño. Relájate. Yo me ocupo de esto.

Dudo por un momento, pero la mirada en sus ojos no deja espacio para discusión.

—Está bien —digo, dejando el último de los cubiertos sobre la mesa.

Noah extiende su mano, y la tomo sin pensarlo, dejando que me guíe por el pasillo hasta mi habitación. Su tacto es cálido y reconfortante, y no puedo evitar sentirme emocionada por el cuidado que está teniendo conmigo.

Cuando entramos al baño, me paro en seco. La suave luz de las velas ilumina la habitación, reflejándose en las paredes y

envolviendo el espacio en un resplandor dorado. La bañera está medio llena de agua, y un leve aroma a lavanda flota en el aire.

—¿Tú hiciste todo esto también? —pregunto en un susurro.

Él sonríe y se inclina para besarme en la sien.

—Te lo mereces —responde con sencillez mientras camina hacia la bañera para abrir el grifo—. Solo unos minutos más para llenarla, y estará lista.

Noah se gira hacia mí, con la mirada suave e intensa.

—Mientras tanto —murmura, deslizando sus manos hasta el dobladillo de mi camisa—, deja que te ayude a estar más cómoda.

Levanta mi camisa lentamente, sus dedos rozando mi piel al subirla por mi torso. Un escalofrío me recorre, no por el frío, sino por la ternura de su caricia.

Cuando me la quita, miro hacia abajo, sintiéndome un poco cohibida con el sostén deportivo que llevo puesto.

—No es precisamente sexy —digo con una risa nerviosa.

Noah niega con la cabeza, sus ojos atrapando los míos con una intensidad que me deja sin aliento.

—Eres hermosa —dice, con voz baja.

Se arrodilla frente a mí, deslizando sus manos por mis costados hasta la cintura de mis leggings. Con un movimiento pausado, me los baja junto con mi ropa interior, dejándome desnuda mientras su mirada me recorre con reverencia.

Cuando se levanta, roza mis labios con un beso suave, sus manos descansando en mis caderas.

—La bañera ya está lista —dice, girándose para cerrar el agua.

Entro en la bañera, hundiéndome en el agua caliente y dejando escapar un suspiro de satisfacción cuando el calor me envuelve.

—Relájate —susurra, arrodillándose junto a la orilla de la bañera y apartando un mechón de cabello de mi cara—. Te lo ganaste. Has estado cuidando de mí durante semanas.

Me inclino hacia su toque.

—Y ahora es mi turno de cuidar de ti —añade, con tanto amor en su voz que me deja sin palabras.

Presiona un beso en mi frente antes de ponerse de pie.

—Regreso en un rato. Solo relájate y disfruta.

Lo observo salir del baño, con el corazón latiendo fuerte de gratitud y amor. La luz titilante de las velas y el calor envolvente del agua parecen la metáfora perfecta de lo que somos: constantes, reconfortantes y llenos de promesas.

Me hundo un poco más en la bañera, dejando que el aroma a lavanda disuelva la tensión en mi cuerpo. Cierro los ojos, saboreando este momento de paz y tranquilidad.

Minutos después, escucho la puerta crujir al abrirse. Al levantar la vista, encuentro a Noah apoyado en el marco de la puerta, con un hombro recargado con naturalidad mientras me observa.

—¿Qué? —pregunto, con una sonrisa suave.

—Nada —responde, con voz baja y cálida—. Solo admiro lo hermosa que eres.

El calor sube a mis cachetes cuando él entra por completo en el baño, la suave luz de las velas resaltando las líneas definidas de su rostro.

—¿Vas a entrar al agua? —pregunto, inclinando la cabeza hacia el agua. La bañera es lo suficientemente grande para los dos.

—Sí —responde sin dudarlo, quitándose la camiseta negra y arrojándola a un lado.

Mis ojos recorren su cuerpo, memorizando cada detalle de su torso tonificado y los leves moretones que aún se desvanecen en sus costillas. Su cuerpo es una obra de arte, marcado solo por las señales de sus heridas recientes, y aún así, incluso esas lo hacen más hermoso.

—Si sigues mirándome así —bromea Noah, su voz bajando de tono—, podría hacer otra cosa.

Me guiña un ojo mientras engancha los pulgares en sus joggers y los desliza hacia abajo en un solo movimiento fluido.

Pero es la vista de sus boxers lo que me deja congelada. Tela amarilla brillante con un único, Cheeto picante estampado justo en el frente donde va su pene.

Intento, de verdad intento contenerme. Pero la risa burbujea dentro de mí y es imposible de reprimir.

Noah lo nota al instante y sonríe, su expresión arrogante iluminándole la cara.

—¿Qué es tan gracioso?

—Lo siento —digo entre risas, señalando sus boxers con un gesto de la mano—. ¿Esto... esto es lo que Esteban te convenció de comprar?

—No solo me convenció —responde con una expresión exageradamente seria—. Me dijo que serían "icónicos".

Luego, con una sonrisa traviesa, da un paso más cerca.

—Así que estaba pensando…

Inclino la cabeza, esperando a que termine.

—¿Quieres un mordisco de mi Flaming Hot Cheeto?

Me muero. Mi risa resuena en las paredes del baño mientras las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos. Noah se une, su profunda y cálida carcajada llenando el espacio a nuestro alrededor.


Flamin' Hot

Cuando finalmente recuperamos el aliento, Noah no ha terminado. Toma su teléfono, desliza el dedo por la pantalla por un momento y luego presiona algo. Un ritmo de reguetón familiar inunda la habitación, y al instante reconozco la canción.

—¿Ese es Bad Bunny? —pregunto, arqueando una ceja.

—Sí —responde Noah, sonriendo mientras empieza a bailar.

—Noah —gimo, riendo ya cuando comienza a mover las caderas al ritmo—. ¿Por qué esta canción?

—Sugerencia de Esteban —dice entre movimientos—. Juró que "pondría el mood perfecto".

—¿Y tú le hiciste caso a Esteban?

—Por supuesto. Sabes que los consejos de Esteban son oro puro. Igual que estos boxers.

Mueve las caderas, sacude los hombros y hasta da un pequeño giro, todo mientras los absurdos boxers amarillos con el Cheeto picante rebotan al ritmo de la música.

Me aferro al borde de la bañera, riendo tan fuerte que me duele el estómago.

—¡Noah, para! —logro decir entre carcajadas.

Él sonríe aún más, girándose para sacudir dramáticamente las nalgas en mi dirección.

—¿Segura? ¿No quieres que siga bailando solo para ti?

—¡No! —jadeo, tratando de recomponerme, aunque mis cachetes ya me duelen de tanto reír.

Noah finalmente se detiene, recuperando el aliento mientras se agacha junto a la bañera, su rostro aún iluminado por la diversión.

—Misión cumplida. Estás sonriendo.

Extiendo la mano para acariciar su mejilla, dejando que mi risa se convierta en un suave y feliz suspiro.

—Eres ridículo, ¿lo sabías?

—Solo por ti —dice, inclinándose para besarme.

Y, como si nada, la risa se disuelve en algo más callado, algo más profundo.

Noah se quita sus icónicos boxers con una sonrisa y entra en la bañera detrás de mí. Me reclino contra su cuerpo, dejándome envolver por el calor del agua y su presencia. El ritmo constante de

su corazón contra mi espalda me tranquiliza, anclándome en este momento.

Sus manos encuentran mis costados, acariciándome con suavidad, y no puedo evitar suspirar ante la presión relajante. Se inclina hacia mí, rozando con sus labios el punto sensible en mi cuello que conoce tan bien. El contacto deliberado de su boca envía escalofríos recorriéndome la piel, y muevo la cabeza para darle mejor acceso.

—Relájate —susurra, su voz vibrando suavemente contra mi piel.

Suelto otro suspiro, cerrando los ojos mientras sus manos se deslizan con intención, de mis costados hasta mi vientre. Su toque es firme y tierno, cada movimiento pausado y deliberado, como si tuviera todo el tiempo del mundo para explorar cada rincón de mí.

Cuando su mano cubre mi pecho, dejo escapar un gemido suave. Han estado tan sensibles últimamente que su toque se siente como un alivio y una tortura a la vez. Me acaricia con lentitud, sus pulgares rozando mis pezones en un movimiento que me deja sin aliento.

—Noah —susurro, mi voz cargada de necesidad—. Necesito más.

Sus labios se deslizan hasta el otro lado de mi cuello, dejando besos suaves que hacen que mi cuerpo entero hormiguee.

—Te daré más, cariño —murmura contra mi piel, su voz como una promesa.

Su mano libre, la que no lleva el yeso, desciende lentamente, separando mis piernas bajo el agua con gentileza. Sus dedos encuentran mi centro, provocándome con caricias lentas y calculadas. El primer roce envía una descarga de placer por todo mi cuerpo, y jadeo, aferrándome a los bordes de la bañera mientras mi cuerpo responde instintivamente a él.

—Déjate llevar —susurra, su voz suave.

Cuando sus dedos se deslizan dentro de mí, no puedo contener el gemido que escapa de mis labios. El ritmo constante de sus movimientos me hace perder el control más rápido de lo que esperaba. Mi cuerpo se arquea contra el suyo, rindiéndose por completo a su toque.

No tarda mucho. Con unos cuantos movimientos precisos de sus dedos, la presión dentro de mí crece hasta romperse. El placer me golpea como una ola imparable, y grito su nombre, agarrándome de sus muslos mientras mi cuerpo tiembla con la intensidad del momento.

—Ese es uno —susurra Noah en mi oído, su tono impregnado de satisfacción y picardía—. Faltan unos cuantos más.

Epílogo

Noah

Escucho que alguien me llama. Suena lejano, como si me arrastrara desde lo más profundo del sueño. Luego, una mano presiona mi hombro, sacudiéndome. Al principio es un roce suave, pero la urgencia en el toque enciende mi cerebro de golpe.

—Noah —la voz de Josy está tensa, impregnada de miedo.

Mis ojos se abren de golpe y me giro para mirarla. La tenue luz de la luna filtrándose por las cortinas ilumina su rostro, y lo que veo hace que el corazón se paralice.

Sus ojos están muy abiertos, brillando con pánico.

—¿Qué pasa? —Mi voz se quiebra mientras me siento de golpe, la adrenalina disparándose por mis venas.

Josy traga con dificultad, sus labios temblando cuando susurra:

—Creo que acaba de romperse mi fuente.

Por un instante, mi cerebro deja de funcionar. Luego, entro en acción.

Parpadeo, mis ojos tan abiertos que siento que van a salirse de mis órbitas.

—Tu fuente... ¿Qué? ¿Ahora?

Josy asiente, sus manos sujetando su vientre mientras su respiración se acelera.

Me apresuro a encender la lámpara de la mesita de noche, inundando la habitación con luz. Mi mirada salta a la cama y, efectivamente, las sábanas están empapadas.

—Mierda —digo, quitando las cobijas de un tirón—. Okay. Todo está bien. Lo tenemos bajo control. Lo tengo bajo control.

Salto de la cama, apenas tocando el suelo mientras corro por la habitación, agarrando lo primero que mi cerebro en pánico puede procesar: su bolso del hospital, mis llaves, mi teléfono. Casi tropiezo con mis propios zapatos en el proceso.

—¡Noah! —La voz de Josy me hace detenerme en seco.

Me giro para verla. Está sentada en la cama, con una mano aferrada al borde, su rostro todavía tenso por la preocupación, pero con un destello de diversión en sus ojos al ver mi desastre.

—¿Puedes vestirte y luego ayudarme a hacer lo mismo? No podemos llegar al hospital así —dice, señalando su pijama mojado y luego mi cuerpo.

Bajo la mirada y me doy cuenta de que solo llevo puestos los boxers.

—Oh. Cierto. Sí. Por supuesto.

Me apresuro de vuelta a su lado, revolviendo en el cajón hasta encontrar algo cómodo para que se ponga. Mis manos tiemblan tanto que casi se me cae el vestido que agarro. Cuando Josy ya está lista, cruzo la habitación para sacar lo primero que encuentro: unos jeans y una camiseta del primer cajón que abro.

Agarro un par de medias y mis tenis antes de sentarme en el suelo para ponérmelos. Mis dedos tropiezan con los cordones mientras intento atarlos a toda prisa. Tan pronto termino, regreso junto a Josy para ayudarla a ponerse de pie.

Cuando la veo hacer una mueca de dolor, el pánico vuelve a encenderse en mi pecho.

—¿Estás bien? ¿Te duele? ¿Cada cuánto son las contracciones?

Josy niega con la cabeza, su voz tranquila a pesar de todo.

—Estoy bien por ahora. Pero deberíamos apurarnos.

Asiento, mi corazón golpeando contra mis costillas mientras la ayudo a vestirse. Mi mente está a toda marcha, repasando cada paso que tenemos que seguir. Llaves del carro. Bolso. Llegar al hospital. Llamar al doctor.

—Vamos a tener un bebé —digo en voz alta, dejando que la realidad me golpee de lleno.

Josy me mira entonces, y el miedo en sus ojos se transforma en algo completamente distinto. Su mano se alza para tocar mi mejilla, su voz suave.

—Sí. Vamos a tener un bebé.

Agarro su bolso del hospital, me lo cuelgo al hombro y la guío hacia la puerta, ayudándola a bajar las escaleras. Cada instinto dentro de mí grita que me apure, que vaya más rápido, pero me obligo a seguir su ritmo.

Cuando llegamos al carro, abro la puerta para Josy y la ayudo a subir antes de correr hacia el asiento del conductor.

—Aguanta —digo, encendiendo el motor y sujetando el volante con fuerza.

Josy suelta una risa suave, un sonido que alivia mis nervios alterados.

—Lo estás haciendo bien, Noah. Solo llévame sana y salva.

La miro de reojo, mi corazón hinchándose incluso en medio de todo este caos.

—Tú eres la que lo está haciendo increíble, Josy. Vamos a conocer a nuestra niña.

Miro el reloj en el tablero y veo que apenas es la una de la madrugada.

—¿Debería llamar a la doctora? ¿A Violeta? ¿A tu mamá? ¿A la mía? —le pregunto.

—Sí. Llama a la doctora primero, luego a mi mamá y a la tuya. Y por último a Violeta. Sé que todas querrán estar aquí cuando Everly llegue.

Asiento y empiezo a hacer las llamadas, con las manos temblorosas mientras intento manejar el teléfono. Una vez que he informado a todas las mujeres de nuestras vidas que estamos en camino al hospital, respiro hondo para calmarme y me concentro en la carretera.

El trayecto de cuarenta y cinco minutos se siente como una eternidad. Las contracciones de Josy llegan cada cinco minutos, y con cada una, mi pecho se aprieta. Odio verla con dolor, desearía poder hacer algo para aliviarlo. En su lugar, respiro con ella a través de cada oleada, esperando que le ayude, aunque sea un poco.

Cuando finalmente llegamos al hospital, estaciono lo más cerca posible de la entrada de urgencias.

—Espera aquí. Voy por una silla de ruedas —le digo antes de cerrar la puerta del carro.

Corro hasta la entrada y me dirijo directo al puesto de enfermería.

—¡Voy a tener un bebé! —exclamo, apenas recuperando el aliento.

La enfermera sonríe comprendiendo mi pánico, me señala una silla de ruedas y regreso apresurado a donde está Josy. Una vez que está acomodada, la empujo de vuelta a la sala de urgencias, donde la misma enfermera ya nos está esperando. Nos guía a través de un laberinto de pasillos hasta llegar a la sala de maternidad.

Las enfermeras trabajan rápido, trasladando a Josy a una habitación y preparándola. La ayudan a ponerse una bata de hospital y le colocan bandas en el vientre para monitorear al bebé. No pasa mucho tiempo antes de que un médico entre a revisar cuánto ha avanzado el trabajo de parto.

—Mamá, estás en cinco centímetros. Este bebé viene pronto. ¿Quieres la epidural? —le pregunta el doctor.

—Sí, por favor —responde Josy con una voz que mezcla determinación y agotamiento.

—De acuerdo, la ordenaré de inmediato y también llamaré a tu obstetra para ver qué tan lejos está del hospital —dice el médico antes de salir de la habitación.



Han pasado cinco horas y he tenido que ver a la mujer que amo soportar un dolor inimaginable. Se suponía que recibiría la epidural, pero el anestesiólogo aún no ha llegado. Josy se ha transformado de la mujer amorosa que conozco en una fuerza imparable. Es mitad guerrera, mitad monstruo.

Nuestras madres y Violeta están aquí, esperando ansiosas. La doctora ha estado revisándola cada hora, pero ahora, después de toda la espera, finalmente es momento de que empuje.

Sostengo una de sus manos entre las mías, apretándola suavemente, tratando de ofrecerle todo el apoyo que pueda.

—Lo estás haciendo increíble, Josy. Solo un poco más —le susurro, manteniendo mi voz tranquila a pesar del caos a nuestro alrededor.

Pero el monstruo dentro de ella vuelve a salir, y dirige su furia hacia mí.

—¡Noah, necesito que te calles! —grita entre jadeos.

—¡Esto es todo tu culpa! —grita, su voz elevándose con otra contracción.

—¿Por qué te dejé hacerme esto? —su voz se quiebra y un sollozo escapa mientras otra ola de dolor la sacude.

No me lo tomo a pecho. Sé que está sufriendo, y si pudiera, tomaría su dolor sin dudarlo. Pero ahora mismo, lo único que puedo hacer es quedarme a su lado y ser fuerte por ella.

Verla dar a luz, ver su fortaleza, es nada menos que un milagro. Está haciendo algo extraordinario, y me siento a la vez impotente y asombrado. La habitación está cargada de tensión, llena de llantos ahogados y las suaves palabras de aliento de las enfermeras. El tiempo parece estirarse, cada segundo arrastrándose con lentitud.

Después de lo que se siente como una eternidad, pero en realidad son solo cinco pujos, la habitación se llena con el sonido más increíble que he escuchado en mi vida: el llanto de nuestra bebé. Un alivio inmenso me invade mientras Josy se deja caer contra la cama, con lágrimas deslizándose por su rostro. No puedo apartar la vista del pequeño cuerpo retorciéndose sobre las manos de la enfermera. Es tan diminuta, con pelo oscuro y abundante, y una piel pálida y delicada. Mi pecho se aprieta cuando una ola de emociones me golpea de lleno.

Tan pronto como Everly es colocada sobre el pecho de Josy, deja de llorar. Como si supiera que, por fin, está con su mamá. Me inclino y beso el cachete de Josy, dejando mis labios allí por unos segundos, intentando asimilar este momento. Josy me mira con una sonrisa

enorme, y el monstruo de hace unos minutos ha desaparecido, dejando en su lugar a la mujer que amo. Su felicidad es contagiosa, y antes de darme cuenta, mis propias lágrimas empiezan a caer. Ella apoya su frente contra la mía y me limpia las lágrimas con su mano libre.

—Lo hiciste increíble, cariño —susurro. Con un dedo tembloroso, acaricio con suavidad la mejilla de Everly—. Es perfecta. Igual que tú.

Josy sonríe aún más, sin apartar la mirada de nuestra hija.

—Se parece a ti —dice con un tono de asombro.

—¿Tú crees? —pregunto, mirando de una a la otra.

—Sí. Mira su pelo y esos labios fruncidos. Y ni hablar de lo más obvio… es tan pálida como una hoja de papel. Toda igualita a su papá.

Ambos reímos en voz baja, una risa que mezcla agotamiento y pura felicidad. Nuestro momento se ve interrumpido por un repentino destello de luz. Al levantar la vista, veo a mi mamá, la mamá de Josy y Violeta llorando mientras sostienen sus teléfonos. Mi expresión debe decirlo todo porque mi mamá suelta una risita.

—Ustedes dos son adorables. No pudimos evitarlo. Necesitábamos inmortalizar este momento increíble —dice.

—Nos lo van a agradecer después. Grabé todo —añade Violeta, con la voz cargada de emoción.

—Gracias, Vi —dice Josy con genuino agradecimiento—. ¿Grabaste también el parto?

—Sí. Fuiste una campeona. Casi había olvidado lo duro que es dar a luz. Ahora tengo que prepararme mentalmente para cuando llegue el turno de este pequeño —dice Violeta, colocando una mano sobre su vientre.

—Cierto. Pero con suerte, tu epidural sí llegará a tiempo —responde Josy con una sonrisa burlona.

—Lo siento tanto que tuviste que pasar por todo eso —digo, sintiendo culpa en cada palabra.

—Valió la pena —susurra Josy, con la mirada fija en Everly. Su voz lleva una mezcla de cansancio y asombro que hace que mi corazón se hinche.

—Vamos a salir a hablar con todos los que están afuera. Han sido muy pacientes —dice la mamá de Josy, guiando a las demás fuera de la habitación y dejándonos solos.

Una vez que nos quedamos los tres, me siento en la cama junto a Josy y Everly, dejando que el peso del momento me abrace por completo.

—Te amo, Josy —digo con voz cargada de emoción. Luego me inclino y acerco mis labios al oído de Everly—. Y a ti también te amo, mi princesa.

Al escuchar mis palabras, los ojos de Everly se abren por primera vez. Su mirada se encuentra con la mía, y me impacta la profundidad de sus ojos oscuros. Son iguales a los de Josy.

—Mira esos hermosos ojos. Son tuyos, amor —digo, viendo cómo la sonrisa de Josy ilumina la habitación.

—Al menos eso sí lo sacó de mí —responde con una sonrisa.

Miro a Josy a los ojos, sintiéndome abrumado por todo lo que siento por ella. Presionando mi frente contra la suya, susurro:

—Cásate conmigo. Quiero pasar el resto de mi vida contigo y con Everly, y con cualquier otro bebé que podamos tener en el futuro. Siempre has sido tú la indicada, Josy, y no quiero pasar ni un segundo más sin que lleves mi apellido.

La sonrisa de Josy se suaviza y sus lágrimas comienzan a caer de nuevo. Atrapo cada una, acariciando su piel con mi pulgar.

—Sí —susurra—. Me casaré contigo. Te amo.

—Prometo amarte por el resto de mi vida —digo, sellando mi promesa con un beso.



Si quieres leer el epílogo extendido protagonizado por Everly, la hija de Josy y Noah, haz clic en el enlace o escanea el código QR que aparece abajo.



Amando a Josy epílogo extendido

¿Quieres conocer la historia de Austin y Violet? Descúbrela en *Amando a Violeta*, ¡disponible ya!

Agradecimientos

A mi esposo:

¿Quién diría que aquella sorpresa nos uniría para siempre? Dieciséis años después, te amo más que nunca. Gracias por ser mi roca, mi apoyo constante y el amor de mi vida.

A mis amiguitas Darlene, Aurelis, Raismarie, Jinny, Brendam Melissa y Melanie:

Su ayuda ha sido invaluable. Gracias por ser asombrosas, por siempre estar disponibles cuando las molesto, y por acompañarme en esta aventura.

A mi editora, Kerri Doyle:

Gracias por tu excelente trabajo con esta historia. Como siempre, no decepcionas. Tu talento y dedicación elevan cada página.

A mi amiga Angela:

Tu apoyo significa todo para mí. Gracias por estar siempre ahí y por decirme las cosas como son, sin filtros, con amor.

A Nicie:

Sé que te pido mucho y que a veces te fastidio, pero es porque confío en tu talento. Tienes el don de dar vida a las escenas que solo viven en mi cabeza. Gracias, nena hermosa, por compartir tu arte conmigo.

A mi *Street Team*:

Gracias por su apoyo incondicional. Ustedes hacen que todo esto valga aún más la pena.

Y por último, gracias a ti, lector, por tomarte el tiempo de leer mi historia.

Tus reseñas, mensajes privados y palabras de aliento me llenan de energía para seguir escribiendo.

Desde el fondo de mi corazón, gracias por estar aquí. 💛

Acerca del Autor



María Esther es una puertorriqueña profesora de español con un gran amor por la lectura. Su pasión por las novelas románticas la inspiró a comenzar a escribir sus propias historias de romance contemporáneo, en las que pone todo su corazón.

Ha co-escrito tres libros junto a su amiga, Tandy, bajo el seudónimo de María Tandy. Ahora, María se embarca en su carrera como autora solista, compartiendo aún más historias que harán suspirar a sus lectores.

Cuando no está enseñando o escribiendo, María pasa su tiempo con su esposo y sus tres hijos, o perdiéndose en un libro apasionante que la mantiene despierta hasta altas horas de la noche.

Otras Obras de Maria Esther

Quieres saber la historia de Austin y Violeta?

Amando a Violeta

¿Quién cree todavía en el amor a primera vista? Yo, ciertamente no.

A mis treinta y cinco años, pensaba que nunca encontraría el amor y estaba perfectamente bien. Mi vida era dirigía mi propio negocio y disfrutaba de aventuras casuales cuando quería. Pero el día que fui a recoger mi café favorito, ella me tomó por sorpresa al derramar café caliente en mi pecho. Y así, de repente, todo cambió.

No sabía su nombre, su historia ni si estaba casada. Todo lo que sabía era que tenía que hacerla mía. Una madre soltera que empezaba de nuevo en mi pequeño pueblo, no estaba lista para una nueva relación. También cargaba con cicatrices de su matrimonio anterior, lo que la hacía desconfiar en su habilidad de volver a confiar en alguien.

Pero, ¿cuándo me he rendido ante algo que realmente quiero?

Violeta es todo lo que nunca pensé que querría. Es hermosa, una madre devota a su hijo, y todos en el pueblo la adoran. Estoy seguro de que no soy el hombre con el que ella pensó que se enamoraría, pero quizás finalmente tenga la oportunidad de decir las palabras que nunca soñé... Quiero pasar el resto de mi vida Amando a Violeta.

Comencé mi viaje en la escritura junto a mi amiga Tandy, publicando nuestras obras bajo el seudónimo de María Tandy. A continuación, encontrarás los libros que hemos co-escrito.

Primer libro en The Safe Harbor Series.

LandED

As a full-time single dad to my seven-year-old daughter and a devoted math teacher leading a robotics team, love isn't a priority.

My focus is keeping my daughter, who has Asperger's, safe and dealing with my ex-wife's refusal to sign divorce papers.

Natalia Pagán, my new coworker from Puerto Rico, is beautiful and sweet. Just like me, she is recently divorced and a single mom as well. Which means she is not looking for someone new, especially someone with lots of baggage like grumpy me. I know that Natalia is completely off-limits.

But as fate would have it, we are forced to share a work space together because of the principal. I keep telling myself to stay away from Natalia, but I can’t stop thinking about her. I even find myself doing nice things, like carrying her heavy mail to her classroom or scheduling playdates for our girls.

Acting on my impulses feels wrong, especially since I'm still married. What kind of jerk would I be if I acted on the impulse to kiss her while knowing that I'm still married? The worst kind of jerk.

Actually, I'm worse than that because I didn't stop with a kiss, and now I can't stay away. She makes me feel like myself again. She reminds me what it's like to want something just for me. She's everything I ever needed but nothing I ever imagined. I should have had the strength to resist her from the start, and I did—I decided that if I were rude to her from the get-go, she would never be interested in me. Yet she's everything I need.

Now, I realize I can't keep pretending to be someone I'm not.

Segundo libro en Safe Harbor Series

GroundED

The moment I laid eyes on Zack Lawson, I knew he was trouble. I was ready to dive in and go blind, but after an encounter with one of his conquests, I decided being friends was the best route. For three years, Zack has been my rock, but lately, he's become a possessive jerk at the mere thought of me being interested in another man.

Finally, after a terrifying moment that wrenched us from the Mardi Gras ball, he kissed me, and my world changed. Now, I can't stop thinking about him and all the things I want to do with him between the sheets. The problem is, Zack has no intention of having a serious relationship, and I can't let myself fall for him and risk damaging our friendship. That's why I've been avoiding him for the past few months while he has been trying to change our relationship from friends to lovers.

But now, as I prepare to take my students on a trip to Costa Rica, guess who volunteers to join us for seven days? Yup, you guessed it—Zack Lawson. How am I supposed to stay away from him when I'll be trapped with him and eighteen students in a beautiful paradise?

Can I keep my heart intact, or will Zack break down my walls and claim it for his own?

Nuestro primer Romantasy.

Delusional Dreams

I always thought that I had the perfect life. I have a handsome husband who makes me feel desired with a body that I want to lick every time he enters the

room. I have my flower shop where I get to spend my days creating beautiful flower arrangements. Everything changed the day of my car accident. I began having dreams of a world filled with magic. As a Fae princess, I have power over the Earth element. But not only that, in this world I have a mate. He is very persistent and demands that we are fated mates. This man is the most handsome man that I have ever encountered and with every kiss and touch I feel more alive than ever. He captures my attention every time that I am near him, and makes me feel things that I should not feel. I want to feel possessed by this man, always.

Here is where the problem lies. I am confused; what is fantasy and what is not? How can I feel destined to be in both places? Why does my dream feel more real than my reality? Am I losing my mind?

Sígueme en las redes sociales

